

70 AÑOS
INEHRM

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE FRANCISCO VILLA

Selección de José Ángel Aguilar

BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



EN EL **CENTENARIO**
DEL **NACIMIENTO**
DE **FRANCISCO VILLA**

BIBLIOTECA **INEHRM**



CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

EN EL **CENTENARIO** DEL **NACIMIENTO** DE **FRANCISCO VILLA**

Selección de José Ángel Aguilar



CLÁSICOS
DEL **VILLISMO**

MÉXICO 2023

Portada: H. J. Gutiérrez, coronel Francisco Villa. 1911.

© (880539) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Ediciones en formato impreso:

Primera edición, INEHRM, 1978.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM (edición facsimilar), 2023.

D. R. © José Ángel Aguilar, compilación de textos.

D. R. © Daniel Librado Luna, texto introductorio.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN 978-607-549-380-0

HECHO EN MÉXICO

Contenido

PRÓLOGO	VII
<i>Daniel Librado Luna</i>	
FACSIMILAR	1



PRÓLOGO

Daniel Librado Luna



En 1978, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM) publicó la compilación de textos realizada por José Ángel Aguilar, *En el centenario del nacimiento de Francisco Villa*, una aproximación a la historiografía del villismo escrita hasta entonces. El autor seleccionó pasajes de diferentes autores y los ordenó cronológicamente en un crisol historiográfico que contrarrestó la “leyenda negra”, todavía en boga en 1978, sobre el general Villa.

El compilador, José Ángel Aguilar Solís, nació en Zacapu, Michoacán, en 1916. Estudió en la escuela Normal para Varones de Guadalajara y colaboró en diferentes rotativos de Jalisco y la capital. En 1988 recibió la presea José María Cos del Estado de México por sus aportaciones en el campo periodístico e historiográfico. Fue colaborador del INEHRM, donde también publicó: *La Revolución en el Estado de México* (1976); *Luis Cabrera. Semblanza y opiniones* (1976); *Zapata, selección de textos* (1980); *La Decena Trágica* (2 vols., 1981-1982) y *Anecdotario de la Revolución* (1983).

A través de la publicación del libro *En el centenario del nacimiento de Francisco Villa*, el INEHRM ponderó la imagen del villismo y de los soldados de la División del Norte, de igual modo apuntaló el esfuerzo gubernamental, iniciado en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), por institucionalizar al personaje e integrar a los villistas al discurso e historia de la Revolución Mexicana. El compendio incluye opiniones de protagonistas de la Revolución y estudiosos de

ella en un esfuerzo de divulgación histórica y comunión con los revolucionarios de Chihuahua y Durango. De esta manera, el lector interesado pudo conocer perspectivas diferentes sobre Pancho Villa y el villismo.

La selección de textos inicia con el Acta de nacimiento y Fe de bautismo de Doroteo Arango, después se integra el relato autobiográfico “Vivía yo en Gogojito”, la misiva de Francisco I. Madero en la que hace referencia a sus acciones revolucionarias: “Villa visto por Madero”, el poema de José Santos Chocano: “Bandolero divino”, entre otros documentos de la lucha revolucionaria. José Ángel Aguilar también incluyó fragmentos de libros que se convirtieron en rarezas bibliográficas, como el *Francisco Villa y la revolución* (1960) de Federico Cervantes; el *Pancho Villa* (1962) del historiador soviético I. Lavretski o *De Francisco I. Madero a Francisco Villa* (1964), escrito por el secretario particular de ambos, Adrián Aguirre Benavides. Incluso se ofrecen extractos de las miradas femeninas de Nellie Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* (1940), y de Luz Corral, *Pancho Villa en la intimidad* (1948).

A 100 años de su asesinato, el INEHRM vuelve a publicar, ahora en formato digital, la compilación de textos *En el centenario del nacimiento de Francisco Villa*, para propiciar el acercamiento a la historiografía de tema villista y el reconocimiento del sacrificio de miles de hombres y mujeres que lucharon contra la opresión porfirista, la tiranía huertista y el autoritarismo carrancista.

San Ángel, mayo de 2023

FACSIMILAR



EN EL CENTENARIO
DEL NACIMIENTO
DE FRANCISCO VILLA



MEXICO - 1978

CONTENIDO

	Pág.
ACTA DE NACIMIENTO, REGISTRO CIVIL	13
FE DE BAUTISMO	15
VIVIA YO EN GOGOJITO	17
FRANCISCO VILLA. <i>Ramón Puente</i>	25
VILLA VISTO POR MADERO	33
VILLA JUZGADO POR UN NORTEAMERICANO. <i>Joseph Rogers Taylor</i>	35
GRAL. FRANCISCO VILLA. <i>Alberto Morales Jiménez</i>	37
LA PISTOLA DE PANCHO VILLA. <i>Martín Luis Guzmán</i>	43
TEXTO DE UNA CARTA. <i>Antonio Díaz Soto y Gama</i>	47
BANDOLERO DIVINO. <i>José Santos Chocano</i>	49
LEY AGRARIA DE VILLA	51
LA OTRA REVOLUCION (VILLA). <i>Arnaldo Córdoba</i>	57
VILLA Y LA REVOLUCION. <i>Martín Luis Guzmán</i>	65
TELEGRAMA DE HUERTA A MADERO	75
LA SENSACIONAL FUGA DE VILLA. <i>Luis Aguirre Bena- vides</i>	79
UN PEON EN POLITICA. <i>John Reed</i>	91
POLITICA DEL VILLISMO. <i>José C. Valadés</i>	97
DE DONDE SURGE EL HOMBRE DE GUERRA. <i>Nellie Campobello</i>	101
OBREGON A PUNTO DE MORIR. <i>Luz Corral de Villa</i>	107
PREPARATIVOS DE EJECUCION Y BAILE OBSEQUIA- DO POR EL ESTADO MAYOR A LOS JEFES DE LA DIVISION DEL NORTE. <i>Alvaro Obregón</i>	111
VILLA CAE SOBRE CIUDAD JUAREZ. <i>Luis y Adrián Aguirre Benavides</i>	115

	Pág.
LA TOMA DE OJINAGA. <i>Federico Cervantes M.</i>	131
LA TOMA DE TORREON. <i>Alberto Calzadiaz Barrera</i>	141
LA TOMA DE ZACATECAS. <i>Luis y Adrián Aguirre Benavides</i>	157
ENTRADA DE LA DIVISION DEL NORTE A MEXICO. <i>Francisco Ramírez Plancarte</i>	171
DERROTADO EN CELAYA POR OBREGON. <i>Martín Luis Guzmán</i>	177
UN OCASO. <i>Mariano Azuela</i>	183
LA ERUPCION DE COLUMBUS. <i>Victor Ceja Reyes</i>	185
COMO VILLA DERROTO A PERSHING, I. <i>Lavretaki</i>	195
¡VILLA HA MUERTO! ¡VIVA PERSHING! <i>Eliás L. Torres</i>	203
LOS DORADOS DE VILLA. <i>Rubén García</i>	209
LOS DORADOS. <i>Angel Rivas López</i>	213
EL CENTAURO SE RINDE. <i>Eliás L. Torres</i>	215
LA ULTIMA CABALGATA DE PANCHO VILLA. <i>Oscar W. Ching Vega</i>	223

**EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE FRANCISCO VILLA**

Selección de textos por JOSÉ ANGEL AGUILAR

La conmemoración del primer centenario del nacimiento de Francisco Villa el 5 de junio de este año, explica la publicación de esta obra.

La personalidad de Villa como guerrillero y su participación al frente de los contingentes militares que ganaron batallas decisivas para la Revolución, le dan un relieve histórico innegable.

El carácter polémico de la figura de Villa es inseparable de su actuación, y los textos que aquí se publican, escritos con la natural pasión puesta en una lucha exaltada, se ha procurado que estén de acuerdo con el carácter de la celebración.



ESTADO DE DURANGO.

Registro Civil

El Secretario General de Gobierno,

El Gobernador Constitucional.

L. Sarinza

Enrique Lombardo

Dr. Guillermo Sarinza Matena

Dr. Enrique Torres Blandin



En nombre de la República Mexicana y como Juez del Estado Civil de este Estado, a las que la presente visitan y certifica ser ciertos que en el libro *Oficio* del Registro Civil que es a mi cargo a foja *-----* se encuentra asentada un acta del tenor siguiente:-----

-----EL CIUDADANO LICENCIADO GUILLERMO SARIENZA MATERNA, SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO DEL ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE DURANGO,-----

-----C E R T I F I C A -----Que en el Libro Duplicado de Actas de Nacimientos, que exista en el Archivo General de Gobierno, procedente del Juzgado del Registro del Estado Civil de San Juan del Rio, de este Estado, correspondiente al año de 1878 mil ochocientos setenta y ocho, a fojas 39 treinta y nueve vuelta y bajo la partida número 226 doscientos veintiseis, se encuentra asentada una acta que literalmente dice:--AL MARGEN:--226 docientos veinte y seis.--Doroteo Arago nació en Rio Grande el 5 de Junio de 1878.--AL CENTRO:--En San -----

###

###

Juan del Río, a 7 de Julio de 1878 mil ochocientos setenta y ocho -
ante mí Jesús Quiñones Juez del estado civil se presentó Agustín --
Arango en unión de los testigos Gregorio Asevedo é Ygnacio Alvarado
y espuso: que á las 3 de la tarde del cinco de Junio anterior nació
en Rio Grande un niño que ha de llamarse Doroteo; que es hijo legí-
timo del exponente y de Micaela Arambula, y son sus abuelos paternos
Antonio Arango y Faustina Vela, y maternos Trinidad Arambula y María
de Jesús Alvarez nativos todos y vecinos de dicho punto. Y yo el pre-
sente Juez mandé levantar esta acta que leí al interesado y testigos
nombrados quienes estuvieron conformes con su contenido firmando ---
conmigo uno de los testigos sin hacerlo el otro ni el que se presen-
to por no saber.--Jesús Quiñones.--Una rubrica.--T.--Ygnacio Alvarado.--
ES COPIA.--Jesús Quiñones.--Rubrica.-----

-----Es copia fiel y legalmente otorgada con su original a que se -
remite, y se expide en el Palacio de Gobierno de la Ciudad Victoria-
de Durango, Dgo., a los veinticuatro días del mes de octubre del año
de mil novecientos cincuenta y tres.-----



EL SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO.

C. GUILLERMO SERRANO WATERA.



En esta Parroquia se encuentra un libro de bautismos en el Archivo de libros de la foja 50 se encuentra el acta que está atajo y que a la letra dice:

En la Parroquia de San Juan del Río, a los siete días del mes de Julio de mil novecientos setenta y ocho: Yo el Pbro. José Andrés Palomo cura encargado de esta Villa, bauticé solemnemente a un niño que nació en el Río Grande el día cinco del pasado: le puse por nombre J. DOMESTICO; es hijo legítimo de Agustín Arango y de Mercedes Arambula, sus abuelos paternos, Antonio y Felicitas Vela. Los maternos: Trinidad Arambula y María de Jesús Álvarez: fueron padrinos: Eugenio Acevedo y Alvimar Arambula, a quienes advierto el parentesco espiritual y obligaciones de su cargo. Y para que conste la firmé.
J. Andrés Palomo.

Es copia fiel y legalmente sacada de su original e inscrita del interesado.

San Juan del Río, Dgo. Enero 11 de 1960.

VIVIA YO EN GOGOJITO...

Vivía yo, en 1894, en la hacienda de Gogojito, Municipio de Canatlán, en el Estado de Durango, y era “mediero” de los poderosos señores López Negrete.

Mi hogar, cuya jefatura ejercía desde la muerte de mi padre, estaba formado por mi madre, mis hermanas Martina y Mariana, de doce y quince años de edad, y mis hermanos Antonio e Hipólito.

El 22 de septiembre de ese año había yo venido a mi casa de la labor donde trabajaba, quitándole la hierba, y al llegar se me presentó un cuadro que por sí solo bastó para hacerme comprender el brutal atentado que se pretendía consumar en las personas de mi familia; mi madre, en actitud defensiva y suplicante, abrazaba a mi hermana Martina; frente a ella se erguía imperioso don Agustín López Negrete ¡el amo!, dueño de vidas y honras de nosotros los pobres.

Con la voz angustiada, pero resuelta, mi madre le decía al amo en aquellos momentos:

—Señor, retírese usted de mi casa, ¿por qué quiere llevarse a mi hija?

—No sea usted ingrato...

Loco de furor, salí de la pieza y corrí hasta la cercana habitación de mi primo Reynaldo Franco; descolgué una pistola que pendía de una estaca clavada en la pared, y volviéndome apresuradamente disparé el arma sobre don Agustín a quien herí en la pierna derecha.

A los gritos que daba aquel hombre pidiendo auxilio, acudieron cinco mozos armados con carabina cuyos cañones me apuntaron resueltamente.

—No maten a ese muchacho —les gritó el amo— llévenlo a mi casa.

Obedecieron los mozos en silencio y tomando al herido en silla de manos lo condujeron al carruaje que poco después se perdía rumbo a la casa grande, en la hacienda de Santa Isabel de los Berros, distante una legua de Gogojito.

Cuando en mi azoramiento me vi libre, sabiendo que aquel hombre iba muy mal herido, sólo pensé en huir; monté mi caballo, y sin

más idea que alejarme, me fui a buscar refugio en la Sierra de la Silla que está frente a la hacienda de Gogojito.

Mi conciencia me decía que había hecho bien; el amo con cinco hombres armados, con todo el aparato de su poderío, había intentado imponer a mi hogar una contribución forzosa de la honra.

Aquel arrogante don Agustín era un enemigo menos, aunque me persiguiera como tenía que acontecer.

Nada me sorprendió, pues, al día siguiente, cuando al bajar cautelosamente de la sierra me dirigí a la casa de mi amigo Antonio Lares y le pregunté:

—¿Qué tienes de nuevo? ¿Qué ha pasado con los tiros que le di al señor don Agustín?

—Dicen que está muy grave, y ya han mandado de Canatlán hombres armados para que te persigan.

—Dile a mi madrecita —agregué yo, pensando en las represalias a que quedaba expuesta mi familia— que se vaya con mis hermanas a Río Grande (lugar muy cercano a San Juan del Río).

Las persecuciones contra mí se desataron formidables. En todos los Distritos del Estado se me señaló como un criminal peligroso, y a todos ellos llegó la orden de que se apoderaran de mí, vivo o muerto.

Yo no tenía ni un instante de reposo. Forzado a emigrar sin descanso, me pasaba las semanas y los meses cruzando de la Sierra de la Silla a la Gamón. Comía lo que buenamente me deparaba la fortuna, y muchas veces mi alimento era sólo carne asada sin sal, y acabé por quedarme casi sin ropa y sin zapatos, hasta que un día, en mi inexperiencia, me sorprendieron tres hombres armados, a quienes no pude resistir.

Con toda clase de precauciones y todo lujo de crueldades, se apoderaron de mí, y me condujeron a San Juan del Río, internándose en la cárcel como a las siete de la noche.

Inmediatamente dieron principio las gestiones de la autoridad para juzgarme; el caso, por lo demás, era sencillo; sería irremisiblemente fusilado; tal era la orden que el Gobierno de Durango había expedido en mi contra. Sólo unas cuantas formalidades había que llenar para darle fin a mi vida.

Sabiendo, por lo mismo, cuál sería el remate de mi prisión, sólo pensé en fugarme.

A eso de las diez de la mañana del día siguiente, me sacaron de la bartolina para que moliera un barril de nixtamal.

Vi llegado, con esto, el momento de emprender la fuga. Sin más arma que la mano del metate, me eché sobre los hombres de la guardia; cayó el centinela, y yo salí de la cárcel a todo correr. Trepé a

escape el Cerro de los Remedios que queda a espaldas de la prisión, y cuando le dieron aviso al Jefe de la Policía, ya era muy tarde para darme alcance. Seguí corriendo hasta bajar al río, en cuya orilla encontré un potro bronco. Lo sujeté por las orejas, y sin más brida, ni montura, brinqué sobre él, y emprendimos vertiginosa carrera bajo la presión de mis rodillas y el acicate de mis talones.

Como a dos leguas de San Juan del Río, bajé del extenuado potro, que a duras penas podía ya mantenerse en pie, lo dejé que se fuera a su capricho, y yo, a buen paso, me dirigí a mi casa que estaba cerca del punto llamado Río Grande.

Por la noche, estuve con un primo hermano y le describí mi situación, y él me proporcionó caballo, montura y bastimento para irme; mis puntos de retiro fueron las sierras de la Silla y la de Gamón, hasta el año siguiente.

En aquella época, era yo conocido con el nombre de Doroteo Arango, y no con el de Francisco Villa. Debo explicar a qué obedece este cambio:

Mi señor padre, don Agustín Arango, fue hijo natural de don Jesús Villa, y por ilegitimidad de su origen llevaba el apellido de su madre, que era el de Arango, y no el que directamente le correspondía; pero como mis hermanos y yo fuimos de legítimo matrimonio, hubimos de llevar el apellido Arango, hasta que las tenaces persecuciones que yo sufriera me obligaron a ampararme bajo otro nombre que despistara a mis perseguidores.

Yo sabía, como jefe de familia, cuál era el verdadero apellido que debería llevar mi padre; resolví, mejor que ocultarme bajo otro cualquiera, restaurar el que realmente me correspondía, y me hice llamar con toda justificación Francisco Villa.

La monotonía de mi existencia en la sierra sólo era alterada cuando mis enemigos lograban acercarse a donde yo me hallaba.

Así fue como, en los primeros días del mes de octubre de 1895 y por denuncia de un Pablo Martínez, estando yo dormido en la labor de La Soledad, que está pegada a la Sierra de la Silla, siete hombres armados me hicieron prisionero.

Cuando desperté, ya tenía siete carabinas abocadas hacia mi pecho y una voz altanera me intimaba a rendirme.

Mirándome perdido, hice uso de toda mi sangre fría y con la mayor calma les dije:

—¿A qué viene tanto escándalo, amigos, si estoy rendido y ustedes tienen armas y yo estoy desarmado? Al fin todos somos del mismo rancho, vamos asando unos elotes para almorzar y después nos marcharemos a donde ustedes quieran llevarme.

Viéndome tan sumiso, el que hacía de comandante de la partida, que era un tal Félix Sariñana, se declaró convencido:

—Si hombre, qué miedo le vamos a tener a este pobre; vamos asando los elotes, almorzaremos con él y nos lo llevaremos mañana a presentarlo a San Juan del Río, que está algo retiradito.

No faltó, sin embargo, uno de los hombres de la partida que recomendara toda clase de precauciones conmigo, arguyendo que era yo muy "satírico".

Desde el lugar en que nos hallábamos mis aprehensores y yo, no podían ver mi caballo ni mi montura, que estaban ocultos entre unos recortes y los surcos. Y además ignoraban que debajo de la cobija en que estaba acostado se hallaba mi pistola.

Cuando vi que dos de ellos se habían ido muy lejos a cortar los elotes, y otros dos a traer la leña, y solamente quedaban tres conmigo, repentinamente saqué la pistola y me arrojé sobre ellos, haciéndolos rodar hasta un pequeño arroyo.

Desaté mi caballo, y cuando volvieron los otros para darme alcance, ya iba a media rienda rumbo a la sierra, mientras ellos se quedaban en el plano únicamente mirando cómo me alejaba.

Como tres meses después de estos acontecimientos, sabiendo la autoridad el sitio en donde me mantenía, resolvió echarme encima la acordada de Canatlán, para ver si podían apoderarse de mí.

La acordada me encontró en un lugar que se llama el Corral Falso, y como mis perseguidores no conocían el terreno y el corral no tiene más que una entrada, les hice el engaño de que iba a salir por otra puerta. Todos ellos se reunieron para perseguirme, y al enfilar por la bajada se me pusieron de blanco; bien parapetado en el corral les abrí el fuego matándoles tres rurales y unos siete caballos.

Al ver el desconcierto en que estaban, comprendía que iban a retirarse, y antes de que me lo pudieran evitar me salí por la única puerta que tenía el corral y que ellos desconocían.

Con esto, resolví cambiar de alojamiento a la Sierra de Gamón.

Este cambio no me ofrecía mayores atractivos; pero me daba la seguridad de que, por lo pronto, no darían conmigo.

Para proveer a mi subsistencia me llevé doce reses, me remonté a los últimos confines de una quebrada que se llama El Cañón del Infierno, y allí las sacrificué, hice carne seca y me establecí por unos cinco meses.

Vendí una parte de la cecina por mediación de unos madereros que trabajaban en un lugar llamado Pánuco de Avino, y aquellos hombres me fueron muy fieles, se encargaron de proveerme tanto de comestibles como de municiones.

Pero no resistí mucho tiempo la tentación de volver a mi antigua morada, de donde me habían arrojado los rurales de Canatlán; y una noche, visitando la hacienda de Santa Isabel de los Berros, me encaiminé a la casa de un amigo llamado Jesús Alday.

—¿Qué tienes de nuevo por acá? —le pregunté a aquel buen camarada.

—Muchas precauciones para ti, hermanito.

Eramos sólo amigos y me llamaba hermano, fraternizando conmigo, quizá por las amarguras y los desengaños que tiene la vida para los infelices.

—Yo tengo dos amigos que te voy a presentar mañana por la noche —agregó— para que te reúnas con ellos, si es que quieres, y así te sea menos pesada la existencia.

Acepté el ofrecimiento, y a la noche siguiente, me presentaba Alday a Ignacio Parra y Refugio Alvarado, que en aquella época eran tan perseguidos como yo, y con quienes el destino me juntaba para quién sabe qué tenebrosos fines.

Cuando aquellos individuos me conocieron, le dijeron con ruda franqueza a Jesús Alday:

—¿Este muchacho, es el pollo que nos alabas por tan bueno?

Y encarándose conmigo, Ignacio me preguntó con cierto tono paternal:

—¿Tiene usted voluntad de venirse con nosotros, güerito?

—Sí, señor —le respondí—. Si ustedes creen que pueda servirles en algo, me voy con mucho gusto.

Así quedó cerrado el trato y aquella noche salía yo con ellos rumbo a la hacienda de La Soledad.

Al día siguiente tomamos la dirección de Tejame, que queda junto a la hacienda de La Concha. Cuando la avistamos, y antes que anocheciera, me llamaron mis compañeros y me dijeron:

—Oiga, güerito, si quiere usted andar con nosotros es necesario que haga todo lo que nosotros le mandemos. Nosotros sólo sabemos matar y robar, se lo advertimos para que no se asuste.

Aquellas crudas palabras me sonaron como un martillazo; pero no me estremecieron.

—Yo estoy dispuesto a obedecer a ustedes en todo lo que me manden —les respondí serenamente a mis compañeros.

—¿Ve usted aquella mulada que está en ese rastrojo?

—Sí, señor.

—Pues nos la vamos a llevar esta noche; y usted tiene que ir a lazar a la caponera y traérsela cabestreando.

Tal como me lo mandaron, así lo hice, y, a eso de las once de la noche entregaba yo la mulada a Ignacio, mientras él y Refugio celebraban mi hazaña a carcajadas.

Ignacio tomó a la caponera del roncal y Refugio y yo arreamos la mulada rumbo al mineral llamado Promontorio, frente al cual llegamos al amanecer con nuestra recua, y así continuamos la peregrinación hasta las cercanías de la ciudad de Hidalgo del Parral, a un potrero de un amigo de Ignacio, llamado don Ramón, quien nos condujo a su casa y nos alojó con toda clase de comodidades, por la formal entrega que de ella hicieron Ignacio y don Ramón.

Al día siguiente me llamó Ignacio a solas, y tendiéndome un fajo de billetes de banco, me dijo:

—Aquí le entrego este dinerito que le pertenece.

Eran tres mil pesos, que nunca había mirado juntos en mi vida. Iba a comprar con aquel capital algo de ropa que tanto necesitaba, cuando se me atravesó en el pensamiento el recuerdo de mi familia y le pregunté a Ignacio cuándo regresaríamos, porque yo había resuelto, a pesar de las persecuciones, ir a visitar a mi madre.

—Pasado mañana por la noche —me contestó—, pero oiga, güerito, cómprese un caballo y una montura, porque las que tiene ya no sirven.

Me encaminaba a comprar lo que me ordenó, cuando al pasar por una cantina vi en la puerta un excelente caballo oscuro con una montura nuevecita.

La ocasión era única. Monté tranquilamente en la hermosa bestia, y cuando el dueño, saliendo de la taberna, me gritaba todo asombrado: —“Oiga, ¿para dónde va?” Yo iba a buen paso sobre el caballo, y claro está que no me detuve a contestarle. Escondí el animal en el potrero del Ojito, que era el único sitio que yo conocía por aquellas regiones, y todo mi deleite era ir a contemplarlo y llevarle pastura, esperando animosamente la hora de salir rumbo a mi tierra.

Cuando llegó el momento, Ignacio y Refugio me preguntaron si tenía cabalgadura en que irme, y yo me limité a presentarles mi caballo, que hasta entonces había tenido oculto, y se los mostré con orgullo.

Ninguno de ellos resistió la tentación de preguntarme cuánto me había costado.

—Casi nada —les contesté—, el trabajo de montarme en él y rescatarlo de un borracho que lo tenía abandonado en una cantina.

Aquel rasgo me enaltecía a los ojos de aquellos hombres que ya empezaban a tenerme el cariño de hermano.

Nos fuimos directamente a nuestra tierra; pero la primera visita fue a mi casa.

Desde luego le entregué a mi madre todo el dinero que Ignacio me había dado, pero poco después de recibirlo me dijo que quería hablar conmigo.

—Hijito de mi vida, ¿de dónde traes tú tanto dinero? Estos hombres que andan contigo te van a llevar a la perdición; ustedes andan robando y esto es un crimen que yo cargaría en mi conciencia si no te lo hiciera entender así.

Sentí que mi voluntad flaqueaba, y apenas pude contestarle a mi madre estas palabras: —“Yo soy un hombre que seguramente nació para sufrir; este es el único destino que se me ofrece; mis enemigos me persiguen, y usted sabe de dónde arrancan mis sufrimientos; prefiero ser el primer bandido del mundo antes que dejarme ultrajar. Echeme su bendición y encomiéndeme a Dios.”

Esa noche salimos de allí y nos fuimos a pasar el día cerca de Gogojito; en un cañón que se llama Las Brujas, y al día siguiente, al acercarse la noche, llegamos al rancho donde vivía la familia de Ignacio. Era gente que había logrado elevarse un poco por su educación, y la manera de recibirnos fue muy cariñosa.”

Parte del texto que Francisco Villa dictó a uno de sus secretarios, Manuel Bauche Alcalde, incluido en el libro de Ramón Puente: *Villa en Pie*.

FRANCISCO VILLA

Por *Ramón Puente*

En toda revolución el móvil son las ideas, los actores los hombres. Casi siempre la talla de estos últimos es inferior al pensamiento que representan; pero su estudio es interesante y revelador de las lacras de un pasado y de las ilusiones de un porvenir. Las revoluciones al ser un sacudimiento social, son en sí una tragedia, y vuelven trágicos a sus hombres. No se puede intervenir, ocupando en ellas los primeros papeles, sin estar expuesto a ser una víctima o un verdugo.

Una revolución es también una especie de locura moral colectiva. Examinados atentamente cada uno de sus protagonistas, se encuentra en ellos esa huella, el paso de un delirio torturante y despótico, que hace que ninguna entidad esté sosegada; el tono de las diatribas es agrio y amenazante, las acciones exageradamente crueles o exageradamente generosas, los planes descabellados o ilusorios, los ensayos inciertos e impracticables, y la imposibilidad de su inmediata realización acaba por acrecentar la locura, los destinos, el terror, con que suelen terminar esos movimientos, como la crisis de una fiebre terrible que sin aniquilar a una sociedad la prepara para su desarrollo.

A una revolución no van generalmente los individuos apegados al orden, cualquiera que sea, ni los individuos normales en el sentido de la quietud de un régimen establecido, ni los conservadores del más mediano patrimonio, sino una minoría activa, calenturienta y rebelde que arde en muchos espíritus como llama devoradora y encuentra prosélitos en dondequiera que existe un descontento.

En los últimos años del siglo XVIII enterraba Francia con el cadáver de Luis XV "El Rey bien amado" y heredero a la vez de Luis XIV, "El Rey Sol", el poder absoluto; pero éste siguió imperante, siempre sordo a los gemidos del hambre y las amenazas del descontento. La revolución estalló por ese desequilibrio social, en que un pequeño núcleo de favoritos dominaba toda la nación, compuesto en su mayoría por ignorantes y miserables, y fueron ellos, los miserables, más que la inteligencia y la espiritualidad de los pensadores, los que sintieron el arrojo impetuoso de la venganza, en medio de un

anhelo de libertad, de igualdad y de fraternidad imposible de realizarse entre los hombres. Los actores de esa catástrofe social se devoraron unos a otros, quizá los más crueles a los mejor intencionados; pero todos ellos resultan insignificantes en comparación con sus ensueños redentores.

No es tiempo todavía de hacer verdaderos retratos de los hombres de la Revolución Mexicana, que desde el punto de vista social es quizá el sacudimiento más intenso del Continente Americano. Sobre todos esos hombres ha llovido el descrédito de sus amigos, pintándolos como monstruos morales sin ninguna virtud que atenúe su fealdad; pero esto es el producto natural del apasionamiento, y, además, en muchos casos, ellos mismos se han encargado de calumniarse unos con otros antes de exterminarse con despiadada furia. El que ayer era un héroe, es mañana un traidor; el que representó un día una vehemencia progresista, al siguiente es considerado un retrógrado; y así por ese orden, con esa inquietud, con esa volubilidad y con ese desprecio que se transforma a poco andar en odio impenitente.

De los hombres de la Revolución Mexicana, ninguno es grande en la verdadera acepción de la palabra; pero algunos sobre sus enormes defectos tienen detalles muy apreciables de genio, de idealidad y de patriotismo, y casi todos son factores de energía y de acción, animados por vehemente deseo de mejoramiento como revancha de una defectuosa organización social.

Crimen contra crimen; error contra error, emprendiendo una lucha imponente y brutal como ha sido siempre la de los gobernantes y los gobernados cuando el sistema de gobierno toma la forma de tiranía o de predominio de una clase privilegiada.

El epíteto de bandido se aplica comúnmente a los protagonistas de este drama y ellos mismos se los prodigan unos con otros, porque las tiranías producen este género de floraciones. Es el bandido el primer rebelde a una injusticia, a una legislación mal aplicada, o a una riqueza desigualmente repartida. Y las revoluciones hacen reventar todos esos capullos, germinar todas esas semillas y, por un breve tiempo, también los bandidos tienen su reino, su justicia, su ley, mientras se aquieta el aquilón de las represalias.

De este género de bandidos brotan los héroes del momento, los corifeos de las masas, porque el hombre prudente no va a las revoluciones, y si va, tiene que contagiarse, apechugar con los pecados ajenos y con el veneno que destilan las almas, haciéndolas sedientas del mismo líquido vital, sangre y más sangre como único remedio para todos sus yerros.

Teñidos, pues, al rojo vivo, pasan los hombres de la Revolución Mexicana. La vida no los pudo juntar; pero después de muertos forman una cadena de apretados eslabones, para responder, no de su grandeza personal, sino de la grandeza de la obra común, como la aspiración legítima de un presente sombrío hacia un futuro luminoso.

De los hombres de la Revolución Mexicana, Francisco Villa es el que más invita a ser pintado, porque es un producto sincero de la vida, un trozo humano de poderosos lineamientos. Es de aquellos sujetos que no se pueden arrancar de la fantasía y del sentir popular, porque en ellos ese sentir se reconoce a sí mismo y se defiende tenazmente.

Seguir toda la vida de Villa es un proceso interesante; las aventuras de su juventud abundan en anécdotas pintorescas y las de su madurez hacen historia. Si fue bandido, es de la especie de esos bandidos generosos y bravos; su crueldad en la Revolución es la crueldad de todos los guerreros, por cuyas pupilas fulminantes pasa el mismo relámpago de ira despiadada; pero su sentimentalismo da la nota culminante de su carácter, lo hace amigo o enemigo; rebelde o conservador, y explica sus manifestaciones de crueldad o ternura.

La amistad y el honor, para un tipo del temperamento de Villa, son lo más respetable; entendida la primera para jugarse la vida por los amigos, y el segundo, igual entre bandidos que entre santos: no traicionar, no delatar, ser siempre fiel a la palabra empeñada.

En el amor, Villa es romántico y sensual y celoso, a veces lo tiraniza la lujuria y la serie de sus amoríos es enorme; pero las mujeres están para él en segundo término, relegadas a la penumbra o a la más impenetrable de las intimidades. Es dádivoso y espléndido con ellas, sin que lo dominen ni lo subyuguen.

El patriotismo lo entiende con su estrechez y su profundidad, con el provincialismo y reverencia que no admite nada superior al terruño ni nada que lo merme.

Sus ideas religiosas son confusas y vagas, pero vaciadas en las devociones católicas y en los moldes cristianos, como lo atestiguan algunas de sus exclamaciones y algunos de sus actos.

Desde que Villa aparece en la Revolución, se siente la presencia de algo fuera de lo común que rápidamente toma proporciones extraordinarias; es un hombre vulgar, modesto, ignorante y, sin embargo, a poco que se le observe revela una personalidad vigorosa. Pertenece a la clase humilde, labriega, tiene todos sus hábitos, sus defectos, su resistencia, pero todo exagerado, llegando muchas veces al paroxismo; como no ha tenido más escuela que la vida, se guía

por los instintos y éstos se le desarrollan prodigiosamente en una existencia trashumante.

Lo que Villa le entrega a la Revolución, es un cúmulo de experiencias adquiridas en una lucha salvaje contra los elementos de la naturaleza y contra los hombres; y se lo entrega sinceramente; su mayor cualidad y su mayor defecto es su sinceridad: sincero cuando peca o cuando triunfa; sincero cuando mata o cuando protege. Defectos y cualidades son en él a lo grande, saliéndose de toda regla y toda conveniencia, a veces en el fango y a veces en la cumbre.

Valor hasta la temeridad; desprendimiento hasta el derroche; odio hasta la ceguera; rabia hasta el crimen; amor hasta la ternura; crueldad hasta la barbarie, todo eso es Villa en un día, en una hora, en un momento, en todos los momentos de la vida.

El ser así, desproporcionado, imperfecto, brutal, luminoso en sus concepciones y en sus planes, ser algo de lo que es el genio, la exageración de todos los atributos, es lo que le vale el odio de la mediocridad, que no perdona jamás ser superada ni en el vicio ni en la virtud.

Desde que Villa se perfila genial y desconcertante, entra de lleno en su tragedia, que es también la tragedia de su clase siempre despreciada y perpetuamente explotada, hace el sacrificio de buscar el sustento y aderezarlo, de poner la mesa y servir el banquete, pero al final los comensales le tiran con los platos y desconocen ese sacrificio.

Todo se le negará a ese cerebro que tiene visiones apocalípticas; a esa memoria que es prodigiosa; a esa actividad que es relampagueante; a ese resistir que es titánico; a ese corazón que lo mismo sabe destruir en un impulso homicida que derretirse en afectos. Pero con su vulgaridad, con su ignorancia o con su furia, hay que hacer una espesa capa que cubra el menor asomo de pureza. La calumnia es lodo que todo puede mancharlo o sepultarlo por siglos.

En tan innoble tarea se ha consumido mucha tinta y se ha construido un Villa irreal, disparatado, absurdo; los mismos que lo vieron no supieron verlo o no lo recuerdan en realidad; otros no lo compaginan ni lo sintetizan; es algo tan inquieto como la misma naturaleza que por momentos es apacible y dulce y por momentos ruda y destructora.

Villa era un hombre plagado de contradicciones aparentes, pero con el convencimiento de su propio valer; su desesperación era su ignorancia y la ignorancia de su raza. Todo lo que le preocupa es su liberación: quiere crearle necesidades, quiere redimirla, quiere impulsarla, quiere que cambie radicalmente su manera miserable

y malsana de vivir. . . quiere lo imposible y lo quiere en un día, por eso abrevia muchas veces los actos de justicia con el fuego de su pistola, y la justicia no llega, y él, al ejecutarla bárbaramente, se ha deshonrado ante los hombres y más ante los timoratos y los hipócritas. Todos los días en la misma ceguera, en el inmenso drama en que vive, donde los personajes son también el engendro de todas las pasiones y todas las concupiscencias.

Actor de primera magnitud en el drama de la Revolución es Francisco Villa; es su protagonista mientras la Revolución es más ideal que logro y más sacrificio que privanza. Pesa sobre sus hombros una carga de angustias y de anhelos. Podrá mancharse de sangre, pero no se mancha de codicia o de explotación a la clase plebeya; "anda sobre los millones" pero no se le pega nada, él mismo lleva una vida sobria; su comida es frugal, su lecho lo mismo puede ser un mullido colchón que la dureza de la tierra bajo el dosel del cielo. No le arredra ninguna privación, para cumplir lo que cree su destino.

Estas virtudes también las desconoce la mediocridad y las mira sin importancia en un individuo que califica de fiera, sólo porque vivió en el seno de la naturaleza y de allí sacó todas sus enseñanzas.

Pero la figura de Villa reclama justicia y justificación para muchos de sus errores; nadie le podría tirar la primera piedra, porque ninguno de los revolucionarios fue perfecto ni está limpio de culpas. Algunos en el terreno del interés, del egoísmo, de la misma crueldad, le superan con creces. Nada de lo que él hizo se parece a muchas hecatombes subsecuentes.

De Villa no se sabe de ninguna celada, ningún crimen político; atacaba de frente a sus enemigos, pero, como a él no se le podía matar de igual manera, hubo de recurrir a la encrucijada. Su asesinato es su glorificación y también la mancha indeleble de los que fueron sus victimarios.

En su gesto contra los Estados Unidos, por mucho que se pretenda denigrarlo, es soberbio. Esa arrogancia del débil contra el fuerte, del pigmeo desafiando al gigante e hiriéndolo afrentosamente es admirada hasta por los niños, porque tiene el sabor de la leyenda. Si no existiera la de Goliat ni la del minotauro, habría que inventarlas para estímulo de los hombres.

Villa, en pleno siglo XX, hace leyenda, cosa que a muy pocos humanos les está concedido; por eso es personaje de novela, de teatro, de gemebunda copla callejera; por eso todos los que se han sentido con alguna disposición literaria —amigos o enemigos, simpatizadores o detractores— se han creído con derecho para tomar de sus

incontables proezas un retazo o una conseja y zurcir un capítulo interesante o lucrativo y lo han adulterado de buena o de mala fe.

Nosotros no damos nada de segunda mano; nos fue conocido íntimamente el personaje; muchos de los sitios en que operó y también muchos de sus contemporáneos; no presentamos, ni nos han preocupado los documentos oficiales o semioficiales; presentamos el documento humano sinceramente y en su mayor realismo.

El relato podrá adolecer de defectos o inexactitudes; también de admiración y de afecto, pues confesamos que no pudimos sustraernos a esas dos sensaciones ante la verdad de los hechos. Vimos en Villa crueldades, arrebatos, torpezas; pero también actos de valentía, de nobleza, de caballerosidad, de desprendimiento sobre todo, que es lo más admirable en el hombre porque lo equipara a una providencia. El verdadero vulgo es el que no sabe dar y tiene la mano entumida para cualquier largueza. Villa sabía repartir con los necesitados todo cuanto tenía.

El Villa que nosotros vimos, el que requería la Revolución para triunfar, no se puede apartar de nuestra retina: con sus "mitazas" que levantaban airoosamente su estatura, con su enorme pistola, con su chamarra dejando entrever un cuello poderoso y sanguíneo. Su frente era entusiasmo, sus ojos magnetismo, sus labios autoridad; su figura toda imponente y dominadora. Confesamos que no hemos visto nada más extraordinario que ese relámpago de grandeza.

Lo que otros vieron, los crímenes, la ferocidad y la infamia, no nos preocupa ni lo discutimos; lo que nos consta es el sentimiento de ingenuo patriotismo, de humanidad que resplandecía en sus expresiones; su afán por ver a México rico y poderoso, a su raza sacudiendo la indolencia, a los gobernantes preocupándose más por el interés general que por el propio. Nosotros no hemos llegado todavía a esa perfección; el período revolucionario ha sido un desbordamiento de pasiones y de apetitos. Villa, sin embargo, muere limpio de riquezas pecaminosas, mancha de la que pocos poderosos se libran, porque ante la humana miseria y el humano dolor es difícil mantenerse airoso, mayormente si se han tenido en las manos para administrarlos y se ha lucrado con los intereses de un pueblo.

El sentimiento popular comprendió esta sinceridad y por eso nadie ha podido arrancar de su fantasía ese tipo mitad héroe y mitad bandido, y mártir por añadidura, de un ideal muy difícil de lograr.

Muchos lo juzgan únicamente victimario, pero en realidad era un predestinado para ser una víctima, como todas las fuerzas ciegas de la naturaleza y todas las esperanzas desmedidas.

Su fin trágico, y, para muchos, prematuro, fue lógico con su vida y con el medio de la época en que vivió. No tenía derecho a la paz y mucho menos a una paz egoísta; sin embargo, su tragedia es una de las más conmovedoras, porque es más larga su agonía y más espinoso su camino.

No llega a deshacer ningún agravio, ni a enderezar ningún entuerto, ni a remediar ningunas injusticias. . . los galeotes a quienes liberta, lo apedrean; los amigos a quienes colma de beneficios, lo niegan. . . los enemigos a quienes perdona, lo sacrifican.

A los tres años de sepultado su cadáver, es un hecho que fue violada su sepultura y extraído su cráneo, so pretexto de estudio, pero es lástima que la osamenta diga bien poco a los aficionados a la Frenología o a las teorías lombrosianas, dos ilusiones de los empirismos científicos.

En algunos de los períodos de la vida embrionaria, todos los seres animales se confunden, lo mismo que en el estado de esqueleto, todos los cráneos humanos se parecen. Si hay diferencias son simplemente de detalles raciales: de capacidad, de simetría, de forma; pero nadie podría hacer el retrato de un espíritu por el simple despojo del recipiente que lo contuvo.

La vida de Villa fue de acción más que de pensamiento, su palabra era balbuciente, pero en sus torpes ensayos se distinguía con claridad un deseo y una queja, y ese lamento será por mucho tiempo el grito de una raza ignorante y sufrida, que, cuando ilumine sus tinieblas y rompa las ataduras de sus grillos, no se desdeñará de recordar a los que clamaron por ella con anterioridad y sacrificio.

Sólo el tiempo y la lejanía borran las asperezas de las figuras trágicas de la historia, que se parecen a esos burdos cantiles que forman la cresta de la sierra: azules y serenos si se miran de lejos; ásperos y terribles, cuando se siente su contacto.

Prólogo del libro: Villa en Pie.

VILLA VISTO POR MADERO

“Al Coronel Francisco Villa equivocadamente se le atribuye haber sido un bandido en los tiempos pasados. Lo que pasó fue que uno de los hombres ricos de esta región, quien, por consiguiente, era uno de los favoritos de estas tierras, intentó la violación de una de las hermanas de Villa y éste la defendió hiriendo a este individuo en una pierna. Como en México no existe la justicia para los pobres, aunque en cualquier otro país del mundo las autoridades no hubieran hecho nada contra Pancho Villa, en nuestro país éste fue perseguido por ellas y tuvo que huir y en muchas ocasiones tuvo que defenderse de los rurales que lo atacaron, y fue en defensa legítima de sí mismo, como él mató a algunos de ellos. Pero toda la población de Chihuahua sabe que nunca robó ni mató a ninguna persona, sino cuando tuvo que acudir a la legítima defensa.

“Pancho Villa ha sido muy perseguido por las autoridades, por su independencia de criterio y porque no se le ha permitido trabajar en paz, habiendo sido víctima en muchos casos, del monopolio ganadero en Chihuahua, que está constituido por la familia Terrazas, quienes emplearon los métodos más ruines para privarlo de las pequeñas ganancias que él tenía explotando los mismos negocios.

“La mejor prueba de que Pancho Villa es estimado por todos los habitantes de Chihuahua, en donde él ha vivido, es que en muy poco tiempo, él ha organizado un ejército de más de 500 hombres, a los cuales él ha disciplinado perfectamente. Todos sus soldados lo quieren y respetan.

“El Gobierno provisional le ha conferido el grado de Coronel, no porque haya tenido absoluta necesidad de sus servicios, pues el Gobierno provisional nunca ha utilizado en ningún caso, personas indignas. Por lo tanto, si se le ha expedido el nombramiento de Coronel, es porque ha sido considerado digno de él.”

“Francisco I. Madero (firmado). Carta datada el 24 de abril de 1911, en el Campo de Operaciones al oeste de Ciudad Juárez y publicada al día siguiente por “El Paso Morning Times”. Este documento fue recopilado por el Ing. y Corl Federico Cervantes M.

VILLA JUZGADO POR UN NORTEAMERICANO (PANCHO VILLA AT FIRST HAND)

Por *Joseph Rogers Taylor*

“... Las cualidades de Villa como General pueden ser clasificadas como agresividad, tenacidad y lo que acostumbramos llamar: «Good hard, horse, sence». . . Un día frente a Torreón le pregunté para cuando esperaba tomar la ciudad. Estaba recostado en su catre cansado de la lucha de la noche anterior. Me vio y me dijo: «Yo no sé cuándo caerá Torreón. Todo lo que sé es que tendrá que caer. . .»

“Villa ha realizado tres mejoras importantes respecto a los métodos federales, en sus campañas. Sirvió en el Ejército Federal bajo las órdenes de Huerta en la campaña contra Orozco. La primera reforma que introdujo fue cortar el inmenso número de soldaderas que el Ejército Federal siempre llevaba consigo. Una idea del tamaño de este contingente femenino puede tenerse al saber que el Ejército Federal que cruzó la frontera en Ojinaga, tenía cerca de mil mujeres por tres mil trescientos soldados. La supresión de esta impedimenta dio al Ejército mayor movilidad, menores exigencias de alimentos y mejoró la disciplina y salud de la tropa.

“La siguiente reforma respecto al tipo clásico mexicano, fue la preferencia por los ataques nocturnos. Hasta el tiempo de Villa, el Ejército Mexicano había acostumbrado dormir por la noche y pelear en el día. Por supuesto, los ataques nocturnos no eran completamente desconocidos. Pero con Villa prácticamente se convirtieron en la regla. Ciudad Juárez fue tomada por la noche, después de que el Jefe de la Guarnición fue hábilmente engañado por los reportes telegráficos del tren que se aproximaba. Gómez Palacio, frente a Torreón, fue atacado tres noches sucesivamente. Los principales ataques contra Torreón fueron librados por la noche. Las ventajas de los ataques nocturnos consisten, según la opinión de Villa, en el efecto moral entre el enemigo y en la mayor protección para el lado atacante. Los resultados justifican la opinión.

La tercera reforma es sencilla, pero importante: Un aumento en la rapidez del movimiento. Considerando su pequeñez, los Ejércitos

Mexicanos se mueven lentamente. Villa lo cambió por completo en lo referente a sus propias tropas. Una vez en marcha se mueve con presteza. Todos sus hombres van montados, por regla general; no había hordas de mujeres y niños que estorbaran la marcha; cada hombre llevaba provisiones bajo su silla de montar; el resultado era que tenía un cuerpo con una movilidad que pocas veces se ha visto. El principal grupo de su ejército caminó veinticinco millas e hizo un ataque sobre las bien fortificadas posiciones de Gómez Palacio, el mismo día.

Más tarde, preparando su campaña sobre Torreón, introdujo una innovación desusada. Hizo notables provisiones para cuidar de sus heridos, formando con este propósito un tren hospital, con carro de operaciones, carros de camillas, artículos médicos y un cuerpo de cirujanos y enfermeras. Este Departamento Médico prestó inmediata ayuda, preparando a los heridos para ser enviados a puntos más lejanos, hacia el Norte, donde había más facilidades para su tratamiento.

Los preparativos para la campaña de Torreón imponían responsabilidades de organización y aprovisionamiento, que hasta entonces Villa no había tenido en tan gran escala. Sin embargo, les dio cima de manera práctica, demostrando tener un talento superior al que se requiere para comandar una mera brigada volante de caballería. Los hombres fueron bien alimentados, bien vestidos, bien armados, y, en su mayor parte, bien montados. No se observaba entrenamiento de maniobras, pero los hombres se mantenían en excelente disciplina.

En total, es probable que Villa es actualmente el mejor Jefe Militar de México.

"The World's Work", julio de 1914. Traducción del Ing. y Gral. Federico Cervantes M.

GRAL. FRANCISCO VILLA

Por *Alberto Morales Jiménez*

Con reverencia ciudadana, devotamente se escriben estas líneas para recordar la figura de todo un general de nuestra Revolución: Francisco Villa, nativo de un arrinconado pueblo del estado de Durango, allá por el año de 1878. Quienes creyeron que con la muerte del calumniado jefe revolucionario —20 de julio de 1923— se apagaría un fuego inextinguible, han tenido que rectificar sus falsas creencias y sus fracasados intentos de borrar lo que es inolvidable. Francisco Villa es imborrable, insepultable, inolvidable. Su figura resistió el antivillismo de dentro y de fuera.

Es hora de suprimir inútiles querellas y de buscar amparo en la obra de los grandes guías de nuestro México, como el legendario caudillo, que en Torreón y Zacatecas convirtió en realidad el triunfo de la Revolución Mexicana, al igual que Obregón en Orendáin. “La virtud del hombre no está en ser perfecto, sino en ser heroico.” Villa, hombre de carne y hueso al fin, no fue perfecto. Heroico sí, a la manera de Artigas, el soldado y ciudadano más prominente del Uruguay, que “tenía todos los defectos de la tempestad en que vivía”, pero que realizó la obra a él encomendada con la temeridad de un patriota y con la violencia propia de una época.

Para impedir la hoy madura y permanente consagración del Centauro, primero se deslizó la mentira, después la calumnia y más tarde el vituperio. Todo ello zozobró ante la reciedumbre varonilmente hermosa de este ciudadano armado de la Revolución Mexicana, que al correr de los años se transfiguraría de joven y sencillito campesino perseguido por los hacendados, en Jefe de la poderosa División del Norte, semillero de valientes que recuerdan a las chusmas libertadoras de todos los tiempos y todas las latitudes.

No es excepción que Villa fuera calificado de monstruo. El resentimiento y la mediocridad siempre acosan a los hombres singulares. Nunca la grandeza fue aquilatada por los oscuros, ni la valentía buscó cobijo entre los cobardes. A Juárez se le llamó liberticida, a Madero loco y a Villa monstruo. Y se quiso que la fama

de Villa corriera pareja con el crimen y la desolación, el vandalismo y la correría sin destino. A treinta y siete años de su sensible fallecimiento, todavía sobreviven algunos residuos de la reacción que en Villa simbolizan al prototipo de todas las maldades.

Revalorada su vida y su obra, es un luchador por excelencia, dentro de una tumultuosa y accidentada etapa mexicana. Atormentado desde su juventud primera, opta por el refugio de sus tierras norteñas y al montar en su caballo destaca cabalmente la majestad de su bravura. Diríase que cuando Villa abandona el humilde hogar de sus mayores ha comenzado la Revolución. Todo su dolor es el mismo dolor de muchos otros Panchos Villas, sufridos, azotados por las injusticias, que corajudamente esperaban el comienzo del movimiento de 1910. Así veríamos a Villa: erguido, altivo, dominador, trotando el corcel con paso triunfal por dondequiera que llevó amistad a los amigos y odio a los bribones. Lo que faltaba en él de cultura lo había ganado en patriotismo y en plena comprensión de los de abajo.

La víspera de la aparición de Madero en el campo de la lucha armada, sus agravios habían superado los límites de lo personal; representaba los agravios generales de un pueblo ofendido por prolongada dictadura. “Vivía yo, en 1894, en la hacienda de Gogojito, Municipio de Canatlán, en el Estado de Durango, y era «mediero» de los poderosos señores López Negrete. Mi hogar —cuenta Villa a uno de sus secretarios, Manuel Bauche Alcalde—, cuya jefatura ejercía desde la muerte de mi padre, estaba formado por mi madre, mis hermanas Martina y Mariana, de doce y quince años de edad, y mis hermanos Antonio e Hipólito.

“El 22 de septiembre de ese año —agrega el gran soldado norteño— había yo venido a mi casa de la labor donde trabajaba, quitándole la hierba, y al llegar se me presentó un cuadro que por sí solo bastó para hacerme comprender el brutal atentado que se pretendía consumir en la persona de mi familia; mi madre, en actitud defensiva y suplicante, abrazaba a mi hermana Martina; frente a ella se erguía imperioso don Agustín López Negrete ¡el amo!, dueño de vidas y honras de nosotros los pobres.

“Con la voz angustiada, pero resuelta, mi madre le decía al «amo» en aquellos momentos:

“—Señor, retírese usted de mi casa, ¿por qué quiere llevarse a mi hija?

“—No sea usted ingrato. . .

“Loco de furor, salí de la pieza y corrí hasta la cercana habitación de mi primo Reynaldo Franco; descolgué una pistola que

pendía de una estaca clavada en la pared, y volviéndome apresuradamente, disparé el arma sobre don Agustín a quien herí en la pierna derecha. A los gritos que daba aquel hombre pidiendo auxilio, acudieron cinco mozos armados con carabinas cuyos cañones apuntaron resueltamente.”

Villa huyó al cerro. En otros muchos lugares de la República acontecía lo mismo.

En sus iniciales incursiones es el rebelde convencido de que México requiere un cambio radical de hombres y de sistemas. Un cambio acelerado, violento, absoluto. Sabía que revolución que se detiene es revolución que fallece. Y, por saberlo, sus actitudes serían drásticas, definitivas.

Al establecer contacto con los organizadores del levantamiento armado de 1910, particularmente con Abraham González, “Ñor Abraham”, habla un idioma provinciano, pero rotundo, y al escuchar el nombre de otro calumniado e incomprometido, el nombre de Francisco I. Madero, los ojos cafés claros, con tintes ligeramente verdes, se le iluminan. Villa queda seducido por este singular coahuilense, a quien recordaría a cada latir de su corazón romántico y desolado. “Este hombre —reflexiona Villa, refiriéndose a Madero— es un rico que pelea por el bien de los pobres. Lo veo chico de cuerpo, pero creo que es muy grande su alma. Si fueran como él todos los ricos y poderosos de México nadie tendría que pelear y los sufrimientos de los pobres no existirían, pues entonces todos estaríamos cumpliendo nuestro deber” —relata Martín Luis Guzmán en una de sus celebradas obras.

Un compacto agrupamiento de fuerzas sociales aparentemente diversas, tanto por el origen de sus caudillos, como en los procedimientos adoptados, impulsó hacia adelante a la Revolución Mexicana. Sin embargo, hombres e ideas serían idénticos. Nada significarían la brusquedad de Villa y los modos refinados de Madero, si substancialmente su causa era la misma. Para juzgar a los hombres de la Revolución no debemos atenernos exclusivamente a sus divergencias, sino fundamentalmente a sus convergencias, a sus afinidades. El ideario de cada uno de ellos revela que todos coincidían en el planteamiento y solución de los problemas capitales de México. Anhelaban iguales metas, defendían similares principios.

Francisco Villa es el brazo ejecutor de la victoria de Ciudad Juárez, que determina la caída de Porfirio Díaz y el triunfo armado de la Revolución, jefaturada en ese instante por Madero. A partir de Ciudad Juárez, su genialidad guerrera sería famosa en México y

en el mundo entero. Y al escuchar su nombre, los canallas temblarían y los miedosos abandonarían el campo de batalla. El movimiento revolucionario se robustecería con la leyenda de un titán y con la mística de los oprimidos. Las bayonetas, en cierto momento de nuestra historia, son el instrumento imprescindible, más eficaz, para que el pensamiento resplandezca apoyado en instituciones custodiadas por el pueblo armado. Las carabinas villistas de Ciudad Juárez despejaron de estorbos la ruta triunfal de Francisco I. Madero.

Villa, blandiendo la espada justiciera es sencillo y en la derrota altivo. El orgullo no marearía su cabeza, ni las cortesías doblarían su columna vertebral. Madero marcha a la capital y Villa retorna a sus parajes nativos, para resurgir en la campaña contra el orozquismo. En esta etapa de su vida, concibe diáfaramente que su conducta deberá sustentarse en un conjunto de principios que interpreten la voluntad de abajo, no las veleidades de arriba.

Francisco Villa es antiimperialista porque estima que las naciones fuertes deben respetar la soberanía de los países débiles, como México. Francisco Villa es nacionalista porque ama amorosamente a México, con sus dolores y alegrías y porque en sus sueños anhela para su patria los mejores destinos. Francisco Villa es agrarista porque sabe que la riqueza preponderante de México es la tierra y que la tierra no debe estar en poder de unos cuantos favorecidos, sino en poder de los muchos que la trabajan. Francisco Villa es liberal porque intuye que los derechos naturales del hombre y de la sociedad son sagrados. Defiende el derecho de creer libremente y se opone a la imposición de dogmas de cualquier naturaleza.

Los acontecimientos de febrero de 1913 estremecen profundamente la conciencia de Francisco Villa. Asesinados Madero y Pino Suárez, cruza la frontera para enfrentarse al presente y al porvenir. Con osadía se lanza, con el coraje de siempre, sobre los traidores, seguido de sus "dorados", para restablecer el imperio de la ley, alterado por el huertismo. Nuevamente monta en su caballo. Convoca a sus valientes y, como Bolívar, "la lucha para él no tendrá otro epílogo que el triunfo". Su figura épica avasalla al pueblo, que ve en él a un auténtico cruzado por la libertad. No se fija en el peligro, "sino en la prisa con que puede ganar" una batalla. "La Adelita", "La Rielera", "Jesusita en Chihuahua", "La Cucaracha", "Tierra Blanca", llevarán alegría a las jornadas de la División del Norte. No podría entenderse al villismo sin las carrilleras terciadas y el 30-30 en alto; sin las santas mujeres, las soldaderas, que acompañaron a sus guerrilleros en el viaje de dudoso regreso, en aquellos

pintorescos convoyes militares, en cuyos techos unas voces y unas guitarras echaban al viento la melódica letra de "La Adelita".

En recuerdo de tan luminosas epopeyas, además de rendir tributo al Jefe es justo recordar a Tomás Urbina, Maclovio Herrera, Felipe Angeles, Eugenio Aguirre Benavides, Toribio Ortega, Maclovio Sánchez, Rosalío Hernández, Trinidad Rodríguez, Manuel Medinabertía, Fidel Avila, Eulogio Avalos, Nicolás Fernández, Máximo García, José Isabel Robles, Martiniano Servín, Santiago Ramos, Julio Acosta, Severino Ceniceros, Pánfilo Natera, Manuel Chao, Juan N. Medina y otros distinguidos jefes villistas.

¡Chihuahua, Avilés, Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Torreón, Ojinaga, San Pedro, Paredón, Zacatecas! Nombres esculpidos en la historia de las batallas libertadoras. Los clarines de la División del Norte repiqueteaban en los cuatro puntos cardinales al recordar estos combates que hicieron posible, en gran parte, el triunfo de los Tratados de Teoloyucan, que impusieron rendición incondicional al antiguo ejército federal. "La toma de Ciudad Juárez —afirma uno de los biógrafos del Centauro— es un remedo de la legendaria captura de Troya por los griegos; la batalla de Tierra Blanca es de corte anibaliano y la batalla de Zacatecas tiene perfiles napoleónicos."

En el desfile de la victoria del 20 de agosto se nota la lamentable ausencia del gran soldado duranguense. Las pláticas de avenimiento con Obregón no progresan. La Convención divide en lugar de unir. Quedan Carranza y Villa, frente a frente.

El diario batallar de este hombre incansable recuerda a don Vicente Guerrero, el taciturno suriano Consumador de la Independencia; a González Ortega, el vencedor de Silao y Calpulalpan. Su estirpe es selecta. Luchando por la libertad, "que es la Primavera de los pueblos", sus errores se liquidan y resaltan sus merecimientos. Jamás ensució sus manos robustas con dinero ajeno, ni la felonía empujó sus arrebatos. Fue el vendaval en etapas no propicias para el discurso y las buenas maneras. La Revolución requería de insusmisos, de inquietos, de rebeldes y en Francisco Villa se reconcentraron los recónditos sufrimientos de un pueblo que entre pólvora, griterío y tamborazos, revancha, motín y guerra, rescataría sus heredades y sus derechos.

Entender a Villa equivale a entender sus tremendos años de México. Si Villa es exponente de su época, la época también es exponente de Villa. La época lo modeló, pero él también modeló a su época. Y es éste el gran mérito de los reformadores, como él, como Juárez, como Madero, como Carranza, como Obregón, como Cár-

denas y Calles. Atacó un falso orden social, porque la riqueza estaba desigualmente distribuida y las leyes pésimamente aplicadas. Al igual que él otros hombres acudieron a la convocatoria de los planes de San Luis y Guadalupe. El torbellino los unió físicamente, a veces los desunió; quedaba, sin embargo, la esencia de la obra común y la identidad de pensamientos. Así aconteció con los paladines de la Independencia y de Ayutla: divergentes en ocasiones en la forma; unidos férreamente en el fondo.

Villa fue devoto de la amistad y del honor hizo un altar. Castigó a los delatores y llevó hasta la cumbre a los leales. Su sinceridad le condujo al fracaso y a Canutillo, su postrer retiro. En el declive solía decir: "La historia de mis sufrimientos será una grandeza para mis hermanos los mexicanos, cuando terminen las pasiones". Las horas finales le encuentran cultivando la tierra, único género de explotación permisible al hombre. Al cerrar los ojos en la celada de Parral, en sus últimas palabras recuerda a sus hermanos de raza.

"De Villa no se sabe de ninguna celada, de ningún crimen político; atacaba de frente a sus enemigos, pero, como a él no se le podía matar de igual manera, hubo de recurrir a la encrucijada. Su asesinato es su glorificación y también la mancha indeleble de los que fueron sus victimarios", asevera Puente.

Manos salvajes decapitarían más tarde el respetable cadáver de Francisco Villa. La mutilación quebrantó la unidad material del Caudillo. Como en la Resurrección bíblica, ese cráneo desvalido volverá a unirse a ese cuerpo fuerte y agresivo, para esculpirlo en bronce, montado en su brioso caballo, como queriendo otra vez revivir las hazañas eternas de Ciudad Juárez, Torreón y Zacatecas.

Hombres de la Revolución Mexicana. 50 Semblanzas Biográficas. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

LA PISTOLA DE PANCHO VILLA

Por *Martín Luis Guzmán*

Por la puerta de la habitación donde habríamos de ser recibidos, Villa se asomó de pronto a la antesala para preguntar alguna cosa a su secretario (Luis Aguirre Benavides), el cual departía con nosotros a fin de aligerarnos la espera. Empezaba septiembre y se sentía calor. Villa salió en camisa. Tenía puesto el sombrero, cosa frecuente en él cuando estaba en su oficina o en su casa. Mientras hablaba con Aguirre Benavides, su forma robusta, envuelta en caqui, se destacó con fuerza sobre la pintura blanca de la puerta. Le salían por debajo del sombrero, orlándole la frente, unos cuantos rizos medio azafranados que hacían juego con el mechón de su bigote, torpe y sin aliño. Pero al volverse a medias nada resaltó tanto en toda su figura como el enorme pistoletón que le bajaba desde la cadera hasta lo hondo de una funda holgadísima. Brillaban las cachas con el lustre de las cosas muy usadas, no con el resplandor afeminado de lo que sólo es para lucir. La culata le dibujaba en el costado una curva ancha, prolongada, semejante por sus dimensiones a la cola de los cometas fantásticos que suelen verse en los libros infantiles, a un lado y otro le corría por la cintura la fila maciza de los cartuchos, grandes hasta recordar los torpedos o dar idea de una verdadera columnata de fustes de cobre sin capitel, cortados a la mitad por la tira oscura que lo sujetaba a la canana. Debajo, las balas de acero, enormes y primorosamente pulidas, devolvía en destellos fríos la luz de las ventanas. Ante tal visión era inevitable que el sentido muscular se pusiera en juego por su cuenta y se entregara a calcular —por sí solo— la densidad, la forma, la inercia mortífera de aquellas balas de cutis fino al tacto como una caricia.

“Este hombre no existiría si no existiese la pistola —pensé—. La pistola no es sólo su útil de acción: es su instrumento fundamental, el centro de su obra y su juego, la expresión constante de su personalidad íntima, su alma hecha forma. Entre la concavidad carnosa de que es capaz su índice y la concavidad rígida del gatillo

hay una relación que establece el constante de ser a ser. Al disparar, no será la pistola quien haga fuego, sino él mismo: de sus propias entrañas ha de venir la bala cuando abandona el cañón siniestro. El y su pistola son una sola cosa. Quien cuente con lo uno contará con lo otro, y viceversa. De su pistola han nacido, y nacerán, sus amigos y sus enemigos.”

Y fue entonces, en el preciso momento de entrar a hablar con él, cuando la idea que andaba yo buscando se me presentó:

—Para acercar a Villa y Blanco —le dije al coronel Domínguez— conviene que Blanco reciba como obsequio la pistola de Villa. Si Villa la da, su movimiento será inequívoco, y Blanco, al aceptarla, entenderá lo que eso significa. De mi cuenta corre.

La gran preocupación de Villa era en aquellos días el nombramiento del Presidente Provisional. A primera vista parecía dispuesto a sostener a cualquiera, siempre que no fuese Carranza. Luego, observándolo con más atención, se le veía interesarse por algún hombre verdaderamente suyo. Su candidato era entonces el general Angeles, sobre quien, como podía suponerse, versó poco después nuestra plática. ¡Conjunción rara aquella del guerrillero casi analfabeto del todo y el supremo de nuestros técnicos militares! Villa, irresponsable, halló en Angeles, que vivía atormentado por la hiperestesia de su conciencia revolucionaria, un complemento al cual entendió. En esto —como en otras muchas cosas— fue superior a los líderes semileídos de Sonora —salvo Maytorena— y de Coahuila, los cuales odiaron y calumniaron a Angeles desde el primer momento por el simple hecho de no llegarle ni a la suela del zapato en técnica y cultura. De Sonora habría de venir la escuela de ganar batallas haciendo a fuerza de oro traidores entre el enemigo, y Angeles se hubiera dejado desollar antes que ir a supuestas victorias mediante cohechos. Angeles había sido cadete distinguido de Chapultepec y había asimilado allí una tradición pundonorosa que vale más que muchas revoluciones juntas. Su psicología en consecuencia, era contraria a la del carrancismo corruptor y a la de aquella parte del sonorismo que entonces hinchaba a don Venustiano en espera del momento oportuno para traicionarlo y darle muerte. Pero ese antagonismo perfecto entre la persona de Angeles y el grupo carrancista no lo veía Villa, o fingía no verlo.

—Angeles —le dije— vale mucho y merece mucho, pero como candidato de conciliación no es viable.

El se acaloró entonces. Interrumpió la forma misteriosa, de conciliábulo en que había venido desarrollándose nuestra conversación —sentado él muy cerca de nosotros, con los codos sobre las rodillas

y la cara entre las manos—, y se puso en pie. Hablando aún, caminó hacia la puerta, mientras nosotros lo seguíamos; de modo que los tres salimos a la antesala sin que terminara de hecho la entrevista. En la antesala estaban varios de sus subordinados y amigos más próximos, los cuales se acercaron a hablarle tan pronto como lo vieron. ¿Se había enojado? Yo tenía la impresión de que nuestros planes acababan de perecer: de que, en el último instante, los había yo desbaratado por sobra de sinceridad. No quise, con todo, darme por vencido, y resolví poner la situación a prueba.

—Lo de Lucio Blanco —le dije a Villa de repente, a quemarropa, sin preparación alguna— quedaría arreglado por completo con un mero ademán afectuoso que se le hiciese. Por ejemplo que le mandara usted, como regalo, su pistola.

Villa me miró, miró a Domínguez, y contestó con voz un poco vacilante, mientras se desabrochaba el cinturón.

—Oiga, pues eso creo que me parece bueno.

Luego, en medio de un silencio general, me entregó la pistola, con canana y todo. Al sentir yo en mis manos aquel peso, tibio aún, me estremecí, y se la pasé inmediatamente a Domínguez. No parecía sino que el contacto de la pistola me quemaba. Villa, entre tanto, agregó:

—Nomás dígame al general Blanco que la cuide, porque es pistola muy chiripera.

Pero antes de terminar la frase se llevó las dos manos a las caderas con un movimiento brusco. Se revolvió mirándonos a todos, e impulsado como por el instinto, se puso de espaldas contra la pared.

—¡A ver! —exclamó con precipitación—. ¡Déme alguien una pistola, que estoy desarmado!

El Aguila y la Serpiente. Libro Segundo. Capítulo 3, fragmento.

TEXTO DE UNA CARTA

Por *Antonio Díaz Soto y Gama*

“México, D.F., a 12 de enero de 1958.

Sr. Gral. D. Federico Cervantes.

C i u d a d .

Muy estimado y fino amigo:

Con el más vivo interés he leído, página por página y línea por línea, la interesantísima obra de Ud., titulada “Francisco Villa y la Revolución”.

La califico de interesantísima, porque en ella presenta usted con sus verdaderas y épicas dimensiones, la figura revolucionaria de Francisco Villa, el heroico vencedor de las más poderosas falanges huertistas, y a la vez, pujante brazo vengador de la Revolución.

Lo presenta Ud. con todas sus características reales y genuinas, sin ocultar sus humanas flaquezas, pero sin amenguar, tampoco, en lo mínimo, sus méritos como portentoso guerrillero y como formidable e irreductible luchador.

Pone Ud. de relieve la sinceridad y el entusiasmo que Villa demostró en la defensa y protección de los derechos de los humildes y en el sostenimiento de los principios democráticos contra toda clase de dictaduras, cualquiera que fuese el disfraz de éstas.

Aclara Ud. y lo corrobora con irrefutable documentación, que Carranza, y no Villa, fue el causante del cisma de la Revolución, y coloca Ud. en su verdadero lugar los hombres, los principios y las tendencias de la Convención Nacional Revolucionaria, que con firme decisión supo plantear la reforma obrera y la agraria.

En una palabra, sostiene Ud. con lucidez y valentía los fueros de la verdad histórica, combate usted victoriosamente sofismas, convencionalismos y calumnias, restaura Ud. reputaciones inicualemente heridas, como la de Felipe Angeles, y presta Ud. a la historia de México, el servicio de arrojar luz sobre situaciones y hechos torci-

damente interpretados, a la vez que pone Ud. las bases para que la posteridad haga la debida revalorización de las personalidades de los diversos bandos.

Por eso y por su dedicación y empeño en aclarar hechos falsos o dudosos, y en hacer acopio de documentos y de datos poco conocidos o maliciosamente ocultados, merece Ud. cordial felicitación, que no seré yo quien se la escatime.

Le desea cabal éxito en todo su viejo amigo y servidor afectísimo.

A. Díaz Soto y Gama (Rúbrica).”

BANDOLERO DIVINO

Por *José Santos Chocano*

Caes... caes... no importa, bandolero divino.
Remo, Rómulo: el crimen es a veces ritual.
Una voz, como a Pablo te llama al buen camino...
Pero ¿quién te diría: piensa mal?
Un demonio y un ángel en rebeldes porfías
disputáronse el signo de tu oculta intención,
y así, como a veces, el dudar sentirías
un trajín de cuatro alas dentro del corazón.
Loco de alegría hiciste tal aprendizaje
de tus desorbitadas artes en la lección,
que te habló deslumbrante tu espíritu salvaje.
De Hércules, asesino, de Mercurio, ladrón.
Por dentro de tus lauros con que ilustras tus sienes
la locura sacude tu poderosa crin;
tan grande en el delito como en la gloria tienes
apta al puñal la diestra y el oído al clarín.
Hijo de aguila y tigre, sientes en las entrañas
yo no sé qué delirio de metal en crisol;
agua pura que gime bajo negras montañas
o arrebol salpicado con la sangre del sol.
Sábelo: ya tu espada se siente fatigada...
sábelo: ya su entrada te cierra el porvenir.
Está bien que te obstines en esgrimir tu espada
como el ave que bate sus alas al morir.
Serpenteante caes con la caída
que en las sombras eternas desenvuelve Luzbel.
Caes... caes... mirando con desprecio la vida
y a la vez sujetándote a la frente el laurel.
Olvidar no podrías tus gloriosas locuras,
ni rendirte al acaso ni dar un paso atrás,
que cuando se desprende también de las alturas,
la piedra cae a plomo y el rayo hace zig-zags.

LEY AGRARIA DE VILLA

FRANCISCO VILLA, General en Jefe de Operaciones del Ejército Convencionista, a los habitantes de la República, hago saber:

Que en virtud de las facultades extraordinarias contenidas en el decreto de 2 de febrero del presente año, expedido en la ciudad de Aguascalientes, y de las cuales estoy investido, y

CONSIDERANDO: Que siendo la tierra en nuestro país la fuente casi única de la riqueza, la gran desigualdad en la distribución de la propiedad territorial ha producido la consecuencia de dejar a la gran mayoría de los mexicanos, a la clase jornalera, sujeta a la dependencia de la minoría de los terratenientes que impide a aquella clase el libre ejercicio de sus derechos civiles y políticos;

Que la absorción de la propiedad raíz por un grupo reducido es un obstáculo constante para la elevación de los jornales en la justa relación con la de los artículos de primera necesidad, prolonga así la precaria situación económica de los jornaleros y los imposibilita para procurar su mejoramiento intelectual y moral;

Que la concentración de la tierra en manos de una escasa minoría es causa de que permanezcan incultas grandes extensiones de terrenos y de que, la mayoría de éstos, sea el cultivo tan deficiente que la producción agrícola nacional no basta a menudo para satisfacer el consumo; y semejante estorbo a la explotación de los recursos naturales del país, redundando en perjuicio de la mayoría del pueblo;

Que la preponderancia que llega a adquirir la clase propietaria en virtud de las causales anotadas y bajo el amparo de gobiernos absolutistas favorece el desarrollo de abusos de todo género, que obligan finalmente al pueblo a remediarlos por la fuerza de las armas, haciéndose así imposible la evolución pacífica del país;

Que por estas consideraciones ha venido a ser una apremiante necesidad nacional reducir las grandes propiedades territoriales a límites justos, distribuyendo equitativamente las excedencias;

Que la satisfacción de esta necesidad ha sido una solemne pro-

mesa de la Revolución, y por tanto, debe cumplirla sin demora el Gobierno provisional emanado de ella, conciliando en lo posible los derechos de todos;

Que una reforma social como la que importa la solución del problema agrario, que no sólo afecta a todo el país sino que trascenderá a las generaciones venideras, debe realizarse bajo un plan sólido y uniforme en sus bases generales, rigiéndose por una misma ley;

Que la ley federal no debe, sin embargo, contener más que los principios generales en los que se funda la reforma agraria, dejando que los Estados, en uso de su soberanía, acomoden esas bases a sus necesidades locales, porque la variedad de los suelos y de las condiciones agronómicas de cada región requiere diversas aplicaciones particulares de aquellas bases porque las obras de reparto de tierras y de las demás que demanda el desarrollo de la agricultura sería de difícil y dilatada ejecución, si dependieran de un centro para toda la extensión del territorio nacional, y porque las cargas consiguientes a la realización del reparto de tierras deben, en justicia, reportarlas los directamente beneficiados, y quedan mejor repartidas haciéndolas recaer sobre cada región beneficiada;

Que no obstante la consideración contenida en el párrafo anterior para exonerar a la Federación del supremo deber de cuidar que en todo el territorio nacional se realice cumplidamente la reforma agraria y de legislar en aquellas materias propias de su incumbencia, según los antecedentes jurídicos del país que complementan la reforma.

En tal virtud he tenido a bien expedir la siguiente

LEY GENERAL AGRARIA

ARTICULO 1º Se considera incompatible con la paz y la prosperidad de la República, la existencia de las grandes propiedades territoriales. En consecuencia, los gobiernos de los Estados, durante los tres primeros meses de expedida esta Ley, procederán a fijar la superficie máxima de tierra que, dentro de sus respectivos territorios, pueda ser poseída por un solo dueño, y nadie podrá en lo sucesivo, seguir poseyendo ni adquirir tierras en extensión mayor a la fijada, con la única excepción que consigna el artículo 18.

ARTICULO 2º Para hacer la fijación a que se refiere el artículo anterior, el Gobierno de cada Estado tomará en consideración

la superficie de éste, la cantidad de agua para el riego, la densidad de su población, la calidad de sus tierras, las extensiones actualmente cultivadas y todos los demás elementos que sirven para determinar el límite más allá del cual la gran propiedad llega a constituir una amenaza para la estabilidad de las instituciones y para el equilibrio social.

ARTICULO 3° Se declara de utilidad pública el fraccionamiento de las grandes propiedades territoriales en la porción excedente del límite que se fije, conforme a los artículos anteriores. Los Gobiernos de los Estados expropiarán, mediante indemnización, dicho excedente, en todo o en parte, según las necesidades locales. Si sólo hiciere la expropiación parcialmente, el resto de la porción excedente deberá ser fraccionada por el mismo dueño con arreglo a lo prescrito en el inciso IV artículo 12 de esta Ley. Si este fraccionamiento no quedara concluido en el plazo de tres años, las tierras no fraccionadas continuarán sujetas a la expropiación decretada por la presente Ley.

ARTICULO 4° Se expropiarán también los terrenos circundantes de los pueblos de indígenas en la extensión necesaria para repartirlos en pequeños lotes entre los habitantes de los mismos pueblos que estén en aptitud de adquirir aquéllos según las disposiciones de las leyes locales.

ARTICULO 5° Se declara igualmente de utilidad pública la expropiación de los terrenos necesarios para fundación de poblados en los lugares en que se hubiere congregado o llegado a congregarse permanentemente en número tal de familias de labradores que sea conveniente, a juicio del gobierno local, la erección del pueblo; y para la ejecución de obras que interesan al desarrollo de la agricultura parcelaria y de las vías rurales de comunicación.

ARTICULO 6° Serán expropiadas las aguas de manantiales, presas y de cualquiera otra procedencia, en la cantidad que no pudiere aprovechar el dueño de la finca a que pertenezcan, siempre que esas aguas pudieran ser aprovechadas en otra. Si el dueño de ellas no las utilizare, pudiendo hacerlo, se le señalará un término para que las aproveche, bajo de la pena de que si no lo hiciere, quedarán dichas aguas sujetas a expropiación.

ARTICULO 7° La expropiación parcial de tierras comprenderá, proporcionalmente, los derechos reales anexos a los inmuebles expropiados, y también la parte proporcional de muebles, aperos, máquinas y demás accesorios que se necesitan para el cultivo de la porción expropiada.

ARTICULO 8º Los Gobiernos de los Estados expedirán las leyes reglamentarias de la expropiación que autoriza la presente y quedará a su cargo el pago de las indemnizaciones correspondientes. El valor de los bienes expropiados, salvo el caso de convenio con el propietario, será fijado por peritos nombrados uno por cada parte y un tercero para caso de discordia. Este será designado por los primeros peritos y si no se pusieren de acuerdo por el Juez local de primera instancia. En todo caso en que sea necesario ocurrir al tercer perito, se fijará el valor definitivo de los bienes expropiados, tomando la tercera parte de la suma de los valores asignados, respectivamente, por los tres valuadores.

ARTICULO 9º Si la finca en que se verifique la expropiación reportare hipotecas u otros gravámenes, la porción expropiada quedará libre de ellos mediante el pago que se hará al acreedor o acreedores de la parte del crédito que afectare a dicha porción, proporcionalmente, y en la forma en que se haga el pago al dueño. Si hubiere desacuerdo acerca de la proporcionalidad de la cancelación, depositándose el importe del crédito impugnado.

ARTICULO 10. Se autoriza a los Gobiernos de los Estados para crear deudas locales en la cantidad estrictamente indispensable para verificar las expropiaciones y sufragar los gastos de los fraccionamientos a que se refiere esta Ley, previa aprobación de los proyectos respectivos por la Secretaría de Hacienda.

ARTICULO 11. Los Gobiernos de los Estados no pueden decretar la expropiación de las propiedades objeto de esta Ley, ni tomar posesión de los terrenos expropiados, sin que antes se hubiere pagado la indemnización correspondiente en la forma que disponga la ley local; pero podrán decretar las providencias convenientes para asegurar los muebles necesarios de que habla el artículo 7º. Los dueños de las fincas que puedan considerarse comprendidos en esta Ley, tendrán obligación de permitir la práctica de los reconocimientos periciales necesarios para los efectos de la misma Ley.

ARTICULO 12. Las tierras expropiadas en virtud de esta Ley se fraccionarán inmediatamente en lotes que serán enajenados a los precios de costo además de gastos de apeo, deslinde y fraccionamiento, más un aumento de diez por ciento que se reservará a la Federación para formar un fondo destinado a la creación del crédito agrícola del país.

Compete a los Estados dictar las leyes que deben regir los fraccionamientos y las adjudicaciones locales, pero al hacerlo no podrán apartarse de las bases siguientes:

I. Las enajenaciones se harán siempre a título oneroso, con los plazos y condiciones de pago más favorables para los adquirentes en relación con las obligaciones que pesen sobre el Estado a consecuencia de la deuda de que habla el artículo 10.

II. No se enajenará a ninguna persona una porción de tierra mayor de la que garantice cultivar.

III. Las enajenaciones quedarán sin efecto si el adquirente dejare de cultivar sin causa justa durante dos años la totalidad de la tierra cultivable que se le hubiera adjudicado; y serán reducidas si dejare de cultivar toda la tierra laborable comprendida en la adjudicación.

IV. La extensión de los lotes en que se divida un terreno expropiado no excederá en ningún caso de la mitad del límite que se asigne a la gran propiedad en cumplimiento del artículo 1º de esta Ley.

V. Los terrenos que se expropian conforme a lo dispuesto en el artículo 4º se fraccionarán precisamente en parcelas cuya extensión no exceda de veinticinco hectáreas y se adjudicarán a los vecinos de los pueblos.

VI. En los terrenos que se fraccionen en parcelas se dejarán para el goce común de los parcelarios, los bosques, agostaderos y abrevaderos necesarios.

ARTICULO 13. Los terrenos contiguos a los pueblos que hubieren sido cercenados de éstos a título de demasías, excedencias o bajo cualquiera otra denominación y que habiendo sido deslindados no hubieren salido del dominio del Gobierno Federal, serán fraccionados desde luego en la forma que indica el inciso V del artículo anterior.

ARTICULO 14. Los Gobiernos de los Estados modificarán las leyes locales sobre aparcería en el sentido de asegurar los derechos de los aparceros en el caso de que los propietarios abandonen el cultivo de las labores o de que aquéllos transfieran sus derechos a un tercero. Los aparceros tendrán en todo caso, el derecho de ser preferidos en la adjudicación de los terrenos que se fraccionen conforme a esta Ley o por los propietarios respecto de las parcelas que hubieren cultivado por más de un año.

ARTICULO 15. Se declaran de jurisdicción de los Estados las aguas fluviales de carácter no permanente, que no formen parte de límites con un país vecino o entre los Estados mismos.

ARTICULO 16. Los Gobiernos de los Estados al expedir las leyes reglamentarias de la presente, decretarán un revalúo fiscal extraordinario de todas las fincas rústicas de sus respectivos territo-

rios y se tomarán como base de los nuevos avalúos el valor comercial de las tierras, según su calidad, sin gravar las mejoras debidas al esfuerzo del labrador. Sólo quedarán exentos del impuesto los predios cuyo valor resulte inferior a quinientos pesos oro mexicano.

ARTICULO 17. Los Gobiernos de los Estados expedirán leyes para constituir y proteger el patrimonio familiar sobre las bases de que éste sea inalienable, que no podrá gravarse ni estará sujeto a embargo. La transcripción en el Registro Público de la Propiedad del certificado de defunción del jefe de la familia y de su testamento o en caso de intestado de los certificados que acrediten el parentesco. Se considerará parte integrante del patrimonio familiar todo lote de veinticinco hectáreas o menos, adquirido en virtud de los fraccionamientos que ordena esta Ley.

ARTICULO 18. El Gobierno Federal podrá autorizar la posesión actual o adquisición posterior de tierras en cantidad mayor que la adoptada como límite según el artículo 1º en favor de empresas agrícolas que tengan por objeto el desarrollo de una región, siempre que tales empresas tengan carácter de mexicanas y que las tierras y aguas se destinen al fraccionamiento ulterior de un plazo que no exceda de seis años. Para conceder tales autorizaciones se oír al Gobierno del Estado al que pertenezcan las tierras de que se trate, y a los particulares que manifiesten tener interés contrario a la autorización.

ARTICULO 19. La Federación expedirá las leyes sobre crédito agrícola, colonización y vías generales de comunicación y todas las demás complementarias del problema nacional agrario. Decretará la exención del Impuesto del Timbre a los títulos que acrediten la propiedad de las parcelas a que se refiere esta Ley.

ARTICULO 20. Serán nulas todas las operaciones de enajenación y de fraccionamientos que verifiquen los Estados contraviniendo las bases generales establecidas por esta Ley. Cuando la infracción perjudique a un particular dicha nulidad será decretada por los tribunales federales en la vía procedente conforme a la ley de administración de Justicia del orden federal.

Dado en la ciudad de León, Gto., a los veinticuatro días del mes de mayo de 1915. FRANCISCO VILLA. Al C. Lic. Francisco Escudero, Encargado del Departamento de Hacienda y Fomento. Chihuahua.”

Tomado del periódico “Nueva Vida”, órgano de la División del Norte, publicado en Chihuahua en junio de 1915 y recopilado por el Ing. Federico Cervantes en su libro “Francisco Villa y la Revolución”.

LA OTRA REVOLUCION

(VILLA)

Por *Arnaldo Córdoba*

En el norte de México, Francisco Villa, esa “extraña mezcla de bandido, dictador y reformador social” (A. Díaz Soto y Gama), encarna el otro aspecto de la tragedia del campesinado mexicano durante la Revolución. Una necesidad profunda de tierras para los pobres del campo, una fuerza natural desencadenada y una vaga utopía del México futuro, constituyen el ser y el ideal villista. De raíces seculares, aun cuando más frescas y jóvenes, quizá, que las del zapatismo, las necesidades expresadas por el villismo no se limitan a la exigencia de tierras, aunque de esta exigencia partan todas las demás. Como lo ha señalado François Chevalier, entre los humildes rancheros, aparceros y peones del norte... Pancho Villa polarizó las aspiraciones a la independencia económica y municipal que se remontaban hasta el siglo XVIII y que en términos generales no habían sido satisfechas.

La organización de la riqueza y del trabajo en el norte, desde más de un siglo antes, había girado en torno a la constitución de grandes latifundios que absorbían de modo global la vida de todos los hombres y aun de los pueblos y ciudades que en ellos o junto a ellos se iban formando. Las explosiones sociales que desde el principio se dieron en aquellas lejanas y apartadas latitudes tuvieron esta base. Como en otras partes, esta situación tendió a agravarse en los años del porfirismo con la aplicación de leyes de colonización de baldíos, que dio lugar a injusticias sin medida entre los sectores más desvalidos de pequeños propietarios y aparceros. En el norte, justamente, se localizaban, al comenzar el siglo, las propiedades mayores de toda la República. Sólo Terrazas en Chihuahua poseía 7 millones de hectáreas, lo que hacía que dijera, cuando se le preguntaba si era de Chihuahua, que Chihuahua era suyo. También en el norte, como en pocos otros lugares, el poderío de los grandes latifundistas no conocía freno ni medida y ese poderío se ejercía en primer término sobre aquellos que les estaban más cercanos, los peones y los aparceros.

Villa nació peón y en cuanto tal se hizo rebelde, víctima de la violencia que sobre él y los suyos ejercía un hacendado de Durango. Mientras no fue una figura nacional, Pancho Villa fue un bandolero, un “bandido generoso”, de los que la leyenda popular ha consagrado, que vengaban al pueblo, robando y destruyendo las haciendas y los ganados de los ricos para dar a los pobres. Por esto mismo, sin duda, Villa entró en la historia, al frente de su poderosa y legendaria División del Norte, como uno de los héroes populares más temidos, odiados y vilipendiados, aquél respecto a quien más tardaron en apaciguarse los ánimos, al grado de que aún hoy se le sigue tratando nada más como a un delincuente. Pero lo importante, en verdad, es que, antiguo peón y combatiente, a su modo, como bandolero, del poder de los hacendados, Villa no podía sino pensar que el problema fundamental de México era el de la tierra.

“Pero Villa, siendo peón y sintiéndose tal —escribía en 1914 John Reed— más que pensar conscientemente que la verdadera causa de la revolución es la cuestión de la tierra, ha obrado con prontitud característica y sin rodeos. Tan pronto como hubo concluido los detalles del gobierno del Estado de Chihuahua y designado a Chao su gobernador provisional, lanzó una proclama concediendo 25 hectáreas de las tierras confiscadas a cada ciudadano varón en el Estado, declarando dichas tierras manejables por cualquier causa por un período de diez años. Lo mismo sucedió en el Estado de Durango.”

Su propia experiencia de explotado y perseguido, lo había llevado a profesar un odio generalizado por los ricos: “Los ricos han sido para él sus enemigos y los enemigos de su clase. Sobre casi todos quisiera ejercer su justicia tremenda, justicia de exterminio y de venganza implacable” (Ramón Puente). Pero entre los ricos, Villa odiaba más que a ninguno a los españoles, los “gachupines”, a quienes hacía prácticamente responsables de todas las desgracias nacionales. Y en la condenación de los ricos y de los extranjeros iba una aceptación clara de los pobres que simplemente no se cuestionaba; a los extranjeros expulsados de Chihuahua diría: “Estas son las últimas palabras que llevan ustedes a su gente. Ya no habrá más palacios en México. Las tortillas de los pobres son mejores que el pan de los ricos” (John Reed). Sin abandonar los palacios, otros, años después, iban a decir lo mismo. Pero el problema de la tierra no fue, en Villa, un mero resultado de su odio hacia los ricos o los españoles. En ello el papel más importante lo jugó la presencia de su misma tropa, salida de los niveles más bajos de la vida social.

En efecto, antes de que Villa agregara a sus propias ideas el programa agrario de los zapatistas, en la Convención Revolucionaria

ría, para él, dar un pedazo de tierra a los campesinos pobres, significaba darlo, ante todo, a sus soldados, como que eran quienes habían luchado por ella. Pero él jamás vio a sus soldados como algo diferente del pueblo, eran el pueblo mismo. De ninguna manera fue Villa un militarista. Pensaba en dar la tierra a sus soldados porque eran pobres, pero, lo que es más importante, Villa en el fondo quería ver un soldado en cada pobre, listo y en condiciones de defenderse: "Nuestro pueblo nunca ha tenido justicia —dijo a Zapata en Xochimilco— ni siquiera libertad. Todos los terrenos principales los tienen los ricos, y él, el pobrecito encuerado, trabajando de sol a sol. Yo creo que en lo sucesivo va a ser otra vida, y si no, no dejamos estos máuseres que tenemos".

Si el sueño de Zapata se cifraba en devolver sus tierras a los campesinos de Morelos, profundamente arraigados en sus pueblos, el de Villa era dar tierra a los desarraigados del norte, que sin dejar de ser soldados le confirieran un nuevo sentido a la patria, como él la concebía: "Cuando se establezca la nueva República —declaró a John Reed—, en México ya no habrá ejército. Los ejércitos son el sostén de la tiranía. No puede haber dictador sin ejército. Pondremos a trabajar al ejército. En todas partes de la República estableceremos colonias militares, compuestas por los veteranos de la revolución. El Estado les garantizará tierras agrícolas y establecerá grandes empresas industriales para darles ocupación, trabajarán tres días a la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que pelear y sólo el trabajo honrado hace buenos ciudadanos. En los otros tres días recibirán instrucción militar, e irán a enseñar a todo el pueblo a pelear. Entonces, cuando la patria sea invadida, únicamente con tomar el teléfono desde el Palacio Nacional en la ciudad de México, en mediodía se levantará todo el pueblo mexicano desde sus campos y sus fábricas, bien armado, equipado y organizado para defender a sus hijos y sus hogares. Mi ambición es vivir mi vida en una de esas colonias militares, entre mis compañeros a quienes quiero, que han sufrido tanto y tan hondo conmigo. Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica para curtir cueros, donde pudiéramos hacer buenas sillas y frenos, porque sé como hacerlos; el resto del tiempo desearía trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y sembrando maíz. Sería magnífico, yo creo, ayudar a hacer de México un lugar feliz".

Al igual que Zapata, ni Villa ni los suyos fueron colectivistas. Pero Villa mantuvo posiciones más individualistas que Zapata. Para Villa el problema agrario no era un problema de pueblos o de comunidades, como para Zapata, ni siquiera, como también para los zapatistas, a manera de un trámite para llegar a establecer la

pequeña propiedad; para Villa, el problema agrario era el problema de la pequeña propiedad. La misma adopción del Plan de Ayala se interpretaba sobre esta base y constituyó siempre el verdadero puente de unión entre el zapatismo y el villismo, ese mismo puente que el punto 7° de aquel plan había hecho posible. Ya durante 1914 y principios de 1915, las publicaciones villistas se habían encargado de forjar un verdadero cuerpo de doctrina en torno a la adopción del ideal de la pequeña propiedad como principio rector del villismo. Proyectos de leyes, decretos, sus exposiciones de motivos, ensayos y artículos publicados en el "Periódico Oficial del Estado de Chihuahua" y en el órgano de la División del Norte, "Vida Nueva", fueron precisando los elementos esenciales del pensamiento agrario villista. La propiedad agraria se declaró asunto de utilidad pública, estableciéndose un límite, que casi siempre se fijó en 25 hectáreas, para la pequeña propiedad; se legitimó la expropiación, por causa de utilidad pública, mediando la indemnización de los antiguos propietarios, y siempre y cuando no se tratara de terrenos inútiles para el cultivo o fuesen aprovechados y explotados por sus dueños (lo que recuerda a Orozco en sus batallas contra la gran propiedad que quedaba ociosa); se establecía el principio de parcelación de los terrenos expropiados y de su adjudicación mediante pago con facilidades y a largo plazo (algo que, en su carta de 4 de septiembre de 1914 a don Atenor Sala, ya Emiliano Zapata rechazaba por completo y que hizo enfrentarse zapatistas y villistas en el seno de la Convención) y se protegía el patrimonio familiar fijando su haber mínimo.

En mayo de 1915, mientras se desarrollaba furiosamente la lucha entre la División del Norte y el ejército constitucionalista al mando de Obregón, el general Villa en su calidad de jefe de operaciones de las fuerzas armadas de la Convención Revolucionaria, expidió en la ciudad de León, Guanajuato, una Ley General Agraria, que el último y el más importante documento que en materia agraria explica el pensamiento del villismo. La Ley reproduce y precisa conceptos y principios que los villistas habían dado a conocer desde los meses de la lucha contra Huerta. En sus considerandos se afirma que en nuestro país la tierra es "la fuente casi única de la riqueza", por lo que "la gran desigualdad en la distribución de la propiedad territorial ha producido la consecuencia de dejar a la gran mayoría de los mexicanos, a la clase jornalera, sujeta a la dependencia de la minoría de los terratenientes, dependencia que impide a aquella clase el libre ejercicio de sus derechos civiles y políticos"; la absorción de la propiedad raíz obstaculiza la elevación de los jornales, es la causa de que grandes extensiones de terrenos permanezcan

incultos o de que su cultivo sea deficiente y, bajo el amparo de gobiernos absolutistas, es fuente de todo género de abusos.

Por ello, "se considera incompatible con la paz y la prosperidad de la República la existencia de las grandes propiedades territoriales", encomendándose a los gobiernos de los Estados que en los tres meses siguientes a la expedición de la Ley procedan a fijar un máximo a la propiedad de la tierra (artículo 1°), tomando en cuenta la extensión de aquella y las condiciones de su superficie (artículo 2°). Se declara de utilidad pública el fraccionamiento de las grandes superficies territoriales en la porción excedente del límite fijado, mediante indemnización (artículo 3°); junto con los terrenos expropiados debían seguir el mismo camino los bienes muebles y accesorios para su cultivo (artículo 7°). Si se trataba de una finca afectada por hipoteca u otros gravámenes, éstos se pagarían con el monto de la indemnización (artículo 9°); en todo caso, siguiendo una tradición del pensamiento agrario villista, se determina que para ocupar un terreno expropiado debe pagarse primero la indemnización (artículo 11). El artículo dispone: "Las tierras expropiadas en virtud de esta Ley se fraccionarán inmediatamente en lotes que serán enajenados a los precios de costo además de gastos de apeo, deslinde y fraccionamiento, más un aumento de diez por ciento que se reservará a la Federación para formar un fondo destinado a la creación del crédito agrícola del país"; para conservar la propiedad de las tierras adjudicadas, aparte la necesidad de pagarlas, se establece la obligación de cultivarlas. El artículo 15 protege los derechos de los aparceros. El artículo 16 dispone para los Estados la realización de revalúo extraordinario de todas las fincas rústicas, con base en su valor comercial, y exceptúa del impuesto a predios con un valor inferior a los 500 pesos oro. El artículo 17 dispone la protección del patrimonio familiar y su transmisión por herencia. El artículo 18 establece una excepción en materia de expropiación para empresas agrícolas, mexicanas, que tengan por objeto el desarrollo de una región.

La Ley Agraria de Villa, es en especial notable en dos puntos esenciales, también éstos ya afirmados desde entonces, y que son: la reducción de la propiedad de los pueblos a propiedad individual y la declaración de los Estados de los asuntos legislativos y administrativos de la cuestión agraria. Con relación al primer punto, el artículo 4° establece: "Se expropiarán también los terrenos circundantes de los pueblos de indígenas en la extensión necesaria para repartirlos en pequeños lotes entre los habitantes de los mismos pueblos que estén en aptitud de adquirir aquéllos, según las disposiciones de las leyes locales"; la fracción V del artículo 12 establece que esos

terrenos “se fraccionarán precisamente en parcelas cuya extensión no exceda de veinticinco hectáreas y se adjudicarán solamente a los vecinos de los pueblos”, mientras que la fracción VI del mismo artículo determina que, “en los terrenos que se fraccionen en parcelas se dejarán para el goce común de los parcelarios los bosques, agostaderos y abrevaderos necesarios”. Según el artículo 13, en fin, los terrenos contiguos a los pueblos aún bajo el dominio federal, se fraccionarán de inmediato de acuerdo con la fracción V del artículo 12 citado. En realidad, entre el villismo y zapatismo la gran diferencia radica exclusivamente en el acento puesto por el primero en la formación, consolidación y protección de la pequeña propiedad.

El segundo punto, la delegación en las autoridades estatales de la legislación y la administración de la cuestión agraria, es todavía más importante en el aspecto político. En su octavo considerando, la ley de Villa, reproduciendo también un principio de autonomía de que tan celoso se había mostrado en Chihuahua, afirma que: “la Ley Federal no debe. . . contener más que los principios generales en los que se funda la reforma agraria dejando que los Estados, en uso de su soberanía, acomoden esas bases a sus necesidades locales; porque la variedad de los suelos y las condiciones agronómicas de cada región requieren diversas aplicaciones particulares de aquellas bases, porque las obras de reparto de tierras y de las demás que demanda el desarrollo de la agricultura serían de difícil y dilatada ejecución si dependieran de un centro para toda la extensión del territorio nacional; y porque las cargas consiguientes a la realización del reparto de tierras deben, en justicia, reportarlas los directamente beneficiados y quedan mejor repartidas haciéndolas recaer sobre cada región beneficiada”.

El artículo 8º, por su parte, establece que los gobiernos de los Estados expedirán las leyes reglamentarias de la expropiación y deja a su cargo el pago de las indemnizaciones correspondientes; para esto último, el artículo 10 los autoriza a crear deudas locales, previa aprobación que de los proyectos haga la Secretaría de Hacienda. Tampoco en este punto es difícil discernir los verdaderos motivos de la Ley: se trata con toda evidencia de reivindicar las autonomías locales, y esto, justamente, en la raíz misma, en la libertad que deben tener los Estados para resolver los problemas sociales. No bastaba que se diera la tierra a los campesinos: para defenderla éstos tenían necesidad de estar armados, en sus colonias agrícolas militares, una forma de autodefensa popular en la que se combinaba el fusil con la tenencia de la tierra; sino que además, se hacía vital la autonomía de los Estados, sobre todo y no era poco, para mantener alejadas a la

fuerza militar federal e impedir la influencia de los políticos y el coyotaje de abogados y tinterillos, a quienes no había reforma social que resistiera.

Se ha dicho mucho que el rompimiento de Villa con Carranza obedeció a una vulgar pugna por el poder. Naturalmente que tanta bajeza, de ser así las cosas, es sólo a Villa a quien se atribuye. Pero fuera de estos falsos rumores, que no han ayudado más que a cubrir de fango la verdadera naturaleza del villismo y a enturbiar su conocimiento, lo real fue una continua pugna por limitar el poder de Villa y, sobre todo, por limitar el alcance de las demandas villistas. El 3 de septiembre de 1914, el general Villa y el general Obregón, para subsanar las diferencias del primero con Carranza, proponían en un pliego conjunto enviado desde Chihuahua, una serie de medidas en ocho incisos que comprendían el inmediato nombramiento de Carranza como presidente interino, a fin de que se reorganizaran mediante elecciones todos los poderes federales, estatales y municipales; y en un noveno inciso estipulaban lo siguiente: "Los gobernadores interinos de los Estados, inmediatamente que entren a desempeñar sus funciones, nombrarán una junta, que tendrá su residencia en la capital del Estado y será compuesta de un representante por cada Distrito, a fin de que estudie el problema agrario y forme un proyecto que se remitirá al Congreso del Estado, para su sanción legal.

En el manifiesto de septiembre de 1914, en el que proclama su rompimiento con Carranza, Villa exige la separación del primero de la jefatura del Ejército Constitucionalista, manifestando que ni él ni ninguno de los generales de la División del Norte ambicionan ni aceptarán la presidencia; al efecto, propone que los generales con mando de tropas designen: "... una persona civil que, con el carácter de Presidente Interino de la República, convoque desde luego a elecciones para establecer el orden constitucional e inicie las reformas economicosociales que la Revolución exige".

En el fondo, Villa no hacía más que seguir los puntos acordados con Obregón el 3 de septiembre, y ello era absolutamente coherente con las exigencias de autonomía local que desde Chihuahua venía preconizando. Nada más lejano de la verdad que el pretendido deseo de Villa de apoderarse del Estado. El nunca renunció a las demandas elementales, pero esenciales, que en el terreno económico y social sostenían los revolucionarios de Chihuahua.

Y sin embargo, fueron los mismos "políticos", aquellos que efectivamente se habían planteado la lucha por el poder del Estado, quienes se encargaron de desprestigiar a Villa, tildándolo de "político" y,

lo que es más, de “reaccionario”, pues, según señalaban, había abandonado la bandera de las reformas sociales, para perseguir el simple dominio político. Días después de publicado el manifiesto villista, don Luis Cabrera afirmaba en el seno de la Soberana Convención Revolucionaria: “Las aspiraciones de México, tales como se contienen en este manifiesto, son muy mezquinas. Las grandes necesidades de nuestro país, no son políticas; la política no es más que un medio. Las necesidades de nuestra patria son más hondas: las necesidades de nuestra patria en política no son esencialmente constitucionales y democráticas en estos instantes. Este manifiesto del general Villa, que es la clave, que es el resumen de las ideas que predominan en la División del Norte, os pide única y exclusivamente que restablezcáis a toda prisa el orden constitucional. Vais, pues, a enfrentaros con un grupo de hombres que tiene por bandera el restablecimiento de la Constitución; un grupo de hombres que no quiere reformas, si no es después de restablecida la Constitución y, oídlo bien, un grupo de hombres que quiere por Presidente de la República a un civil, para poderlo manejar”.

Diez meses después del discurso de Cabrera, Villa había sido destrozado militarmente por los ejércitos carrancistas. De sus exigencias agrarias y sus sueños sobre las autonomías locales y las colonias agrícolas militares no quedó ni el recuerdo, ahogados en la instauración de un nuevo Estado nacional y en la proclamación constitucional de las reformas sociales. Ese nuevo Estado hallaría suficiente vitalidad como para demostrar, con la reforma agraria, que el ideal de la pequeña propiedad rural no era sino un trasmochado proyecto reaccionario. Al legendario Centauro del Norte no se le reconocería, pues, más mérito que el de haber sido un bandolero brutal, asesino y arbitrario, mientras Zapata era elevado a la calidad de héroe nacional y se decretaba el divorcio entre los jefes de los ejércitos campesinos, como entre el ángel y el demonio de una misma causa, la lucha por la tierra.

Capítulo III, fragmento. La Ideología de la Revolución Mexicana.

VILLA Y LA REVOLUCION

Por *Martín Luis Guzmán*

Hace exactamente medio siglo, el día 20 de julio de 1923, y, minutos más, minutos menos, a esta misma hora, el pueblo de México se conmovió del uno al otro extremo del país, y de sus clases sociales más humildes hasta las más encumbradas, con la noticia, apenas creíble en aquel momento, de que Francisco Villa, supremo caudillo militar de la Revolución, acababa de ser asesinado a mansalva en la ciudad de Parral. Dentro del automóvil que él mismo conducía, lo había acribillado a tiros —recibió nueve balazos— un grupo de quince esbirros que le dispararon parapetados y ocultos dentro de una casa. Villa vivía retirado ya de las luchas armadas y de las luchas políticas, inseparables entonces entre nosotros los mexicanos.

El México de aquella fecha no era el de hoy. Salido apenas de la contienda revolucionaria, y todavía dentro de la violencia armada con que unas a otras se combatían las pasiones heredadas del triunfo, sólo participaban en la vida pública y estaban atentos a ella, los componentes de las banderías mismas. Pero, aún vuelto así de espaldas a la política, el México de entonces se sentía ya, íntegro, dentro de la corriente hija del impulso revolucionario. Por eso el asesinato de Pancho Villa, caudillo ya histórico y legendario entonces, produjo tanta sorpresa, como consternación e indignación. En la ciudad de México hubo periódico cuya edición extra, publicada a media mañana, siguió vendiéndose, porque se la buscaba con avidez, hasta más allá de la medianoche. Para el ánimo público no sólo habían asesinado al gran protagonista militar de la Revolución, sino que había acontecido mucho más. Se había atentado contra el símbolo, hecho hombre, de la suma de inconformidades nacionales generadora del alzamiento popular, y contra la voluntad popular, personificada en Villa, de llevar la Revolución, hasta el fin.

YO PROTEJO LA REVOLUCION

Hay una anécdota que ilustra esto último con rasgos inseparables del carácter de Pancho Villa y de su fe en el destino que él cumpliría. Después de triunfar en Ojinaga, volvía a Chihuahua en automóvil, acompañado de Raúl Madero, Rodolfo Fierro, Luis Aguirre Benavides y el chofer. Al atravesar la sierra en la noche del primer día de viaje, se sentía caer, cual si viniera de las estrellas, el frío de la helada. Dijo Fierro de pronto:

“Está bien que nosotros vengamos en este viaje, mi general, pero usted no.”

Le preguntó Villa:

“Y yo, ¿por qué no?”

Le contestó Fierro:

“Porque ésta es comarca de muchos colorados, mi general, los cuales acaso busquen darnos una sorpresa; y entonces, sin poder nosotros defendernos dentro de esta caja, moriríamos, y la muerte de usted sería muy grande pérdida para la Revolución.”

Villa reflexionó entonces:

“Este hombre, que nunca mira peligros para él, porque su valor no los conoce, viene pensando ahora en los peligros que yo corro, y se angustia por lo que mi vida vale y por lo que sería mi muerte.”

Y deseoso de tranquilizar a Fierro, repuso inmediatamente:

“No, amigo; a mí no me matará nadie mientras nuestra Revolución no triunfe. Yo protejo la Revolución, y como la Revolución es del pueblo, Dios, que tiene fuerza para gobernar los astros que nos alumbran, también la tiene para protegerme a mí. No se aflija, y nomás mire las estrellas.”

En la actitud con que la nación entera recibió la noticia del asesinato de Villa, se traducía, descontando la fama del guerrero genial, todo lo que lo configuraba como el caudillo cabalmente representativo de la rebeldía de nuestras gentes más pobres y abandonadas, más silenciosas, más humildes.

Francisco Villa nació y creció en medio de la miseria inseparable de los campesinos que labraban la tierra para beneficio de los grandes hacendados del régimen político y social imperante entonces en México. Francisco Villa no fue nunca a la escuela ni supo, niño, que las escuelas existiesen; rodeado de inmensa soledad, medio aprendería a leer y mal escribir cuando, muy distante ya su adolescencia, huía oculto de monte en monte por lo alto de las serranías del Estado de Durango. Francisco Villa, muchacho aún, tuvo que recurrir a la

ilegalidad justiciera para enfrentarse a los atropellos con que los poderosos terratenientes de aquella época, validos de la falsa legalidad, mancillaban a los miserables, y los explotaban y vejaban. Francisco Villa, perseguido y amenazado de muerte por los destacamentos rurales y las acordadas, tropa a quien se encargaba mantener el orden de la sumisión, el orden de la explotación, anduvo años y años defendiéndose a balazos desde lo más abrupto de las quebradas de la sierra y entre lo más espeso de los bosques, para salvar su vida, la vida que el régimen de la injusticia desenfrenada le quería quitar; y peleando así, ya solo, ya unido a los abigeos y salteadores que podían ayudarlo a protegerse, se mantuvo en pie, vencedor siempre de quienes lo perseguían y acosaban.

Pero ni el joven Francisco Villa, ni el Francisco Villa adulto, quería vivir de aquella manera; anhelaba ganarse el sustento y la tranquilidad como cualquier hombre de bien. Trató de ser obrero, esconderse para trabajar en los túneles de las minas; su desamparo no se lo permitió. Quiso ser artesano, convertirse en albañil: la legalidad de la ilegalidad que lo acorralaba se lo impidió. Quiso ser pequeño industrial, poner una curtiduría: la justicia de la injusticia se lo estorbó. Intentó ser pequeño comerciante, tener una carnicería: el acaparamiento y la persecución armada no se lo consintieron. Y de este modo, sorteando la adversidad que por doquiera le salía al paso, Villa hubo de luchar quince o dieciséis años en busca de un rescqueo para escapar, para librarse de la guerra, inhumana y sin cuartel, a que lo había empujado su infortunio. Sin embargo, pese a lo tremendo de tan largo periodo, cada día fue más y más inquebrantable su voluntad de sobrevivir, más y más arraigada la esperanza de que en algún momento, alguna puerta le franquearía el paso a otra vida bien distinta de la que hasta entonces había venido haciendo; hacia la vida, ajena a lo injusto y lo inicuo, para lo cual sentía y quería él haber nacido.

UN HOMBRE FORJADO A GOLPES

¿El ansiado momento llegaría al fin? Tenía que llegar. Llegó en 1910, al conocer Francisco Villa a don Abraham González, patriota sincero y limpio; y llegó en circunstancias tan prometedoras que jamás las hubiera él soñado. Porque de súbito, Villa descubrió entonces que lo llamaba el camino donde pondría al servicio de su pueblo, de sus "hermanos de raza", como él les decía, el sedimento de todas las amarguras, de todas las congojas, de todos los rencores, y el temple

de todos los sufrimientos que habían hecho de él lo que ya era: un hombre forjado a golpes con el dolor y la desventura, por golpes estrujantes y fatales, que ahora se convertirían en lo mucho que podía él hacer batallando ya no para salvarse, ya no sólo por seguir viviendo, sino para dar rumbo menos cruel, más justiciero, a las duras realidades que lo habían cercado desde la cuna. De ahí que refiriese cómo en la madrugada del 18 de noviembre de 1910, al dejar atrás, él y sus primeros quince compañeros, las calles de Chihuahua, le brotaron las lágrimas, y cómo desde la noche en que había visto desde lejos, sin poder acercarse, la casa donde velaban el cadáver de su madre, nunca le habían venido tantas ganas de llorar. “Y es lo cierto —añadía— que con trabajo acallaba yo unos gritos que me subían hasta la garganta. Porque hubiera querido gritar para que mis compañeros me contestaran: ¡Viva el bien de los pobres! ¡Viva don Abraham González! ¡Viva don Francisco I. Madero!”

La sensibilidad de Villa para percibir, aunque sólo fuera intuitivamente, las esencias reivindicatorias de la Revolución y la lucha en que se mantuvo para conseguir que esas esencias triunfasen, son trazo inequívoco de su verdadera personalidad, en lo que ésta haya tenido de más auténtico.

Al concluirse las Conferencias de Torreón, celebradas en julio de 1914 para conciliar las divergencias de los dos grandes bandos que enfrentaban ya a unos revolucionarios contra otros, los representantes de la División del Norte, nombrados por Villa, firmaron la declaración que sigue: “Siendo la actual contienda una lucha de los desheredados contra los abusos de los poderosos, las Divisiones del Norte y del Noreste se comprometen a procurar el beneficio de los obreros y a emancipar económicamente a los campesinos haciendo una distribución equitativa de las tierras”.

En abril de 1915, Villa, jefe del Ejército Convencionista, firmó y promulgó una ley agraria que comprendía, entre otros, los siguientes puntos: “A partir de esta fecha, ningún mexicano o extranjero podrá poseer en México mayor extensión de tierra que aquella que labre él sin oprimir a otros mexicanos. Dejando a cada dueño las labores que le correspondan, todas las haciendas se repartirán entre los trabajadores de los campos. Se tomarán también de las haciendas, y se repartirán, las tierras que necesiten para su vida los moradores de los pueblos y rancherías. Se darán a los trabajadores de los campos, juntamente con las tierras, las aguas que les correspondan, más las bestias, y los aperos, y las construcciones que le toquen al hacerse el reparto”.

Villa no ignoraba tampoco la perturbación moral que la riqueza puede provocar en las relaciones humanas y advirtió pronto los riesgos que para el futuro de la Revolución se encerraba en los atractivos del dinero. Lo dicen sus reflexiones frente al montón de oro descubierto por su gente en el Banco Minero de Chihuahua después de la caída de aquella plaza en enero de 1914: .

“Los hombres ricos —pensaba—, que por eso tienen poder, ejercen sobre el pueblo la injusticia y la crueldad. Pero los hombres ricos no son hombres diferentes a los hombres pobres que ellos persiguen y explotan. Lo que sucede es que cuando a los hombres les toca la riqueza, muchos se ciegan por las ansias de tener más y ya no se acuerdan de los sufrimientos del pobre. O sea que “entreveía yo que sería mal camino para nuestra Revolución salir de ella enriquecidos los hombres revolucionarios que mandaban, y estimé bueno mostrar a los que venían conmigo mi desinterés frente al montón del oro del Banco Minero de Chihuahua. Porque según mi pensamiento, ellos harían lo mismo con los jefes y oficiales que les eran subordinados, y estos otros con la gente de tropa. Por eso tomaba yo grande empeño en que mi desinterés se conociera y en que todos tuvieran noticia de que una sola moneda de todo aquel montón de oro no había sido para mi persona.”

No era menos certera su apreciación de lo religioso con respecto a la conducta espiritual y material del clero.

LOS MALOS SACERDOTES SON LOS PEORES HOMBRES

Con el cura a quien había nombrado obispo de Chihuahua para que los fieles —replicaba él— no padecieran por la ausencia del prelado, que había huido, discutía puntos de religión. Una vez le decía: Yo no niego la creencia en Dios: la declaro y certifico, por haberme ella animado, como a todos los hombres, en muchos lances de la vida. Pero considero que no es sagrado todo lo que se cobija debajo del nombre de la religión, porque los más de los llamados hombres religiosos usan de la religión en beneficio de sus intereses, no en beneficio de las enseñanzas que predicán, y por eso hay sacerdotes buenos y sacerdotes malos, y por eso debemos consentir a unos, y ayudarlos y perseguir y aniquilar a otros. Los malos sacerdotes, señor, como los jesuitas, son los peores hombres de este mundo, pues debiendo enseñar el bien mediante sus muchos sacrificios, se dedican al logro de sus pasiones por caminos que son de mal”.

La capacidad de Villa para distinguir entre la crueldad y la clemencia no tenía otra condición que el conocimiento claro de los hechos y su avaloramiento, cosa que él mismo podía arrastrarlo y que aplicaba a menudo para juzgarse a sí mismo. Con todo detalle he relatado en uno de mis libros como sufrió Villa moralmente en Guadalupe, Zacatecas, mientras no recibió el aviso de que había llegado oportunamente a Parral la contraorden para suspender el fusilamiento en masa que él creía haber ordenado con justicia.

Cerca de Paredón, después de la memorable batalla librada allí, se desarrolló esta otra escena, que referiré con palabras de él:

“No queriendo —decía— entrar desde luego a Paredón, mandé servir, en el sitio donde yo estaba, comida para mí y las personas que venían conmigo.

“Empezábamos a comer debajo de unos mezquites, cuando vienen a traerme a dos oficiales prisioneros, y a preguntarme qué trato les dan. Yo contesto, sin dejar mi plato, que allí mismo los fusilen, conforme a las disposiciones superiores. Y como los dichos oficiales oyeran aquellas palabras mías, uno de ellos se puso a mirarme, y con palabras serenas expresó que él no objetaba nada, que podíamos fusilarlo cuando quisiéramos y donde quisiéramos, y que él también, de ganar su ejército la batalla y caer nosotros prisioneros, nos habría aplicado con mucho gusto aquella ley de muerte, y con más gusto él a mí, que yo a él, porque él era un hombre militar que andaba al cumplimiento de sus deberes, mientras que yo no era, con todos los míos, más que un bandido encumbrado que andaba al fruto de mis depredaciones.

“Oyéndolo, yo no enojé, siendo injuriosas y muy injustas, aunque tranquilas en el tono, las palabras que el oficial me dirigía. Sin dejar de comer, hice seña de que mi orden se cumpliera, mientras pensaba entre mí: Este hombre es un valiente que va a morir. ¿Debo yo privarlo del consuelo de creer que muere por una buena causa, y que lo mata un bandido sin fuero ni ley? Y decidí por eso no reprimirlo ni declararle el yerro en que estaba.”

En febrero de 1912 Pascual Orozco se sublevó contra el gobierno del señor Madero, Villa, fiel siempre, abandonó la ciudad y se dispuso a combatir. Rodeado ya de fuerzas numerosas, al obscurecer de una tarde se le presentó en su campamento de San Juan de la Santa Veracruz, el padre de Pascual Orozco, que venía a tratarle asuntos privados. Villa contaría meses después:

“Al saludarme el padre de Orozco, me dijo:

“¡Cómo tiene usted gente, coronel!

“Y yo le contesté, correspondiendo a su saludo con mucha cortesía:

“Sí, señor.”

“Después de merendar juntos, y ya a solas, el padre de Orozco me dijo:

“Coronel, usted sabe que mi hijo y yo lo hemos apreciado siempre. Vengo de su parte y de la mía a pedirle que no secunde el movimiento en favor del gobierno de Madero, pues ese hombre no nos ha cumplido lo que nos ofreció. Traigo instrucciones de mi hijo de darle a usted trescientos mil pesos para que se vaya a los Estados Unidos, o para que se quede aquí a vivir en paz, sin mezclarse en la peripecia que hoy se nos presenta.”

“Yo le contesté:

“El gobierno del señor Madero es un gobierno puesto por el pueblo; le dimos nuestro apoyo ustedes y yo. Yo no sé si ese gobierno es bueno o es malo, porque todavía no es tiempo de que nadie lo aprecie en sus hechos. Si ustedes piensan de una manera, yo pienso de otra, pero como quiera que sea, dígame usted a su hijo que a mí no me compra el dinero, por muy alta que ponga la cantidad, y que viva seguro que si antes fuimos amigos, ahora vamos a tener que darnos muchos balazos. Váyase usted, a dar cuenta a su hijo del resultado de su comisión. Y créame que si no abuso de las circunstancias, teniendo aquí entre mis manos, es porque soy un hombre de honor y quiero que ustedes sepan comprender la diferencia que hay entre sus actos y los míos. Pero no me hable una palabra más de la comisión que viene desempeñando.”

“Y así terminó la conferencia.

“Cuando salimos de la casa, estaba nevando y era intenso el frío. El padre de Orozco no traía con que abrigarse. Yo le di la cobija que llevaba puesta. El padre de Orozco la aceptó y subió al automóvil para volver a Chihuahua.

“Mirándolo ir consideré yo un rato, sin sentir mucho el frío de la nieve que caía encima, cómo el peor destino que puede aguardar un hombre es el ser padre de un traidor.”

Con idéntica severidad Villa se juzgaba a sí mismo en asuntos íntimos que le atañían. Citaré un caso.

Del oro del Banco Minero de Chihuahua, sustrajeron y escondieron cuarenta mil pesos la madre y la hermana de Juana Torres, esposa de Villa “por el cariño y ante la ley”, como él decía. Furioso, Villa las encerró.

Un día Juana Torres pasó a su madre una carta en la canastilla del almuerzo. Villa la interceptó. La carta rebozaba expresiones in-

juriosas para él y para la Revolución. Por un momento sintió Villa el impulso de ir en persona a infligir a Juana Torres el mayor de los castigos. Pero, dominándose y reflexionando, prefirió que el castigo se redujera a obligar a Juana Torres a que le leyera, ella misma, la carta. Villa oyó la lectura, y no satisfecho aún, exigió a Juana que se la leyera otra vez, lo que ella hizo balbuciente, azorada, amilanada y a punto de desfallecer.

“¡Señor —exclamaría Villa recordando después cómo había hecho sufrir con toda su potencia a una pobre mujer—. Así somos los hombres en nuestra pasión. Cuando la mujer de nuestro cariño nos ofende, nos gozamos en hacerla sufrir con la misma complacencia con que antes queríamos que gozara por nuestra obra!”

Y añadía:

“Entonces me quité de delante de Juana Torres y fui, en pago de sus ofensas y de su mala voluntad por la causa del pueblo, a poner en libertad a su madre y a su hermana, a las cuales di luego dinero bastante para que se fueran a Chihuahua.”

SIEMPRE LEAL A MADERO

Si al conocer Villa a don Abraham González, su destino cambió, no acontecería lo mismo con su honda significación dentro de nuestro panorama revolucionario. Siempre leal a Madero, Villa, en lucha contra el orozquismo estuvo a punto de ser fusilado por Victoriano Huerta. Y si asesinados Madero y Abraham González, Villa emprendió y dio cima a la deslumbrante historia de sus hazañas guerreras, ello no impidió que resucitara pronto su pelea individual de antes, la lucha por sí mismo, aunque esta vez su batallar se entretajara con el del porvenir de la patria, y lo enfrentase —duro desengaño— a sus propios compañeros de armas. El analfabeto, el inculto, el prófugo Pancho Villa de los años anteriores a 1910 había llegado a mandar ejércitos hasta de cuarenta mil hombres y a ganar tan decisivas batallas para el futuro de México como las de Torreón y Zacatecas. Pero el triunfo, a que había contribuido él tanto, desembocaría en la lucha entre las facciones, y ésta, aun habiendo querido él evitarlo, le sería adversa. Francisco Villa volvió a ser el blanco de la incomprensión, de la injusticia y de la persecución. Tampoco entonces se rindió; tampoco entonces lo capturaron, ni vivo ni muerto. Tras larga lucha —era guerrillero otra vez—, había entrado en territorio de los Estados Unidos para castigar a unos comerciantes infieles; los quince mil hombres mandados por el general Pershing lo habían perseguido en

vano y el gobierno de Adolfo de la Huerta capituló con él, ofreciéndole lo que tanto había él codiciado: una vida pacífica en que se le respetaran sus derechos. En ella se hallaba triunfante para todo lo esencial de su dignidad de hombre, cultivando su tierra, estableciendo escuelas, cuando una infame emboscada lo abatió. Ni así halló reposo. Manos sacrílegas abrieron su tumba, decapitaron el cuerpo y se robaron su cabeza, que no se ha recobrado aún.

CORONAMIENTO FINAL

Pero venció otra vez. En 1964, en el Estado de Chihuahua se puso bajo su advocación la gran planta termoeléctrica de Delicias, cuya placa descubrió, laureándolo uno de nuestros presidentes más preclaros: Adolfo López Mateos. En 1967, su nombre, con letras de oro, se fijó, junto al de muchos otros héroes mexicanos, en el recinto del Congreso de la Unión. Y, por último, la ciudad de México le erigió la estatua a cuya vista nos encontramos, monumento inaugurado el 20 de noviembre de 1969 por otro de nuestros ilustres presidentes: el licenciado Gustavo Díaz Ordaz. Si se considera que en 1916 el gobierno de México, oficialmente, declaró bandido a Francisco Villa, esto basta para aquilatar el sereno juicio histórico y la rectitud justiciera de los altos funcionarios que, oficialmente también, han hecho suyo el sitio donde el pueblo de México tenía colocado ya a uno de sus mayores caudillos. Porque encarnación de los orígenes, de las razones, del impulso y de la voluntad inflexible de la Revolución Mexicana es Francisco Villa.

“Señor Presidente de la República: El México histórico sería en sí mismo una contradicción si el México revolucionario de nuestros días no hubiera elevado ya la efigie de Francisco Villa hasta el lugar que hoy ocupa. Con todo, este acto conmemorativo, presidido por usted, es a modo de un coronamiento final; sella y rubrica, pienso yo, la conclusión de un empeño que los luchadores supervivientes de la gran contienda iniciada en 1910 y continuada en 1913, han deseado tanto, y que usted, con la autoridad de su alta investidura y de su pensamiento, ha sabido conseguir: la unidad revolucionaria.

Hace tres días encabezó usted la ceremonia en que se recordó al general Alvaro Obregón, hoy, sentando un precedente, hace usted lo mismo en el acto con que los tres poderes republicanos de nuestro régimen institucional honran la memoria del general Francisco Villa, lo uno y lo otro para dar mayor firmeza y aliento a la unidad revolucionaria. Creo no equivocarme al asegurar que juntos los revolu-

cionarios catalogados bajo todos los rubros —villistas, zapatistas, carrancistas, obregonistas, etcétera— lo aplaudimos a usted por esto y lo ensalzamos. Porque la unidad revolucionaria, señor Presidente, entraña un juicio acreedor a que la posteridad lo recoja, para bien de México, iluminando sin equívocos el camino por donde hemos llegado hasta aquí y por donde todavía andaremos. El juicio es éste: los hombres, en la pequeñez transitoria de sus individualismos, no son lo que cuenta; cuenta la grandeza de lo que juntos acometen y logran; cuenta la permanencia fecunda de la obra en que se hermanaron. Por esto la Revolución debe perpetuar, uniéndolas en un solo recuerdo, las imágenes perdurables de todos cuantos la hicieron.

(Discurso pronunciado ante la estatua del general Francisco Villa.) México, D.F., julio 20 de 1973.

TELEGRAMA DE HUERTA A MADERO

El General Huerta dirigió al Presidente Madero el siguiente mensaje:

“De Jiménez, 4 de junio.—A Chapultepec.—Señor Presidente.—En estos momentos parte el tren; lleva con el carácter de procesado debidamente escoltado hasta esa Capital, al jefe Villa. El motivo que he tenido para mandarlo con el carácter de preso, a disposición del Ministerio de la Guerra, es el hecho de haber cometido faltas graves en la División de mi mando, como son apoderarse, sin derecho alguno, de bienes ajenos y además hay la circunstancia de que al ordenarle yo la devolución a sus dueños de caballos y algunas otras cosas, vino a su cuartel que está a doscientos metros del Cuartel General, y armó a toda la fuerza de su mando, advirtiendo a sus soldados que estuvieran preparados para desobedecer las órdenes de este Cuartel General, que consistía en órdenes de marcha hacia Santa Rosalía. La División estaba lista para marchar a las 5 a.m., y por una desobediencia de Villa, aún se halla aquí tomando rancho y lista para emprender la marcha dentro de una hora. Los trescientos hombres de Villa, los he desarmado y han ido a ingresar las filas en los diversos cuerpos de la División, con la orden de que todo aquel que manifieste desagrado por la determinación del Cuartel General, sea pasado por las armas en el acto.

A Villa le he perdonado la vida ya dentro del cuadro que debía ejecutarlo por razón de haberme suplicado le oyese antes de ser pasado por las armas, de cuya entrevista resultó el que yo resolviese abrir una averiguación previa y remitílo con dicha averiguación, poniéndolo a la disposición de la Secretaría de Guerra.

Personalmente estimo a Villa y es un hombre útil como combatiente; pero como General en Jefe de la División a mi mando, creo que es un hombre peligroso a la División y a cada paso tiende a relajar la disciplina, cosa que es altamente perjudicial. . . *El General en Jefe de la División del Norte, Victoriano Huerta.*”

DECLARACION DE VILLA ANTE EL JUEZ

Conducido el General Villa a la capital de la República, se le abrió proceso el 11 de junio de 1912. Damos a continuación la declaración del General Villa.

“Examinado en forma, declaró haberse apoderado de animales y dinero esto únicamente en Parral, y siendo la cantidad mayor de sesenta mil pesos, sin poder precisar la cantidad: Que si lo hizo en varias ocasiones fue porque tenía autorización para ello; que en Parral pidió al Banco Minero cincuenta mil pesos y el resto a particulares; que allí mismo, en Parral, hizo también una requisición de armas, municiones y caballos por medio de una circular en la que decía que si alguna persona no entregaba las armas y municiones que tuviera, sería juzgada como traidor a la Patria. Que por el momento no pudo precisar el número de armas y municiones que recibiría, que en otros varios lugares hizo también requisiciones semejantes otorgando recibos de lo recibido; que el día tres del corriente puso un papel al señor General Huerta, diciéndole que hasta esa fecha serviría en esa División y que puso un telegrama al señor Presidente, diciéndole, poco más o menos, que quería operar sólo o entregar las armas a quien se le ordenara. Que respecto a a la orden que el señor General Huerta haya dado para marchar al Norte y que esta marcha se haya demorado por una desobediencia, del que declara, dice no haber recibido ninguna y que sabe por lo que le dijeron unos oficiales, haber estado toda la noche en vela rondando el Cuartel que ocupaban las fuerzas del que declara; que no recibió orden alguna del señor General Huerta para entregar a particulares caballos y objetos robados, así como tampoco ordenó a su gente se armara para desobedecer órdenes del General Huerta; que el día 4 en la mañana, fue llevado de orden del General Huerta al cuarto donde iba a ser fusilado, habiéndole dicho que era medida de disciplina; que por instancias del declarante y por conducto de varios oficiales fue suspendido el fusilamiento y llevado a presencia del General Huerta, quien le dijo que quedaría detenido y traído para esta Capital; que la División del General Huerta estaba en campaña y marchaba en seguimiento de los rebeldes orozquistas, que se había replegado al Norte y que de esa División formaba parte la fuerza del declarante a las órdenes del señor General Huerta; que ya sabía en esos momentos que la noche anterior había estado su cuartel rodeado por las fuerzas federales y que a pesar de la extrañeza que esto le había causado, no dijo nada; que allí mismo, en esos momentos, redactó el telegrama para el señor Presidente de la República, a que antes ha hecho referencia, ignorando

si sería transmitido o no, pues se lo entregó al Telegrafista de la Columna; que hace constar que el día tres, al llegar el declarante de Parral, fue informado por su asistente Martín López, de que una yegua, que con anterioridad había sido llevada al Cuartel del que declara, traída de una casa donde la tenían escondida, había sido recogida por un oficial federal y entonces dijo el declarante que las cosas estaban en su Cuartel, no se entregarían sino por orden del que habla, habiendo sido recuperada de uno de los cuarteles por un oficial del que declara; ignora a quien pertenecería la yegua: que es cuanto tiene que declarar. . .” “...Que las cantidades de dinero reunidas en Parral cree que puedan llegar a ciento cincuenta mil pesos del Banco Minero y el resto en partidas cortas a particulares; que al Gerente del Banco y a otras personas las reunió en una junta, y en ella les manifestó que necesitaba dinero para el sostén de las tropas y señaló a cada uno de los mexicanos que vivían en Parral, una cantidad según sus recursos conocidos, y a ningún extranjero le exigió ni pidió más; que como algunas personas se negaron a entregar el dinero, las detuvo allí mismo, pero sin mandarlas a la cárcel; que ese dinero lo empleó en sostenimiento de la caballería y pago de sus tropas, el que hacía diariamente a razón de un peso cincuenta centavos; hasta las últimas fechas en que empezó a pagar por categorías; que todos los días a las cinco de la mañana hacía la distribución personalmente a oficiales y tropa; que estos pagos los hizo desde Parral hasta Gómez Palacio, donde se nombró a un Pagador de la Federación a quien entregó siete mil doscientos pesos que le sobraban; que no recuerda el nombre del Pagador, pero como no quiere aparecer como ladrón, manifiesta que en la sierra de Santa Bárbara, hay un lugar que el declarante conoce, pero que no puede identificar por una descripción, en que enterró cinco mil pesos plata, que enterró antes del combate con Orozco en el Parral; que también entregó al señor Raúl Madero, tres mil pesos para el pago de las tropas del coronel Urbina; que respecto al recado que envió al General Huerta, decía que poco menos hasta ese día serviría en la División, porque no creía que se le guardaran las consideraciones que creía merecer y terminó diciéndole que se despedía con el cariño de siempre; que sabe que el General Huerta era el Jefe de la División y como el que declara estaba por orden del Presidente de la República sirviendo a sus órdenes, comprendía sus deberes para el General Huerta de subordinación y obediencia; que repite que no recibió orden verbal ni escrita del señor General Huerta respecto a marchar el día cuatro u otro cualquiera, rumbo a Santa Rosalía y que no pudo por tanto hablar con ninguno de esta orden; que el día cuatro, como a las siete y media u ocho de la

mañana fue al carro del General Huerta donde se encuentra el Telégrafo, redactó un telegrama para el señor Presidente de la República, pidiéndole órdenes para que se separara de la columna del señor General Huerta, que acababa de redactar el telegrama, cuando se presentaron los señores Coroneles O'Horán, del 4º Regimiento de Caballería, y Mancilla, del 23 de Infantería, pidiéndole sus armas; se entregó. . .”

Francisco Villa y la Revolución. Por el Ing. y Gral.
Federico Cervantes M. Apéndice.2.

LA SENSACIONAL FUGA DE VILLA

Por *Luis Aguirre Benavides*

ex secretario particular
de Francisco Villa

En un ambiente sombrío y lleno de temores empezó aquel hombre (Francisco I. Madero) su gobierno. Había rebeliones en diversas partes del país, una de revolucionarios descontentos, como la de Zapata en el Estado de Morelos, que era la más importante y menos mal organizada, y otras de verdaderos reaccionarios como la de Che Gómez en Oaxaca e Higinio Aguilar en Puebla y Veracruz. Ninguno de esos movimientos, ni todos unidos, eran capaces de derrumbar el nuevo régimen que seguía contando con el apoyo de la opinión pública, sobre todo en la mayoría de los estados del país, pues en la capital, la opinión de la clase media e intelectual, de la clase alta y de la burocracia en general, era notoriamente hostil, lo cual no era nuevo ni extraño, pues desgraciadamente hemos visto a lo largo de nuestra historia que las clases media y alta de la ciudad de México siempre han sido enemigas de las causas progresistas.

En diciembre de 1911 tuvo lugar la ridícula rebelión del general Bernardo Reyes, que habiendo sido una de las figuras más conspicuas del régimen porfiriano, no supo, por falta de valor y resolución, aprovechar su hora poniéndose al frente de sus numerosos partidarios cuando el pueblo lo llamaba. Creyó que todavía tenía prestigio entre el ejército y el pueblo, y que a su llamado se congregarían a su alrededor aquellos elementos que en el momento oportuno no supo aprovechar. ¡Vano y ridículo intento! Aquello no fue más que una aventura tragicómica que terminó con la triste rendición de aquel hombre, grande en otra época, a un humilde cabo de rurales en Linares, N. L., precisamente en la Navidad de 1911.

En marzo de 1912 vino la rebelión más seria contra Madero, que fue la de Pascual Orozco; después de ocasionar serios descabros al gobierno de Madero, como la derrota de Rellano que motivó el suicidio del pundonoroso general González Salas, jefe de la columna militar contra Orozco, fue al fin vencida por fuerzas gubernistas al mando del general Victoriano Huerta. Esas tropas se inte-

graban en su mayor parte con elementos del ejército federal, pero también se componían de fuerzas irregulares al mando de antiguos revolucionarios entre los que destacaban Eugenio Aguirre Benavides, Emilio y Raúl Madero, y, sobre todo, Francisco Villa.

El connato de traición consumado por Huerta en Cuernavaca a escasos días que Madero asumiera la presidencia de la República, valió a aquél una severa amonestación de éste que ponía en evidencia la enorme capacidad de ignominia de aquel judas. Así se desprende de la carta que Madero le dirigió en noviembre de 1911, en la que se muestra sorprendido del engaño de que fue víctima a raíz de la misión pacificadora que de manera extraoficial estaba desarrollando ante Zapata en la ciudad de Cuautla. Las consecuencias de esa conducta, decía Madero, no podían ser más graves, pues en tanto que se reiteraba al caudillo del sur que la columna de Huerta no saldría de Cuernavaca mientras duraban las conferencias, éste se había movilizado hasta Yautepec provocando alarmas y desconfianzas que se manifestaron en el alzamiento popular que incendió y saqueó Jojutla sin haber recibido esta plaza auxilio alguno, no obstante que Huerta se encontraba a una distancia que pudo haber franqueado en una jornada de marcha. “No sé qué razones tendría usted para esto, pero contando con cerca de tres mil hombres y con trescientos que hubiera destacado, habría sido suficiente para proteger aquella población. Y si usted obró en virtud de instrucciones amplias que tenía, no me explico por qué no fue a proteger a Jojutla, porque si se atenía al pie de la letra a las instrucciones que tenía de México, entonces tampoco me explico esa marcha que hizo usted para salir de Cuernavaca, que fue lo que excitó los ánimos en Morelos e hizo que se aumentaran las fuerzas de Zapata y se levantaran los que fueron a saquear a Jojutla.”

De este modo la incertidumbre del suriano se justificaba plenamente, creando al nuevo régimen una fuente inagotable de amarguras, pues desde entonces los que habían aclamado a Madero como un héroe popular, le perdieron la fe, se volvieron intratables y lo combatieron y lo maldijeron con la misma pasión que combatían a los federales y a los latifundistas. ¿Cómo explicar pues el tono admonitorio del final de esta carta que decía: “Tomo nota de que ha declinado usted el honor que el señor Presidente le había conferido nombrándolo vocal de la junta superior de guerra, y que el señor subsecretario del ramo pide a usted su licencia absoluta del ejército”, con el hecho de que posteriormente se le nombrará jefe de la División del Norte, de integración ciento por ciento maderista en substitución del pundonoroso general González Santos para combatir a las fuerzas sediciosas de Pascual Orozco?

Con estos antecedentes, como militar y como hombre, se presentó en Torreón el general Huerta el 12 de abril de 1912 para hacerse cargo de las operaciones militares, incorporándosele desde luego, las fuerzas de mi hermano Eugenio formadas por elementos ferrocarrileros que habían de constituir más tarde el pie veterano de la heroica "Brigada Zaragoza". También Emilio Madero y el general Villa agruparon sus voluntarios (nueve mil en total) en torno del nuevo jefe al que Villa miraba con desconfianza y del que recibía constantes desprecios porque sus conocimientos militares no los había adquirido ni el cuartel ni en los planteles adecuados, sino que provenían de la improvisación y de la intuición que repugnaban la ciencia y el arte de la guerra de la que hacía alarde el flamante jefe de la División del Norte. En resumen: Villa como todos los que lo seguían, no podían ser considerados sino como jefes "honorarios" o "auxiliares" que de ninguna manera podían equipararse a los militares regulares o técnicos. ¡Quién hubiera sospechado, entonces, que aquellos auxiliares serían los que habrían de derrotar vergonzosamente a los regulares del ejército federal!

La desconfianza, digo, campeaba por sus fueros en aquellos momentos decisivos, llegándose a publicar en los periódicos que Huerta acabaría por apoderarse del gobierno, mientras se murmuraba a voz en cuello que estaba en tratos con el oroquismo, basándose entre otras cosas en el hecho de que era ostensible que trataba de eliminar a los principales jefes maderistas, como lo eran Francisco Villa y Toribio Ortega, este último, jefe de la famosa brigada que llevó su nombre.

Así las cosas, el pretexto por baladí que fuera, habría de presentarse pronto, y fue en Jiménez, Chih., donde tuvo lugar el rompimiento definitivo de aquellos dos hombres. En efecto, en su avance hacia esta población, el general Villa recibió de sus soldados una hermosa yegua que habían recogido en el campo y que a la postre fue reclamada por su propietario que resultó ser un rico mercader de la región que odiaba implacablemente al caudillo. La casualidad, que acompaña siempre a la aventura, quiso que el general Huerta a su vez se "encontrara" también un viejo automóvil que resultó ser del mismo dueño de la yegua de marras, lo que motivó que éste para perjudicar a Villa, le obsequiara a Huerta el automóvil, a cambio de que le regresara el animal.

Como se ve, la operación era harto ventajosa para el chacal, pues aparte de buen negocio, le brindaba, como anillo al dedo, la esperada oportunidad de eliminar a su ya poderoso rival del campo de las operaciones militares. Sin embargo, Villa estaba también enterado del "hallazgo" del automóvil por Huerta, de modo que cuando fue

requerido por éste para que devolviera la yegua a su dueño, no se pudo reprimir y echándole en cara lo del automóvil se le insubordinó de palabra y de hecho al ya desprestigiado jefe militar, el cual encendido de coraje ordenó de inmediato el fusilamiento del irrespetuoso. Gracias al general Guillermo Rubio Navarrete, ayudado con la influencia del también general Emilio Madero, se pudo salvar Villa de la muerte, pues intervinieron cerca de Huerta y éste, aunque con altanería, ordenó la suspensión de la terrible sentencia en los momentos en que estaba para consumarse. Sin embargo, las fuerzas del general Villa pasaron a integrar otros cuerpos y a éste se le condujo a la penitenciaría en calidad de reo, en donde inicia una de sus más pintorescas aventuras: su prisión y fuga.

Plena de animación y colorido es la aventura que corrió Villa, desde el momento que fue traído del campamento cercano a Jiménez, a la capital de la República. No obstante que ya era Presidente Madero, la presión que ejercía Huerta en el Ejército era tan poderosa, que no se pudo evitar el internamiento en la penitenciaría. Allí contrajo amistad con el general revolucionario Juan Banderas (alias "El Agachado"), que se había levantado en Sinaloa por la causa revolucionaria y se encontraba preso por las responsabilidades que le suponían en el fusilamiento de un coronel federal apellidado Morelos, ejecutado después de que había celebrado con Banderas en el campo de la lucha un convenio que le garantizaba la vida, y al cual había faltado. También sostuvo en esta prisión buena amistad con el jefe zapatista Abraham Martínez que era hombre de cierta ilustración y se hallaba detenido por habersele sorprendido en México cuando desempeñaba una comisión del caudillo suriano.

Villa cuya actividad fue siempre extraordinaria, se desesperaba en la prisión y, para hacerla menos amarga, se distraía dedicándose con ahínco al estudio de las lecciones que recibía de don Abraham. Así fue como Villa aprendió a leer y escribir, y cómo el jefe zapatista se convirtió en su maestro; se sometía a las lecciones con humildad infantil y como si estuviera en la escuela, daba las clases parado en un pizarrón que había comprado, así como gises de colores diversos para precisar con ellos las operaciones y razonamientos de aritmética que también se le enseñaban.

Sin embargo, no dejaba por esto de trabajar con el mayor sigilo por reconquistar cuanto antes su perdida libertad, acechando a cada paso el momento de la fuga. Banderas se hallaba en la misma disposición de ánimo y quería a toda costa salir de aquella prisión. Ambos se combinaron para arreglar su fuga mediante cualquier procedimiento, estando resueltos a recurrir hasta a los más violentos en caso necesario. Nada comunicaron a Martínez que les parecía

algo locuaz y temieron que por alguna indiscreción los descubriera, pero estaban resueltos a invitarlo para la fuga en el momento que todo estuviera dispuesto.

Villa tenía consigo algún dinero y gracias a ello vencía con facilidad un gran número de dificultades. Ya se había provisto de tres grandes dagas de magnífico acero, de las cuales había dado una a Banderas y otra a Martínez. Había hecho sacar moldes de las llaves de su celda, así como las de sus compañeros; poseía otra llave de la crujía donde estaban las celdas y sólo le faltaba una que diera al compartimiento que comunica directamente de la prisión con el exterior, es decir, con el campo libre que por todas partes le circunda.

Villa se había quejado con su defensor el licenciado Adrián Aguirre Benavides y con algunas otras personas con cuya consideración contaba, de las penalidades que resentía en la penitenciaría, por los reglamentos y por las prolongadas horas de completo aislamiento en que se veía, pues sólo durante una hora en que se le sacaba a tomar el sol, recibía sus lecciones de lectura, escritura y aritmética con Martínez y platicaba de modo breve con Banderas. Entre las personas a quienes ocurría para que fuera tratado con alguna benevolencia, se encontraba Gustavo A. Madero, quien tenía a Villa grande estimación, y éste me ordenó que todos los sábados fuera a visitarlo a su prisión en su nombre y a preguntarle cómo se le seguía tratando y qué necesidades tenía, para satisfacerlas en lo posible. Unas veces me pedía dinero, otras cigarros, dulces, zapatos, camisas y cuanto le hacía falta, y en todo procuraba atender sus peticiones. Debido a estas visitas que algunas veces se prolongaban por más de una hora, tuve oportunidad de conocer y tratar íntimamente a Villa y conocer muchos de sus antecedentes anteriores a la revolución y de la vida que llevaba cuando era un perseguido de la justicia en la época porfiriana.

Aunque se dijo entonces, y aún ahora algunos lo creen, que Madero había facilitado la fuga de Villa, la verdad es que se llevó a cabo por su propia industria e inteligencia y ocurrieron los hechos de la siguiente manera, según me lo refirió el mismo Villa en una de las numerosas pláticas que tuvimos.

El defensor, licenciado Aguirre Benavides, con la influencia de don Gustavo A. Maderó, gestionó el traslado de Villa a la prisión Militar de Santiago Tlatelolco, cuyo régimen interior era mucho más suave que el de la penitenciaría. La concesión de este traslado contrarió extremadamente a Villa, quien ya consideraba muy pronto el día de la fuga, dadas las buenas relaciones que había establecido en la penitenciaría con varios litigantes, guardias, etc., captándose su

confianza. La traslación se efectuó. En Santiago Tlatelolco, Villa trabó amistad con el general Bernardo Reyes y como quiera que el infortunio es un buen nivelador de hombres, el soldado aristócrata y altivo mostró y tal vez sintió verdadera complacencia en el trato de aquel hombre falto de cultura, de truculenta historia, pero unido por sus triunfos y ennoblecido por la lucha brava que había sostenido en pro de los altísimos ideales de la revolución. Si menos severa la disciplina interior de la penitenciaría, no dejaba de imponer numerosas trabas a los detenidos, así es que los nuevos amigos sólo conversaban raras ocasiones y para ello tenían que citarse en los excusados, donde sin verse y al través de los tabiques de madera que separan a los que corresponden a distintos departamentos, emprendían sus pláticas. Villa tenía un gran concepto del general Reyes y con frecuencia lo oí decir que el general era un hombre lleno de honradez, muy patriota y un gran soldado.

No pudiendo continuar Villa su instrucción, e impulsado por su gran actividad desbordante, pensó dedicar sus largas horas de soledad a ejercitarse en la mecanografía. Frecuentemente se llamaba al preso al local de los juzgados, y para hacerle notificaciones, tomarle declaraciones o llenar otro requisito de su proceso. Pocas veces era el juez en persona quien practicaba las diligencias de Villa, sino que un jovencito llamado Carlos Jáuregui, escribiente del juzgado, se encargaba de ello. Villa pidió a este joven que le comprara una buena máquina de escribir y Jáuregui cumplió desde luego con el encargo, el cual al entregarla al preso le dijo:

—¡Qué feliz sería yo, general, si esta máquina fuera mía!

—¿Con tan poca cosa sería usted feliz?

—Sí, general, y le repito a usted que mucho.

—¿Qué haría usted con ella? ¿De modo que lo haría feliz, muchachito?

Villa llamaba muchachito a cualquier persona que hablaba con él y raras veces hacía la excepción en hombres respetables por su posición o en los ancianos. Jáuregui en realidad era muy joven. El interpelado contestó:

—¡Ah, general, me haría feliz porque la llevaría a un empeño!

—¿Y cuánto le prestarían a usted por ella, muchachito?

—Cuando menos cien pesos.

—¡Bah, eso es bien poco, yo se los daré... y se los doy sin comprometerlo a nada, sólo porque usted me es simpático, muchachito, y porque me ha tratado bien como preso.

El joven hizo alguna resistencia, pero al fin aceptó el obsequio de Villa, el que se lo hacía con la más insinuante de las sonrisas y

mostrando una candidez compasiva. Aquel fue el principio de otro y otros muchos.

—¡Qué viejo está su traje, Carlitos!, me da pena verlo así; cómprese uno nuevecito. Vi en un periódico que los hay hasta de veinte pesos y tome estos cuarenta para que se compre uno bueno.

—¡Pero general!, esto es mucho.

—¡Ande, ande! Tómelos, ya le digo muchachito que me es simpático. Si yo estuviese mandando mi tropa y usted se me presentara lo haría mi ayudante con un buen grado y dejaría de estarse perdiendo el tiempo en este juzgadillo tan feo.

Otra vez le obsequiaba dinero para zapatos, sombrero, corbatas o cualquiera otra prenda que le veía deteriorada o que notaba que éste no poseía como paletó, bufandas de seda, etc. También solía darle dinero con entera bonhomía, diciéndole: ¡para que se divierta, muchachito!

Nunca Villa requirió del joven otros servicios que no fueran los de llevarle a la prisión tal o cual objeto de escritorio, tal o cual prenda de ropa, sin que jamás le insinuara que hiciese nada que constituyera una falta a sus deberes de empleado.

La situación de la modesta burocracia, de la que era miembro Carlos Jáuregui, era en realidad desesperante: sueldos de hambre y exigencias siempre imperiosas de la vida capitalina que sólo pueden cubrirse a precios muy altos, y por otra parte el empleado requiere decoro y decencia en su presentación. Además éste comprende que en una burocracia viciada, los superiores no eran precisamente modelo de honradez y que hasta los más humildes, es decir los mozos, barrenderos, etc., encontraban en el desempeño de sus tareas algún medio de obtener dinero del público, por indirectas que con él fueran sus relaciones.

De este modo el joven de la clase media entra al desempeño de su primer empleo, repleto el cerebro y el corazón de las elevadas teorías morales que escucharon en las escuelas, de las máximas descritas por el profesor asceta o de los labios de la buena madre que cándidamente cree que se practican en la vida. El joven se halla pues en el centro de un contraste rudo: la buena inclinación por una parte y por la otra el grosero aspecto de desmoralización que la rufianesca rapacidad de superiores e inferiores despliegan a viento hinchado, en los viejos empleos de la vida; por otra parte la más aguda necesidad lo excita a imitar el ejemplo. Poco a poco su conciencia se enmohece, sus repugnancias se hacen menos vibrantes y el peculado, el cohecho, la explotación indebida, le abren sus áureas puertas. "Los de arriba son unos bribones, los de abajo se dan la

maño con los bandidos, si soy el único honrado, pasaría por... imbecil". Este razonamiento es el epitafio de la delicadeza de novecientos noventa y nueve empleados por cada mil. El joven ha matado con él su alma de ciudadano, para vivir animado por la de un burócrata digno de la dictadura, igual al de todas ellas.

Carlos Jáuregui se hallaba en ese período de transición y se encontró con un generoso, con un espléndido señor general, que sin exigirle la menor cosa deshonesta, le regalaba dinero y según decía, estaba dispuesto a darle altísima posición a su lado, cuando volviera a los campos de batalla. Pero Villa estaba preso y en esa situación nada podía hacer, sino obsequiarlo con tal o cual docena de pesos de vez en cuando. Jáuregui pensó sin duda. "¡Si el general quedara libre!" "¡Si se fugara!" "¡Si yo le ayudara en la fuga!" "¡Este tal vez sería mi porvenir!". Por otra parte los enemigos de Madero propagaban insistentemente desde las sacristías, que estaban asesinando a los prisioneros; que pronto se les llevaría a las cárceles de México a las de otras poblaciones, con la mira de aplicarles la ley fuga en la travesía, etc.

Todos estos rumores, no eran sino calumnias infames, pero tal vez conmovieron sinceramente el espíritu agradecido del joven Jáuregui y un día le dijo a Villa:

—General, ¿por qué no se fuga?

—¡Fugarme! ¿Cómo?

—De proponérselo tal vez no le faltarían medios.

Villa era profundamente desconfiado y abrigó la sospecha de que aquel joven podría ser instrumento de una celada que le tenderan sus enemigos, pero sus palabras le abrían por otra parte una esperanza y se concretó a decir:

—Tengo confianza en el espíritu de justicia del señor Madero, y fugándome me haría de delito; espero salir absuelto pronto.

—No, general; un día u otro lo matan a usted aquí dentro, no tenga confianza.

—¡Pues qué! ¿Sabe usted algo?

—No, sino que así se dice.

—Repito que yo creo en el señor Madero.

Algunos días después volvió el joven a insinuarle a Villa que había el propósito de matarlo ya dentro de la prisión, o a conducirlo a otra parte del país, y le aconsejaba:

—Fúguese, general.

—Es difícil hacerlo de esta prisión, pues se encuentra bien vigilada y sus muros son altos y gruesos.

—Mire, general, me he propuesto ayudarlo y si usted quiere comenzaré a trabajar para prepararle la fuga.

—¿Qué va usted a hacer?

—Limaré una de esas rejas. Y el escribiente señaló las que los separaban de Villa y que comunicaban al juzgado con el interior de la prisión, agregando: Poco a poco la limaré y cubriré las huellas con chicle ennegrecido. Tenga usted en cuenta que soy el encargado de abrir el juzgado para su aseo, antes de que llegue el juez y los demás empleados. Además, también puedo retirarme al último, pretextando algún arreglo de expedientes u otra cosa.

Villa continuaba desconfiado, pero no quería desechar por completo la oportunidad que se le presentaba, y que él mismo había venido preparando con sus insinuaciones, consistentes en dádivas y promesas de conceder al joven todo su apoyo, una vez vuelto a la vida militar. Sus esplendideces las había hecho con exquisito tino, no cuantiosas, pero sí aumentadas con frecuencia.

—¿Para comenzar su trabajo, necesita algún dinero?

—Poco, general, el necesario para comprar limas muy finas.

Villa entregó al joven un billete de \$50.00. Un día fue llamado el preso a la reja y Jáuregui le comunicó que ésta estaba limada; él mismo lo había provisto de un par de magníficas pistolas fácilmente ocultables y convinieron que a las tres de la tarde, hora en que el empleado acostumbraba ir al juzgado, se verían de nuevo para consumar la fuga. Poco antes de esa hora el reo se dirigió al departamento de la alcaldía, y encontró al subjefe que era un teniente coronel con quien hizo conversación, dando vueltas en un corredor que conducía al pasillo de los juzgados. En cierto momento, Villa, deteniéndose a la entrada de ese pasillo (que estaba resguardado constantemente por centinelas que no permitían el paso a los presos sin previa orden) dejó a su compañero diciéndole: “Con permiso, mi teniente coronel, tengo que hacer alguna indicación a mi juez y voy al juzgado”, a lo que accedió sin reticencia alguna el militar. Los centinelas permanecieron inmóviles; el acento y actitud del reo revelaban la mayor tranquilidad y pudo llegar éste a la reja del juzgado exactamente a la hora convenida. Jáuregui le abrió la puerta que cerraba un pequeño espacio entre la misma y la gruesa reja de hierro que avanzaba un poco sobre el muro de los juzgados. Villa la cerró tras de sí y Jáuregui empezó entonces a hacer inútiles esfuerzos por desprender el trozo de reja ya limada. No obstante la incomodidad de su posición en espacio tan estrecho, aquel hombre con sus vigorosísimos brazos de galeote desprendió al fin el trozo de hierro; plantóse frente a su nuevo amigo y viéndolo fijamente le dijo:

—Aquí llevo las pistolas, si esto es una celada le costará la vida, muchachito, porque usted será el primero que mate.

—No, general, soy leal, le debo muchos favores; si nos sorprenden nos matarían a los dos, yo no voy armado. No perdamos tiempo, aquí está este paletó, este sombrero y unos anteojos; póngaselos y vámonos.

El sombrero era un bombín, el paletó nuevo y de buen corte, y los anteojos de color obscuro. La tarde estaba nublada y era precisamente el 25 de diciembre, en que los empleados no asisten a sus labores. Los locales de los juzgados estaban dentro del muro exterior del edificio, y se comunicaban con el cuerpo de guardia que vigilaba el recinto carcelario. Ambos se dirigieron resueltamente a ese cuerpo. Villa, serenamente, con una de las manos en el bolsillo y con la otra sosteniendo un gran pañuelo en la nariz para ocultar la cara todo lo posible y no ser reconocido al pasar frente al servicio de guardia. Ni a los oficiales ni a los soldados les llamó la atención aquellos dos señores que salían de los juzgados.

En la plaza de Santiago Tlatelolco esperaba un automóvil contratado por Jáuregui para hacer el viaje a Toluca; lo abordaron rápidamente y emprendieron el camino, en medio de la ignorancia del chofer que protegía una fuga. Desde aquel momento Villa y Jáuregui quedaron unidos en estrecha amistad. Le entregó al joven \$3,000.00 para que ayudara a su familia, y juntos corrieron esta gran aventura.

El camino de México a Toluca estaba bien construido, pero de trecho en trecho lo recorrían patrullas de soldados federales, una de las cuales los detuvo en "El Contadero", pero afortunadamente sin consecuencia para los viajeros que no fueron reconocidos. El jefe de aquel destacamento se acercó al automóvil inquiriendo sobre el objeto del viaje y el lugar a donde se dirigían. Villa contestó con toda calma que iban a Toluca con objeto de traer a su familia a México. Un sargento hizo un ligero cateo en el interior del vehículo y no encontrando la petaquilla de equipaje, ni bulto alguno sospechoso, se lo comunicó así a su jefe y el automóvil se puso en movimiento.

Llegando a Toluca se dirigieron al centro de la población para pernoctar en una casa de huéspedes situada en la calle de Porfirio Díaz, atendida por señoras. Se les dio habitación y Villa preguntó a la mujer que había llevado agua para los lavabos si la casa ofrecía seguridad, pues ellos llevaban algunos valores. La sirvienta contestó que había tal seguridad allí, que un señor mayor del ejército federal, que ocupaba el cuarto de enfrente, tenía costumbre de salir dejando abierta su habitación y demás armas, no habiendo notado jamás el menor extravío.

Temiendo ser conocido por aquel mayor del ejército, posible compañero de armas en la campaña de Chihuahua, ya no salió de la habitación y Jáuregui se encargó, ya entrada la noche, de llevarle alimento. Por la mañana, muy temprano, se fueron a pie hasta Palmillas, para eludir contratiempos en Toluca y en esa estación abordaron el tren hasta cerca de Celaya donde se bajaron temerosos de que se hubiese ordenado su aprehensión por la vía telegráfica a todos los lugares en que hubiese tropa. Y no se equivocaban, pues desde su sitio pudieron ver que varios soldados cateaban minuciosamente los carros e inspeccionaban de la misma manera a los viajeros que de ellos descendían. En aquel solar en que estaban permanecieron bastante tiempo, para encaminarse después al centro de la ciudad donde un policía se les acercó preguntándoles quiénes eran y a dónde iban: Vamos a la serenata, dijo Villa, y somos viajeros que llegamos esta tarde en ferrocarril. Después dieron en efecto algunas vueltas en la Plaza de Armas, animada por la música alegre de la banda municipal.

Sin embargo, no disfrutaron mucho de aquel momento de solaz, porque urgidos por las circunstancias, debían llegar a la estación para tomar el tren de Guadalajara y arribar cuanto antes a Manzanillo, con destino a Mazatlán para abordar el vapor "Benito Juárez", cuyo cupo estaba totalmente agotado. No obstante, pudieron conseguir boletos apercebidos de que harían la travesía sobre cubierta, si querían aprovechar el viaje. Todo parecía realizarse a la medida de sus deseos, cuando el fugitivo vio con sorpresa que en aquel barco, surto aún en el puerto, viajaba también un antiguo y peligroso conocido. Era nada menos que José Delgado, que fuera telegrafista al servicio directo del cuartel general de Huerta. Grande fue su contrariedad, pero no perdió la calma, pues en el acto localizó a un empleado de la embarcación a quien había visto arreglar los camarotes y le dijo:

—¡Ay!, amigo, vengo sufriendo mucho y le ruego que me haga un gran servicio.

—¿Está usted enfermo?

—Sí, de algo dolorosísimo.

—Pues habrá que desembarcar a usted porque no se aceptan enfermos a bordo.

—No, mi enfermedad no es contagiosa para nadie, pero es de las que avergüenzan y me hace sufrir mucho. Mire amigo, acepte estos \$20.00 y consígame un camarote.

El camarista consiguó que un estudiante le cediera el suyo a aquel señor que venía tan malo, y esto por simple humanidad del muchacho, que no aceptó ningún dinero. La noche era serena, sober-

bio el espectáculo del mar y un aire tibio y suave acariciaba la carne y el espíritu de aquel joven que, a la intemperie, durmió aquella noche feliz, viendo a Dios en el temblor de las estrellas.

Villa estaba, por ahora, tranquilo y seguro en su cama, mientras el fiel Jáuregui le prodigaba sus atenciones sin descuidar por ello la vigilancia de Delgado, a quien tendrí­a que enfrentarse tarde o temprano, y esto sucederí­a al llegar a Mazatlán seguramente, ¿cómo evitarlo entonces?; las autoridades sanitarias exigirí­an la inspección médica de rigor y formarí­an en fila a los pasajeros previa lista de sus nombres. En verdad que aquel desembarco era un verdadero problema para nuestro personaje, que siempre alerta, resolvió llamar al camarista que lo había servido, utilizando el mismo truco de la enfermedad vergonzante. Unos pesos más, y el conmovido camarista se encargó de que los médicos e inspectores no notasen la ausencia de un pasajero.

Cumplido el requisito de la visita sanitaria, los pasajeros empezaron a ocupar los lanchones que debí­an conducirlos al muelle, pues como es sabido, en el puerto de Mazatlán los buques anclan a gran distancia de las playas, y Carlitos Jáuregui había contratado una lancha de gasolina a la que hizo permanecer al costado del buque, hasta que los demás se hubieren alejado considerablemente y con ellos el temible José Delgado. Todavía en la ciudad seguían padeciendo la presencia de éste, pero como quiera que no había más que dos hoteles de categoría, el problema se redujo a eludir al que había llegado aquél y vigilar sus pasos en la población, en donde supieron que Delgado se dirigía a Hermosillo para hacerse cargo de la dirección de telégrafos de esa ciudad, pero como a ellos también les urgía llegar a la frontera, resolvieron tomar, desde temprana hora, el gabinete del pullman del que sólo salía Jáuregui en busca de alimentos o para cumplir órdenes de su flamante jefe. Nadie se ocupó en lo más mínimo de ellos y si acaso algún viajero pensaría que en aquel reservado viajaría algún rico de la frontera, que suelen proporcionarse esas comodidades.

José Delgado dejó el tren en Hermosillo y los prófugos continuaron su marcha hasta Nogales, de donde pasaron a la población del mismo nombre en territorio de los Estados Unidos de Norteamérica. ¡Estaban a salvo!

Así me contó esta aventura de sus propios labios el general Francisco Villa y tal como la oí la he relatado.

UN PEON EN POLITICA

Por *John Reed*

Villa se proclamó Gobernador Militar del Estado de Chihuahua, comenzando el extraordinario experimento —extraordinario porque no sabía nada acerca de estos menesteres—, de organizar su gobierno para 300,000 gentes, con su cabeza propia.

Se ha dicho a menudo que Villa tuvo éxito porque tenía consejeros educados. En realidad, estaba casi solo. Los consejeros que tenía pasaban la mayor parte de su tiempo dando respuesta a sus preguntas impacientes y haciendo lo que él les decía que hicieran.

Yo acostumbraba ir algunas veces al Palacio del Gobernador en la mañana temprano y esperarlo en su despacho. Silvestre Terrazas, Secretario de Gobierno; Sebastián Vargas, Tesorero del Estado, y Manuel Chao, entonces Interventor, llegaban como a las ocho, muy bulliciosos y atareados, con enormes legajos de informes, sugerencias y decretos que habían elaborado. Villa mismo se presentaba como a las ocho y media, se arrellanaba en una silla y los hacía leerle en alta voz lo que había. A cada minuto intercalaba una observación, corrección o sugerión. De vez en cuando movía su dedo atrás y adelante y decía:

—No sirve.

Cuando todos habían terminado, comenzaba rápidamente y sin detenerse a delinear la política del Estado de Chihuahua: legislativa, hacendaria, judicial y aun educativa. Cuando llegaba a un punto en que no podía salir del paso, decía:

—¿Cómo hacen eso?

Y, entonces, después de que le era explicado cuidadosamente el porqué, le parecía que la mayor parte de los actos y costumbres del Gobierno eran extraordinariamente innecesarios y enredosos. Un caso: proponían financiar la Revolución emitiendo bonos del Estado que reeditarán el 30 o 40 por ciento de interés. Villa manifestó: —Entiendo que el Estado debe pagar algo al pueblo, por el empleo de su dinero, pero, ¿cómo puede ser justo que le sea devuelto éste triplicado o cuadruplicado?

No podía admitir que se adjudicaran grandes extensiones de tierras a los ricos y no a los pobres. Toda la compleja estructura de la civilización era nueva para él. Había que ser filósofo para explicar cualquier cosa a Villa: sus consejeros sólo eran hombres prácticos.

Se presentaba el problema de las finanzas, el que se planteaba así para Villa. Se percató que no había moneda en circulación. Los agricultores y ganaderos que producían las carnes y vegetales ya no querían venir a los mercados ciudadanos porque nadie tenía dinero para hacer sus compras. La verdad era que aquellos que poseían plata o billetes de bancos mexicanos los tenían enterrados. Chihuahua no era un centro industrial; las pocas fábricas que tenía estaban cerradas; no había nada que pudiera cambiarse por alimentos. De suerte que comenzó en seguida una paralización comercial, y el hambre amenazaba a los habitantes de las ciudades. Recuerdo vagamente haber sabido de varios planes grandiosos para aliviar la situación, presentados por los consejeros de Villa, quien dijo: Bueno, si todo lo que se necesita es dinero, emitámoslo.

Así fue como se echaron a andar las prensas en los sótanos del Palacio del Gobernador e imprimieron dos millones de pesos en papel sólido, en los cuales aparecían las firmas de los funcionarios del Gobierno con el nombre de Villa impreso en medio de los billetes con grandes caracteres. La moneda falsa que inundó después El Paso se distinguía de la legítima por el hecho de que los nombres de los funcionarios aparecían firmados y no estampados.

La primera emisión de moneda no tenía otra garantía sino el nombre de Villa. Fue lanzada principalmente para reanimar al pequeño comercio interior del Estado, a fin de que la gente pobre pudiera adquirir víveres. Sin embargo, fue comprada inmediatamente por los bancos de El Paso a 18 y 19 centavos de dólar, porque Villa la garantizaba.

El no sabía nada, desde luego, de los manejos aceptados para poner su moneda en circulación. Empezó a pagar al Ejército con ella. El día de Navidad convocó al pueblo pobre de Chihuahua y le dio 15 pesos a cada uno inmediatamente. En seguida lanzó un pequeño decreto, ordenando la aceptación a la par de su moneda en todo el Estado. El sábado siguiente afluían todos a los mercados de Chihuahua y de otras ciudades, agricultores y compradores. Villa lanzó otra proclama fijando el precio de la carne de res a siete centavos la libra, la leche a cinco centavos el litro, y el pan a cuatro centavos el grande. No hubo hambre en Chihuahua. Pero los grandes comerciantes que habían abierto con timidez sus tiendas, por primera vez

desde la entrada de Villa a Chihuahua, marcaron sus artículos con dos listas de precios: una para la moneda de plata y billetes de banco mexicanos, y la otra, para la "moneda de Villa". Este paró en seco la maniobra con otro decreto, ordenando una pena de sesenta días de cárcel para cualquiera que rechazara su moneda.

Pero ni así todavía salían la plata y el papel moneda de su escondite bajo tierra, y Villa los necesitaba para adquirir armas y efectos para su Ejército. De modo que hizo la sencilla declaración pública de que, después del diez de febrero, sería considerada ilegal la circulación de plata y papel moneda que se ocultaba, pudiendo cambiarse antes de esa fecha toda la que se deseara, por su propia moneda, a la par, en la Tesorería del Estado. Pero las grandes sumas en poder de los ricos siguieron ocultas. Los financieros dijeron que sólo se trataba de una balandronada, y se mantuvieron firmes. Pero ¡hete aquí que el diez de febrero apareció un decreto, fijado en todas las paredes de la ciudad de Chihuahua, anunciando que a partir de esa fecha toda la plata acuñada y billetes de banco mexicanos serían moneda falsa y no podrían ser cambiados por la moneda de Villa en la Tesorería! Además, cualquiera que tratara de hacerlo circular, quedaría sujeto a sesenta días de prisión en la penitenciaría. Se levantó un griterío clamoroso, no sólo de los capitalistas sino también de los astutos avaros de los poblados distantes.

Como dos semanas después de la emisión de este decreto, yo estaba almorzando con Villa en la casa que le había confiscado a Manuel Gameros, y que usaba como su residencia oficial. Llegó una delegación de peones con huaraches, de un pueblo en la Sierra Tarahumara para protestar contra el decreto.

—Pero, mi general —decía el que llevaba la voz—, nosotros no sabíamos nada del decreto y usábamos los billetes y la plata en nuestro pueblo. Ignorábamos lo de su moneda, no supimos.

—¿Ustedes tienen mucho dinero? —interrumpió Villa de pronto.

—Sí, mi general.

—¿Tres, cuatro o cinco mil, tal vez?

—Más que eso, mi general.

—¡Señores! —los miró Villa furtiva y ferozmente—, veinticuatro horas después de la emisión de mi moneda llegaron muestras de ella a su pueblo. Pero ustedes creyeron que mi Gobierno no duraría. Hicieron hoyos debajo de sus casas y enterraron allí su plata y billetes de banco. Ustedes supieron de mi primera proclama un día después de que ésta se fijó en las calles de Chihuahua, pero no le hicieron caso. Ustedes también supieron del decreto declarando falsa la plata y billetes ocultos, tan pronto como éste fue lanzado.

Creyeron que siempre habría tiempo para cambiar, si era necesario. Pero entonces les entró miedo y ustedes tres, que tienen más dinero que nadie en aquel lugar, montaron en sus mulas y llegaron hasta aquí. Señores, su dinero es moneda falsa. ¡Ustedes son hombres pobres!

—¡Válgame Dios! —y se echó a llorar el más viejo de los tres, que sudaba copiosamente.

—¡Pero si estamos arruinados, mi general —lo juro ante usted—, nosotros no sabíamos; hubiéramos aceptado. No hay alimentos en el pueblo!

El General en Jefe meditó por un momento.

—Les daré otra oportunidad —dijo—, no lo haré por ustedes, sino por la gente pobre del pueblo que no puede comprar nada. El miércoles próximo, al mediodía, traen todo su dinero, hasta el último centavo, a la Tesorería; entonces veré lo que puede hacerse.

La noticia corrió de boca en boca, llegando hasta los sudorosos financieros que, sombrero en mano, esperaban en el salón; y el miércoles mucho antes del mediodía, no se podía pasar la puerta de la Tesorería, obstruida por la curiosa muchedumbre allí congregada.

La gran pasión de Villa eran las escuelas. Creía que la tierra para el pueblo y las escuelas resolverían todos los problemas de la civilización. Las escuelas fueron una obsesión para él. Con frecuencia se le oía decir:

—Cuando pasé esta mañana por tal y tal calle, vi un grupo de niños. Pongamos allí una escuela.

Chihuahua tiene una población menor de 40,000 gentes. En diversas ocasiones, Villa estableció más de cincuenta escuelas allí. El gran sueño de su vida era enviar a su hijo a una escuela de los Estados Unidos. Tuvo que abandonar la idea por no tener dinero suficiente para pagar el medio año de enseñanza, al abrirse los cursos en febrero.

Más tardó en tomar posesión del Gobierno de Chihuahua que en poner a trabajar a sus tropas en la planta eléctrica, en la de tranvías, de teléfonos, la del agua y en el molino de harina de trigo de los Terrazas. Puso soldados como delegados administrativos de las grandes haciendas que había confiscado. Manejaba el matadero con soldados, vendiendo la carne de las reses de los Terrazas al pueblo, para el Gobierno. A mil de ellos les comisionó como policía civil en las calles de la ciudad, prohibiendo bajo pena de muerte los robos o la venta de licor al Ejército. Soldado que se embriagaba era fusilado. Aun trató de manejar la cervecería con soldados, pero fracasó porque no pudo encontrar un experto en malta.

—Lo único que debe hacerse con los soldados en tiempo de paz —decía Villa— es ponerlos a trabajar. Un soldado ocioso siempre está pensando en la guerra.

En cuanto a los enemigos políticos de la Revolución era tan sencillo como justo, así como efectivo. Dos horas después que entró al Palacio del Gobernador, vinieron en grupo los cónsules extranjeros a pedirle protección para los 200 soldados federales que habían quedado como fuerza policiaca, a solicitud de los extranjeros. Antes de contestarles, Villa preguntó rápidamente:

—¿Quién es el cónsul español?

Scobell, el vicecónsul inglés, dijo:

—Yo represento a los españoles.

—¡Muy bien! —saltó Villa—. Dígales que hagan sus maletas. Cualquier español que sea detenido dentro de los límites del Estado después de cinco días, será llevado a la pared más cercana por un pelotón de ejecución.

Los cónsules hicieron un gesto de horror. Scobell empezó a protestar violento, pero Villa lo hizo callar.

—Esto no es una determinación inesperada de mi parte —dijo—. He estado pensando en ella desde 1910. Los españoles deben irse.

El cónsul norteamericano, Letcher, dijo:

—General, no discuto sus motivos, pero creo que está usted cometiendo un grave error político al expulsar a los españoles. El Gobierno de Wáshington vacilará mucho tiempo antes de ser amigo de un bando que usó de tan bárbaras medidas.

—Señor cónsul —contesta Villa— nosotros los mexicanos hemos tenido trescientos años de experiencia con los españoles. No han cambiado en carácter desde los conquistadores. Destruyeron el imperio indio y esclavizaron al pueblo. No les pedimos que mezclaran su sangre con la nuestra. Los hemos arrojado dos veces de México y permitido volver con los mismos derechos que los mexicanos; y han usado esos derechos para robarnos nuestra tierra para hacer esclavo al pueblo y para tomar las armas contra la libertad. Apoyaron a Porfirio Díaz. Fueron perniciosamente activos en política. Fueron los españoles los que fraguaron el complot para llevar a Huerta al Palacio Nacional. Cuando Madero fue asesinado, los españoles celebraron banquetes jubilosos en todos los estados de la República. Nos impusieron la mayor superstición que ha conocido el mundo: la Iglesia Católica. Por eso únicamente merecían la muerte. Considero que somos muy generosos.

Scobell insistió con vehemencia, que cinco días era un plazo demasiado corto, que él no podría posiblemente comunicarse con todos

los españoles en el Estado durante ese término; entonces Villa lo extendió a diez días.

A los mexicanos ricos que habían oprimido al pueblo y que se habían opuesto a la Revolución los expulsó del Estado y les confiscó rápidamente sus vastas propiedades. De una plumada pasaron a ser propiedad del Gobierno Constitucionalista cerca de siete millones de hectáreas e innumerables empresas comerciales de la familia Terrazas, así como las inmensas posesiones de los Creel y los magníficos palacios que habitaban en la ciudad. Sin embargo, al recordar cómo los Terrazas, desde su destierro, habían financiado la rebelión de Orozco, dio a don Luis Terrazas Jr. su propia casa como cárcel en Chihuahua. Algunos enemigos políticos, particularmente odiados, fueron ejecutados prontamente en la penitenciaría. La Revolución posee un libro negro en el que están consignados los nombres, los delitos y las propiedades de aquellos que han oprimido y robado al pueblo. No se atreve a molestar a los alemanes, quienes han sido especialmente activos en política, a los ingleses y a los norteamericanos. Sus páginas en el libro negro serán abiertas cuando se establezca el Gobierno Constitucionalista en la ciudad de México; allá también le ajustará las cuentas del pueblo mexicano a la Iglesia Católica.

Villa supo que las reservas del Banco Minero estaban escondidas en alguna parte de Chihuahua, las que montaban a unos 500,000 pesos en oro. Don Luis Terrazas era uno de los directores del Banco, quien al negarse a revelar el sitio donde se ocultaba el dinero, fue sacado una noche de su casa por Villa y un pelotón de soldados, lo montaron en una mula y condujeron al desierto colgándolo de un árbol. Lo descolgaron apenas a tiempo de salvarle la vida, y para que guiara a Villa a una antigua fragua en la fundición de los Terrazas, bajo la cual fue descubierta la reserva de oro del Banco Minero. Terrazas volvió a su prisión muy enfermo, Villa envió un aviso a su padre en El Paso, proponiéndole libertar a su hijo a cambio del pago, como rescate, de los 500,000 pesos.

México Insurgente.

POLITICA DEL VILLISMO

Por José C. Valadés

Desde las conferencias efectuadas en Torreón (julio, 1914), el villismo no sólo se caracterizó en la fuerza que significaban los veinticinco mil hombres de la División del Norte. Singularizóse, especialmente, en una función política que, si careció de poder y brillo, aunque sí de simpatía popular, se debió al pequeño teatro de que dispuso Villa para tan importante, aunque por el propio Villa, desdeñado ejercicio.

Mas no fue causa apuntada, la única que entró en operación para evitar el relieve político del villismo. Debióse también el hecho, a que en la parcialidad oponente al villismo estaba un hombre muy versado en los negocios públicos y tan metódico y responsable en sus actos personales, que difícilmente podía ser sobrepujado, por ser mayúscula su experiencia en la materia, aunque su ilustración no hubiese sido de aquellas que conducen rectamente a la sabia previsión.

Carranza, que tal era el enemigo supremo del villismo, reunía en él un caudal de orden y responsabilidad suficientes para hacerle sobresalir en muchos metros de estatura moral al general Francisco Villa, y en un buen número de kilogramos de conocimientos a los consejeros del propio Villa.

Entre éstos había individuos de más capacidad, en cuanto a letras y proyectismos que Carranza, puesto que aparte de poseer sus propias luces, tenían la virtud de ser entrañables y leales partidarios de la democracia maderista, en cambio no poseían la ventaja de obrar a un solo mando, que constituía el privilegio de Carranza, puesto que no únicamente estaban dedicados a luchar para lograr el bien acepto de Villa, en todo aquello que creían necesario o conveniente para la batalla política contra Carranza, sino que entre ellos no existía una personalidad con el arrojo y pertinacia públicas y civiles de Carranza.

Villa ignoraba las cuestiones políticas y con más razón los negocios de Estado; aunque esto, en cambio, durante esos días que la gente vivía temerosa de los abusos de autoridad con los cuales se

significó el porfirismo, le daba una creciente e inmensa popularidad, porque mientras en Carranza se veía el ejemplo clásico de la ambición de mandar y gobernar, en Villa, más que sus hazañas guerreras, se admiraba su candor y desdén políticos; pues si ciertamente no se desconocían sus ambiciones de ejercer una supremacía nacional, esto se consideraba tan idealizado, nebuloso y absurdo, que tales apetitos se tenían como una mera ficción propia de la guerra. Nadie pues, daba crédito en conciencia a la posibilidad de que aquel hombre, poco advertido, sencillo y sin malicia ni dobleces políticos, pudiese ser una amenaza para fundar un gobierno personal omnipotente.

Mucho de engaño teatral guiaba a tal creencia, socorrida siempre en los tiempos durante los cuales hombre y proposiciones tienen la velocidad de los acontecimientos violentos; porque Villa, debido a su origen primitivo estaba gobernado por los caprichos, de manera que a menudo se dejaba poseer por las arrogancias personales, insolentes e indisciplinadas; y el antojo, acompañado del impulso, constituía su guía. Esta realidad, era ininteligible para la población vulgar de México que sólo seguía el lado favorable, atrevido, sincero y espectacular del villismo. Además, un pueblo que había estado sometido a los sistemas inconsultos de un régimen político como el porfirista, tenía que estar maravillado ante un hombre que, como Villa no sólo se debía a sí propio, sino que con ingenio y valor sin par, rompía la observancia de las reglas que hasta esos días conocía el país. Mas, considérese, sin dejar de comprender la magnitud de aquel hombre exento de exornos y artificios, qué hubiese sido de la República si se le da la autoridad que sus triunfos y popularidades requerían, cuando tal autoridad entrañaba el desarrollo y ejecución de propósitos fuera de todos los cánones nacionales y legales. De un acontecimiento tan temerario como el que se supone, seguramente en el país sucumben las generosas intenciones de la grande e ímpolita democracia maderista.

Hacia ésta, se dejaba conducir el general Villa, cuando así lo determinaba su capricho —y sólo su capricho— y no el contexto de un pensamiento. Y si no, vedle en Aguascalientes.

Es el 17 de octubre. Ha llegado inesperadamente a la sede de la Convención. La gente, los capitanes de la guerra, los ciudadanos armados han acudido a verle y a aplaudirlo. Villa no sabe conversar pero tiene el don de distinguir a sus amigos y partidarios. Eufórico, es melifluido y seductor. Escucha a todos y a todos halaga.

La Soberana Convención de Aguascalientes —y esto lo tiene Villa por cierto— es un triunfo de su partido. Verdad es que la unanimidad de los convencionistas no corresponde al villismo; pero gra-

cias al villismo, los caudillos de la guerra han dejado la ciudad de México para instalar la asamblea en Aguascalientes.

Y no constituía ese, el único triunfo de los partidarios de Villa; porque si Carranza vio con señalado desdén la reunión de la Soberana —y sólo volvió hacia ella los signos de su autoridad cuando apareció la declaración de autonomía— fue por saber de antemano que una asamblea mexicana difícilmente podía organizar una autoridad unificada y gobernadora de la nación, mientras Villa por su parte, se entregó virtualmente a la Convención. Y, al efecto, sin afectación alguna, el caudillo norteño concurrió a una sesión, estampó su nombre sobre la bandera nacional, hizo público su desinterés de gobierno, abrazó afectiva y calurosamente a los generales de un bando y de otro bando, y sensibilizó a sus más zorros enemigos, dejó correr el nombre del general Alvaro Obregón como presidenciable y surgió como líder democrático.

Mas al tiempo que esto acontecía en el Teatro Morelos, silenciosamente los soldados de Villa se posesionaban militarmente de Aguascalientes. Ni un solo tren —ni el del presidente de la Convención, general Villarreal— pudo ser movilizado a partir de esa hora, sin la orden de Villa.

Así, lo ganado por éste en el orden político con su sola presencia en la asamblea convencionista, se perdió unas horas más tarde; porque aquella orden para la ocupación de la plaza por las fuerzas villistas, indignó a los concurrentes a la Convención; y el general Villarreal fue el primero en advertir que la neutralidad de Aguascalientes éra “una farsa”, y con esto empezó una nueva y amenazante situación que intranquilizó todos los ánimos; pues si de un lado, los jefes villistas quitaron el mando de la plaza al general Agustín García Aragón a quien la Convención había dado el empleo, de otro lado el general Alvaro Obregón fue asaltado y poco faltó para que lo secuestraran o asesinaran.

Mientras tanto Villa salió sigilosamente de Aguascalientes; más tropas villistas entraron a la plaza, y la violencia amenazó a la ciudad. Villarreal no se arredró. Mandó, al efecto, con mucha decisión, la salida de las fuerzas villistas, restableció el orden, hizo valer su autoridad de presidente de la Convención y a poco volvió a brillar el aparato de la Soberanía.

Los convencionistas recuperaron la tranquilidad. Villa regresó al norte, e hizo saber que respetaría los acuerdos de la Convención. Sus soldados le siguieron; pero quedó una honda preocupación entre los convencionistas, porque ¿no la sola presencia de la persona de Villa fue capaz de aturdir y comprometer a todas las funciones de libertad

y autonomía de la asamblea? Y esto, no porque Villa hubiese obrado con maldad o perfidia, sino porque todo en tal caudillo era impulso y satisfacción momentáneas; errático e incierto.

Con Villa en el norte, la Convención vuelve a la normalidad. Mucha era, ciertamente, la admiración hacia el general Villa; pero mucho también el temor que inspiraba.

La Convención prosigue, pues, sus trabajos, pero es de claridad meridiana el hecho de que existe un partido villista; un poderoso partido que se dilata conforme avanzan las horas de la Convención; porque aquella desenvoltura del caudillo al presentarse a los convencionistas, seguida de la automática ocupación militar de la plaza de Aguascalientes, significó que el general Villa quiso hacer saber de lo que era capaz de llevar a cabo; tanto en el orden político, cuanto en el género del guerrero, Villa pretendió duplicar su personalidad, atributo que solamente alcanzan los políticos excepcionales.

Historia General de la Revolución Mexicana.
Tomo IV.

DE DONDE SURGE EL HOMBRE DE GUERRA

Por *Nellie Campobello*

Leva. Cuerda. La Acordada. El Chaco. Los hombres de los poblados huían al oír estos nombres y La Acordada se iba detrás de ellos. Villa sabía esto y otras cosas más, por eso a los 17 años pagaba con su sangre el haber nacido fuerte y rebelde. El monte fue su refugio; sus amigos, otros hombres jóvenes que huían por la misma causa. Entre ellos estaban José Beltrán, Rosendo Gallardo, Sabás Martínez y otros cuyos nombres se oscurecen allá lejos en las arrugas de la sierra donde los lobos aúllan. Su rebeldía era clara y limpia; las aves también la sienten cuando la mano del hombre la aprisiona. Ellos la demostraban con el rifle en la mano, en momentos en que las gentes de ideas, los intelectuales, los escritores, no podían hablar, ni estar unificados, como sucedió después.

Aquellos pequeños grupos peleaban por acabar con las injusticias que cometían las autoridades con los pobres de las rancherías. Mataban rurales, asustaban a los jefes políticos y a los ricos. Robaban animales sin dueño, el ganado salvaje nacido allí pertenecía a quien primero lo tomaba. De estas mismas manadas se surtían los Terrazas, los Creel y demás ricos privilegiados que sólo cumplían con el requisito de estamparles el fierro de la familia.

Así vivían y así comían; todo en defensa propia, como los rebeldes de cualquier época. Bandidos los llamaban los hombres del gobierno, así se moteja a cuantos luchan contra una dictadura.

La calumnia contra Francisco Villa ha cundido. Su vida solitaria y miserable, de constante rebeldía, ha sido tema de las mentes inquietas que insisten en explicar lo inexplicable para el mismo Villa. Villa huyó por ese miedo que todos los jóvenes pobres tuvieron a la leva. Después era imposible regresar. La vida de los hombres contrae compromisos que sólo ellos entienden y resuelven, compromisos incomprensibles como la vida misma.

En 1910 Francisco Villa continuó su rebeldía en las ciudades. Villa sonriente, con la seguridad que sólo tienen las gentes que han sufrido. México presentaba el aspecto de una cárcel: sus hijos esta-

ban encadenados. Los hombres que gobernaban eran fuertes. Villa, siguiendo a Francisco I. Madero supo que con palabras y manifiestos nada se haría, porque el pueblo no sabía leer, ignoraban la palabra libertad. Los mineros sabían que los pulmones se les salían por la boca, que sus piernas se les encogían por el reuma, que sus hijos tenían las canillas flacas y los ojos hundidos, sabían muchas cosas tristes.

Aunque la leyenda recompuesta ni ella afirme, antes de esa época no existió Francisco Villa. Indudablemente, del muchacho rebelde de 1893 nació el bravo coronel de 1911, pero Francisco Villa, el que conociera el mundo, el que vino a defender los ideales del pueblo y a ser el jefe militar de la revolución armada de México, ese nació en 1910, vestido de amarillo y llevando un sombrero ancho, un listón tricolor en la copa y unas cananas fajadas en cruz.

La Revolución lo utilizó primero como capitán, que a su junta a otros capitanes que han de ayudarlo a formar, dos años después, el primer gran ejército nacido del pueblo de México. Sus valientes capitanes iban por todos lados levantando gente; unos traían diez hombres, otros veinte, otros cincuenta; los mismos capitanes daban facultades a sus amigos para que reunieran gente, caballos, rifles.

Poco a poco fue creciendo aquella columna. Era 1911. El soldado Pancho Villa, el rebelde de 1893 estaba allí encabezando a sus hombres. Por fin, sus sueños de libertad iban a discutirse con baterías potentes, por fin, su rebeldía de 15 años había encontrado eco: ahora ya no estaba solo, tenía ochocientos hombres que llevaban ocho cananas por cabeza, pertrechados y vestidos de amarillo; era una columna dorada; así decía la blanca tierra del desierto de Chihuahua y cada uno valía por diez de los mejores. En sus manos traían la vida de sus enemigos. Los soldados del pueblo querían venganza. "Podían temblar los caciques, los elegidos, los enriquecidos con los dolores del pueblo." Estas o parecidas palabras repiten ahora los patriotas, los viejos que hoy pasean su cabeza blanca por los campos que ayer regaron con su sangre de adolescentes e idealistas.

En 1911 lo hicieron coronel, aunque él ya lo era de hecho. En este año libró varios combates y tuvo difíciles encuentros: el de Las Escobas, el de Tecolote, Cerro Prieto, Satevó, Camargo y San Andrés. Amagó las guarniciones de Parral, Jiménez, Chihuahua. Hostilizó las vías de comunicación, entre los federales de todo aquel estado.

En 1911 Villa sufre, lucha. Es mentira que apenas alzado en armas, en todas partes brotaran armas, carabinas, caballos. Ni tampoco le entregaron soldados pertrechados listos para que él los guiara. El supo responder al momento, vio que México necesitaba quién

derrocara al ejército de un tirano. Su primer pensamiento fue juntar hombres y así lo hizo.

Empezó sus acciones tan desproporcionadas que nadie comprendía cómo las empeñaba; con su estrategia propia lograba pequeños triunfos. Engaños al enemigo, como el amarrar ramas en la cola de los caballos, y hacerlos correr; encender lumbres que fingían grandes campamentos; poner sombreros en hileras para simular hombres; hacer que los caballos dieran vueltas a un cerro indefinidamente. De este modo lograba derrotar destacamentos, aumentar sus armas, hacerce de provisiones y demás pertrechos.

Todo iba sucediendo en forma rápida; aumentaban aquellos terribles capitanes. Vinieron los combates importantes. Al sufrir el descalabro de Casas Grandes, Madero manda decir a Pancho Villa que venga en el acto. De la llegada de éste nace el ataque a Ciudad Juárez, con Madero derrotado y herido de un brazo. Cuentan los supervivientes que Villa, al llegar, traía ochocientos hombres. Dicen que en un momento treparon por los cerros y que, cuando todos acordaron, aquellos hombres se habían posesionado de las alturas, listos y ágiles para pelear.

La envidia comenzó. A todos molestaba la agilidad de aquellos hombres y su jefe Villa. Orozco, Garibaldi y otros intentaron molestarlos. Así fue como un día que pasó un villista por el campamento de Garibaldi lo desarmaron por puro gusto. Villa escribió a Garibaldi un papelito donde le suplicaba devolver al soldado sus armas. Garibaldi le contestó al reverso: "que fuera él a recogerlas si era tan hombre". Villa se presentó a caballo con unos cuantos de sus soldados. Garibaldi tenía cerca de él doscientos. En un momento, Villa y los suyos los desarmaron. Garibaldi se quejó a Madero. Este llamó a Pancho Villa y lo interrogó. Villa, por toda respuesta, mostró el papel. Madero vio que él no tenía la culpa, y de un modo amable le pidió que devolviera las armas y que los dos se dieran un abrazo de compañeros. De allí salieron Villa y Garibaldi del brazo, riéndose como dos grandes y viejos amigos.

Orozco se hizo muy amigo de Villa. Así fue como se les vio juntos antes de la toma de Ciudad Juárez, y tan de acuerdo que a ellos se debe la resolución del ataque. Madero no quería que se rompiera el fuego porque, según él, era imposible el triunfo y juzgaba aquello una locura. Pero un día Villa y Orozco se decidieron a aconsejar a sus muchachos que provocaran a las avanzadas federales. Primero uno de los revolucionarios les tiraría un balazo. Si los federales contestaban, mandarían ocho o más balazos. Se acercarían diez hombres a las avanzadas enemigas. Si la balacera cundía, irían por cincuenta

hombres más y de ese modo harían que se generalizara el combate y ya en estas condiciones, el señor Madero no podría detener el choque. Villa y Orozco se separaron y se fueron al lado americano. Cuando oyeran los tiros correrían y se harían los sorprendidos. Así sucedió todo, de un balacito nacieron diez, treinta, cincuenta, y al ver que los cincuenta hombres estaban agarrados, vinieron todos en su auxilio.

El señor Madero, oyendo el tiroteo, dijo a Villa y Orozco: "Pues ahora ustedes saben lo que hacen", y los dejó seguir adelante. El resultado dio el triunfo a los maderistas.

Este combate fue dado por Villa y Orozco. Uno y otro se distinguieron con su gente y especialmente la del coronel Villa, sólo que esta vez los laureles fueron para Orozco. Los norteños de Chihuahua y Durango, tipos admirables, valientes, buenos jinetes, buenos tiradores, fuertes y ágiles, daban así el triunfo a la Revolución de 1910. Francisco Villa, terminado el combate, procuró buscarles de comer a sus muchachos. Cuando esto quedó arreglado, se fue al cuartel general donde estaban prisioneros Navarro y su estado mayor. Villa, de un modo muy correcto, se llevó consigo a unos oficiales del estado mayor y les dijo que los iba a invitar a comer en El Paso, considerando que en la ciudad americana podrían hacerlo mejor. Juárez estaba lleno de gente. Además, él tenía el gusto de atenderlos como prisioneros suyos que eran. De sobremesa, uno de ellos trató de hacer un chiste y les dijo a sus compañeros que ya estaban del otro lado y de regreso a Juárez podrían ser fusilados, mejor se quedarían allí, a lo que contestó otro: "Ni de chiste se puede admitir esto, somos prisioneros del señor, quien ha sido muy gentil con nosotros, volveremos con él a Juárez aunque nos ejecuten". Todos rieron y volvieron a Juárez, donde no fueron fusilados. Era la primera vez que Villa conversaba con federales, y como llevaba dentro de sí el genio guerrero que todos admiraban, era natural que procurase ver de cerca a militares de carrera, de quienes él creía aprender mucho. Para un hombre como él, inquieto, observador, inteligente, aquel contacto fugaz le valdría muchos años de aprendizaje.

Los últimos meses de 1911, Villa los pasa dedicado al trabajo en Chihuahua, pero al tanto de los acontecimientos políticos. Orozco era un rey en aquel estado de Chihuahua. Por todas partes andaba acompañado de los ricos. Derrochaba dinero. Murmuraba del Presidente. Villa se dio cuenta de estas y otras cosas y determinó ir a ver al señor Madero. Habló ampliamente con él. Almorzaron juntos varias veces, tuvieron largas conferencias. Villa le prometió fidelidad y regresó a Chihuahua. Rebelado Orozco, una mañana ordenó a sus colorados que bombardearan la penitenciaría, echaran fuera a

los presos políticos y demás sentenciados. De este modo iniciaba su traición. En vano había hecho antes todo lo posible por atraerse a Francisco Villa.

Villa buscó a sus hombres en la sierra y recibió órdenes de ponerse bajo el mando de Huerta en la campaña contra Pascual Orozco. Al lado de Huerta hace un papel brillante como coronel de tropas irregulares. Esto no gustó al generalísimo. Empezaron las suspicacias, las envidias, al ver Huerta en Villa un maderista demasiado apto y fervoroso. Le buscaron motivo y un día quisieron fusilarlo; lo salvó el general Rubio Navarrete y un grupo de oficiales que insistió en mandarlo a México, asegurando a Huerta que allí sería juzgado.

Mis Libros. Apuntes Sobre la Vida Militar de Francisco Villa.

OBREGON A PUNTO DE MORIR

Por *Luz Corral de Villa*

Había yo colocado espejos en mi recámara, en la sala y en el recibidor de mi residencia, de tal manera que de mi recámara podía fácilmente darme cuenta de lo que pasaba en la sala y aun en la puerta del jardín en donde estaba la escolta.

Debo mencionar aquí, que varias personas a quienes les he platicado este episodio de nuestra vida, se han reído maliciosamente y me han acusado de que tal idea fue hija de los celos. Quizá si mi marido se hubiera dado cuenta de ello, hubiera creído lo mismo, y sin duda mis espejos hubieran corrido una triste suerte.

Sin embargo, mi objeto era otro; yo sabía que mi marido tenía infinidad de enemigos y siempre estaba temerosa que alguien tratara de asesinarlo cobardemente. Por mis espejos colocados como estaban podía ver a cualquier persona que entrase a la casa, fácilmente cuando un extraño se colara en ella. En nuestra casa constantemente se hospedaban personas, por las que yo sentía responsabilidad y no recuerdo un solo día en que no se sentaran a nuestra mesa un crecido número de amigos; muchos de ellos prominentes personajes de la política y que temían por sus vidas a cada instante.

Uno de esos personajes era el general Obregón, quien en varias ocasiones fue nuestro huésped. Una mañana, mientras yo estaba pendiente frente a mis espejos, y preocupada en el trabajo de los cocineros, pues a cada momento los vigilaba para hacer uso de mi cuchara de plata que, como digo en una anécdota anterior, me vino a la idea mandar confeccionar —desde que ocurrió la muerte de Chale, nuestro primer cocinero—, para comprobar con ella que la comida no estaba envenenada, me di cuenta de que en la sala discutía acaloradamente mi marido con el general Obregón. Estos daban vuelta a lo largo de la pieza y cada vez era más evidente el coraje en el semblante de mi marido; algunas personas que llegaban, se daban cuenta de lo que pasaba y se quedaban en el Hall de la casa y así fue creciendo el número de ellos. Más tarde me di cuenta que la casa se encontraba rodeada de los "Dorados"; se llegó la hora

de la comida, me fui al comedor y ordené a uno de los meseros que anunciara que la comida estaba servida. A los pocos momentos llegó mi marido con el general Obregón y muchas personas, pues había asiento en nuestra mesa para veinticuatro; además había otra mesa en seguida, que casi siempre se ocupaba y un comedorcito anexo, y en algunas ocasiones había que servir hasta dos veces. Nos sentamos mi marido y yo a la cabecera y al lado de él el General Obregón, éste como si nada pasara entre él y mi marido; con el mismo buen humor de siempre estuvo contando algunos chistes como de costumbre y yo para adentro me preguntaba: ¿lo que he visto en mis espejos había sido una alucinación? Como a las tres de la tarde nos levantamos de la mesa y mi marido se fue a la recámara para dormir siesta; yo me levanté para dar órdenes a los cocineros y después seguí a mi marido y al pasar por el Hall, había algunos grupos de personas platicando. De uno de ellos se desprendió el general Angeles, vino a mi encuentro y me dijo: "Señora, el general Villa va a fusilar al general Obregón y a nadie quiso oír; a ver qué hace usted por él". Comprendí que esa comisión me era sumamente difícil; no obstante, me atreví a preguntar a mi marido: "¿Qué pasa entre ustedes que está la Quinta rodeada por los «Dorados» y retiraron la banda que venía a tocar?" A lo que él me dijo: "Voy a mandar fusilar a ese tal por cual de Obregón, hoy me ha puesto de parapeto en Sonora y ya me cansé de sus cochinos actos"; a lo que yo le contesté que estaba muy bien hecho, dado que iba de por medio su honor militar. Luego continué: "pero si tú fusilas al general Obregón, mañana toda la prensa extranjera dirá: «Francisco Villa mandó asesinar a su compañero y amigo y sobre todo su huésped», pues tú sabes que la hospitalidad es sagrada en todas partes del mundo, y dentro de cien años dirán: «Francisco Villa hizo bien en fusilar al general Obregón; pero por muchos años más será Francisco Villa el asesino del compañero, del amigo y del huésped»".

Yo esperaba que me dijera, entre muchas cosas, que a mí qué me interesaban sus actos.

Ahora que han pasado tantos años, todavía me asombro del resultado de mis palabras, que fueron dichas aprisa y sin pensarlas; pero no me dijo ni media palabra; ni dices bien, ni dices mal, ni quién te aconsejó. Después de haber descansado un rato, se levantó de la cama donde estaba recostado y llamó al Jefe de la Escolta; le ordenó que llamara a Javiercito Hernández —éste fue uno de los más leales—, para que fuera a llamar a Jacobo, el maquinista, quien poco después se presentó y le ordenó mi marido: "Dé orden de que pongan el tren del General Obregón, para que cuando salga del bai-

le, que le darán esta noche, si él así lo cree conveniente, salga rumbo al Sur. Yo mientras formaré una escolta para que lo acompañe hasta donde está su gente, no quiero que mañana o pasado digan que Francisco Villa asesinó a su compañero y huésped”. Volvió sonriente a verme y palmeándome la espalda me dijo: “Ahora sí ya todo pasó”.

Lo que dijeron, lo que pasó entre ambos y los allí presentes, yo no lo supe; yo me fui a mis ocupaciones habituales, lo que sí sé es que Pancho no asistió al baile, excusándose de no sentirse bien.

De los protagonistas de aquella época, sólo existe ya uno: el entonces capitán Carlos T. Robinson, Jefe de la Policía en Aguacaliiente, Baja California y quien profundamente emocionado se acercó a mí para decirme:

“Señora, durante dieciocho años he buscado esta oportunidad, para darle las gracias por haberme salvado la vida en aquella ocasión, en que fuimos huéspedes de usted en compañía de mi general Obregón”.

Mi regocijo no tenía límites, pues se me presentó la oportunidad de demostrarles a las personas que me acompañaban en mi viaje a Los Angeles, Cal., la veracidad de lo que les había platicado la tarde anterior a este encuentro con el Sr. Robinson, en los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, Co., en relación con el peligro de muerte en que se vio el general Obregón cuando fue en Chihuahua nuestro huésped.

El Sr. Robinson prosiguió:

“Han pasado tantas cosas desde entonces. . . Yo me he propuesto escribir un libro, que titularé: «Hombres y Cosas de la Revolución», y en él me he permitido dedicarle a Ud. una página cuyo texto es el siguiente:

“Si hay algún ejemplo que valga la abnegación de la Mujer Mexicana y de otras muchas de las virtudes con que hemos a menudo de alabarla, aquí está el ejemplo tan modesto como elocuente de esta mujer, doña Luz Corral, la esposa legítima de Pancho Villa.

“Carne de sufrimiento, que se queda lejos del radio luminoso del guerrillero; modesto guardián que sin hacer notar a los extraños, sabe torcer las desordenadas inclinaciones de su marido, por un nuevo cauce; siempre en acecho de la oportunidad de calmar, de hacer perdonar; de poner freno al instinto salvaje y de detener a la muerte; a cuántos no salvó, como a nosotros aquella tarde, la ternura y el ruego de esta mujer que vive aún en quietud y en olvido. A cuántos no salvó.

“Ni para sí, ni para los hijos de ambos, ha tratado de hacer valer el nombre de Pancho Villa, doña Luz, ella forja y modela por su cuenta, a los herederos de aquel impulso devastador, que dejó su huella por extensos lugares del suelo de México. Símbolo de madre mexicana, vive ella sus últimos días con la seguridad de hacer sembradores de trigo, a los hijos de aquel sembrador de tempestades.”

“Tomado de mi libro inédito «Hombres y Cosas de la Revolución», como un testimonio de gratitud a doña Luz Corral Vda. de Villa, en su visita a Aguacaliente, Baja California, México. Con todo respeto. Carlos T. Robinson, mayo 3 de 1934.”

Debo hacer aclaración; de que los hijos a que el Sr. Robinson se refiere, no eran hijos míos, sino de mi marido; pero como ellos me llamaban “Mamá”, muchos de nuestros amigos estaban bajo la impresión de que eran hijos nuestros.

Villa en la Intimidad.

PREPARATIVOS DE EJECUCION Y BAILE OBSEQUIADO
POR EL ESTADO MAYOR A LOS JEFES
DE LA DIVISION DEL NORTE

Por *Alvaro Obregón*

Al entrar en la habitación en que Villa se encontraba, éste se levantó de su asiento, sin ocultar su indignación, y desde luego me dijo:

—El general Hill está creyendo que conmigo va a jugar. . . ; es usted un traidor, a quien voy a mandar pasar por las armas en este momento.

Y dirigiéndose entonces a su secretario, señor Aguirre Benavides, que estaba en la pieza contigua presenciando estos hechos, le dijo:

—Telegráfeme usted al general Hill en nombre de Obregón, que salga inmediatamente para Casas Grandes.

Luego se dirigió nuevamente a mí, y me preguntó:

—¿Pasamos ese telegrama?

A lo que contesté:

—Pueden pasarlo.

En seguida de obtener mi respuesta, Villa se dirigió a uno de sus escribientes, ordenándole:

—Pida por teléfono veinte hombres de la escolta de "Dorados", al mando del mayor Cañedo, para fusilar a este traidor.

Entonces me dirigí a Villa, diciéndole:

—Desde que puse mi vida al servicio de la Revolución, he considerado que será una fortuna para mí perderla.

Aguirre Benavides, que había previsto los acontecimientos, había llamado violentamente al general Madero, y éste se encontraba ya también en la pieza contigua, dándose cuenta de los hechos relatados.

A propósito del mayor Cañedo, que debería mandar la escolta para mi ejecución, debo consignar que, anteriormente, había pertenecido al cuerpo de Ejército de mi mando, del que, por disposición

mía, fue dado de baja, expulsándolo de Sonora, por indigno de pertenecer a nuestro ejército.

En los momentos en que yo replicaba al amago de Villa, y cuando quizás estuve en peligro de ser asesinado por él mismo, como en muchos casos llegó a hacerlo con otros, se introdujo en la pieza contigua el llamado general y doctor Felipe Dussart —individuo a quien yo en Sonora había destituido de nuestras filas, por indigno de pertenecer al Ejército Constitucionalista—, quien haciendo a Villa una señal, empezó a aplaudirlo, dando algunos saltos, para demostrar su regocijo por mi propia ejecución, y exclamando:

—¡Bravo, bravo, mi general. . . !; así se necesita que obre usted.

Fue tal la exclamación que Villa experimentó contra aquel ser despreciable que iba a festejarse con mi ejecución, que llevó sobre él su furia, diciéndole:

—¡Largo de aquí, bribón, fantoche; porque lo corro a patadas!

Mientras se registraba aquel sainete entre Villa y Dussart, yo continuaba paseando a lo largo del cuarto.

Cuando Villa hubo lanzado fuera a Dussart, volvió a mi compañía, y los dos seguimos dando vueltas por la pieza.

La furia de aquel hombre lo estaba haciendo perder el control de sus nervios, y a cada momento hacía movimientos que denunciaban su excitación.

A mí no me quedaba más recurso que llevar al ánimo de Villa la idea de que me causaría un bien con asesinarme, y con este propósito, cada vez que él me decía: “Ahorita lo voy a fusilar”, yo le contestaba.

—A mí, personalmente, me hace un bien, porque con esa muerte me van a dar una personalidad que no tengo, y el único perjudicado en este caso será usted.

La escolta había llegado ya.

A mis oficiales los tenía detenidos en la pieza que me habían preparado como recámara, y sólo faltaba la última palabra de Villa.

Este continuaba, a mi lado, paseándose por la pieza, cuando repentinamente se separó, dirigiéndose hacia el interior de la casa.

Al cuarto contiguo, donde se encontraba al principio Aguirre Benavides y el general Madero, habían llegado Fierro y algunos otros satélites de Villa de los que —como Fierro— se distinguieron siempre por su afición al crimen.

El tiempo transcurría, y nuestra situación no variaba en nada.

Cuando todo estaba listo para nuestra ejecución, llegó el agente especial del Gobierno de los Estados Unidos, Mr. Canova, seguramente con intención de entrevistar a Villa, pero tuvo que regresarse sin hacerlo, porque no le permitieron franquear la puerta de la casa.

La noticia de la orden para nuestro fusilamiento había cundido ya por toda la ciudad, y grupos de curiosos se reunían en los contornos de la casa de Villa para presenciar las ejecuciones.

Había transcurrido una hora, cuando Villa hizo retirar la escolta y levantar la guardia que teníamos a la puerta.

Como a las 6:30 p.m. entró en la pieza y, tomando asiento, me invitó a que me sentara a su lado.

Nunca había estado yo más consecuente en atender una invitación. En seguida tomé asiento en el sofá que Villa señaló al invitarme.

Villa, con una emoción que cualquiera hubiera creído real, en tono compungido, me dijo:

—Francisco Villa no es un traidor; Francisco Villa no mata a hombres indefensos, y menos a ti, compañerito, que eres huésped mío. Yo te voy a probar que Pancho Villa es hombre, y si Carranza no lo respeta, sabrá cumplir con los deberes de la Patria.

Aquella emoción tan bien fingida continuó en creciente, hasta que el llanto apagó su voz por completo, siguiéndose a esto un silencio prolongado, el que vino a turbar un mozo, que de improviso entró en la habitación y dijo:

—Ya está la cena.

Villa se levantó y, enjugando su llanto, me dijo:

—Vente a cenar, compañerito, que ya todo pasó.

Confieso que yo no participaba de la opinión de Villa de que todo había pasado, pues en mí no sucedía lo mismo, porque el miedo ni siquiera empezaba a declinar.

Inmediatamente después de la cena, los oficiales comisionados por la mañana de ese día para preparar el baile, y que habían sido ya puestos en libertad, así como los que formaban la comisión de recepción, se trasladaron al salón del Teatro de los Héroes, para que principiara la fiesta.

Villa se excusó de asistir al baile, diciendo estar indispuesto, y yo me presenté al teatro a las nueve de la noche.

La fiesta estuvo muy animada, y bailamos hasta las primeras horas de la mañana del siguiente día.

La mayor parte de los concurrentes estaba al tanto de los acontecimientos que habían tenido lugar durante la tarde, y se formaban mil conjeturas al vernos entregados al baile sin hacer ningunos comentarios.

VILLA CAE SOBRE CIUDAD JUAREZ

Por *Luis y Adrián Aguirre Benavides*

No solamente honra a Villa su admirable instinto de guerrillero, mil veces comprobado, sino también sus grandes facultades organizadoras para mantener la paz, el orden y la confianza de las poblaciones que él conquistaba con golpes de heroísmo y audacia incomparables. Negar estos hechos es entrar a sabiendas en el terreno de la calumnia y la difamación que sus enemigos se empeñan en esgrimir para hundirlo en la ignominia. Pero el intento es vano, pues mientras más se le ataca, se destaca con mayor claridad el perfil del hombre en su grandeza y en su miseria; surgen con mayor brío sus amplias y excelentes cualidades, que aunadas a sus tremendas pasiones, nos llevan a la conclusión de que es, sin duda alguna, uno de los tipos más extraordinarios de la historia mexicana. Y aquí sólo la historia habla; el asalto y toma de Ciudad Juárez, en noviembre de 1913, nos presenta al hombre en tres aspectos magníficos de su personalidad: inteligente y audaz como guerrillero; ponderado y juicioso como vencedor; agradecido y noble a quien debió nobleza, con gratitud conmovedora para pagar con la misma moneda los favores recibidos, en el caso del general Castro, el defensor vencido de la plaza, que en otra época abogara por Villa para salvarlo del paredón de fusilamiento.

Después del fracasado asalto de la ciudad de Chihuahua en la que sufrieron un serio descalabro las fuerzas revolucionarias, Villa tuvo una junta con los generales que integraban su División del Norte, el 12 de noviembre de 1913. En esa junta, que se celebró en el campamento de Charco, se acordó que se simularía un nuevo ataque a Chihuahua, para esconder la verdadera finalidad, ¡atacar y tratar de tomar la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez!

El plan de ataque se trazó así:

“El general Villa, con 2 mil hombres de caballería y los generales Maclovio Herrera y José Rodríguez, que se consideraban suficientes, avanzarían al norte sobre Ciudad Juárez; el general Chao se retiraría del distrito de Hidalgo con todos los trenes, la artillería y

la infantería. Los generales Rosalío Hernández, Toribio Ortega, Fidel Avila y el coronel Granados, con 2,500 hombres, se quedarían de retén sobre la vía del ferrocarril, avanzando lentamente hacia el norte. El general Aguirre Benavides, con su brigada Zaragoza, marcharía a la retaguardia para contener a las fuerzas de Chihuahua, en el caso de que los atacaran.”

Villa tomó rumbo al norte, marchando a lo largo de las vías del ferrocarril, pero cuando la vanguardia dio aviso de un tren que venía de Ciudad Juárez hacia el sur, inmediatamente surgió en la mente audaz y genial del jefe lo que debía de hacerse. Al detenerse el tren en la estación Sauz, ninguno de sus tripulantes pudo darse cuenta de la presencia de tropas revolucionarias, pues en un movimiento rapidísimo éstas se escondieron, y en el momento oportuno irrumpieron para aprehender a la tripulación y abordar el convoy, que se componía en su totalidad de góndolas con carbón que conducían a Chihuahua. Previamente se había puesto a buen recaudo al telegrafista y al jefe de estación, según el plan elaborado rápidamente por Villa. Era indispensable además, que el telegrafista se comunicara con Ciudad Juárez y desorientara al despachador con sus informes, pero, ¿qué seguridad se podía tener en las transmisiones de aquel hombre? Era necesario vigilarlo, pues de aquellos comunicados dependía el éxito de la empresa. Daniel R. Delgado, que era nuestro telegrafista, se presentó en el acto y en presencia de Villa fiscalizaba las transmisiones que éste le dictaba a su compañero de oficio, a quien se apercibió con fusilarlo en caso de desobediencia o empleo de contraseñas especiales.

—Comunique usted —ordenó Villa— que la vía del tren está destruida al sur de Sauz, y los puentes quemados, que no hay comunicación telegráfica con Chihuahua, que necesita otra máquina y que espera instrucciones.

Como era de suponerse, el despachador de Ciudad Juárez ordenó que el tren se regresara, pues aquel comunicado llevaba la firma del conductor. Mientras se recibía la contestación se hizo la maniobra de descargue de las góndolas, substituyendo el carbón con la tropa de asalto, que eran aproximadamente 2 mil hombres. En el ínter, se recibió la esperada respuesta que dejaba al conductor para arreglárselas como pudiera, con los elementos que contaba, pues no era posible enviarle la máquina solicitada. Además se le indicaba que regresara inmediatamente, con la obligación de que en cada estación se reportara y pidiera nuevas instrucciones; en el Sauz se recibió escuetamente esta orden: “K”, lo que significaba que no había modificación a la orden de regreso originaria. El convoy seguía su marcha

victoriosa, pero era indispensable prevenirse de las indiscreciones que podrían dar al traste con aquella hazaña que se escribiría para la eternidad. Antes de llegar a cada estación se desconectaba la locomotora y se dejaba en ella a un grupo de oficiales resueltos con la misión de capturar al telegrafista. En Moctezuma se volvió a recibir la contraseña "K" y así sucesivamente, hasta llegar a los alrededores de Ciudad Juárez, a la medianoche. El general Villa estaba en todo, personalmente dictaba las órdenes, señalaba comisiones y distribuía los mandos. Quería que los puntos de avance quedaran convenientemente protegidos, y al efecto dispuso que Rosalío Hernández y otros jefes, al mando de 2 mil hombres se quedarán en el Sauz en un intento de avance al Norte; en la medida de las posibilidades, el general Aguirre Benavides con su brigada Zaragoza y toda la caballería concurrían al asalto de Ciudad Juárez, lo mismo que las brigadas de Maclovio Herrera y José Rodríguez, con un total como de 18 mil hombres. Y la artillería que estaba a cargo del coronel Servín, seguiría su marcha por la vía del ferrocarril tan pronto como se reanudaran los tiros con la mulada que se había conseguido en haciendas y rancherías cercanas.

Todo estaba dispuesto para la gran aventura, todo se había calculado con precisión cronométrica y por añadidura el servicio de espionaje cumplía fielmente su misión. Villa estaba enterado de la situación que privaba en Ciudad Juárez, sus medios de defensa, lugares pertrechados o accesibles, croquis minuciosos de éstos, conducta de la población civil y militar, etcétera.

A la medianoche las tropas revolucionarias entraban en los suburbios de la gran ciudad fronteriza, donde los 500 hombres al mando del general Francisco Castro darían la batalla.

Era el 15 de noviembre de 1913, ¡qué lejos estaban de suponer que el gran Centauro estaba allí, y que conquistaría la plaza casi sin derramarse sangre. . . !

"El terrible guerrillero —comentaban— anda rondando por Chihuahua, donde el general Mercado le ha dado una severa lección. Hay que divertirse y gozar tranquilos mientras el cuerpo aguante."

Lo cual realizaban sin preocupación alguna, pues la gran ciudad se preparaba para ello. Los jefes y oficiales de Castro invadían los burdeles y las casas de juego, se animaban con el alcohol, con las mujeres y el rutilante dinero que rodaba sobre las mesas. Las tropas, desprevenidas, holgaban o cantaban sus esperanzas y sus angustias.

Todo acabaría en un instante. . . y casi sin resistencia sucumbiría la plaza. Los muertos fueron pocos, gracias a la sorpresa intempestiva con que se presentó el general Villa. Era el triunfo del genio

intuitivo frente a la estrategia de colegio que se dormía en sus laureles.

Desde Samalayuca quedó convenido que el general Maclovio Herrera bloquearía el cuartel general de los federales; el general José Rodríguez atacaría las fuerzas orozquistas y el Capitán 1º Enrique Santoscoy asaltaría la jefatura de armas y ejecutaría el cierre de los puentes que dan al "otro lado".

La tropa se movía con precisión y disciplina, punto por punto iban cayendo las posiciones defendidas, y se ordenó que de Juárez salieran dos trenes para traer la artillería que venía al mando del coronel Servín, la que prácticamente no era ya necesaria por estar consumada la victoria. Sin embargo, poco antes de las cinco de la mañana los orozquistas que habían logrado escapar hacia el sur, intentaron un contraataque que fue pronta y fácilmente desbaratado. El general Villa permaneció en la estación con su jefe de estado mayor, Juan N. Medina, aquél cuyo consejo era siempre de equilibrada reflexión y en eterna pugna con Fierro, Banda, José Rodríguez y otros, quienes lograron desplazarlo. En esta aventura recibió, entre muchas otras la comisión de vigilar las "relaciones internacionales", como las denominaba el general Villa. Y se designó al general Eugenio Aguirre Benavides Jefe de las Armas. También recibió Medina instrucciones para intervenir las casas de juego, establecer servicios de vigilancia y ordenamientos de carácter político para asegurar la vida de los ciudadanos y el desarrollo normal de sus actividades; se nombraron autoridades estatales, y se ordenó que el dinero decomisado en las casas de juego se aplicara en su oportunidad a la causa revolucionaria. Los bancos se intervinieron, pero con la consigna de respetar las cuentas de los particulares; en suma, que Villa se conducía con acierto y ponderación, en circunstancias que colocan muy en alto su nombre y desmienten el calificativo que sus enemigos le asignaron como "Vándalo del Norte".

Una vez establecidas las autoridades locales, Villa telefoneó personalmente a Nogales, Son., para informar al Primer Jefe, don Venustiano Carranza, de la toma de este puerto fronterizo.

Pero hay un detalle que queremos recalcar, Medina también recibió una orden especial: la vida del general Francisco Castro, vencido defendiendo la plaza, había que respetarla donde quiera que se le encontrara, apercibidos de pena de muerte a quien violara esa orden. El Centauro tenía una deuda con él, y había que pagarla. Castro le había salvado la vida, o por lo menos abogado por su persona cuando el chacal Huerta quiso fusilarlo en Jiménez, con el fútil pretexto de una insubordinación con motivo del robo de una yegua. Hay deudas

que sólo se pagan con la misma moneda, y Francisco Villa cumplió con este sagrado deber.

Eran las ocho de la mañana del 15 de noviembre de 1913. Francisco Villa, legendario jefe de la División del Norte, el "vándalo" terrible, el "azote de la humanidad", había abierto el cauce definitivo para el triunfo de la revolución constitucionalista, y con la caída de Ciudad Juárez la historia nos enseña cómo aquel gran calumniado era un hombre de bien, un gran estratega, y un gran organizador de la victoria.

He aquí la versión de las fuerzas huertistas:

"Tengo la honra de informar a Ud. con referencia al asalto de que fue objeto la Plaza de Ciudad Juárez, por las hordas comandadas por el revolucionario Francisco Villa, la madrugada del día 15 de noviembre ppdo.

"Me encontraba en dicha plaza haciendo uso de una licencia para atender mi salud, y a la vez estaba encargado del piquete perteneciente a las Fuerzas del General Salazar, a donde tengo la honra de pertenecer. La mencionada fecha 15 de noviembre como a las 2 y media de la mañana se vio envuelta la Población en un fuego nutrido, tanto de fusilería como de bombas de dinamita, de lo cual ignoraba la causa y levantándome en seguida, quise ir a incorporarme a uno de los cuarteles, encontrando más inmediato el del Teniente Coronel Florentino Govea, que mandaba el Cuerpo de Carabineros del Bravo, al que tuve la suerte de llegar, encontrando a dicho Jefe batiéndose con los rebeldes en unión de su fuerza, y reunido con ellos, continuó la defensa combatiendo a dichas hordas por distintas partes, no contando nosotros más que con unos 159 hombres. La resistencia se mantuvo durante 3 horas por no darnos cuenta del enemigo con quien peleábamos, pues si supimos quién era el que atacaba, fue al amanecer debido a los gritos que se oían de «Viva Villa», contra quien no se pudo continuar la lucha, por habérsenos acabado la fuerza. Carabineros del Bravo, pues de muertos, heridos y dispersos no nos quedaban más que unos cuantos hombres, por lo que se resolvió rotar las pocas armas que teníamos, después de habérsenos agotado las municiones. Como única medida al fin de nuestros esfuerzos se optó, por abandonar la plaza internándonos a territorio americano, donde tomé rumbo opuesto a mis compañeros, dirigiéndome a una casa en donde fui escondido 24 días, ignorando el paradero de mis referidos compa-

ñeros. Después supe que los Tenientes Coroneles de quienes ignoraba su residencia CC. Florentino Govea y Felipe Cázares, se hallaban presos en el Fuerte Billis donde duraron 18 días, habiendo quedado libres después de dichos días de prisión, con la condición de que salieran inmediatamente del Estado de Texas. Llegando a mi conocimiento que dichos señores estaban libres, y la condición con que habían salido, procuré unirme a ellos, para efectuar nuestra salida a la Capital de la República, en donde a mi llegada tendré el honor de dar más detalles con referencia a la toma de la mencionada plaza.

“Respetuosamente hago mención, del valor con que se batió el Teniente Coronel Florentino Govea, con la fuerza de su mando, según informan los vecinos y prisioneros que ha logrado escaparse de las garras del enemigo; que las bajas que sufrió el enemigo entre muertos y heridos, hicieron un total más o menos de 300. Igualmente hago mención del Teniente de Artillería Enrique Ruiz, quien con sus ametralladoras, se batió bastante, al grado de habersele acabado casi todos los artilleros, pues una vez sin fuerza lo aprehendieron los rebeldes, y la noche del mismo 15, al sacarlo para fusilarlo, pudo haberseles escapado, habiendo hecho fuego la escolta que lo llevaba sobre él, hiriéndole un brazo únicamente, lo cual no le impidió el haber cruzado con dificultades la línea Divisoria Internacional, quedando salvo por consiguiente de las hordas villistas. En atención a esto, atentamente pido a usted el ascenso inmediato del mencionado Teniente Coronel Florentino Govea, y del Teniente de Artillería Enrique Ruiz, permitiéndome pedir por esto, por ser yo un testigo ocular de la conducta de dichos Jefes, y por tener en cuenta que el Supremo Gobierno, ha obrado siempre con justicia, premiando a sus subordinados, cuando se hacen acreedores debido a su valor y abnegación, en el cumplimiento de su deber.

“Me permito elevar este parte directamente a la Secretaría de Guerra, por no saber adónde se encuentra el C. General Jefe de las Armas en Ciudad Juárez, don Francisco Castro, así como por no saber por buena fuente el lugar en donde se halla el C. General Jefe de la División del Norte, don Salvador R. Mercado, que se hallaba en Chihuahua, y por la falta completa de comunicación.

“Tengo el honor mi general de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto.

“Libertad y Constitución.

“Laredo, Tam. Diciembre de 1913.

“El Coronel
“Roque Gómez.”
(Rúbrica.)

El Jefe de las Armas de Aguascalientes rinde el siguiente informe:

“Transcribe el oficio del Jefe del 5º Cuerpo Explorador, referente al parte que rinde con motivo a un combate, el Cabo 2º.

“...Tengo la honra de transcribir a Ud. el oficio que con fecha 8 del actual, girado bajo el número 308, me dirige el Jefe del 5º Cuerpo Explorador, y que a la letra dice:

“La Oficina del Detall del Cuerpo a mi mando, en oficio de fecha 31 del pasado diciembre, transcribe a esta Comandancia el parte que rinde a dicha Oficina el Cabo 2º del Cuerpo de mi mando, José Guerrero, cuyo oficial estaba de guarnición en Ciudad Juárez, Chih, al tomar esa plaza el bandido Francisco Villa; siendo el texto del parte el siguiente: Tengo la honra de transcribir a Ud. el parte que rinde a ésta de mi cargo el Cabo 2º José Guerrero, con fecha 15 de noviembre del presente año, recibido ayer: Tengo la honra de poner en el Superior conocimiento de Ud. que a las dos de la mañana de hoy fue asaltada esta plaza por el bandido Francisco Villa 2,500 hombres de sus chusmas; como la fuerza que era a mis órdenes estaba unida al Cuerpo de caballería del «Bravo» cuyo jefe es el Teniente Coronel de Caballería Florentino Tovar, este jefe dispuso que toda la fuerza unida saliera a encontrar al enemigo, dando por resultado que después de un reñido combate tuvimos que hacer fuego en retirada por ser el enemigo más superior a nuestras fuerzas cruzando por todo el río hasta llegar al lado americano, todos los individuos de tropa inutilizaron sus armas, quedando en poder del enemigo, armamento, caballos, monturas y muriendo en el combate el guarda José Salinas y disperso el de igual clase Julio Rodríguez, que no aparece hasta estos momentos. A las nueve de la mañana de hoy me presenté al consulado americano en compañía del Sargento 2º Justo Rivas, Carlos Francisco García y Jesús Coronado y Guardas Jesús González, a fin de que se me tomara razón y se diera cuenta a la Secretaría de Guerra y Marina. Me permito manifestar a usted que permanezco en esta plaza en calidad de refugiado para evitar

todos los atropellos de las autoridades americanas y evitar ser prisionero, pues el Teniente Coronel fue aprehendido y llevado al «Fort Bliss» en donde se encuentra a la vez. También manifiesto a usted que el número de fuerza que cubría la Guarnición de la Plaza era de 350 hombres de diversos Cuerpos, siendo imposible haber resistido al enemigo. Acompaño a usted la relación de muertos y dispersos, municiones consumidas en el combate, estado de Armamento, vestuario y monturas así como una relación de caballos que quedaron en poder del enemigo, únicamente con los apodos por haberse quedado las reseñas en la papelera. Lo que tengo el honor de transcribir a usted para su superior conocimiento y demás fines.”

“Lo que me honro en insertar a usted para su superior conocimiento.

“Tengo el honor mi General de hacer a Ud. presentes mi subordinación y respeto.

“Libertad y Constitución.

“Aguascalientes, enero 9 de 1914.

“El General B. Jefe de las Ármes.

(Firma ilegible)

“Al C. General

Secretario de Guerra y Marina.”

Existe también un informe expedido por el Servicio Consular Mexicano en El Paso, Texas, que a continuación se transcribe:

“Servicio Consular Mexicano.

“Consulado en El Paso, Texas.

“El Paso, Texas, noviembre 25 de 1913.

“Hoy digo a la Secretaría de Relaciones Exteriores:

“Ampliando el contenido de los telegramas remitidos por este Consulado con fechas 15, 16, 17 y 18 del actual sobre la toma de la Plaza de Ciudad Juárez y los cuales confirmaré por separado, tengo la honra de remitir a esa Superioridad un informe general y minucioso sobre la rendición de dicha plaza, manifiesto a usted que, según informes, que separadamente han ministrado a esta Oficina, según circular que libré al efecto a todos los funcionarios radicados en ésta, cada uno de los Jefes de Oficinas Públicas que residieran en aquella plaza y algunos oficiales refugiados pertenecientes a diversas corporaciones militares aparece: Que respecto a los antecedentes que se

tenían sobre la proximidad de un ataque a la población, dicen los señores Administrador de la Aduana Fronteriza, Correos y del Timbre, Inspector de Correos y del Timbre, Jefe del Servicio de Inmigración, Jefe de la Oficina de Telégrafos, Juez de Letras y Comandantes de la Gendarmería Fiscal, que nada se sabía con relación a dicho ataque, sino que, por el contrario, reinaba una completa confianza en la situación, habiendo informado el señor General Castro, Jefe de las Armas, según lo refiere en su informe el Administrador de Correos, que en la madrugada del día 15 del actual se esperaba el arribo del Señor General Salazar con sus fuerzas. Así es que no existiendo ningún antecedente sobre el peligro inmediato que podía correr la plaza, todos los informantes convienen en que estaban desprevenidos para cualquier emergencia, llegando, por tal motivo, a ser sorprendida la pequeña guarnición que existía por haberse presentado el enemigo en dos trenes del Ferrocarril Central que sucesivamente penetraron hasta el centro mismo de la población, haciéndose creer que eran fuerzas del General Salazar y del 25º Batallón de Infantería, resultando ser fuerzas rebeldes en número de 2,000 a 2,500 hombres al mando de Francisco Villa, Maclovio Herrera y del llamado coronel Juan N. Medina.

“La plaza estaba desguarnecida, según datos obtenidos, por cerca de cuatrocientos hombres pertenecientes a distintas facciones militares, siendo en su mayor parte irregulares, las que fueron sorprendidas por las fuerzas rebeldes como a las dos de la mañana, repartiéndose por distintos rumbos de la Ciudad exigiendo la rendición: al Oriente se dirigió una gruesa partida sitiando el jacalón donde estaba la casa de juegos de los Señores Touché y Hazan y el Hotel llamado «El Tívoli», por El Norte de la estación llegaron hasta la otra casa de juegos perteneciente a los señores Cortina y Cruz situada en la Calle del Comercio; por el Poniente fueron a atacar el Cuartel del 15º Batallón, Hospital Civil, Palacio Municipal, Aduana y Cárcel Pública, donde simultáneamente comenzó el fuego, y por el Poniente, se dirigieron hacia el rumbo del Cuartel de «Carabineros del Bravo». Desde luego comenzaron a atacar las casas de juego y se apoderaron de los fondos existentes sobre las mesas que, en junto las dos casas, se hace ascender de cuarenta a cincuenta mil dólares, y después de posesionarse de los edificios públicos y Aduana, cesó el fuego como a las tres y media de la mañana, habiendo disparado bombas de dinamita y lo-

grado que por el cuartel del 15º Batallón se hiciera uso de los cañones allí existentes.

“Al quedar en poder de los citados rebeldes la Jefatura Política, Cárcel Pública, Garitas de la Avenida Juárez y la Avenida Lerdo, continuaron el ataque por el rumbo del Cuartel, donde algunos grupos de fuerzas del Gobierno hicieron resistencia, confundiendo los estallidos de las bombas de dinamita con los disparos del cañón, durando la refriega como más de media hora hasta que las chusmas villistas, según el decir del Inspector de Correos, pasaron por las calles céntricas en paseo triunfal acompañadas de la banda militar del 15º Batallón, que fue hecha prisionera y obligada a tocar diana, llegando hasta la iglesia principal, donde echaron a vuelo las campanas en señal de triunfo.

“Pasadas dos horas poco más o menos, según los informantes, se volvió a escuchár, como a las 6 a. m. un tiroteo muy fuerte por el rumbo del hipódromo al Oriente de la Ciudad, donde algunas fuerzas del Gobierno, que habían logrado reunirse, hacían fuego a los rebeldes que los perseguían, quienes fueron rechazados hasta que un grupo numeroso de rebeldes lograron dispersarlos, sabiéndose que pasaban de ciento cincuenta muertos los recogidos en los alrededores del Cuartel, Jefatura Política, Aduana y Calle del Comercio, la mayor parte de rebeldes, y por la Jefatura de Armas y otros puntos, se levantaron como sesenta cadáveres.

“Hasta aquí he podido compendiar los informes obtenidos por las autoridades civiles, de la Federación, Estado y Municipio, entre los cuales se cuenta el del Presidente Municipal, Recaudador de Rentas y Juez Menor, pues por lo que toca a los informes militares que he obtenido de varios Jefes, Oficiales y tropa dispersos, paso a relatar lo siguiente: según parte rendido por el Mayor Francisco Oropeza, del Cuerpo Auxiliar de «Tiradores de Galeana», el total de la fuerza en dicho Cuartel, que fue atacado por los rebeldes villistas, se componía de ciento cuarenta y cinco hombres armados y municionados, teniendo como Jefe de dicho Cuerpo al Teniente Coronel Felipe Cáceres; informa que como a las dos de la mañana, estaba ya la plaza totalmente invadida por el enemigo que había efectuado un asalto inesperado, haciendo fuego sobre los cuarteles del Cuerpo «Tamborrel», Cárcel Pública, Hospital Civil, 15º Batallón y el de las fuerzas de Agua Prieta, Jefatura de Armas y otros puntos, simultáneamente, sin que ninguno de los Jefes tuviera conocimiento de la llegada del enemigo, siendo nó sólo

sorprendidos, sino aun engañados, habiendo sido atacados el Cuartel de Tiradores de Galeana y en el que se alojaba la fuerza del Coronel Enrique Portillo, existiendo en ellos apenas sesenta hombres, por estar los demás en servicio y francos, sin embargo de lo cual resistieron el fuego por más de una hora, rechazando el enemigo hasta la estatua de Juárez, por el flanco izquierdo y por el derecho hasta la desembocadura de la calle del Comercio, recuperando el Cuartel Carabineros del Bravo que había sido tomado por el enemigo, al que causaron cincuenta y seis bajas más o menos, teniendo que retroceder las fuerzas del Gobierno ante la superioridad numérica de los villistas y lamentar la pérdida de cuatro soldados y un cabo, escapando el resto de la tropa que salvó armamento, caballería y municiones, dirigiéndose al Sur, hasta Samalayuca, en donde sabedores de que los aguajes estaban tomados por el enemigo, regresaron a esta Ciudad, dejando armas, monturas y caballos en lugar seguro, cuyos elementos consistían en 45 rifles, 4.000 cartuchos, 45 caballos y 45 monturas.

“El Cabo 2º José Guerrero, del 5º Cuerpo Explorador informó: que el día 15 del actual, como a las dos de la madrugada oyó un tiroteo en el centro de la ciudad, por lo que salió y dispuso que el piquete a sus órdenes se armara, haciendo otro tanto el Cabo 1º Ramón Sagú, del Cuerpo Carabineros del Bravo, que encontrándose ambas fuerzas reunidas en un mismo Cuartel, salieron a combatir al enemigo, presentándose el Teniente Coronel Florentino Govea, quien tomó el mando de dicha fuerza; que se dirigieron por una acequia rumbo a la Garita de la Avenida Lerdo, donde se parapetaron para resistir al enemigo, pero como éste era superior en número, fueron rechazados hasta el mismo Cuartel Carabineros del Bravo, en donde hicieron nuevamente resistencia, pero habiendo sido rechazados, se batieron en retirada, hasta llegar al Molino, donde, unidos con los elementos del Cuerpo «Tiradores de Galeana», lograron hacer retroceder a los villistas hasta el citado Cuartel del Bravo; que habiendo llegado un numeroso auxilio al enemigo tuvo que dispersarse la tropa, pasándose unos a territorio Americano y salvándose otros por distintos rumbos, llegando a esta Ciudad, según relación del informante, un Cabo segundo, un Sargento segundo y tres guardas.

“El Teniente Rosendo G. Lozano, del Cuerpo Auxiliar Federal de Agua Prieta, me dice: como a las dos y quince minutos de la madrugada de la fecha referida, fue asaltado por las hordas villistas en un número aproximado de dos mil en el

Cuartel que ocupaba contiguo al del 15° Batallón, habiendo tomado la altura de dicho Cuartel al mando de dieciocho individuos, a quienes dotó de ochenta cartuchos por plaza; pero como fue rudamente atacado, tuvo que abandonar la posición, haciéndose fuerte en una pared de adobe, hasta antes de las cinco de la mañana, en que agotándosele el parque y quedándole sólo cuatro individuos de tropa, mandó destruir el armamento que le quedaba, y, disfrazándose con la ropa que le quitó a uno de los cadáveres, se aprovechó de la confusión y se salvó en unión de los cuatro hombres que le quedaban, pasándose a territorio americano por diferentes partes. El Subteniente Francisco Vázquez, de la Guerrilla Tamborrel, informa: que no siendo posible organizar su gente a las hora del asalto; ningún ataque hizo porque no tenía parque suficiente, procurando sólo quemar sus últimos cartuchos y salvar como pudieron optando por salir y dejar tiradas las armas.

“El teniente Nicolás Vargas, del Regimiento Ojinaga, de guardia en el Hospital Civil, dice: que como a las dos de la mañana se presentó cerca del Cuerpo de Guardia un grupo como de cien hombres, a quienes el centinela les marcó el «alto», diciéndoles: «¿Quién vive?», y obteniendo por respuesta un «¡Viva Villa!» disparando los del grupo sobre la guardia que se componía de once hombres; que luego ordenó cargar las armas para contestar el tiroteo del enemigo que se desmoralizó; pero rehaciéndose volvió a atacar la guardia obligando a ésta a replegarse y defenderse en pequeños grupos, sosteniéndose así como media hora; que como el informante recibió dos heridas en el antebrazo izquierdo y estaba imposibilitado para vencer un enemigo numeroso, procedió a ocultar las armas y se retiró a una habitación cercana observando haberle hecho al enemigo algunas bajas y perdiendo la guardia del Hospital, pues al trasladarse a territorio americano para curarse de las heridas encontró en esta ciudad ocho hombres de los que formaban la escolta.

“El Capitán 1° Juan Hidalgo y el Teniente Viviano Alfaro, del Cuerpo Tiradores de Galeana, corroboran el parte rendido por el Mayor Francisco Oropeza, de la misma corporación y del cual hago mención anteriormente, advirtiendo estos oficiales que el Teniente Coronel Felipe Cásares, el Mayor Oropeza y el Capitán Gómez del mismo Cuerpo, estaban fuera del Cuartel. En cuanto al número de bajas, el Capitán Hidalgo las hace consistir en seis muertos y cuatro heridos, y las del enemigo de veinte a veinticinco muertos, informando, además, el Te-

niente Alfaro que de los soldados de su compañía ignora el paradero de un Cabo y cuatro soldados, habiendo presenciado la muerte de dos individuos de tropa y saliendo otro herido, formando un total los que cruzaron la línea divisoria correspondiente a la cuarta compañía de un Teniente, un Sargento 1º y un Sargento 2º, dos cabos y trece soldados.

“Por último, Marcial Rosales, artillero antiguo que se encontraba en el Cuartel del 15º Batallón a la hora del asalto, dice en un extenso informe que el personal que había en el interior del Cuartel del 15º Batallón se componía de 25 artilleros del 3er Regimiento, como 18 artilleros de la Sección de Ametralladoras, unos 25 músicos sin arma y ocho soldados del 15º que habían salido del Hospital, que existían además, 50 soldados del 23º Batallón al mando del Teniente Garcilita y un Subteniente de apellido Mireles con los Oficiales Teniente Francisco Cuadra, Teniente Enrique Ruiz, ocho soldados, dos Cabos y un Sargento segundo, que estaban de guardia y que fueron los primeros que sostuvieron el fuego de los rebeldes. Advierte también que se presentó el Capitán Rutilo Becerra, que la noche anterior había llegado de Chihuahua y quien tomó el mando de toda la fuerza, disponiendo se hiciera fuego por todas las ventanas del frente del Cuartel a donde se reconcentraron todos para evitar los daños de las bombas que los rebeldes les arrojaban al centro del patio, pero que como los atacaron por la retaguardia y por las bocacalles de la derecha y de la izquierda, viendo la imposibilidad de hacer resistencia, gritó el capitán Becerra a los rebeldes que no hicieran fuego porque se iban a rendir, lo cual no admitieron, ordenando entonces el Capitán se arrojaran fuera del Cuartel haciendo fuego en retirada para salvarse, y estando en estos preparativos gritaron los rebeldes que sí admitían la rendición, pero como ya el Teniente Ruiz había mandado poner una pieza en batería para hacer fuego cuando entraran los villistas, dicha pieza quedó cargada dejando todas las armas y tirándolas al suelo en el momento en que entraron los rebeldes, quienes formaron a los defensores en dos filas, diciéndoles que gritaran: «¡Viva Villa!», sacándolos del cuartel para llevarlos a presencia de este individuo; que como habían dejado un cañón en batería, preguntaron los rebeldes por un artillero que lo descargara, siendo designado el informante quien, al regresar hacia el cuartel vio al Teniente Ruiz, que ya estaba prisionero, disparar el cañón en presencia de Herrera y los demás revolucionarios, disponiendo como a las seis y media el jefe de los rebeldes

que engancharon otro cañón para ir a atacar a los dos del Gobierno por el rumbo del Cuartel «Carabineros del Bravo», y no siendo ya necesario enganchar, porque habían desalojado a los federales, presenció el informante el fusilamiento, como a las diez de la mañana, de las siguientes personas: un Sargento 2º y uno de los voluntarios del Cuerpo al mando del Señor Juan Hidalgo, un paisano de los villistas que era Capitán que había desertado de entre ellos en Torreón; al siguiente día 16 fusilaron juntos al Capitán Becerra, al Teniente de Artillería Félix B. Cuevas, al Teniente Francisco Cuadra, del 15º Batallón y a un particular como de 20 años; a las diez de la mañana del mismo día fusilaron al Coropel Enrique Portillo y a dos paisanos, uno de ellos empleado, y el domingo siguiente, día 17, fusilaron a otros dos paisanos procurando entonces los rebeldes proveerse de parque que existía en el cuartel consistente en doce cajas de mil cartuchos cada una, inclusive el parque suelto que encontraron en el depósito de cananas mil sacos, toda la ropa del mismo depósito; 300 vestidos amarillos, camisas, calzoncillos y zapatos; guantes, sacos de ración para echar el parque repartiendo esa ración, a razón de 300 cartuchos por plaza, y tomando algunos visitantes americanos varias prendas militares como marrazos, cornetas, cordones, charreteras, etc.; que los archivos de la Mayoría, Pagaduría y Compañías fueron destruidos y quemados, las máquinas de escribir se las robaron, quedando en posesión de los rebeldes dos cañones, cuatro cofres con treinta y dos granadas y otro cofre con siete, estando inutilizado uno de los cañones; 38 acémilas, un caballo, una ametralladora buena y completa y otra inutilizada por el Teniente Ruiz, viendo el informante nueve muertos de los rebeldes y un Sargento del 15º, un artillero llamado López, otro soldado del 23º muertos y tres heridos de las fuerzas del Gobierno; que un individuo que servía en las ametralladoras, llamado Juan Aldape, se rindió a los rebeldes, a quienes por una de las ventanas de la Mayoría del Cuartel les daba parque y armas mientras los otros se batían, y por cuyo hecho lo dieron de alta los rebeldes en el 2º Regimiento, que el Teniente Cuevas fue hecho prisionero en su alojamiento y el Capitán Claudio Guerrero, lo mismo que el Teniente Juan Galván, se encontraba fuera del Cuartel, paseándose este último en esta ciudad.

“Por lo que toca a los fondos existentes en las Oficinas Públicas de Ciudad Juárez y los demás valores que no pudieron salvarse, tengo la pena de informar: que la existencia en

la Aduana Fronteriza, al cerrar la Oficina el día 14, resultó ser de \$2,200.00 a \$2,300.00, quedando en la caja fuerte únicamente \$800.00, pasándose al enemigo, según el informe del Administrador, el Escribiente de 1^o Rafael Sierra; la Administración del Timbre tenía en caja, aproximadamente \$3,000.00 en efectivo y \$20,000.00 en estampillas de las cuales nada se salvó; el Director de las Obras de Defensa contra el Río Bravo del Norte, nada pudo precisar en su informe, respecto de los fondos que guardaba y tenía a su cargo, manifestando que sus comprobantes se quedaron en Juárez; el Pagador de la Gendarmería Fiscal dice, que la existencia que quedó en caja la víspera del asalto fue de \$517.00, la que no pudo salvar; la Recaudación de Rentas del Estado perdió de \$700.00 a \$800.00, que quedaron en caja, y, probablemente \$2,000.00 depositados en la Agencia del Banco Minero en Ciudad Juárez; en el Juzgado de Letras quedaron varias cantidades y valores procedentes de Cuerpo de delitos y depósitos que estaban pendientes de devolverse a sus respectivos dueños, y por lo que toca a la Tesorería Municipal, es de lamentarse que haya dejado en caja \$7,943.50 y en documentos \$2,000.00, que tampoco se salvaron; la Oficina de Telégrafos dejó en caja \$600.00 poco más o menos y en cuanto a la Pagaduría del 15^o Batallón, sólo guardaba la suma de \$165.00 porque se le adeudaban varios presupuestos, sin que de ningunas de las Oficinas se hayan podido salvar tampoco ninguna clase de documentos, valores, muebles, libros y archivos en general pertenecientes al Gobierno, y sólo la Administración de Correos entregó a este Consulado una parte de los fondos que dice salvó consistentes en \$7,570.00, procedentes de reembolsos y \$871.00 que estaban depositados en el First National Bank, y con lo cual pagó a sus empleados.

“Por lo tocante a la forma en que se encontraron los rebeldes a Ciudad Juárez, el Jefe de trenes militares de dicha plaza me informó que el primer tren que salió de Ciudad Juárez antes de la toma de la plaza con la máquina 511, trajo dos mil rebeldes con poco parque, pero que saliendo después las máquinas 504 y 564 con 42 carros, se hicieron tres viajes, viniendo el enemigo con 8 cañones y 500 caballos, habiéndose apoderado los rebeldes del primer tren que tomó la gente de Villa, y dejando a Rosalío Hernández con mil hombres cuidando la retaguardia en Estación Terrazas, pero que sitiándolo Caraveo en un punto llamado «Ojo de la Laguna» se pusieron a salvo los villistas tomando el tren en Gallego y viniéndose

sobre Juárez. Esto me hace suponer y llamo la atención respetuosamente de esa Superioridad, que tanto por este informe como por algunos rumores que han llegado a mi conocimiento, el Jefe de la Estación de las Líneas Nacionales, así como el Superintendente deben haber tenido conocimiento forzoso de la salida y llegada de los trenes y de las novedades que ocurrieron en la línea, pues que de otro modo no hubiera sido tan inesperada la llegada de la gente rebelde con tanta confianza a la plaza.

“Hasta aquí Señor Ministro, puedo concretar el informe general sobre la toma de Ciudad Juárez, restándome manifestarle que actualmente entre empleados, civiles, federales, del Estado y Municipales se encuentran en esta Ciudad como 200 personas sin recursos de ninguna especie, y en lo tocante a dispersos militares hay como 300 individuos esperando el auxilio correspondiente, en virtud de que se salvaron como pudieron y sólo se ha procurado hasta estos momentos socorrer a los más necesitados con los escasísimos recursos de que podía disponer esta Oficina.”

“Lo que tengo la honra de insertar a usted para su conocimiento, renovándole las seguridades de mi consideración muy atenta.

“El Inspector Encargado
(firma ilegible)

“Señor Secretario de Guerra y Marina.

México, D.F.”

Las Grandes Batallas de la División del Norte, al
Mando de Pancho Villa.

LA TOMA DE OJINAGA

Por el Ing. y General Federico Cervantes M.

Habiendo ocupado el General Villa triunfalmente la Ciudad de Chihuahua, el 22 de diciembre de 1913, envió una columna de cerca de 3,000 hombres sobre Ojinaga al mando del General Pánfilo Natera.

Los federales estaban bien fortificados, pero de los numerosos contingentes con que el General Mercado había contado en Chihuahua, reforzados con 5,000 hombres que Orozco le llevó de México, después de los desastres de Ciudad Juárez y Tierra Blanca sólo llegaron a Ojinaga unos 3,500 hombres desmoralizados.

La situación de esa guarnición se hacía más difícil por la presencia en la ciudad de numerosas familias, que, tras ocho días de penosa caminata desde Chihuahua, llegaban exhaustas y sin recursos. La mayor parte trataba de cruzar el Río Bravo para refugiarse en Estados Unidos.

La columna comandada por Natera, encontró en San Sóstenes nuevo material de artillería, armas, municiones y vestuario que los federales habían dejado en su retirada. Cuatro días después de su salida pasaron por La Mula y dos días después, llegaron al Mulato, para el día siguiente entablar combate con tropas de Caraveo y Flores Alatorre a los cuales derrotaron haciéndoles 200 prisioneros y recogiendo cuatro ametralladoras y diez mulas cargadas de parque. En esta ocasión Caraveo salió herido.

El día primero de enero de 1914, se iniciaron los combates frente a Ojinaga y éstos continuaron por cinco días más, encontrando una obstinada resistencia de los defensores. Estos desmontaron una pieza de artillería de los revolucionarios y les hicieron muchas bajas, obligándolos a replegarse; para el día siguiente continuar el combate sufriendo la pérdida de 200 hombres. Todavía al siguiente día, la caballería federal apoyada por su artillería, salió al encuentro de los atacantes y después de combatir duramente se retiró abatida por los cañones de Servín.

El General Ortega tuvo ochenta hombres muertos y 130 de los suyos cayeron prisioneros, habiendo sido fusilados en Ojinaga por los federales.

La falta de buen éxito de los ataques provocó entre los jefes Toribio Ortega, Natera, José Trinidad Rodríguez, Borunda, Martín López y Carlos Almeida, dificultades que los inducían a retirarse, y solamente porque Martiniano Servín se sostuvo enérgicamente, los demás permanecieron hasta el día 6 de enero en que el General Villa, sabedor de este principio de fracaso, ordenó con urgencia al General Rosalío Hernández que se embarcara con toda su tropa y telegrafió a Maclovio Herrera que con la brigada "Juárez", avanzara en trenes rumbo a Ojinaga, marchando él con su escolta.

A los tres días, 4 de la tarde del día 10 de enero, sufriendo fuerte helada y vientos que lastimaban a la tropa, el General Villa citó a los Jefes y los exhortó al cumplimiento del deber.

Al día siguiente les pasó revista y dispuso que por la noche bien comidos y municionadas las tropas, a razón de 200 cartuchos por plaza, se efectuara el ataque en tres columnas; por el Sur Rosalío Hernández y José Rodríguez con 800 hombres y en medio de ellos la artillería de Martiniano Servín. Por el lado izquierdo, entre el Conchos y el Bravo, o sea por el Oriente, avanzarían 900 hombres mandados por Trinidad Rodríguez y Maclovio Herrera. Allí estaría el Cuartel General. Por el lado derecho o sea por el Poniente, estaría Toribio Ortega con 700 hombres más los auxiliares de San Carlos al mando de Chavira.

Encadenados los caballos y resguardados por un hombre para cada diez caballos, avanzarían sobre la ciudad llevando todos el sombrero a la espalda. La seña sería "Juárez" y la contraseña "Fieles". En caso de confusión, al poner el uno el arma apuntando al pecho del contrario, le preguntaría "¿Qué número?", si era de los suyos, contestaría "Uno"; si no contestaba o daba otro número habría que hacer fuego.

El ala derecha con la gente de Maclovio Herrera y Trinidad Rodríguez, derrotó en 15 minutos a las tropas de Antonio Rojas y Fernández Orpinel. Por el Sur, Mancilla y Salazar, casi no ofrecieron resistencia a las fuerzas de José Rodríguez y Rosalío Hernández. Y por el Poniente, que fue donde más se combatió, las tropas de Caraveo resistieron 45 minutos para retirarse.

Villa esperaba que la plaza sería tomada en hora y media; pero lo fue en solamente una hora y cinco minutos.

Esta victoria se consumó la noche del 11 de enero de 1914.

Las pérdidas de los revolucionarios fueron de 35 hombres muertos entre los cuales se contó Jesús Felipe Moya acabado de ascender a General.

El enemigo tuvo 400 muertos habiendo dejado su caballada, montura, fusiles, ametralladoras y cañones.

Sólo Marcelo Caraveo con su escolta y Desiderio García con unos cuantos hombres, se negaron a pasar al lado americano marchando rumbo al Sur.

Los Generales Salvador Mercado y Pascual Orozco, así como muchos Jefes y Oficiales, cruzando el Río Bravo pasaron a territorio norteamericano, entregándose a las tropas de este país, que los condujeron presos al Fuerte Bliss.

El General John J. Pershing, del Ejército Norteamericano, pasó al lado mexicano a conocer y saludar, felicitándolo, al General Villa por sus notables triunfos y le ofreció sus hospitales para atender a los heridos; oferta que Villa declinó cortésmente.

El General Villa comunicó el triunfo al señor Carranza con este lacónico mensaje:

“María, 11 de enero de 1914. Señor V. Carranza. Navajoa, Son. Tengo la satisfacción de participar a usted' que anoche a las nueve y media después de reñido combate, tomamos la plaza de Ojinaga, haciendo al enemigo pasarse a los Estados Unidos, dejando en nuestro poder todos los pertrechos de guerra con que contaban. Respetuosamente. El General en Jefe Francisco Villa.”

DECLARACIONES DEL GENERAL MERCADO

Publicadas en “El Paso Herald” el 12 de enero de 1914, dictadas en el campo de las patrullas en la frontera en Presidio, Texas, el 11 de enero de 1914, después de su derrota del día 10 en Ojinaga, Chih.

“Estaba yo sin esperanza. Nuestros hombres solo tenían 78 cartuchos por cabeza y cuando cundió el pánico fue porque algunos de nuestros hombres al regresar en busca de municiones, fueron confundidos con los rebeldes. Yo ordené la evacuación para ponerlos a salvo a través del río. De otro modo, se habría producido una matanza.

Cientos de mujeres y niños rehusaron apartarse de la tropa. Estos no combatientes, no tenían armas y habrían sido muertos en la confusión. Nosotros teníamos muchos soldados leales y oficiales que tuvieron razón en creer que serían ejecutados si se les capturaba.

La lealtad de las fuerzas del Gobierno fue indudable. No hubo indicios de una deserción general. Cuando vi que no había esperanza, tuve que ordenar a los soldados que partieran. Preferí poner la vida de mis hombres al cuidado de los Estados Unidos, mejor que exponerlos a los rebeldes. Estamos muy agradecidos por la hospitalidad que se nos ofrece.”

COMENTARIO DEL GENERAL VILLA

(Hecho en Ojinaga el 11 de enero de 1914)

“El mérito de esta victoria se debe al General Toribio Ortega y al General Pánfilo Natera. Ellos dirigieron el ataque inicial hace una semana. Sabían que los federales tenían una cantidad limitada de municiones. Nuestra táctica era que agotaran éstas. Los Generales Ortega y Natera iniciaron un ataque para obligar a los federales a disparar y lo consiguieron.

Por toda una semana la guarnición federal estuvo disparando sobre nosotros pero con poco efecto. No nos aproximamos bastante para proteger a nuestros hombres. Entonces nos retiramos para municionarnos nuevamente. Los federales estaban agotados y huyeron a los Estados Unidos tal como planeamos que sucedería cuando reiniciamos la lucha.

“Nuestros planes futuros están ahora bien definidos. Tan pronto como la situación se aclare aquí, yo y algunas de mis tropas regresaremos a Chihuahua, de donde iniciaremos nuestra campaña hacia el sur.”

VILLA DA TIERRAS A CADA SOLDADO

(Tomado de “El Paso Herald”, el 11 de marzo de 1914. Chihuahua, Méx.)

“El Gobierno militar promulgó un Decreto para la distribución de tierras en la ciudad y en el campo entre los soldados de la actual revolución, veteranos inválidos de la revolución maderista y viudas o huérfanos de esos soldados. Millones de hectáreas serán afectadas. La distribución se efectuará después de la medición de tierras de dominio público debidamente señaladas en el decreto.

“Para impedir que los nuevos propietarios sean despojados de esta propiedad, el Decreto previene que las tierras divididas en granjas, que no excedan de 25 hectáreas «Serán consideradas como

patrimonio de familia del propietario y no serán embargadas por deudas personales ni quitadas por leyes de excepción». Tampoco podrá el poseedor vender su propiedad durante 10 años.

Las tierras serán distribuidas gratuitamente.

En todo caso la clase mencionada será preferida en la distribución, pero otros habitantes de las ciudades o del campo tiene derecho a solicitar participación.

Toda persona con recursos iguales a las porciones por ser distribuidas, quedan excluidas de toda participación.

«Nadie puede adquirir más de una porción y cuando por herencia o de otro modo, alguien adquiera más de aquella extensión, deberá transferir el exceso en el plazo de un año o perderá su derecho a la cesión original.

«El tamaño de los lotes que serán distribuidos para residencia urbana se deja a las autoridades locales; el tamaño de cada porción en el campo probablemente no excederá de (62.5 acres), 25 hectáreas.

«Este Decreto es importante como la primera clara explicación en gran escala de las ideas constitucionalistas referentes a la solución de lo que llaman el problema agrario de México.»

FUTURISMO PRESIDENCIAL DE VILLA

John Reed en "México Insurgente" escribe: "Les parece increíble, a los que no lo conocen, que esta figura notable, que ha surgido de la obscuridad a la posición más destacada en México, en tres años, no aspire a la Presidencia de la República. La actitud está en perfecto acuerdo con la sencillez de su carácter. Cuando se le interroga sobre el particular, contesta siempre con toda claridad, justamente a lo que se le pregunta. Nada de sofismas sobre si pudo o no ser Presidente de México. Ha dicho: «Soy un Guerrero, no un hombre de Estado. No soy lo bastante educado para ser Presidente. Apenas aprendí a leer y escribir hace dos años. ¿Cómo podría yo que nunca fui a la Escuela, esperar poder hablar con Embajadores extranjeros y los caballeros cultos del Congreso? Sería una desgracia para México, que un hombre inculto fuera a ser su Presidente. . . ."

"Hube de interrogarle sobre esta cuestión, por mandato de mi periódico, cinco o seis veces. Al fin, se exaltó: «Ya le he dicho a usted muchas veces —me dijo—, que no hay ninguna posibilidad de que yo sea Presidente de México. ¿Tratan los periódicos de crear dificultades entre mi Jefe y yo? Esta es la última vez que contesto

a esa cuestión. El próximo corresponsal que me haga esa pregunta, haré que lo azoten y envíen a la frontera”.

“Muchos días después decía siempre —refiriéndose, refunfuñando jocosamente, como el «chatito» que siempre le preguntaba si quería ser Presidente de México—. La idea pareció divertirlo. Siempre que lo iba a ver después de aquello, decía, al finalizar nuestra plática: «Bueno, no me va a preguntar ahora si quiero ser Presidente de México?»

DECLARACIONES DE VILLA

El 29 de enero de 1914, el General Villa hizo las siguientes declaraciones que publicó la prensa de El Paso, Texas:

“No tengo ninguna ambición de ser Presidente de la República, si triunfa nuestra causa. Dicen que las victorias de Chihuahua y Ojinaga han traído la atención sobre mí; no deseo en lo más mínimo tomar el papel del señor General Carranza; a quien reconozco como Jefe Supremo de la causa que defendemos. En caso de que el General Carranza llegue a ser Presidente, continuaré dándole mi apoyo y obedeciendo sus órdenes. Como prueba de mi adhesión, declaro estar listo para abandonar el país si así me lo ordenara él. Siempre he estado en perfecta conformidad con el General Carranza y nunca he tenido ambiciones personales y he peleado como buen ciudadano por la libertad de mi país y no para mejorar mi situación; soy, pues, un soldado bajo las órdenes de mi Jefe. Deseo que todas las naciones del mundo sepan que yo no pretendo ser Presidente. En nuestro partido no peleamos en favor de personalidades, sino para libertar al país de las garras de los tiranos, de los ambiciosos y de los usurpadores.”

(Sin malicia, los periodistas norteamericanos dieron al señor Carranza el tratamiento de General).

Los hechos posteriores van a confirmar que a pesar de triunfos militares más resonantes que los anteriores, el General Villa, reconociendo su incultura, nunca dio muestras de aspirar a la Presidencia de la República.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL GENERAL FRANCISCO VILLA

El 22 de febrero de 1914, en la ceremonia conmemorativa tenida en el teatro de los héroes de la ciudad de Chihuahua, Primer Ani-

versario del asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez (Traducido de "El Paso Morning Times" del 23 de febrero de 1914).

"Hace un año que nuestro amado Presidente Francisco I. Madero cayó como mártir por la causa de la libertad, asesinado por el usurpador Huerta. Quienes tomaron parte en esa horrible tragedia esperaban que su acto homicida traería el entierro de los principios por los cuales murió ese gran mártir de nuestro amado País, tal como fue enterrado su cuerpo. Pero los architraidores de esa deplorable semana, que pasará a la historia como la «semana negra» de nuestro País, parecen no haber sabido que un principio basado en la verdad y la justicia, no sólo pertenece al individuo y no muere con él. Un principio es nacido del cielo y como todas las cosas divinas pertenece al pueblo de la Nación entera.

El pueblo de México es por naturaleza tolerante, paciente, con una innata reverencia por la Ley, el orden y la Justicia. Por esa razón fuimos lentos para tomar acciones drásticas contra el Gobierno despótico de Díaz. Pacientemente vivimos por 30 años de despotismo. Pero las chispas del rescoldo nacidas del sufrimiento de un pueblo pisoteado por el talón del déspota, se encienden espontáneamente.

El pueblo por cuyas venas corre la sangre de Moctezuma, acudió en apoyo del estandarte levantado por Madero y se levantó en armas a fin de establecer una forma democrática de gobierno para hacer de México una república, de hecho como de nombre. Desafortunadamente los enemigos del pueblo, dándose cuenta de que la impetuosa corriente que barría por toda la república, desde el Río Bravo hasta los límites sur del País, los barrería del poder obligándolos a situaciones en que tendrían que tratar con justicia a quienes habían llegado a ver como peones y esclavos, trataron de contener la corriente con componendas. De este modo terminó inesperadamente la primera revolución.

El golpe dado a la libertad en ese funesto día 22 de febrero de 1913, no fue definitivo. Los pocos granos de libertad plantados en suelo fértil durante el ascenso de Madero, brotaron y enraizaron. Los esfuerzos del usurpador para desbaratar la débil vida, continúan, pero hasta ahora han sido infructuosos. Como he dicho, el suelo en que cayó la semilla era fértil. Las plantas han crecido, los granos maduraron y la cosecha está en la mano.

La Iglesia y los hombres que durante el régimen de Díaz empezaron a considerarse como los amos del pueblo, prestaron su ayuda a Huerta para destruir los principios de Madero pero sin conseguirlo.

Con el apoyo de casi todas las naciones de Europa, como se ve por el reconocimiento del gobierno de Huerta, el usurpador en vez de fortalecerse se ha debilitado. Los Estados Unidos de América, nuestro gran vecino del norte, reservando su reconocimiento ante un gobierno basado en el asesinato, ha sido fiel a sus tradiciones de rectitud, ha probado ser amigo de un pueblo que lucha, y mis compañeros han probado ser, al mismo tiempo, merecedores de la sincera amistad de aquel pueblo.

En su ceguera, Huerta no parece darse cuenta de la locura de intentar forzar al pueblo a volver a la forma de gobierno despótico; un gobierno tan despótico que aún Porfirio Díaz no osó asumir en la mayor altura de su tremendo poder.

Hoy, amigos míos, se puede leer lo escrito en el muro; debe darse cuenta de que está perdido. La guerra que hacemos será de lo más cruda. No habrá cuartel para traidores. Ningún compromiso haremos con los asesinos.

Estamos peleando por nuestras vidas y por nuestros hogares; por la justicia y la igualdad, para traer una era de paz a la desdichada república de México, que tendrá que realizar la abolición de amos y esclavos y la evolución de una nación en la que no debe haber ni gran riqueza ni gran pobreza. Y, amigos, nosotros seguiremos peleando por estas cosas hasta que hayamos grabado el nombre de libertad tan hondamente en la raza y en las rocas de nuestras eternas montañas, para que pueda ser leído por siempre, como amenaza a los tiranos, de que al pueblo mexicano no se le burla.

Dentro de pocos días, compañeros, encontraremos a los enemigos de Madero y a los enemigos del pueblo de México, en Torreón. Es allí donde romperemos la espina dorsal de los huertistas y el maldito espíritu del despotismo del que Huerta es el representante.

Tomaremos Torreón con nuestros dientes si es necesario, pero no creo que lo sea. Estamos bien armados y bien aprovisionados; guiados por el santo espíritu de Madero, probaremos que somos invencibles. El espíritu de nuestro Presidente Mártir está grabado en nuestros pechos, dándonos fuerza, y con la ayuda de Dios todopoderoso, probaremos que somos dignos hijos de un México feliz.”

VILLA HONRA A SUS TROPAS

Es importante hacer la observación respecto al perfecto entendimiento que desde luego se establecía entre el gran guerrero intuitivo Villa y el culto y sapiente general Angeles. Los unía el mismo ideal de redención de los de abajo y, como sinceros Maderistas

aspiraban al restablecimiento de una forma de gobierno democrática, como constitucionalistas de verdad.

Villa triunfante, felicitado e interrogado por los periodistas, atribuía el triunfo al heroísmo de sus hombres que eran la masa popular levantada en armas. Sus expresiones fielmente interpretadas por Martín Luis Guzmán en "Memorias de Pancho Villa", son éstas:

"Si estos hombres no hubieran sacrificado su vida por el triunfo, yo no estaría aquí ni Torreón habría caído en mis manos. Si muchos hombres como éstos no hubieran muerto ya, y otros muchos como ellos no estuvieran muriendo ahora en toda la República por su apego a la Revolución, nuestra Revolución, no prosperaría, más que hubiera muchos jefes, y más que muchos Licenciados y muchos hombres de conocimientos tocante a todas las cosas blasonaran la verdad de nuestra causa. Estos hombres humildes que ya cayeron sin vida, y todos los que han sufrido en nuestros hospitales, o están sufriendo allí ahora, y allí dejan el tributo de su sangre, o de sus miembros, o de su buena salud, y todos los que no tuvieron herida en su cuerpo, porque no les tocó el azar de las balas, pero entraron dentro del recinto de la muerte en su lucha por el bien del pobre y su libertad, todos esos, Señor, son los grandes héroes de esta guerra, no los Licenciados de los libros ni los generales de las victorias, y son ellos los que merecen el honor de nuestros corazones, y los que en su memoria o en sus personas, o en las personas de sus madres, o de sus hijos sin amparo, deben disfrutar su parte del beneficio que andamos conquistando."

Francisco Villa y la Revolución. Capítulo III (Fragmento).

LA TOMA DE TORREON

Por *Alberto Calzadiaz Barrera*

El día 28 de marzo de 1914, en el cuartel general, que acababa de establecerse en Gómez Palacio, el general Villa citó a todos los generales a una junta y, reunidos frente a él, les expuso el plan a seguir, para apoderarse de Torreón. No se hacen objeciones al plan propuesto por Villa.

—Tenemos una tropa compuesta por lo mejor de los hombres. Necesito de cada uno de ustedes, la voluntad y audacia de verdaderos capitanes —les dijo Villa a sus generales, y todos se sintieron halagados.

Estaban frente a Villa los generales Orestes Pereyra, Calixto Contreras, Severino Ceniceros, José E. Rodríguez, José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, Samuel Rodríguez, en representación de Trinidad Rodríguez, que estaba herido; Benito García, en lugar de su hermano Máximo, que estaba herido; el coronel Miguel González, Felipe Angeles, jefe de la artillería, y el doctor coronel Andrés Villarreal, jefe del servicio sanitario. El general Villa escuchó la opinión de todos sus jefes. El, que siempre fue un certero juez de hombres, los estimaba por su valor personal y así se los hacía comprender. El admiraba el valor, no lo envidiaba; por eso estimaba a sus jefes, los estimulaba y les hacía entender que él comprendía la importancia que ellos tenían como hombres revolucionarios. Es por tal motivo que éstos lo apoyaban decididamente. El general Villa fue siempre un hombre humilde, aunque muy enérgico y de mucha acción; pero con la mayor sencillez les trazaba el plan de ataque y sus jefes siempre lo aprobaban.

El prestigio y la autoridad del general Villa crecía sin cesar; todos sentían que irradiaba su ascendiente imperioso, rememoran los jefes y oficiales supervivientes de aquella época, coronel Palma, generales Juan B. Vargas, Albino Aranda; Coronel Alfonso Gómez Morentín, coronel José María Jaurieta; Mayor Juan B. Muñoz; teniente coronel Reynaldo Mata, capitán Francisco Montoya Meléndez y muchos otros que aún viven.

Me afirmaba el teniente coronel Reynaldo Mata: "Entre 4 y 5 de la tarde del día 28, después de la junta de generales, el jefe Villa pasó revista a varias corporaciones que apenas se habían organizado y que iban por primera vez a entrar en combate algunas de ellas, como por ejemplo Cazadores de la Sierra, del coronel Pablo López; el regimiento del coronel Agustín Estrada, que fue la base de la brigada Guerrero y tenía como segundo al también coronel Julián Granados; el batallón que se organizó con oficiales del coronel Severino Ceniceros y que fue base para una de las brigadas Ceniceros, que mandó el coronel Maclovio Sánchez y otros cuerpos, que con la infantería del teniente coronel Santiago Ramírez, avanzó por el centro, al ataque de Torreón.

"Mi general Villa con su secretario, licenciado Luis Aguirre Benavides; el mayor Enrique Santoscoy, Darío W. Silva, Leobardo Alvarez, los jefes Frías y Loya y un escuadrón de su escolta al mando del mayor Jesús María Ríos se adelanta a las fuerzas, encontrándose con los generales Urbina, Reyes, Ornelas (Tomás) y otros jefes."

El ataque a Torreón se había iniciado de la siguiente manera: por el oriente atacaban las caballerías de los generales Maclovio Herrera, Eugenio Aguirre Benavides y José Robles y por el poniente, Calixto Contreras y Orestes Pereyra.

Cerca de la medianoche, en el puesto de mando de la brigada Villa se encontraban con el general Rodríguez los jefes: coronel Andrés U. Vargas, coronel Candelario Cervantes, Javier Hernández, capitanes Martín D. Rivera y Juan B. Muñoz, cuando el coronel Nicolás Fernández, hoy general de división, y Andrés L. Farías con la orden del general Villa de que las brigadas Villa, Morelos, Ortega y la Victoria avancen por el centro inmediatamente, y apenas inician el ataque, se deja sentir el cañoneo enemigo. Al lado derecho de la brigada Villa se despliega la Morelos, con Mateo Almanza, Pablo Rodríguez y Faustino Borunda, y a la izquierda, la Victoria, con el coronel Miguel González, teniente coronel Fortunato Cervantes, mayor Mercedes Luján y teniente coronel Domingo Gamboa; a un lado la Cuauhtémoc, con el teniente Samuel Rodríguez en lugar de Trinidad, que estaba herido, con el mayor Rafael Castro, y la tropa al mando de los mayores: Rafael Licón, Juan Pedroza y Manuel Tarango, avanzando hasta cerca de la línea de fuego, donde esperaron órdenes. Para aquella hora el combate ya se había generalizado. Se combatía con terrible dureza durante la noche. El avance del centro era apoyado por la artillería del general Angeles, y la artillería de

García Santibáñez protegía el avance de las fuerzas de Calixto Contreras y Orestes Pereyra.

Al puesto de mando de la brigada Madero, llegó el teniente coronel Manuel Ochoa (éste es uno de los 9 hombres con los que Villa inició la revolución en 1913); lo acompañaban Pablo Luna y Gabriel Valdivieso, con órdenes del general Villa para el teniente coronel Benito García, jefe accidental de la brigada. Estos hombres portaban dos cananas de parque terciadas en el pecho y otra fajada en la cintura y eran oficiales de la confianza del general Villa, a todos los puestos de mando de las brigadas que se habían acercado, comenzaron el avance y la brigada Villa lanzó a este combate 800 hombres. Sigamos a uno de estos hombres en sus "Memorias" el capitán Martín D. Rivera: "A esa hora, la plaza de Torreón estaba siendo atacada por nuestra gente por los lados oriente y poniente, cuando nosotros, al mando de Andrés U. Vargas nos acercábamos por el lado norte, por el camino de Lerdo que va a los cerros del Coyote. Las granadas de la artillería nuestra pasaban bramando por arriba de nuestras cabezas y retachaban explotando en los cerros de a Polvorera y el de Calabazas. Primero nos cargamos avanzando y haciendo fuego sin cesar sobre las faldas del cerro de Santa Rosa, donde, codo con codo, los de la brigada Morelos, que mandaban Pablo Rodríguez y Faustino Borunda, y los muchachos de La Madero, de Benito García, y los bravos capitanes Juan Madrid y Marcos Salazar, que con Manuel Acosta mandaban los escuadrones que se batían allí en el cerro de Santa Rosa, nos envolvíamos en nuestro afán de escalar las laderas del cerro. ¡Viva Villa!, se oía por todos lados.

"Los federales que defendían aquella posición eran en verdad unos valientes. No querían rendirse y a pesar de verse perdidos, seguían ofreciendo sus vidas. Cuando rebasando las defensas de los federales llegamos a la cima del cerro, se prendió una «luminaria», que era la señal convenida para anunciar nuestro triunfo.

"Después, ya en el camino a los cerros del Coyote, nos alcanzó el coronel Manuel Medinabeitia con unos oficiales del estado mayor y gritaba:

—¿Dónde está Vargas?

"Luego supimos que ya estaban tomados los cerros de la Polvorera y Calabazas.

"Las granadas de nuestros cañones seguían pasando, con un ruido tan peculiar y se confundía su estallido con el ruido de la fusilería. Para aquella hora, la gente de la brigada Contreras y la de Orestes Pereyra sostenían una furiosa batalla en la que, según el decir de

los prisioneros, el enemigo, por aquella parte de la línea de fuego, estaba comandado directamente por el general José Refugio Velasco y el aguerrido Argumedo. Nuestro servicio de ambulancia recogía heridos uno tras otro.

“Al mediodía del día 29 de marzo entró a la lucha el grueso de nuestra brigada Villa, al mando directo del general Rodríguez y el total de la de Morelos, del general Urbina, bajo su mando; y en nuestro avance empujamos al enemigo hasta los cerros de la Presa del Coyote, donde concentró poderosos elementos. Nuestra artillería, emplazada en el cerro de Santa Rosa, que habíamos quitado al enemigo durante la lucha de la madrugada, hacía fuego sobre éste, que nos mandaba andanadas de plomo. El combate se había generalizado y continuamos peleando durante todo el día. Hasta antes de obscurecer comenzó a cesar el fuego. La noche de ese día, 29 de marzo, fue tranquila en todo el frente de batalla, en los alrededores de Torreón.”

Por el lado de la Alameda, los generales Aguirre Benavides, Maclovio Herrera y José Isabel Robles, arrollaron a los federales, entrando hasta las defensas en los cuarteles, de los cuales dos cayeron en nuestro poder. En uno de dichos cuarteles hallaron muchos federales heridos a los cuales respetaron. Entre los oficiales que mandaba la gente que se apoderó de este cuartel iban: Manuel Leyva, de Ojinaga, Manuel Mendoza, de Santa Rosalía de Camargo, Chih., y Justo Avila, de Múzquiz, Coah. También iba una fracción de los futuros “Dorados” bajo el mando del temible Miguel Baca Valles. Este era un hombre bastante grueso y había sido rancharo, dueño de un rancho cerca de Parral, Chih. Para este hombre la vida humana no tenía más valor que la de los animales; para él, matar no tenía mayor importancia que la de darse un baño de agua fría. Andaba otro Baca, este era Manuel Baca González, de Namiquipa, y que había sido compañero y amigo del general Villa desde años antes de la Revolución. Los dos eran del cuerpo de la escolta y los dos eran igualmente fríos y crueles; alternaban con Urbina, Fierro y Seáñez en crueldad.

Durante esta hazaña, los revolucionarios sufrieron sensibles pérdidas. El propio general Isabel Robles salió herido. Sin embargo, se hicieron fuertes en las propias defensas de los federales y pusieron a salvo a sus heridos y a los de los federales.

El general José Isabel Robles informa al general Villa del desarrollo de la batalla en aquel frente y rehúsa retirarse de la línea de fuego para atender sus heridas. Pide la ayuda de la artillería para desalojar a los huertistas que se han hecho fuertes en el

hospital de Torreón. La orden del general Villa es terminante, y una sección de cañones se puso a las órdenes de dicho general Robles.

Cuando esta artillería comenzó a dar su apoyo a dichos generales, con sus primeros disparos dio la oportunidad que éstos esperaban, y el general Ugalde se metió hasta adentro de la ciudad, con unos 150 hombres.

A las cinco de la mañana del siguiente día 30, la lucha empieza otra vez; primero con unas cuantas descargas aisladas que pronto, de pequeñas escaramuzas, se convierte en combate general a lo largo de todo el frente.

Para entonces, el grueso de las fuerzas de Contreras y Orestes Pereyra se concentran y comienzan con el alba a trepar por las laderas de Calabazas, que había recuperado el enemigo en la carga que mandó el propio general Velasco.

Aquí se trabó una lucha furiosa. Los revolucionarios avanzaban y luego se veían obligados a retroceder y en esa forma se peleó por varias horas. (Estos son los combates que el general Adolfo Terrones Benítez nos describe tan brillantemente en su obra.)

Entre los oficiales que estuvieron con esa gente se encontraban: José Castro, Margarito Machado, Donato Alvarado, Adolfo Rosales, José María Rodríguez, Lorenzo Avalos, Indalecio Galán, Victoriano Galán, Pedro Rocha y Manuel Rocha. Todos llegaron a figurar prominentemente y varios son ahora generales y coroneles.

El día 30, el general federal José Refugio Velasco, pidió una tregua con el fin de recoger a los heridos y dar sepultura a los cientos de cadáveres que había por todas partes, aun dentro de los mismos cuarteles. El general Villa no aceptó; pidió la rendición incondicional de las fuerzas federales. Los federales demostraron ser soldados de vergüenza; como soldados estaban cumpliendo con su deber, ellos tal vez pensaban en el prestigio del ejército nacional, en la dignidad profesional. No aceptaron rendirse. El cónsul inglés sirvió de emisario entre ambos jefes. En el puesto de mando de la brigada Villa, que en aquellos momentos estaba establecido en un tajo, por el lado de Lerdo, esperábamos con ansia el resultado de aquella tregua que pedía el general Velasco. En las trincheras del enemigo se izó una bandera inglesa, que era la señal que se esperaba. Con esto se dio a entender que los federales, por segunda vez, rehusaban rendirse incondicionalmente. El general Villa, impaciente, no pierde el tiempo y ordena en el acto abrir el fuego, que inmediatamente se fue generalizando por toda la línea del frente. Mas ya nadie duda de parte de quién se inclina la victoria final.

Los soldados de Villa arrollaban todo. Por los cerros de Calabazas rebasaron las líneas enemigas y capturaron muchos prisioneros. La ciudad de Torreón estaba en aquel momento recibiendo el fuego de los revolucionarios que la estaban atacando por el poniente, oriente y norte. Los asaltos eran aislados, pero sí con pasión salvaje. A lo largo de la línea de fuego se escuchaba el grito de los oficiales de la escolta de Villa: "Ni un paso atrás, adelante, compañeros". Entre paréntesis, los "Dorados" de Villa desempeñaron a perfección, las mismas misiones que en la última guerra mundial les tocó desempeñar a los famosos "comandos".

Con la brigada Madero, iban varios "Dorados", al mando de Manuel Medinabeitia, entre ellos Francisco Solís, José Solís, Pedro Gómez; los hermanos Chon y Juan Murga e Ismael Maynes y Manuel Escárcega. Para aquella fecha se llamaba "Guardia del General Villa".

Por el lado poniente, las brigadas Benito Juárez, al mando de Herrera; la Zaragoza, de Aguirre Benavides y la Robles, al mando de Chabelo Robles y el general Sixto Ugalde, porque el jefe José Isabel estaba herido, sostenían un fuego cerrado sobre los federales, que poco a poco se estaban replegando.

Un batallón de la brigada Juárez, al mando del coronel Eladio Contreras y la gente del regimiento Carranza, que estaba a las órdenes del general José Carrillo, más la gente de Orestes Pereyra, por la vía férrea de Durango a Torreón, tenían orden de avanzar, y la gente de Carrillo no sólo no logró avanzar, sino que fue obligada a retroceder. Hicieron responsable al general Carrillo de haber entregado prácticamente, al enemigo, las posiciones que debió defender y que había costado tanta sangre conquistar. Se le formó consejo de guerra y lo sentenciaron a sufrir la pena capital. El general Villa intervino, después de que los principales jefes lo hubieron convencido de que no había razón para que se procediera tan drásticamente en contra del general José Carrillo, puesto que su comportamiento había sido siempre en los combates, digno de un verdadero soldado. El general Villa solamente reprochaba a Carrillo que se hubiera portado tan altanero, durante el juicio.

Mientras tanto, los principales jefes pidieron, y se obtuvo el acuerdo, en que los jefes y oficiales que pertenecían al regimiento Carranza que mandaba el general José Carrillo, se formara un batallón de infantería, cuyo mando se pensó darlo al coronel Fernando Reyes y, por fin, quedó como jefe de dicha unidad el coronel Martiniano Servín. El general Villa los arengó y les advirtió que de su comportamiento y valor a la hora del combate esa misma

noche, dependía la vida del general José Carrillo. Inmediatamente, los elementos de este batallón, tomaron sus posiciones frente al enemigo que defendía el panteón y el cerro de la Cruz. Cuando el general Villa pasaba revista a los contingentes de las diversas corporaciones tendidas en la línea de combate, esa misma noche, volvió a arengarlos una vez más, al batallón de Servín y los felicitó por lo bien organizados que se encontraban. Un grupo de 15 oficiales de la escolta del general Villa, fue intercalado en el mencionado batallón, entre ellos Pedro Luján, Carmen Ortiz, Celso Apodaca, Manuel Arámbula, Bernabé Cifuentes, Martín Rivera, Pancho Portillo, José Bencomo, etc.

En los momentos que se reunía un grupo de jefes con mando de tropa, casi frente a la casa que ocupaba el general Tomás Urbina, en Gómez Palacio, comenzó a caer una lluvia de granadas que la artillería enemiga mandaba en andanada tras andanada. Era el momento en que, efectivamente, se estaban embarcando 893 heridos a los trenes que los conducirían a los hospitales de Parral y Santa Rosalía de Camargo, Chih. Nuestros trenes retrocedieron a una distancia fuera de peligro. En aquel mismo momento del cañoneo estaba encadenada, debajo de una hilera de árboles, la caballada del escuadrón de la escolta de mi general Villa, que siempre permanecía lista para cualquier emergencia al mando del mayor Cipriano Vargas. Y, aunque dicha caballada ya estaba acostumbrada al estruendo de las batallas, se asustó y hubo oficiales que sudaron la gota gorda para tomar las riendas de sus corceles. Corrió la voz de que las granadas que el enemigo nos había disparado pasaban de 350. Hubo algunos heridos, pero de tan poca importancia que sólo unos cuantos se reportaron. Uno de los heridos resultó ser Pablo Martínez, compañero de los hermanos Pablo y Martín López y que había llegado del frente precisamente a reunirse con el teniente coronel Martín López, que con el general Luis Herrera estaban por arribar procedentes de Chihuahua.

Esa misma tarde llegaron los mil hombres procedentes de Chihuahua, Chih. y el general Villa les pasó revista; a muchos de ellos los saludaba llamándolos por su nombre, pues venían muchos hombres que desde el principio habían andado a las órdenes de él, personalmente, por ejemplo los hermanos Baray. De esta gente se le dio el mando al general Luis Herrera, con los tenientes coroneles Benito Artalejo y Martín López.

Sucedió que cuando el general Villa abandonó Chihuahua en nuestro avance hacia el sur, con miras al ataque de Torreón, dejó un batallón que pertenecía a la brigada Juárez y otro a la brigada

Villa para que, junto con el batallón Pino Suárez, que mandaba el coronel Roberto Limón, que a la vez era el comandante militar de la plaza de Chihuahua, sirvieran de guarnición de ésta. Rememora el teniente coronel Reynaldo Mata (q.e.p.d.). Acaba de morir.

Estos dos batallones sin pérdida de tiempo, una vez que se les dotó de suficientes municiones, pasaron a tomar su puesto de combate, frente al enemigo, apostándose a lo largo de la margen derecha del río Nazas, desde el barrio de la Paloma hasta el puente del ferrocarril. A esta tropa también se agregó un grupo de miembros de la escolta del general Villa, comandados por el coronel Manuel Baca Valles. Hay que recordar que donde éstos tomaban parte, obedecían órdenes directas de Villa. (Salieron heridos Rafael Mendoza, Ramón Tarango, Joaquín Alvarez, José de la Luz Vázquez, José Meléndez y otros.)

En el cuartel general de la división, establecido en aquellos momentos en Gómez Palacio, Dgo., estaba recibiendo, a cada momento, partes que rendían los jefes con mando de tropa.

El día 28 de marzo de 1914, se libró un fuerte encuentro entre las fuerzas federales del general Joaquín Mass y las tropas del coronel Toribio V. de los Santos, de la brigada Zaragoza, que trataba de impedir que los federales auxiliaran a los defensores de Torreón. A punto estaban de ser derrotados los revolucionarios, cuando llega el general Toribio Ortega con las brigadas González Ortega y la del general Rosalío Hernández, y se libró la batalla de estación Bolívar, donde los federales del general Javier de Maure son obligados a retroceder hasta San Pedro de las Colonias, Coah.

“Sucedió —rememora el capitán Matilde Flores—, que nosotros, los de la brigada González Ortega, acampamos en la hacienda del Burro, para descansar, y los de la brigada de Rosalío Hernández acantonaron cerca del ranchito y mandaron por maíz para la caballería, al lugar; en eso llegaron los federales y tirotean a los del general Hernández, provocando una confusión. Por un buen rato peleamos contra los del general Hernández. El grueso de los federales regresa y nos dimos cuenta del equívoco y luego nos fuimos sobre los huertistas, derrotándolos. En medio de una tolvanera llegamos hasta los tajos de San Pedro. Les tomamos muchos prisioneros y todo lo que tenían. Allí permanecimos. Dimos un ataque y entramos hasta la plaza, tomando muchos prisioneros. Hasta que se nos escaseó el parque regresamos a los tajos, donde permanecimos hasta el día que se dio el ataque formal, el 3 de abril de 1914. Serían las 8 de la mañana del 30 de marzo cuando llegamos a Gómez Palacio con el parte de novedades del general Toribio Ortega y los heridos que

conducía una fuerte escolta con el mayor Ramón Mendoza. Entre tanto, la lucha por la posesión de la plaza de Torreón continuaba intensa y terrible.

Como a las 9 de la noche, ese día 1º de abril, se inició un formidable cañoneo por parte de la artillería constitucionalista, emplazada en los tajos de Luján, el de Sacramento y el cerro de Santa Rosa. Para aquella hora ya el fuego se estaba generalizando por toda la línea de combate.

El asalto a los cerros del Coyote, fue una operación muy atrevida. Se combatió con verdadera saña y si los villistas avanzaban, los federales permanecían firmes en sus puestos hasta que la lucha tuvo que sostenerse cuerpo a cuerpo. Como a las 12 de la noche, la ciudad de Torreón quedó completamente a oscuras, pues los constitucionales se apoderaron de la planta de luz y cortaron el circuito de la ciudad. A esa hora, los revolucionarios de las brigadas, primera de Durango, del general Orestes Pereyra, con los coroneles Orestes Pereyra hijo y Gabriel Pereyra, la Benito Juárez del general Maclovio Herrera y el batallón del coronel Martiniano Servín, combatían al enemigo, ya dentro de las calles próximas a la plaza de Torreón. Para entonces, la gente del general Luis Herrera seguía sosteniendo una lucha terrible y con un saldo de muertos y heridos superior en número al enemigo que combatían. Por fin, ya no fue posible para los federales sostenerse y los que lograron escapar huyeron en desbandada, para el centro de Torreón. El campo quedó regado de muertos y heridos, se encontró sin vida al temerario y leal teniente coronel Benito Artalejo, de Parral, Chih. y a varios oficiales y jefes; entre los heridos Pablo Mendoza, José Hermosillo y el capitán Martínez Olivas. En medio de la oscuridad de la noche, los revolucionarios seguían atacando con verdadero furor. El tableteo de las ametralladoras y los disparos de la fusilería era ensordecedor. Se combatía con fiereza por el lado del cerro de la Cruz, la Presa del Coyote y el Panteón. Caídos los coroneles Benito Artalejo, Pablo Mendoza y Hermosillo, el temerario general Luis Herrera, ayudado por el valiente coronel Martín López y José Martín Valles, seguían desalojando al enemigo de sus posiciones. Allí hubo muchas bajas. Los villistas tomaron La Presa venciendo a los federales en sus posiciones, pero perdiendo 79 hombres que murieron y 261 heridos. Allí pelearon los infantes del coronel Servín. Otra fracción de la escolta del general Villa, tomó parte en el asalto sobre La Presa del Coyote, en La Boquilla de Calabazas, entre ellos, Juan B. Vargas, Chon y Juan Murga, Ramón Contreras, Reynaldo Mata, Marcos Torres, Jesús M. Ríos, Pedro Gómez, Merced Arroyo, José Castillo y Ernesto Ruiz.

El coronel Manuel González, jefe de la brigada Guadalupe Victoria, con los de igual grado, Carlos Almeida y Canuto Pérez, logró flanquear el Cerro de la Cruz, después de haberse apoderado del Barrio de San Joaquín; al mismo tiempo, puede decirse, que los coroneles Eladio y Antonio Contreras tomaron el fuerte de La Polvoreda y ponen en fuga al enemigo que estaba en la Empacadora. En aquellos momentos el coronel Margarito Salinas con gente de la brigada Robles y ayudado por la gente del coronel Eladio Contreras se apoderó de varias cuadras contiguas a la estación del ferrocarril. En todos estos encuentros tomó parte muy activa la gente de los coroneles Orestes Pereyra hijo y Gabriel Pereyra, de la primera brigada de Durango. Los federales, en número de unos dos mil hombres, más o menos, contraatacando con mucho arrojo, en un esfuerzo supremo con vistas a recuperar el cerro de Calabazas. Se combatió con mucho furor y los federales fueron obligados a retroceder, después de que los agarraron entre fuegos al flanquearlos, los regimientos de Pablo López, Andrés U. Vargas y el de Onésimo Martínez con C. Almeida y gente de la brigada Morelos, con los coroneles Mateo Almanza y Faustino Borunda.

El día 2 de abril, en el cuartel general de la división en Gómez Palacio se deducía que los federales estaban prácticamente vencidos, pues según los partes que rendían todos los jefes de brigada, regimiento y batallón, el enemigo había sido rechazado en todo el frente de batalla. Sin embargo, serían las 10 de la mañana cuando la artillería enemiga inició un furioso bombardeo sobre toda la ciudad de Gómez Palacio, sin cesar por espacio de dos horas. Mas a pesar de haber sido muy intenso dicho bombardeo, las granadas no causaron daños de consideración.

Después de las 12 del día, llegó al cuartel general el general Villa, acompañado del general Angeles, coronel Agustín Estrada y varios oficiales superiores, Pablo Seáñez, Rodolfo Fierro, Enrique Banda, Nicolás Fernández, Porfirio Ornelas y otros. Ahí estaban en aquel momento el hoy coronel Cirilo Pérez. Los oficiales del estado mayor se movían de un lado a otro muy activos y el coronel Angel Ocón hablaba con varios jefes. Los miembros de la escolta del general Villa desmontaron y desensillaron sus corceles. Era un ir y venir de jefes y oficiales. El bombardeo de la artillería enemiga había cesado y sólo se escuchaban descargas muy lejos.

Se ordenó a todos los jefes con mando de tropa en la línea de combate conservar sus posiciones arrebatadas al enemigo y que se les llevara comida.

Se comentaba en el cuartel general, que para aquella hora, la una de la tarde del día 2 de abril, la División del Norte había sufrido las siguientes bajas: más de mil heridos, entre soldados, oficiales y jefes; el número de muertos aún no se podía calcular, pero se sabía de dos coroneles, Benito Artalejo y Pablo Mendoza; heridos cuatro generales de brigada, Trinidad Rodríguez y Máximo García, heridos en la batalla de Sacramento, Coah. José Isabel Robles, herido ligeramente combatiendo en la Alameda de Torreón, y Calixto Contreras, herido combatiendo frente a la estación, más varios coroneles heridos. Faustino Borunda, herido en el contraataque de los federales sobre el cerro de Calabazas; Samuel Rodríguez, herido durante la misma acción, y en el mismo combate salieron heridos los mayores Candelario Cervantes, José I. Prieto y José Ruiz "Mácula" y los tenientes Alisandro Rascón, José Corral, Santiago Gómez Paliza y Faustino Méndez entre muchos.

A las 2 de la tarde, llegaron al cuartel general los generales Toribio Ortega y Rosalío Hernández, conduciendo los prisioneros que habían capturado en el combate de estación Bolívar y los cuales venían al cuidado del coronel Joaquín Terrazas. Y entre sus oficiales superiores iba el hoy general de división Práxedes Giner Durán.

A las seis de la tarde se cambió la guardia. Se hizo cargo el mayor Pablo Rodríguez, el serrano chihuahuense. Recuerda el capitán Rivera, que entre los miembros de la escolta del general Villa, se comentaba a esa hora: "La plaza de torreón, ya es nuestra, mañana, será asunto de puro colear". Es en aquel momento cuando llegó el capitán José María Jaurieta con las pertenencias del coronel Benito Artalejo, de quien había sido muy amigo. Jaurieta fue uno de los oficiales que acompañaron el cuerpo de Benito Artalejo hasta Parral, donde fue sepultado.

Desde aquella hora, el general Villa, permaneció en el cuartel general, de donde no se desprendió hasta el día siguiente, en que hizo su entrada triunfal a la plaza de Torreón, Coah.

Serían las 10 de la noche cuando llegó el coronel Enrique Banda en una motocicleta, dirigiéndose al coronel Bauche Alcalde y al mayor Pablo Rodríguez, le dijo:

—La tropa está combatiendo con mucho valor; no he encontrado "marrulleros" —así les decía a los soldados que se colaban a la hora de entrar al combate.

El recorría la línea de fuego en busca de los que no entraban a la pelea y los hacía entrar o los "quebraba". Luego salió el coronel Anacleto Girón y ordenó al mayor Francisco Sainz que alistara cien hombres de la escolta.

De acuerdo con los informes que estaban llegando a cada momento al cuartel general, los federales ya casi estaban vencidos; los villistas estaban prácticamente dentro de la plaza de Torreón, decía el general José Bauche Alcalde al coronel Porfirio Ornelas que, junto con otros jefes, esperaba ser recibido por el general en jefe.

Serían las 11 de la noche cuando el coronel Miguel González saltó con unos oficiales de la Guadalupe Victoria, con el capitán Francisco Tafoya Meléndez y otros de los que habían sido de la gente de Maclovio Herrera. Con ellos salió el mayor Jesús Ríos y el capitán Alejandro Aranda, en patrulla de exploración.

Desde el comienzo de la batalla, el general Villa había estado entregando por completo a la atención y dirección de la lucha y continuamente había recorrido la línea de fuego y estado en todos los puestos de mando de la brigada, consultando, ordenando y resolviendo todo aquello que requería su presencia, animando a sus jefes y proporcionándoles los elementos que solicitaban. Comentaba el doctor Trillo, con su colega Silva:

“El general Villa ha trabajado por 19 horas consecutivas sin darse un descanso, y no había cerrado los ojos. Este hombre, decía a los oficiales del estado mayor, ha puesto toda su alma, empuje y coraje para ganar esta batalla.”

Por supuesto que ellos tampoco habían dormido. Villa tenía un dominio completo sobre su sueño, dormía unos minutos y estaba en un estado de ánimo como si su resistencia física hubiera sido inagotable. Oficiales nativos del pueblo de Namiquipa, que les tocó estar de guardia y andar en la escolta del general Villa, recuerdan estos detalles.

A las 12 de la noche salió del campamento el coronel Santiago Ramírez, acompañado del coronel Anacleto Girón, se les unieron cien hombres y Manuel Medinabeitia con un grupo de oficiales que iban a explorar.

Llegaron oficiales con varias viandas de comida y “picheles” con café. Los recibió el mayor Enrique Santoscoy. Llegó el general Maclovio Herrera, acompañado de unos señores civiles. El coronel Nicolás Fernández ordena que se aliste la escolta del general Villa.

Por considerarlo de importancia, reproduzco un extracto del siguiente documento histórico:

“Al margen un sello que dice: Estados Unidos Mexicanos.—Ejército Constitucionalista de la División del Norte. Brigada Villa.

Informe del 3 de abril, Torreón, Coah., 1914.

El día 3. Precauciones. El saqueo es evitado. Las fuerzas Constitucionalistas entran ordenadamente. Centenares de heridos y prisioneros. El orden se restablece. 1 a.m. Continúan en el centro de Torreón las descargas en la misma forma, no hay duda que el enemigo ha evacuado la plaza, sin embargo, nuestras fuerzas exploran avanzando con mucha prudencia para evitar una sorpresa. Concluye: de dos a seis de la mañana, calma completa. En el campamento de Gómez Palacio, Dgo., son aprehendidos algunos soldados federales que, al desertar del ejército enemigo, han ido a caer prisioneros de nuestras fuerzas, precisamente por ignorar el camino propio para escaparse.

Los generales Pánfilo Natera y Eulalio Gutiérrez acompañados de sus respectivas escoltas, llegan al cuartel general, se dirigen al norte del país con objeto de arreglar importantes asuntos militares. 7 a.m. El pueblo de Torreón en pequeños grupos inicia el saqueo, en el ex cuartel general de Velasco y en la estación del F.C. Central; pero castigados severamente algunos individuos por las fuerzas del general Herrera (coroneles R. Colunga y Eulogio Ortiz) se dispersaron los grupos y se evitan actos que hubieran arrojado una mancha sobre la gloriosa jornada. 8 a.m. Hacen su entrada al centro de Torreón los generales Maclovio Herrera, Eugenio Aguirre Benavides, Orestes Pereyra y el coronel Raúl Madero; por la izquierda y por la derecha entraron las fuerzas de Calixto Contreras hasta coronar la cumbre de todos los cerros y por el centro lo hicieron las fuerzas de la brigada Villa, con José E. Rodríguez, la Morelos con el general Urbina, la Guadalupe Victoria con Miguel González y el regimiento del coronel Carlos Almeida y la brigada Madero con el coronel Benito García. A las 9 a.m. el señor general en jefe acompañado de su escolta y estado mayor sale de Gómez Palacio para Torreón; en el camino lo acompañan algunos jefes y oficiales, entre ellos el coronel Juan Palma con parte de su gente; en el camino se detienen para admirar el heroísmo de sus soldados que cayeron al pie de las trincheras enemigas; se emociona visiblemente con semejante prueba de valor y ordena que inmediatamente se dé honrosa sepultura a los que supieron morir en defensa de los nobles ideales. A las 10 a.m. hace el general Villa su entrada triunfal a Torreón, siendo aclamado con entusiasmo por el pueblo; se nota que no aparecen por ninguna parte los que pertenecen a las clases acomodadas, es que han huido con el enemigo. A las 11 a.m., miles de soldados desfilan por la ciudad dirigiéndose a sus alojamientos; desde luego se nombran numerosas comisiones que se ocupen de volver la ciudad a su aspecto normal. Las fajinas recogen centenares

de cadáveres que yacían amontonados en los cuarteles, lo mismo que en las calles de la ciudad. En los edificios del Banco de la Laguna y Casino de Torreón, donde el enemigo improvisó hospitales de sangre, hay unos cartelones en los que se lee: "Quedan bajo la protección de las Fuerzas Constitucionalistas y del general Francisco Villa y de los cónsules extranjeros". No puede apreciarse el número de los heridos abandonados despiadadamente por el enemigo en virtud de que entre ellos hay muchos cadáveres en pleno estado de descomposición, y en estos sitios la atmósfera es realmente irrespirable; después se comprueba que a pesar de todo lo dicho por la prensa reaccionaria y gobiernista, los pobres heridos de la Federación no han recibido ninguna atención facultativa. A las 12 del día desfila por el centro de la ciudad la artillería constitucionalista al mando del señor general Felipe Angeles.

Los habitantes de la ciudad quedan sorprendidos al ver que la artillería constitucionalista es realmente numerosa y está en magníficas condiciones. Desesperados por lo sangriento y duro de los asaltos, defendiéndose entre cadáveres y habiendo perdido la esperanza de recibir auxilio, el enemigo decide evacuar la plaza aprovechando una fuerte polvareda que oscurece la comarca. Se comprueba que su salida ha sido con precipitación, porque ha dejado un inmenso botín de guerra; por estarse recibiendo a cada momento nuevos informes, no podemos precisar hasta dónde alcance el botín perdido por los federales; pero al cerrar este informe se sabe que los constitucionalistas han recogido varios cañones y ametralladoras, algunos miles de cartuchos, más de 2,000 granadas de fabricación extranjera, muchos carros cargados con mercancías y sobre todo 125,000 pacas de algodón que pertenecían a los enemigos de la causa popular.

Las bajas de los federales son más de 2,360 muertos y 3,257 heridos; 1,500 desertores y 1,491 prisioneros. Los constitucionalistas pierden 1,781 muertos y 1,937 heridos; a la fecha ya han sido cubiertas las bajas en el Ejército del Pueblo por nuevos contingentes. Doce horas después de ocupada la plaza de Torreón por las fuerzas constitucionalistas, todos los servicios están al corriente; el comercio abre sus puertas y apenas si hay algunos indicios para recordar lo que poco antes fuera teatro de sangrienta lucha."

La Perla de la Laguna, Torreón, Coahuila, está en poder de los soldados de la División del Norte bajo el mando directo de su jefe nato general Francisco Villa quien representa el odio, odio legítimo de un pueblo que ha sido ultrajado injustamente por la brutalidad de las fuerzas porfirianas.

El general de brigada Enrique León Ruiz recuerda los comentarios que el general Gustavo Salas hacía respecto a estas batallas: "Nosotros los federales, combatíamos a la constitucionalista a la prusiana y ellos nos destrozaron a la mexicana".

Efectivamente así fue: los constitucionalistas pudieron haber cometido muchos errores tanto estratégicos como tácticos, pero el hecho real es que los federales siempre salieron derrotados.

Para el día 4 de abril ya los constitucionalistas habían tomado posesión cabal de la ciudad de Torreón, Coah. Por orden directa del general Villa se hizo cargo de la jefatura de armas el general Eugenio Aguirre Benavides y, se aprovecharon los servicios de muchas personas civiles que se presentaron ante los vencedores manifestando sus deseos de colaborar con la revolución. Por orden del cuartel general se nombraron diversas comisiones, que ayudaron a restablecer la normalidad de la ciudad.

A las fuerzas federales, que en precipitada fuga abandonaron Torreón, se sumaron muchas de las familias de la clase acomodada, enemigos de los revolucionarios, dejando sus propiedades al cuidado de sus criados, los cuales sólo esperaron la entrada de los constitucionalistas a la ciudad para presentarse a éstos a denunciar a los amos como enemigos de la revolución, y ellos, la servidumbre de los patrones, fueron los primeros en disponer de cuanto objeto pudieron cargar de la casa del amo. Todo cuanto se pudo arrebatar de las propiedades abandonadas por sus dueños fue saqueado por la misma gente del lugar.

Todos los enemigos de la Revolución fueron uno a uno denunciados por los vecinos de la ciudad y que en muchos casos obraron impulsados más por la venganza que por simpatía a la causa popular. Muchas personas fueron detenidas y fusiladas por causas justificadas, pero desgraciadamente no fue la mayoría. Hubo muchos fusilamientos por causas que sólo obedecieron a motivos de venganza personal.

Toda aquella furia tuvo que haber sido el resultado de la conmoción social, además de que, si se toman en cuenta las atrocidades que los revolucionarios pudieron haber cometido, que ya antes los federales habían hecho gala de crueldad para los desafectos al gobierno de la usurpación.

Hechos Reales de la Revolución.
Primer tomo.

LA TOMA DE ZACATECAS

Por *Luis y Adrián Aguirre Benavides*

Así las cosas y contra los deseos del señor Carranza, el 15 de junio de 1914 Villa planeó el ataque a Zacatecas, y dictó sus primeras providencias. Villa decidió que fuera el general Tomás Urbina quien lo precediera en el mando de las operaciones, mientras él organizaba y daba un ligero descanso a gran parte de las tropas de la División del Norte. Su plan era éste: El 16 saldría Tomás Urbina con su brigada y los primeros trenes, rumbo a Fresnillo, para luego ponerse frente a Zacatecas, al día siguiente le mandaría la artillería, y el 18 saldría a unírsele otra brigada. Para el día 19 le enviaría más tropas, y para el 20 o 21 de junio tendría concentrados unos 22,000 hombres, contando los de Natera y Arrieta, y cuando menos unos 50 cañones. Dio instrucciones a Urbina para que de acuerdo con el general Angeles estudiara el terreno y concertara la distribución de las tropas, indicándole que para el día 22 pensaba llegar a Zacatecas y que, de resultar satisfactorio el plan de batalla, el 23 por la mañana se iniciaría el ataque general a la plaza con el apoyo de la artillería, y por la noche debería estar tomada la ciudad.

Solicitó informes respecto a la artillería, y como el general Angeles le manifestara que sus piezas se encontraban en magníficas condiciones, Villa le ordenó a este ameritado jefe que saliera el 17 rumbo a Zacatecas, detrás de los trenes en que se iba a transportar el contingente del general Tomás Urbina. Al igual que a este último, Villa le indicó a Angeles que recorriera la línea de fuego, y que de acuerdo con Urbina ordenara la distribución de la tropa, haciéndole hincapié que la batalla quería ganarla con el apoyo de sus cañones.

Tal como se había planeado, el 16 de junio de 1914 salieron los primeros trenes rumbo a Fresnillo. El 17 salió el general Angeles con los trenes que transportaban su artillería, y entre el 18 y el 20 de junio estuvieron saliendo los trenes que conducían el resto de las tropas.

El día 19 por la mañana el general Felipe Angeles comenzó sus exploraciones por el rumbo de Morelos y las alturas que desde allí corren hacia Loreto, cerro que se encuentra cercano a Zacatecas por la parte norte. En San Vicente tuvo Angeles un encuentro con tropas federales, pero con el auxilio de fuerzas que le envió Tomás Urbina hizo retroceder al enemigo hasta más allá de los puntos denominados las Pilas y Hacienda Nueva, lo que le permitió que ese mismo día pudieran mover toda su artillería hasta Morelos.

También en ese día los generales Maclovio Herrera y Manuel Chao hicieron avanzar sus brigadas hasta Cieneguilla y San Antonio, puntos situados al suroeste de Zacatecas, por el cerro llamado de los Clérigos. Así se inició la distribución de las tropas de la División del Norte, y cada paso el enemigo se retiraba de sus posiciones naturales buscando el amparo de sus fortificaciones.

El día 20 dispuso el general Urbina que las brigadas de Natera, Arrieta, Contreras, Bañuelos, Triana, Caloca y Domínguez, se acercaran a Zacatecas por el lado de Guadalupe, población que se encuentra como a 7 kilómetros al oriente y que parte de la brigada a su mando, unida a la brigada de Ceniceros y de la brigada Villa, avanzaran hasta más allá de Veta Grande, a fin de dar apoyo a la artillería que se estaba emplazando en ese lugar. A Manuel Chao y Maclovio Herrera les envió 10 cañones para que los emplazaran conforme a las disposiciones que él mismo dictó sobre el terreno, que deberían mantener en silencio hasta que se declarara lo más recio del combate.

Durante todo ese día estuvieron ocupados Angeles y Urbina en la movilización y distribución de las tropas, siempre bajo el fuego de los cañones enemigos, que disparaban desde sus fortificaciones de los cerros de la Bufa y el Grillo.

El día 21 se terminó el emplazamiento de las siete baterías que se colocaron por el rumbo norte de la ciudad, así como de los 10 cañones que apoyarían los movimientos de Maclovio Herrera. Todos los artilleros recibieron órdenes para no contestar el fuego sino hasta que se generalizara la batalla.

También ordenó el general Urbina que las tropas de Martiniano Servín y Mateo Almanza se posicionaran frente al cerro de la Sierpe, al poniente de la ciudad. Por ese mismo lado, pero más al norte, las fuerzas de la brigada de José Rodríguez deberían colocarse junto a la brigada Cuauhtémoc, en los bajos del cerro conocido como Tierra Colorada o Loreto. De esta manera fueron aproximándose y cercando la plaza los soldados de la Revolución. Por el oriente avanzaban Natera, Arrieta, Triana y otros, hacia el pueblo de Guadalupe; los

hombres de Herrera y Manuel Chao se movían por el sur rumbo a Clérigos; cubriendo el noreste y buscando mejores posiciones marchaban las brigadas Cuauhtémoc y Villa, y por el norte el general Angeles emplazaba la mayor parte de sus cañones, rectificaba la posición de sus sostenes, y los aumentaba con la infantería de González.

El día 22 desembarcó en Calera el general Villa. Durante la mañana de ese día llegaron al frente las brigadas Ortega y Zaragoza, y Tomás Urbina ordenó que las tropas de Toribio Ortega marcharan hacia San Antonio, para unirse a las de Maclovio Herrera y Manuel Chao.

En virtud de que el general José Isabel Robles estaba enfermo, el brigadier Eugenio Aguirre Benavides tomó el mando de la brigada de aquél, y Raúl Madero el de la brigada Zaragoza, y ambos marcharon a Veta Grande para ponerse a las órdenes de Felipe Angeles.

En cuanto Villa llegó frente a Zacatecas, el general Urbina lo puso al tanto de las operaciones y del plan de batalla que habían trazado entre él y el general Angeles, el cual expuso de la siguiente manera:

—Mi general, hemos planeado iniciar el ataque al enemigo por su frente del norte, el cual se encuentra defendido por posiciones fortificadas en los cerros de la Bufa y el Grillo, pero antes debemos tomar los cerros de Tierra Negra, Tierra Colorada y la Sierpe. Dicho ataque estará apoyado por el empuje de las acciones que nuestras tropas realicen sobre la estación y el cerro de los Clérigos, estoy seguro que una vez desalojado el enemigo de sus posiciones, no encontrará el abrigo deseado en la ciudad, puesto que si nosotros ocupamos sus posiciones, toda la población se verá a merced del fuego de nuestros cañones. Si el enemigo intentara salir por el lado de Guadalupe, las tropas de nuestra reserva los envolverán y aniquilarán. La mayor parte de nuestra artillería ocupa muy buenos emplazamientos, y si es necesario esta noche ocuparán otros mejores. Ahora mi general, todo depende del destino, del entusiasmo con que luchen nuestros muchachos y de la cantidad de parque y bastimento que haya usted traído.

Le pareció al caudillo que el plan de batalla era bueno pero antes de aceptarlo quiso recorrer el terreno, y salió a efectuar un reconocimiento con su estado mayor. Pasando por Veta Grande se fue acercando al punto minero denominado la Plata, en donde encontró al general Angeles, y después de cambiar impresiones y felicitarlo por el movimiento de la gente y el plan de ataque que había formulado de acuerdo con Tomás Urbina, le pidió que le

mostrara todo lo que sería el campo de batalla. No sólo cumplió este deseo Angeles, sino que también le fue explicando la importancia militar de cada uno de los puntos que estaban ocupando las fuerzas revolucionarias.

Al final de su recorrido, Villa indicó al general Angeles la forma en que se iniciaría el ataque, y señalando hacia el cerro de Tierra Colorada, comentó:

—Yo atacaré de costado por el lado de allá, por la derecha, en tanto que ustedes lo harán por el centro y por la izquierda.

En la tarde del día 22 el general Villa ordenó que se retirara a los hombres de la brigada Morelos que daban sostén a la artillería emplazada en el mineral de la Plata, reconcentrándolos a la izquierda de dicha posición, y dispuso que con fuerzas de la brigada Zaragoza se sustituyera el mencionado sostén. Después salió con varios oficiales a recorrer la mayor parte de sus frentes de combate y envió aviso a todos sus jefes de brigada para que se aprestaran al ataque que se iniciaría a las 10 de la mañana del día siguiente, haciendo hincapié en que todas las tropas deberían moverse en el momento preciso, fundando esta orden en que debería evitarse cualquier combate parcial que pudiera debilitarlos.

Pero era tanto el entusiasmo que las tropas revolucionarias tenían por entrar a la pelea, que ya se habían provocado algunos sangrientos encuentros con los federales, en uno de los cuales resultó con un brazo herido el valiente general Maclovio Herrera, y no sólo esto sucedió en tales encuentros, sino también que los fuegos enemigos dieron cuenta de un par de cañones que quedaron desmontados de sus emplazamientos en los puntos de Veta Grande y San Antonio, hiriendo a algunos artilleros y matando a otros.

Villa consultó con el general Angeles respecto al traslado de las baterías que se efectuaría aquella noche y éste le aseguró que el cambio de posición de la artillería sería una desagradable sorpresa para el enemigo, cuando al amanecer descubriera que los cañones habían desaparecido, y el desconcierto cundiría en sus filas, puesto que no podían luchar contra algo que no veían.

—¿Ve usted aquellos cañones federales en la punta del cerro del Grillo? —preguntó Angeles—. Pues verá, mi general, esos señores oficiales piensan que están muy bien fortificados, que no lo están. Señor, cuando es posible que la artillería quede oculta a los ojos del enemigo, ésta no debe colocarse en lugar donde todos la vean.

A otra pregunta sobre la seguridad y confianza de que los emplazamientos nuevos se pudieran realizar entre la sombra de la obscuridad, el general Angeles contestó que estaba completamente segurc

de poder hacerlo, y que para colmo se auxiliaría con el faro del cerro de la Bufa, con que los federales exploraban sobre el campo revolucionario. Expresó satisfacción por la pericia de sus oficiales y comunicó al general Villa que los mayores Cervantes y Bazán, el capitán Espinosa de los Monteros, tenían amplias instrucciones para llevar a cabo este movimiento. Aquella noche se cambiaron los emplazamientos de cuando menos 24 cañones.

Al día siguiente 23 de junio de 1914, a las 10 de la mañana y según lo había dictado el general en jefe, todas las brigadas rompieron el fuego, y cada una disparó sus baterías según su posición. En seguida damos el orden en que las tropas constitucionalistas entraron a la batalla.

Avanzando por el norte y el noroeste de la plaza para atacar desde el punto minero de la Plata y Veta Grande, los cerros de Tierra Negra y Tierra Colorada, estaban las tropas de Tomás Urbina, Ceniceros, Eugenio Aguirre Benavides, Raúl Madero y el coronel González. El número de aquellas tropas sumaba 5,000, y estaban al mando de los generales Tomás Urbina y Felipe Angeles, al noroeste, y atacando por el flanco, avanzarían sobre el cerro de Tierra Colorada, viniendo de las Pilas y Hacienda Nueva, las fuerzas de José Trinidad Rodríguez y las de Rosalío Hernández, también en número de 5,000 hombres, al mando del general en jefe que marcharía acompañado de sus oficiales y de su escolta. Por el poniente, y a la derecha del general Villa, marchando contra el cerro de la Sierpe, avanzarían las fuerzas de Martiniano Servín y Mateo Almanza, en número de 2,500 hombres. Cubriendo el suroeste y el sur, y partiendo de San Antonio, avanzarían contra los fortines de la estación y la falda que hacía allá corre desde lo alto del Grillo y sobre el cerro de los Clérigos, las tropas de Toribio Ortega, Maclovio Herrera y Manuel Chao, que hacían un total de 3,000 hombres. Por el sur y el sureste, desplazándose hacia los cerros del Refugio y los Clérigos, avanzarían por las lomas del mismo nombre y puntos aledaños las fuerzas de Natera, Bañuelos, Domínguez, Cervantes y Caloca, que sumaban un total de 5,000 hombres. Desde el oriente, y partiendo del pueblo denominado Villa de Guadalupe, hacia las alturas del Crestón Chino, avanzarían una parte de las tropas de Arrieta, Triana, Carrillo y otros jefes, quedando otra parte de reserva; estas tropas sumaban 2,000 hombres.

De esta manera la ciudad de Zacatecas se veía amenazada por no menos de 23,000 aguerridos soldados revolucionarios, que entrarían al combate apoyados en el fuego de 28 cañones por el norte, 10 por

el sur, y 12 más por el norte, emplazados un poco más atrás que los primeros, guardando una posición muy conveniente.

Los federales eran en número de 12,000 hombres, y contaban con 13 cañones perfectamente pertrechados y con emplazamientos fortificados. Estos 12,000 hombres estaban distribuidos equitativamente en los cerros de la Bufa, Tierra Negra, Loreto, la Sierpe, el Grillo, la estación, el Padre, Guadalupe y Crestón Chino. Los cañones estaban repartidos en la Bufa, el Grillo y el Refugio y uno que se desplazaba sobre la vía entre la estación y Guadalupe. El mando de aquella fuerza defensora lo tenía el general huertista Luis Medina Barrón, y bajo sus órdenes estaban los generales Juan N. Vázquez, José Soberanes, Antonio Olea, Manuel Altamirano, Jacinto Guerrero, Antonio Rojas, Benjamín Argumedo, Jacobo Harotia de los Santos, y otros más.

El general Villa tenía conocimiento de que por el sur se acercaba una columna de 1,000 hombres, al mando del coronel federal Tello, que venía en auxilio de Zacatecas y cuya presencia se notaba ya en el cañón de Palmira, y que por el rumbo de Soledad venía también con 1,000 hombres Pascual Orozco, para llegar y reconcentrarse en Zacatecas.

A las diez de la mañana, repetimos, se rompió el fuego en todas las líneas del frente constitucionalista, y toda la potencia de los 24 cañones que estaban emplazados por el norte y noreste, envió su mortal mensaje a las posiciones federales que desde el primer momento comenzaron a desconcertarse por la dirección de los disparos. Por el suroeste sonaba aterrador el cañoneo de las baterías de Carrillo, que apoyaban los movimientos de Maclovio Herrera, mientras que por el sur y el sureste el estampido de la fusilería de Natera era aterrador.

Las brigadas Villa y Cuauhtémoc avanzaron desde sus posiciones de Hacienda Nueva sobre el flanco del cerro de Loreto, apoyadas por la batería del capitán Quiroz, emplazada en Veta Grande. Desde el otro lado del cerro de Loreto atronaban el espacio los fuegos de las baterías ocultas en los corrales del mineral de la Plata, y lo mismo sucedía con las que el general Angeles emplazara en el extremo de aquella línea, a la izquierda del cerro de la Bufa. La artillería federal emplazada en los cerros de la Bufa y el Grillo contestaba el fuego de las piezas revolucionarias, pero sus disparos eran siempre hacia la retaguardia de los constitucionalistas, dado lo elevado de sus posiciones.

El fuego de los cañones de Angeles causaba enormes estragos en las filas federales, y los villistas, aprovechando el natural descon-

cierto, avanzaron hasta adueñarse de la primera trinchera, y al ritmo de su impulso arrollador avanzan hasta la segunda trinchera, que los federales abandonan en desordenada retirada, aturdidos por el certero fuego de la artillería revolucionaria.

Apenas habían transcurrido unos cuantos minutos desde el momento en que se inició el combate y ya los soldados del pueblo tenían en su poder el cerro de Loreto, y casi en seguida el de Tierra Negra, cercano al de la Bufa. Por el flanco derecho de Loreto subieron las brigadas Villa y Cuauhtémoc, y por el izquierdo avanzaron las fuerzas de la brigada Zaragoza. El cerro de Tierra Negra fue tomado por las tropas de Urbina, Benavides, Ceniceros y González. Durante este combate murió el valeroso general Trinidad Rodríguez y algunos valientes oficiales. Este fue el principio de la victoria de las tropas constitucionalistas, y el inicio de la derrota del flamante y orgulloso ejército del usurpador Victoriano Huerta.

A las once de la mañana la caballería y la infantería constitucionalistas estaban formadas y resguardadas en el cerro de Loreto. Casi a la misma hora, los generales Villa y Angeles conciertan el desplazamiento de su artillería hacia el cerro de Loreto, para dar apoyo a las fuerzas de Martiniano Servín, quien avanzaba penosamente por la falda del cerro de la Sierpe.

Desde la mina de Loreto, y con el fuego de ametralladora, Villa ordenó el apoyo de las fuerzas de Servín, en tanto que Angeles ordenaba los servicios de una batería. El mayor Cervantes emplazó un cañón en ese punto, y de inmediato se abrió fuego sobre el cerro de la Sierpe. A poco llegó el capitán Gustavo Durón con el resto de la batería tomando a su cargo el bombardeo de las posiciones federales, causando graves estragos por la gran precisión de sus disparos. Los federales comenzaron a huir por la falda del cerro, acosados por los efectivos disparos de Durón y el recio empuje de la infantería del coronel Servín. Así cayó a sangre y fuego el cerro de la Sierpe, cubriéndose de gloria el capitán Durón González y sus artilleros.

Con la toma de estos tres valiosos puntos estratégicos, Angeles consideró que sería más fácil el desalojar a los federales que aún luchaban afortunados en el cerro del Grillo, y una vez tomado éste la victoria estaría al alcance de sus manos.

El general en jefe dispuso entonces que la artillería de Felipe Angeles cubriera el avance de las tropas de Raúl Madero, que con las brigadas Villa y Cuauhtémoc, se desplazaban sobre las posiciones del cerro del Grillo. Pero el movimiento de la artillería no resultaba fácil pues tenían que moverse en lo más granado del fuego federal, cuyos disparos estaban causando bastantes muertos. Muchas fueron las fatigas que sufrió el capitán Durón González para mover la

artillería, y las que luego tuvo que padecer el mismo Angeles para llevar otras piezas hacia la izquierda de esa posición, ya que este lugar era el más bombardeado y ametrallado por el enemigo.

Considerando los informes en que Tomás Urbina le comunicaba los avances de Ceniceros y González sobre el cerro de la Bufa, y de Herrera y Natera por el sur, Villa comprendió que en cuanto los federales cedieran en el cerro del Grillo, sus tropas podrían desbaratar toda la resistencia de Zacatecas. Reunió entonces a los oficiales de su estado mayor y de su escolta, y los arengó para que cumplieran con su deber, agregando que, si no se consumaba la conquista de esa plaza, serían pasados por las armas.

Una vez terminadas las maniobras para el nuevo emplazamiento de la artillería, el general en jefe ordenó que toda la gente que había quedado en la retaguardia viniera a ponerse al amparo de los cañones y se concentraran en línea de tiradores.

Pero mientras se hacían estos preparativos y se fijaban los emplazamientos de las baterías, el enemigo afortunado en los cerros del Grillo y la Bufa, concentró sus fuegos sobre aquel lugar, causando la muerte de muchos revolucionarios y sembrando el terror entre las tropas que por allí tenían que moverse. Sin embargo, pronto se recobraron de este descalabro y se contestó el fuego a los enemigos.

Lo tupido del fuego de la artillería revolucionaria y el vigor de los ataques a las fortificaciones del cerro del Grillo por parte de la infantería hizo ceder poco a poco la resistencia federal, y el enemigo comenzó a desalojar sus posiciones; pero fue hasta después de las cinco de la tarde cuando los constitucionalistas dieron el asalto final y tomaron ese baluarte, con lo que dieron por hecho la victoria.

Aún quedaban por tomar las alturas del Crestón Chino, el cerro de la Bufa, que ya se encontraba debilitado, y algunos otros puntos de menor importancia, que aún presentaban resistencia al arrollador empuje de la infantería y a los fuegos de la artillería revolucionaria, pero durante el anochecer fueron cediendo y sus defensores huyeron en franca desbandada.

La mañana del 24 de junio de 1914 se consolidó la victoria y Villa hizo su entrada en la ciudad de Zacatecas, siendo recibido por sus pobladores con muestras de alegría y cariño.

Dentro de las filas revolucionarias que tomaron parte en el asalto y toma de Zacatecas, venía un profesor normalista de nombre Francisco Cuervo Martínez, quien escribió un hermoso y alegre romance dedicado a los generales Francisco Villa y Felipe Angeles.

El general huertista Medina Barrón no dio parte a la Secretaría de Guerra del aniquilamiento que sufrieron sus fuerzas en Zacatecas.

En los archivos sólo existen partes lacónicos y aislados de aquella brillante y última acción de armas de la División del Norte; dichos partes, que exhiben la destrucción del ejército federal dicen así:

INFORMACION DOCUMENTAL SOBRE LA TOMA DE ZACATECAS, ZAC, POR FUERZAS REVOLUCIONARIAS DEL 10 AL 14 Y DEL 21 AL 24 DE JUNIO DE 1914, QUE EXISTEN EN EL ARCHIVO HISTORICO DE LA SECRETARIA DE LA DEFENSA NACIONAL.

Expediente 5/334

Folio 248. 14 de mayo. Copia de un Telegrama del Gral. Medina Barrón en Zacatecas, al Ministro de Gobernación confirmando que don Venustiano Carranza está en Sombrerete, el Gral. Villa en Torreón, El Gral. Angeles en Durango cambiaron a los Arrieta y salieron rumbo a Saltillo, el objeto de ello es atacar aquella población. En el Estado de Zacatecas se quedó Natera con principales cabecillas con objeto de atacar la Capital, esperando únicamente que se reconcentre la gente de Villa, está listo para venderles muy caro su intento. Se confirma documento entre don Venustiano Carranza, Francisco Villa, Gral. Angeles, pero no obstante todos ellos elaboran contra el Gobierno.

Folio 249. 20 de mayo. Copia oficial traducción de un mensaje cifrado del Gral. Medina Barrón en Zacatecas al Secretario de Guerra: Rebeldes de Durango desembarcaron ayer en Estación Lado Mena en Sombrerete Abrego. Ya prevengo de estos movimientos a las fuerzas destacadas que en último de los casos concentraré en ésta.

Folio 260. Telegrama de Zacatecas al Secretario de Guerra en donde el Gral. Medina Barrón le comunica que estuvo combatiendo contra una columna revolucionaria de 1,000 hombres que por el lado de El Bote se acercaba a la plaza. Añade haber salido personalmente a encontrarlos con 300 dragones y 500 infantes, quitándoles varias veces las posiciones que obtenían, terminando por hacerles remontar a la sierra que va rumbo a Jerez, causándoles más de 30 muertos y quitándoles armas y caballos. Por su parte un herido del Regimiento Victoriano Huerta.

Folios 264 y 265. 13 de agosto. Oficio del Visitador del Consulado Arturo M. Elías al Secretario de Guerra y Marina transcribiendo un informe del Capitán 2º Baldomero García sobre los acontecimientos verificados en la Ciudad de Zacatecas del 10 al 14

y del 21 al 24 de junio, que originaron la caída de aquella plaza en poder de los revolucionarios.

“... Durante el primer ataque que fue en los días 10, 12, 13 y 14 de junio del año en curso y hecho con furia a los cerros de la Bufa, Santa Clara, el Grillo y el Padre, se me ordenó ponerme a las órdenes de la batería de ametralladoras que estaba emplazada en Santa Clara y de cuyo puesto nos desalojó el enemigo como a las 7 de la noche, resultando herido el jefe del punto que lo era el señor Tte. Corl. Soni y el antes mencionado Mayor Cano. Como carecía de Corporación... me ordenó quedara en dichas oficinas en espera de órdenes las que poco después recibí por conducto del Cap. 1º de Caballería Octavio Serrano, cuya orden para quedar comisionado a las órdenes del Sr. Jefe Político de la ciudad que lo era el Sr. Corl. de Cab. Leobardo Bernal y que al mismo tiempo estaba encargado del Depósito de Municiones instalado en el Palacio Municipal.”

Terminó el primer ataque el día 14 por haber auxilios de San Luis Potosí al mando del Gral. Benjamín Argumedo, el que habiéndolos atacado por la retaguardia los desmoralizó e hizo replegar hasta los ranchos cercanos. Los cabecillas que atacaron fueron Pánfilo Natera, Pedro Caloca, Cabral, Domínguez, Acuña, Navarro y otros al frente de 15,000 hombres.

“Habiéndose organizado el enemigo y con el auxilio de Villa, Urbina, Triana, Ortega, Aguirre Benavides, Trinidad Rodríguez y Rosalío Hernández, Servín y Angeles y al frente de 35,000 hombres volvieron al ataque el día 21 del mismo mes sitiando por completo la plaza la que al cuarto día de combate y no pudiendo soportar el número abrumador de asaltantes, fueron siendo desalojados a sus posiciones nuestras fuerzas terminando con la derrota de la guarnición...”

Folio 269. Telegrama de Zacatecas al Secretario de Guerra, en donde el Gral. Medina Barrón le comunica que a las 9 de la mañana de la fecha principió un ataque vigoroso y simultáneo de fuerzas revolucionarias con pretensión de tomar la plaza por asalto. Después de dos y media horas de cerrado combate fueron rechazados. Continúa un tiroteo pausado y las tropas conservaron sus posiciones.

Folio 269. Telegrama de Zacatecas al Secretario de Guerra, en donde el Gral. Medina Barrón le agradece su ascenso a divisionario, recomendándole a varios jefes y oficiales que también merecen ascenso por sobresalir en el cumplimiento de sus deberes.

Folio 271 a 275. Oficio del Departamento de Estado Mayor al jefe de la Sección Quinta en donde se dispone la condecoración del

Mérito Militar de la 1ª clase en favor del Gral. de Div. Benjamín Argumedo en la plaza de Guadalupe, Zac. del día 14 de junio. En folio 275 otro oficio del Estado Mayor en donde se dice que en Guadalupe, Zac. el enemigo fue derrotado y que se le recogieron 6 monturas, un coche y 4,000 cabezas de ganado menor.

Copia de la traducción de un telegrama cifrado en donde el Gral. Medina Barrón participa al Secretario de Guerra que está totalmente sin fondos, que la Tesorería General le dice tener 100,000.00 pesos para su columna. Al calce: Con escolta remítansele \$100,000.00 en tren especial.

Folio 293. 9 de julio. Minuta de la Secretaría de Guerra en donde el Presidente Interino de la República dispone que el divisionario Luis Medina Barrón cese en el mando de las operaciones en Zacatecas para entregarlo al de igual empleo Gral. Carlos García Hidalgo, y marche a San Luis Potosí, donde quedará como Jefe de Cuerpo de Ejército.

Folio 301. 14. Oficio del Departamento de Caballería al Jefe de las Armas de Zacatecas, en donde se dispone la baja del Teniente Coronel de Caballería en Depósito Javier Medina Barrón, fallecido a consecuencia de la herida que recibió en el combate de Calera, Zac.

Folio 307. 21 de febrero. Telegrama de Zacatecas en donde el General Medina Barrón participa al Secretario de Guerra haber movido una columna de 500 hombres al mando del Gral. Lucio Gallardo a la región norte del Estado para atacar partidas revolucionarias que merodean tal rumbo.

Folio N° 288 al 292.

Julio 14 de 1914. Tengo honra de insertar a usted el memorial que han presentado en esta oficina a mi cargo los señores Capitán 1° Emilio Fernández, Capitán 2° Indalecio Solís y Teniente Crisóforo Torres, cuyo tenor es el siguiente:

“Los que suscribimos Capitán 1° Emilio Fernández, Capitán 2° Indalecio Solís y Teniente Crisóforo Torres, pertenecientes al Regimiento de «Los Santos», tenemos la honra de rendir ante el Consulado Mexicano residente en esta ciudad, memorial circunstanciado de nuestra marcha del Cuartel General del Cuerpo de Ejército radicado en San Luis Potosí:

“Con fecha 18 de junio del presente año y por orden superior fue embarcado nuestro Regimiento en la estación de dicho lugar, juntamente con otros cuerpos pertenecientes a la Columna mandada por el General Olea, emprendiendo la marcha como a las 10 de la mañana rumbo a la ciudad de Zacatecas; cerca de las 2 de la mañana del siguiente día los trenes militares hicieron un pequeño alto

cerca de 3 horas frente a la ciudad de Salamanca, emprendiendo nuestra marcha para Zacatecas y pasamos por las poblaciones de Irapuato, Celaya, Silao y León, llegando como a las 7 de la noche a la ciudad de Aguascalientes. Permanecimos todas las fuerzas embarcadas hasta las 6 de la mañana, en que se emprendió de nuevo la marcha, arribando a Zacatecas, a las 8 de la noche, procediendo desde luego, por orden superior, a desembarcar la caballada, hecho lo cual se recibió orden del Cuartel General de la Plaza, marchara inmediatamente el Regimiento de «Los Santos» a cubrir las alturas del cerro que está al frente del cerro denominado «Del Padre», siendo cumplida dicha orden como a las 10 de la noche del mismo día.

“El día 21, serían las 6 de la mañana, se distribuyó el dispositivo de combate en todas las principales alturas ocupadas por nuestras fuerzas, principiándose el combate en seguida. Durante todo el día sin intermitencia y parte de la noche, hasta las 11 en que fuimos desalojados de nuestra posición, debido a la superioridad numérica del enemigo con quien tuvimos que batirnos cuerpo a cuerpo, siendo el más desesperado ataque que recibimos, por el lado de Guadalupe, vimos que ya era materialmente imposible sostenernos por más tiempo. Ordenó el señor General Antonio Rojas se efectuara la retirada haciéndose en completo orden, incorporándonos a las primeras posiciones colocadas en los suburbios de la ciudad, donde se suspendió el fuego por ambas partes.

“El 22 como a las 6 de la mañana se dispuso, por orden superior, que nuestro Regimiento y algunos otros cuerpos irregulares, como también infantería de línea, marcháramos sobre el enemigo con el fin de recuperar las plazas perdidas el día anterior, siendo ejecutada inmediatamente, recibieron por su parte el Capitán 1º Emilio Fernández, orden de nuestro General de «Los Santos» de marchar a la cabeza del primer escuadrón para ocupar el ala izquierda, llevando entre sus oficiales al Teniente Crisóforo Torres y ocupando el centro el propio Coronel con el resto del Regimiento. En el alto se trabó un reñido combate avanzando sobre las posiciones ocupadas por el enemigo, de las cuales intentamos desalojar siendo protegidos por las infanterías, las cuales debían ocupar en un caso dado nuestras posiciones para nosotros flanquear el cerro ocupado por el enemigo.

“Como a las 11 de la mañana, en un avance rápido que fue ordenado con el fin de tomar un punto de defensa, denominado los Graceros frente al cerro que ocupaba el enemigo, fue herido el Capitán Solís en la pierna izquierda y el brazo derecho, siguiendo en compañía de su escuadrón hasta ocupar el lugar deseado. Casi al mismo tiempo fue herido el Capitán Emilio Fernández por 2 balas

en la pierna derecha, lo mismo que el Teniente Torres, que fue herido en la cadera derecha, continuando, no obstante sus heridas, en el combate hasta las 2 de la tarde en que nuestro jefe ordenó fuéramos conducidos al hospital de la Cruz Blanca, en donde recibimos la primera atención médica y en la que por falta de localidad tuvimos que alojarnos en el Hotel París, donde ocupamos el cuarto número 9, haciéndonos pasar ante el Administrador de dicho Hotel como comerciantes procedentes de Aguascalientes, hicimos esto para que en caso desgraciado de que la plaza fuera tomada por el enemigo y nuestras heridas nos permitieran salvarnos, tener cuando menos una pequeña esperanza para poder pasar como viajeros y no se nos hiciera perjuicio alguno, cuya estratagema nos sirvió a las mil maravillas como se verá por la continuación del siguiente relato.

“Al amanecer del día 23 se reanudaron los fuegos por todos lados de las alturas de la ciudad, sonando el tiroteo tan nutrido que nos hizo suponer que era el ataque decisivo del enemigo para apoderarse de la plaza. Como a las cuatro de la tarde se nos presentó un pasajero de los que estaban con nosotros en el Hotel, manifestándonos que el enemigo había logrado introducirse, lo cual nosotros sabíamos por estar oyendo las descargas de fusilería frente a nuestras ventanas, continuándose sin interrupción hasta cerca de las seis y media de la tarde en que oímos unos fuertes golpes dados en la puerta del Hotel, que nos supusimos serían dados con la culata de los fusiles por la chusma desenfrenada que quería a toda costa le abrieran las puertas para penetrar, amenazando con echarlas abajo si no se verificaba; se les abrió la puerta y entraron en seguida, a la cabeza de la chusma un individuo que se titulaba Mayor y cuyo nombre era Carlos González, quien dio orden terminante de que todos los pasajeros y empleados del Hotel bajáramos al local del comedor, lo cual se hizo, siendo en seguida formados en línea y tratados con mil vejaciones y en el momento que trataban de fusilarnos se presentó un nuevo jefe cuyo grado era el de Coronel y su nombre Rosalío Villalobos, quien obró con calma revocando la orden dada por el jefe anterior diciéndonos que podíamos volver a nuestros cuartos, lo que hicimos de inmediato, demostrándole nuestro agradecimiento por habernos salvado la vida. Ya de regreso en nuestros cuartos pudimos observar el paso de los siguientes jefes revolucionarios, quienes iban a ocupar sus cuartos en el mismo hotel que nosotros: General Cervantes en el N° 4, General Servín, N° 8, General Carrillo, N° 6, Coroneles Hermanos Navarro en el N° 5. No parando el movimiento hasta la una de la mañana; así conti-

nuamos nosotros entre nuestros enemigos ocultando lo mejor que pudimos nuestras heridas para no ser descubiertos, lo que en el acto hubiese sido nuestra sentencia de muerte, como lo fue la de muchos de nuestros desgraciados compañeros, a quienes fusilaron en el mismo patio del Hotel y a otros en el mismo lugar donde fueron encontrados, siendo esto presenciado por nosotros, lamentando grandemente no poder haber hecho algo en su favor, entre los fusilados figuraban un capitán segundo, un teniente, un subteniente y un soldado, todos pertenecientes a cuerpos irregulares.

“Desde esa fecha hasta el día 30 permanecemos entre ellos sin poder lograr una ocasión de evadirnos; el mismo día 30 se nos presentó en nuestro cuarto, con carácter de espía un individuo que se titulaba Teniente, y cuyo nombre era Ricardo Luna y decía pertenecer a la Brigada Cervantes, pero por las palabras que nos dirigía comprendimos desde luego que pretendía sorprendernos, lo que no pudo lograr por haberlo conocido nosotros desde luego. Habiendo logrado simpatizarles por haber hecho creer que éramos admiradores de su causa conseguimos al fin se nos permitiera marchar a atender nuestros negocios que habíamos dejado abandonados en el Norte, para cuyo fin el mismo mentado General Cervantes nos expidió los pases correspondientes a cada uno de nosotros, sirviéndonos éstos para viajar sin ser molestados desde Zacatecas a Ciudad Juárez, lugar en que llegamos el día 9 del corriente a las seis de la mañana, continuando en seguida el viaje hasta esta población donde nos encontramos al presente en una situación bastante precaria por ser un país extranjero y faltos de los recursos necesarios para vivir; pues para hacer nuestro viaje tuvimos que vender cuanta prenda de valor teníamos, no contando con numerario porque los últimos haberes que recibimos fueron los que se nos pagaron correspondientes a la primera decena de junio, en San Luis Potosí.

“Lo que tenemos la honra de comunicar a usted para que por su digno conducto se sirva hacer llegar a la Superioridad, a fin de que se nos suministren nuestros haberes para seguir atendiendo a la curación de nuestras heridas que aún se encuentran abiertas.

“Esperando se servirá usted darme las instrucciones del caso, me es grato renovarle las seguridades de muy atenta consideración. R.S.
—Bravo.—Rúbrica.”

Las Grandes Batallas de la División del Norte, al mando de Pancho Villa.

ENTRADA DE LA DIVISION DEL NORTE A MEXICO

Por *Francisco Ramírez Plancarte*

Por fin anuncióse que la tan famosa División del Norte entraría de un momento a otro a la Capital. En efecto, al día siguiente domingo 6 de diciembre (1914), en que circulara esta noticia, se supo desde hora muy temprana, que ya se encontraban acampadas en los alrededores de Tacuba, en los terrenos de la Hacienda de los Morales, en el Molino del Rey, en los llanos de Anzures, Calzada de Chapultepec y en el Paseo de la Reforma, las tropas de la División del Norte.

La muchedumbre acudió inmediatamente a dicho lugar con el fin de verlas. La población, teniendo en cuenta la conducta que habían observado los zapatistas y suponiendo que los villistas —sus aliados— se comportarían idénticamente, y dado que los carrancistas hicieron en los últimos días muy insoportables e inconsecuentes, dejando, al evacuar la plaza una estela de odiosidad (ésta al menos era la opinión general), muchos civiles, haciendo causa común con la Convención, subieron a las torres de Catedral a repicar las campanas y a quemar cohetes. En un momento la ciudad se alborotó empezando el bullicio en las calles, muy especialmente en las que desembocaban al zócalo, pues ya se estaba haciendo costumbre que en esos "mitotes" inmediatamente corriera la gente para ese lugar, inquiriendo ansiosamente lo que sucedía: ¡Son los villistas que llegan y van a desfilar!, decían regocijadamente.

Los repiques no cesaban y a eso de las 11 de la mañana cuando ya la agitación era intensa y la curiosidad aumentaba, principió el desfile del Ejército Convencionista seguido en sus flancos por una enorme multitud que frenéticamente lo aclamaba, por el Paseo de la Reforma, Avenida Juárez, Avenida Madero y costado norte de la Plaza de la Constitución para pasar frente al Palacio Nacional, en cuyos balcones encontrábase el Presidente Gutiérrez, sus Ministros y buen número de generales, y estando las azoteas y balcones de las casas, así como las aceras de las calles, que por decirlo así marcaban el derrotero, pletóricas de espectadores, quienes al verlas las

saludaban agitando sus pañuelos, aplaudiéndoles y arrojándoles flores, serpentinas y confetti a su paso, al igual de cuando entró a la Capital por esas mismas avenidas el Cuerpo de Ejército del Noroeste y después el C. Primer Jefe.

Encabezaba el desfile una descubierta de caballería, siguiendo a ésta los generales Villa, Zapata, Angeles, Buelna y Everardo González —los que más tarde cortándose de la columna se dirigieron a Palacio donde ya los esperaba el Presidente Gutiérrez para revistar las tropas desde el balcón central y obsequiarlos después en unión de los ministros de su Gabinete, de los delegados de la Convención y de numerosos militares y civiles con un banquete oficial— escoltados de sus respectivos Estados Mayores; vistiendo el General Villa flamante uniforme de General de División igual al que usaban los ex federales de esa graduación; Zapata, un magnífico traje charro; el General Angeles, uniforme militar de campaña y salacot lo mismo que el General Buelna, pero éste sin la última prenda, pues portaba gorra moscovita y el General Everardo González de charro. A continuación, vestido también de charro, iba en automóvil acompañado de su Estado Mayor, el general Eufemio Zapata, mandando la División Suriana del Ejército Libertador, cuyas tropas de infantería y caballería ataviadas como el día de su arribo a la Capital, desfilaban en el mismo lamentable aspecto de desorden que entonces lo hicieron. Después, y frente a la extrema vanguardia de la División del Norte marchaban una numerosa banda de clarines y tambores y una música así como el cuerpo de “Dorados” (guardia personal del General Villa integrada por sólo jefes y oficiales), cerrando la retaguardia de esta descubierta muchos ex alumnos del extinto Colegio Militar de Chapultepec y oficiales ex federales uniformados. A continuación desfilaban las infanterías seguidas de la artillería y ametralladoras, cubriendo la retaguardia las caballerías, pero tanto unas como otras en número tan verdaderamente abrumador que, para que el lector se forme una idea de ello, diré: Que habiendo empezado dicho desfile a las 11 de la mañana, todavía al obscurecer no terminaba (suspendiéndose cuando aún quedaban más de quince mil hombres en terrenos de la Hacienda de los Morales, esperando incorporarse a la retaguardia), y el de que muchos de los espectadores hubieran sido víctimas más que de la insolación, del mareo que les produjo el estar viendo pasar tanta gente, pues como vulgarmente se dice, se “engentaron”.

Al empezar el desfile, desde luego, se pudo apreciar que las tropas estaban, si no mejor armadas, si mejor pertrechadas que las carrancistas; que también eran en mucho mayor número que aqué-

llas; que las condiciones de la caballada también eran superiores; y que asimismo contaban con más cañones y ametralladoras que aquéllos. Por la perfección del desfile (el de la División del Norte), comprendióse luego que el espíritu de organización, orden y disciplina, don de mando en los jefes y hábito de obediencia, era muy superior al de los constitucionalistas y en cuanto al vestuario, éste era igual al que habían adoptado la mayor parte de los jefes y oficiales carrancistas, aunque la tropa sí estaba mejor uniformada, ésta (la villista) que aquélla, pues se hacía muchas veces difícil distinguir a los oficiales. Los soldados se abrigan con unos magníficos suéteres, que desde entonces jamás se han vuelto a usar iguales no digo ya por las tropas regulares, puesto que está desterrada esa prenda del equipo reglamentario en el Ejército, pero ni siquiera por los oficiales cuando éstos andan en traje de campaña. Todo el vestuario era de primera calidad y muy costoso ¡claro, como que era con eso con lo que pagaban los gringos los millones de pieles crudas del ganado que de "sus pistolas" mandaba sacrificar el General Villa, de las ricas haciendas agropecuarias del Estado de Chihuahua!

Por supuesto que, desde luego, se creyó que la organización y orden del desfile sólo era debido tanto al cuidado del General Angeles, como el de muchos generales y jefes de filiación ex federal que en gran número estaban incorporados desde hacía largo tiempo a la División del Norte, ya que nadie ignoraba que el General Villa, carente por completo de esa clase de conocimientos, de un carácter sombrío e impulsivo, era incapaz de imprimirle a aquella llamada simplemente División del Norte, pero en realidad verdadero Ejército, la disciplina de que había dado tan patente muestra en el desfile.

Una de las características de la indumentaria que hizo se distinguieran los jefes y oficiales villistas de los carrancistas, consistió en que los primeros vestían una chamarra de gamuza que tenía grandes flecos de la misma piel en la espalda, en los hombros y a lo largo de las mangas y que les daba el feroz aspecto de comanches, así como en vez de tacos (polainas), usaban mitazas o chaparreras, siendo muy común en ellos, el traer en el cuello un paliacate transversalmente doblado, en tal forma, que las puntas caíanles coquetamente hacia la espalda; por lo que hace al resto del uniforme, ya he dicho que era igual al de los carrancistas.

Con la llegada de las fuerzas villistas, aumentó considerablemente la cantidad de billetes de "dos caritas" y "sábanas" puestos en circulación. Esta emisión era la que el Gobierno de Chihuahua había decretado para cubrir los gastos de la campaña iniciada para

someter al C. Primer Jefe y a su Ejército Constitucionalista. Por consiguiente, la escasez de papel-moneda que a la salida de los carrancistas se dejó sentir, y que ocasionó escenas muy patéticas, se mejoró bastante, aun cuando la escasez y carestía de los artículos de consumo seguía prevaleciendo, porque el comercio en su perverso deseo de multiplicar sus ganancias y seguir abusando, no le dio importancia a la llegada del Presidente Gutiérrez ni al arribo de la División del Norte, no obstante la optimista impresión que su entrada juntamente con el Ejército Libertador causó en el ánimo del público, ya que con tan enorme contingente todo mundo creyó que el Gobierno Convencionista estaba perfectamente firme y seguro.

Una mañana, como a aquello de las 11, pocos días después del arribo de la División del Norte y con motivo de la comunicación del General Julián Medina, referente a que las fuerzas de la Convención a su mando habían ocupado la plaza de Guadalajara, las campanas de catedral empezaron a repicar, lo que hizo que mucha gente acudiera al zócalo a inquirir la causa. Una vez que se supo que era el motivo a que me he referido, empezó la multitud que se había reunido frente al Palacio a aclamar y aplaudir al Ejército de la Convención pidiendo a grandes gritos que salieran al balcón los Generales Villa y Zapata. Y como si esto hubiera sido truco o bien combinado plan, a los pocos instantes se abrieron las puertas del balcón central de Palacio apareciendo como del fondo de un escenario los Generales Villa y Zapata acompañados de otros muchos jefes, y apretujados todos en dicho lugar, empezaron a recibir las demostraciones de simpatía de la muchedumbre, despertando enorme sensación y entusiasmo la presencia de ambos Generales, pero muy especialmente la del General Villa a quien se aclamaba sin cesar. Entonces fue cuando pude observarlo con toda calma, lo mismo que al General Zapata. De esto han pasado 25 años y sin embargo, tanto a uno como a otro los tengo muy presentes.

El General Villa estaba tocado con una gorra moscovita que portaba como escudo un águila sobre una media corona de laurel, insignia mexicana del generalato; vestía guerrera cerrada por una hilera de botones con presillas doradas en los hombros, y bordados igualmente laureados en el cuello y en las bocamangas; pantalón de montar y grandes mitazas de piel color de becerro que le llegaban hasta los muslos, el General Zapata, vestía pantalón negro de charro con doble botonadura de plata, chaquetilla corta con alamares, chaleco sin abotonar, camisa blanca de cuello doblado y corbata azul; de una de sus manos pendía un sombrero jarano de

pelo de conejo, de anchas alas, de los llamados de 20 onzas. Los demás jefes vestían: unos como el general Villa, y otros, como el General Zapata, pero con prendas un poco más corrientes.

El General Villa era de una estatura más bien alta que mediana, de complexión fuerte y robusta; de color rojizo-requemado, pelo ensortijado; frente ancha con ligeras entradas; cejas pobladas, ojos claros pequeños, con redes venosas rojizas en las conjuntivas, perspicaces, en continuo y rápido movimiento de fascinante dura mirada; nariz pequeña un poco afilada, bigote abundante ligeramente rizado; boca tosca, prognática, de labios sensuales, mentón pronunciado; maxilares fuertes; orejas regulares, mofletudo y de cuello corto. Su aspecto general era de un hombre enérgico, impo- nente y fiero.

El General Zapata era un poquito más alto que Villa, de complexión medianamente robusta; de color moreno-pálido; pelo lacio un poco ensortijado en sus extremos; cejas pobladas; ojos color café oscuro, regulares, de mirada penetrante pero tranquila, nariz recta de hermoso perfil, bigote poblado de pelo delgado un poco sedoso, boca regular, de labios medianamente delgados dibujando incierta sonrisa amarga; barba corta; pómulos salientes y mejillas deprimidas; orejas grandes, tranquilo ademán, inspirando bondad y confianza; en una palabra, su aspecto era altamente simpático.

La muchedumbre no pudo contenerse y repentinamente de un grupo que los aclamaba entusiásticamente, alguien gritó: ¡Que hable el General Villa!

¡Sí, sí, que hable!, ¡que hable! —repetieron.

Villa, Zapata y demás jefes miráronse y sonrieron.

¡Que hable Villa, que hable!, pedía la multitud acompañando sus exclamaciones con nutridos y prolongados aplausos.

Villa consultó algo con los demás jefes y acto continuo éstos hicieron señas a los que se encontraban en las torres para que cesaran los repiques. Después de algunos minutos de espera y de tratar de imponer el silencio, el General Villa hizo ademán de que iba a hablar:

“Señores —empezó diciendo—, no bien acabamos de «redotar» la «ditadura» de Huerta, cuando que ahora tenemos con que Carranza quiere erigirse en otra «ditadura». Dicen que yo soy «reaccionario» y no soy «reaccionario», señores, yo ando poniendo mi vida y la de mis muchachos en peligro, porque quiero que tengan todos un gobierno honrado para que defienda a nuestros hermanos de raza. Señores, ya dije que yo ni ninguno de nosotros «semos reaccionarios»...

(Al decir esto, una tempestad de aplausos le cortó la palabra. Después de esperar un momento a que se hiciera un poco de silencio, continuó):

“Venimos luchando porque todos nosotros tengamos libertad y porque nuestros hermanos de raza sean respetados. Señores, yo no soy ambicioso ni «reaccionario» . . .”

Las últimas palabras fueron ahogadas por el aplauso ensordecedor que estalló.

La voz del General Villa no era robusta y enérgica como su aspecto lo hacía creer, sino delgada y corta, es decir en semi-falsete, aunque sí de una perfecta claridad; al hablar agitaba fuertemente los brazos, cerrando los puños; el rostro se le enrojecía; sus ojos se le agrandaban y el pecho dilatábasele fatigosamente.

El General Zapata, distendiendo su rostro en una amable sonrisa se limitó a agradecer con ligeras inclinaciones de cabeza las aclamaciones de que era objeto; su mirada era apacible dejándola caer dulce y vagamente sobre aquel agitado mar de cabezas . . .

La Ciudad de México Durante la Revolución Constitucionalista. Capítulo XI.—El Espectro del Hambre. (Fragmento.)

DERROTADO EN CELAYA POR OBREGON

Por *Martín Luis Guzmán*

Aquella fue noche de grandes lluvias. En busca de su seguridad, las tropas de mi derecha se replegaron hasta el otro lado del río, temerosas ellas de que las aguas, creciendo por allí, pudieran serles luego un estorbo para retirarse. Así volvieron a sus posiciones de la mañana, con pérdida de los avances ganados durante el día sobre los sectores del dicho frente.

Considerando esa misma noche cómo no lograba yo debilitar ninguna de las defensas levantadas para contenerme, sino que parecían más potentes cada vez, y cómo se agotarían pronto las pocas municiones que les quedaban a mis tropas, dicté mis providencias para que a la otra mañana aumentara nuestra acción sobre la retaguardia enemiga. Eso dispuse yo como hincapié que desazonara a Alvaro Obregón, como pues al enterarse de la nueva forma de mi ataque se vería obligado a distraer, llevándolas al sitio que yo quería, algunas de las fuerzas de su centro, o de su derecha, o de su izquierda.

Así fue. Según nos amaneció otro día siguiente volvió a emprenderse la pelea, ahora con hombres nuestros que atacaban al enemigo por su retaguardia, y con una o dos baterías que Jurado mandó allá a las órdenes de Durón González. Y como resultaron de mucha furia aquellos nuevos ataques, y de muy buen efecto los fuegos de aquellos cañones, empezaron a quebrantarse por algunos puntos las referidas posiciones enemigas, lo que empezó a sentirse entre la infantería de mi izquierda y aprovechó ella para redoblar el empuje de sus asaltos. De modo, que por no menos de una hora llevamos nosotros nuestras líneas hasta las posiciones enemigas de más allá de San Juanico, pueblo que así se nombra y hubiéramos desbaratado allí la fuerte resistencia que nos opusieron, a no salimos al encuentro los auxilios con que se reforzó el enemigo. Cuando así fuera, me esperancé yo entonces tocante a la buena ocasión que ansiaba, inclinado mi ánimo a consentir que así me lo anunciaban muchos signos. Porque a la dicha hora mis fuerzas de la derecha

ya habían vuelto a cruzar el río y ocupaban de nuevo las posiciones que habían dejado durante la noche; y mientras se consumaba así nuestro avance por ese flanco, y por el otro, seguían con muy buen progreso nuestros ataques de la retaguardia.

Pensaba yo entre mí: “Señor, ¿dónde está la caballería de Alvaro Obregón? ¿pelea toda ella como gente de infantería?”. Y reflexionaba que así tenía que ser, conociendo la gran fe que Obregón ponía en la dicha arma. Pero sucedió entonces, conforme me absorbía yo en aquellas cavilaciones, que divisé, ya en movimiento envolvente sobre las posiciones de mi extrema izquierda, aquellas mismas columnas de caballería enemiga que mis ojos estaban buscando. Y era, según luego habría de saberse, que durante los dos días que ya llevaba la batalla, lo más de la caballería de Obregón, del mando de Fortunato Maycotte y Cesáreo Castro que había situado con grande disimulo, muy hacia la retaguardia, entre los mezquiales de unas haciendas que hay a un lado de Apaseo.

Mirando yo cómo aparecía quedo aquel movimiento, y cómo se acrecentaba luego y me cercaba, y me amenazaba, llamo a varios oficiales míos y los despacho con la orden de que se resista hasta la muerte aquel ataque, mientras yo organizo una columna y acudo con ella a desbaratarlos. Porque claro ví que todo el triunfo de Obregón estaba en los buenos resultados del referido movimiento, y que eso me sería favorable si conseguía paralizarlo. Mas luego se descubrió que venían muy numerosas aquellas columnas de caballería, compuestas de no menos de cinco o seis mil jinetes, y que traían también concertado su avance, y lo hacían con tan grande decisión, que mi extrema derecha no lo podía contener, aunque se sacrificara toda.

Aunque así fuera, reuní alrededor de mi persona cuantos oficiales míos se hallaban cerca de mí, más mi escolta, más otra gente, y yo a la cabeza de ellos, todos salimos a toda rienda a detener el nuevo enemigo que avanzaba. O sea, que por ese lado recreció la lucha hasta su más alto furor, arrebatados los enemigos por toda la fuerza de su empuje y ansiosos nosotros por quitar ímpetu al ataque de ellos, para que así las filas más afrontaran con ánimo de buenos hombres militares aquel peligro, y se rehicieran, y contestaran con el ataque, no con la defensa. Y la verdad es que aquel primer impulso de los hombres que me rodeaban desconcertó en parte el dicho movimiento envolvente. Digo que tal como yo esperaba, se rehicieron algunas de nuestras filas, y nos dieron su auxilio echándose a la pelea detrás de nosotros, y a mi izquierda, y a mi derecha, con lo que todos unidos quebrantamos los primeros ataques de aquella

caballería de Cesáreo Castro y Fortunato Maycotte, y como les desbaratáramos una parte de su línea, empezaron por allí a retroceder y a desbandarse, según mis hombres crecían en su arrojo.

Pero en eso estábamos cuando vimos en ayuda de la caballería enemiga lo más de su infantería del ala derecha, más la del centro, que vio deshecha nuestra formación y ocupadas todas nuestras armas en defendernos, lo que le aseguraba del riesgo de que la atacáramos. Y entonces ocurrió que, juntas aquella infantería y aquella caballería, con un total de no menos de diez mil hombres, los dos nos abrumaron bajo su peso, sin contar yo con remedio a que acudir, pues mi grande escasez de gente no me había consentido dejar reserva para esos trances. Se desgobrnó así todo aquel flanco mío, y parte de mi centro, y se réplegó la infantería, y retrocedieron los sostenes de la artillería, y se vieron envueltos los cañones en forma que yo ni nadie podía hacer nada para salvarlos.

Empezó el movimiento envolvente de Cesáreo Castro como a las nueve de la mañana; habíamos logrado nosotros contenerlo como a las diez; se rehicieron ellos y nos rechazaron como a las once. Más o menos a esta última hora, se sintió por mi ala derecha otro movimiento de caballería igual al que estaban haciéndonos por la izquierda. Y de tal modo se consumó esta otra maniobra, validos ellos de la poca gente conque se cubría por allí mi línea, que ya estaban sobre mi referido flanco, y ya lo desquiciaban, y ya lo traían desbaratado, cuando todavía sostenían la pelea muchas de las tropas mías de la izquierda, y sus cañones, mientras lo mismo estaban haciendo mis cañones y mis tropas de la retaguardia. Quiero decir, que se nos presentó aquel otro movimiento envolvente por la izquierda de ellos sin que las más de mis fuerzas de mi derecha y de mi retaguardia pudieran advertirlo, o estimarlo en todos sus grandes riesgos, por lo que no se acogieron ellas desde luego a la ocasión de retirarse, sino que siguieron combatiendo, unas por no saber bien lo que pasaba, otras en su ilusión de que el referido ataque enemigo se podía contener. Y sucedió al fin que tampoco por mi flanco de la derecha consiguieron resistir mis hombres, aunque lo intentaron, sino que después de desangrarse, y de morir muchos de ellos, fueron desamparando sus posiciones de la orilla del río y abandonaron su campo y se replegaron por aquella ribera.

Pero creo yo, Pancho Villa, basado en mi conocimiento de estas cosas, que fue portarse con mucho valor el obrar como obraron en aquellas horas de nuestra angustia mis hombres de la derecha, y de la izquierda, y del centro. Lo cual digo aunque yo entonces, arrebatado por la cólera delante de cuanto estaba pasando, castigar a

muchos de ellos de acto o de palabra. Porque se ha de considerar que las más de mis fuerzas, después de dos días de tantos reencuentros y combates, habían agotado sus municiones, y que con menos cartuchos que los que todo soldado guarda para retirarse se mantuvieron allí hasta lo último, desangrándose y muriéndose y que de ese modo demostraron saber cómo son las batallas de la guerra, y cómo hay hazañas de perder que son más grandes que las de ganar.

Como quiera que sea, comprendí entonces que Obregón había tenido noticias sobre la escasez de mis municiones al entrar a la batalla, y que había buscado que me agotara yo en aquellos dos días de combate, propuesto a echármese luego encima con la gran superioridad de sus fuerzas, y seguro de que así me aniquilaría yo solo. Y en verdad que así pasó, pues en un solo momento vi cómo sucumbían todas mis líneas, quebrantadas ya por la fatiga y ya sin parque, y cómo buscaban aliviarse mediante el súbito abandono de sus posiciones, por lo que me sacudió el impulso de acudir a todas ellas para rehacerlas y reanimarlas. Pero reflexioné a seguidas que sería muy poco lo que de ese modo se podría lograr, y que me exponía a mayores pérdidas absorbiéndome en lo que era obra de cada uno de los jefes. Decidí pues, que era mejor camino dejar consumarse mi derrota y auxiliar con mi ayuda la retirada de aquellas de mis fuerzas que lograban ir saliendo.

Serían las dos de la tarde cuando el repliegue de lo más remoto de mi ala izquierda iba ya a la altura de Crespo, perseguida ya por la caballería enemiga. Serían las tres cuando, flanqueada del todo mi derecha, parte de ella se retiraba hacia el cerro que nombran Cerro de la Gavia y buscaba por allí el camino de Salamanca o Irapuato. Serían las tres y media cuando me esforzaba yo por poner a salvo parte de la infantería de la izquierda, y del centro, y de la derecha, que luchaba hasta el último momento en su sitio y que, ya sin salida, no alcanzaba a romper el cerco enemigo y caía prisionera. Serían las cuatro cuando ya llevaba yo en retirada las tropas que habíamos conseguido ordenar.

Con grande precisión, y por obra de mis ferrocarrileros, que eran hombres de mucha pericia, mis trenes se movieron de Crespo hacia Salamanca. Fuerzas enemigas intentaron acercárenos para ponernos tropiezos en aquella maniobra, pero no lo consiguieron. Alguna artillería se salvó retirándose por el centro, junto a la línea del ferrocarril, y otra haciendo su travesía por entre medio de los jarales del río de la Laja. Mas es lo cierto que se perdió lo principal de ella, o más bien dicho, que se perdió casi toda. Se perdieron las baterías de Fraire y de Perdomo, y las de Cortina y Quiroz, y la

de Rodríguez y la de Ortega, y la de Cuesta, de todas las cuales, no me acuerdo ahora si sería de la una o de la otra, sólo se salvaron algunos cofres y uno o dos cañones, sin contar la batería de Liconá, que se salvó toda. Había llevado yo a Celaya treinta y cuatro o treinta y seis piezas de artillería. Veintiocho o treinta quedaban en manos del enemigo.

Perdieron mis fuerzas en los tres días de aquellos combates cosa de tres mil o tres mil quinientos hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Salió herido Pedro Bracamontes, que vino a quedar manco de la herida que allí recibió. Cayó prisionero su hermano Manuel, y Joaquín Bauche Alcalde, muchachito de muy buenas luces e inteligencia, y otros muchos buenos hombres revolucionarios, de muy grande amor a la causa del pueblo, a quienes Obregón mandó fusilar no en nombre de la justicia, sino en apaciguamiento de los terrores que al tener noticias de mi avance habían sentido muchos de aquellos hombres carrancistas. El ejecutor de las dichas muertes, según se supo luego, fue un coronel alemán, llamado Maximiliano Kloss, jefe a quien Obregón mirándolo retroceder con su artillería frente a los asaltos de mis hombres, había querido pasar por las armas en los combates del 6 y del 7 de abril.

Así fue aquella segunda batalla de Celaya, librada entre mis tropas y las de Alvaro Obregón los días 13, 14 y 15 del mes de abril de 1915. Algunos la nombraron "segundo combate de Celaya", aunque yo creo que sin razón, pues de acuerdo con los dictados del arte de la guerra no fue combate, sino batalla. Cuando así sea sufrí allí muy grave descalabro, o más bien dicho, muy fuerte derrota, lo cual causó tan hondo alivio en los hombres favorecidos de Venustiano Carranza, que en seguida empezaron a publicar los partes de Obregón, hechos también con los engaños de la alegría. Digo esto porque no comunicaba él las verdaderas proporciones de su victoria, según lo hacen siempre los buenos hombres militares, ni decía cómo con muy poca gente, y muy escasas municiones, había yo venido a atacarlo en trincheras que tenía él muy bien preparadas y guarnecidas, sino que me acumulaba treinta mil soldados, y aseguraba, por obra de sus palabras, que los había yo traído desde toda nuestra República para vencerlo, y decía haberme hecho cuatro mil muertos y cinco mil heridos, y seis mil prisioneros. O sea, que para las expresiones de su gloria había yo perdido toda mi gente y tres o cuatro mil hombres más.

UN OCASO

Por *Mariano Azuela*

Poco a poco la estación se ha vaciado de trenes, de soldados, de civiles. Atardece; en los andenes sólo ambulan los dorados. Pasan y se entreveran con los escasos grupos de pueblo que asisten al final de la partida.

En un escape de la vía resopla una locomotora de brillantes aceros. Una gran águila de bronce con las alas abiertas posa a la cabeza de la caldera, delante de la campana; el escudo tricolor brilla bajo el ojo de cristal del foco frontal. Esa máquina remolca sólo un carro amarillo recién pintado y un Pullman.

La puerta posterior del Pullman se ha abierto y, en mangas de camisa, aparece un hombre recio de carnes, de hombros anchos y cuadrados, de rubicunda faz, párpados hinchados tras los cuales brillan unos ojos como brasas. El hombre avanza. De pie en la plataforma, su mirada inquieta se desparrama en torno; su gran cabeza de pelo crespo se levanta indómita como la de un león: sus movimientos se dibujan tardos y ondulantes como el lomo de una pantera.

Reina imponente silencio a su alrededor. Las manos ya no se mueven para batir palmas, ni las bocas se estremecen en el aliento de los vivos entusiastas.

De súbito se oye el silbato. Los dorados acuden precipitadamente y pronto todos suben a los carros.

Reina un momento de suprema angustia. El hombre de espaldas cuadradas y pavorosa mirada de felino, retrocede paso a paso sin volver su rostro. Su mirada se tiende a lo lejos, hacia una nube blanca, hacia la polvareda de las caballerías que cubren la retirada. Y entre el polvo hay celajes de oro, pinceladas de sangre caliente de un sol que se extingue... que se extingue para siempre.

En el hálito tibio de la noche llega de allá muy lejos un rumor sordo y misterioso, un rumor solemne como la voz del mar: "¡México se ha salvado!".

Y en el horizonte, la luna enharinada y bizca ríe... ríe...

Las Moscas. Último capítulo.

LA ERUPCION DE COLUMBUS

Por Víctor Ceja Reyes

Aquella casa en San Jerónimo, bajo la mirada del cerro del Picacho, es de madera y en el rústico portal espera el administrador, un japonés.

Es el 16 de febrero de 1916.

La mermada tropa villista se desperdiga por todo San Jerónimo, que se dispone a dormir.

Esa noche, durante la cena, Francisco Villa decide realizar uno de los actos que, sin saberlo, va a incrustarlo definitivamente en la historia de la Revolución y en el alma del pueblo que en él ve un vengador.

Departa con los generales José María Fernández "El Manquito" y Julio Acosta y el coronel Cipriano Vargas, el cura Donaciano Castañeda y el francés Desiderio Lafonté.

Después, platica allí mismo, en torno a la mesa con su entonces secretario particular José María Jaurieta y Candelario Cervantes, León Cárdenas Martínez y Martín D. Rivera.

El coronel Candelario Cervantes no es hombre que acostumbre los eufemismos; rudo, hecho con los sobresaltos de las escaramuzas pero de gran confianza, llama a las cosas por su nombre y cuando ha rendido el informe de la comisión que se le otorgara el 12 de diciembre del año anterior, tiene que ser crudo.

—Samuel Rabel nos ha robado; se negó a devolvernos el dinero que le dimos para la compra de parque.

—¿Con que ese viejo Rabel se niega a devolver el dinero?

Candelario Cervantes asiente; a él también le duele aquello; confiaba, como los demás, en disponer pronto de suficiente parque, aun a sabiendas de la prohibición del gobierno norteamericano; con dinero se allanan todas las dificultades.

—¡Eso! No quiere devolver nada.

Villa indaga, ¿qué detiene al judío Samuel Rabel, ayuno siempre de escrúpulos?

—¿Y qué dice?

Villa está visiblemente molesto.

Cuando caen sobre la mesa las palabras de Candelario Cervantes, todos ven cómo se congestiona y colorea la cara de Villa.

—¡Que no quiere tener negocios con bandidos...!

Añade condenatorio:

—¡Pero se clava los fierros!

Luego, cuando allí mismo más tarde platica con Jesús Castro, Pablo López, Francisco Beltrán y Candelario Cervantes, Francisco Villa hace una pregunta que se antoja intrascendente.

—¿Qué distancia hay de la cerca de la línea divisoria a la tienda de ese señor?

“Ese señor” se llama Samuel Rabel y es el que decide quedarse con el dinero que la Revolución le entrega para la compra de armas y parque.

En la madrugada del 17 de febrero, de su puño y letra, Francisco Villa entrega una lista a Candelario Cervantes, para que con Martín López vaya inmediatamente a Namiquipa, Chih., y reúna los elementos seleccionados.

Cuando los primeros villistas de Namiquipa se reúnen en la plaza, Martín López les dice:

—El general Villa ha escogido la gente que necesita para una misión especial. No quiere hombres cansados, y menos enfermos. Ustedes saben que se ha estado licenciando la tropa. Si alguno de ustedes se siente enfermo o cansado, puede con toda libertad expresarlo.

Relatará después Alberto Calzadías Barrera.

En San Jerónimo, es el propio Villa después el que explica:

—Yo sé, muchachos, que ustedes no han tenido tiempo para descansar. Todavía traen en su ropa el polvo de Celaya. Pero esta lucha en que andamos metidos, nos exige los mayores sacrificios. Tenemos por delante una misionsita algo “peliaguda”, para la cual necesito gente de confianza y en eso, ustedes dan la medida.

Así, Francisco Villa reúne 403 hombres decididos a todo.

El mismo día 17 se hierra la caballada y al siguiente en la noche, abandonan el pueblo; pasan por el pueblito de Las Cruces y van a acantonarse a la hacienda de San Miguel Bavícora.

Todos los días se pasa lista dos veces; Villa va escalando cada vez más alto la Sierra Madre, acercándose al Estado de Sonora.

Es un recorrido de fantasmas; es necesario que nadie sepa de aquella marcha que se acerca a la Colonia Pacheco; pasa por la Ciénaga de Palanganas, en pleno espinazo de la Sierra Madre y

como no debe ser descubierto ninguno de los movimientos de la tropa, se apresura incluso a cuanto vaquero se cruza en el camino de Villa. Así desfilan lugares: Ciénaga de los Cóconos, Ciénaga de Los Ladrones, rancho de Las Chimeneas, los llanos de Ojitos y luego el rancho de un americano: Salto de Ojos, donde se mata ganado para aprovisionar la gente; después Boca Grande, cuando ya se llevan dieciséis días de marcha por la sierra.

Pero debe consignarse que desde Ojitos, acompaña a aquella tropa que avanza hacia el Norte, un negrito llamado Tomás, quien conoce perfectamente Columbus; también es bueno consignar que en Boca Grande, dos norteamericanos, McKinney y Corbet, antes que llegue Villa, son fusilados por el general Candelario Cervantes, "por alebrestársele a la Revolución" y que allí mismo, Villa se encuentra con los coroneles J. Carmen Ortiz, Eligio y Alberto Hernández, que proceden de Columbus.

Dan cuenta que la guarnición es de 532 soldados y 71 oficiales, así como 68 comisionados de administración; dicen también que en la garita de Palomas hay 50 carrancistas al mando del capitán Alfredo Melrose.

La estancia en ese lugar, breve por cierto, es determinante para el desarrollo de la operación, esta "misionsita" como la llama Villa: Candelario Cervantes ordena detener a todos los vaqueros del lugar y todo varón capaz de montar un caballo.

En la mañana del 8 de marzo, el coronel Julián Cárdenas, cumpliendo instrucciones superiores, mata algún ganado a efecto de proporcionar alimento a la tropa; también —recuerdan los sobrevivientes—, se recoge mucha caballada. Allí mismo se toman dispositivos para el ataque con vista en los planes que el coronel Ortiz ha traído de la propia población de Columbus.

No se pierde detalle. Villa indaga sobre la hora en que pasa el último tren por Columbus y poco después, en torno a una mesa se dan instrucciones, encontrándose presentes los generales José María Fernández, Martín López, Merced Arroyo, Baudelio Uribe y los coroneles José María Jaurieta —mismo que en la tumba de Villa en Parral ha de escribir brevemente en su lápida: "Estoy presente, general"—, Javier Hernández, Jesús Verduzco, apodado "El Zarco", Cipriano Vargas, Joaquín Alvarez y otros.

El plan de ataque queda así:

"1º Candelario Cervantes con su gente de Namiquipa, se encargará de coger vivo o muerto a Samuel Rabel y prender fuego a todas sus propiedades y las de su hermano, causantes directos de todo.

“2° Jesús Manuel Castro con sus muchachos se encargará de sacar todo el dinero que pueda del Banco y prenderá fuego al edificio.

“3° El general Beltrán, con los sonorenses y el grueso de la tropa atacará el Campamento Militar.”

Además, el general Pablo López se encargará de la Estación del Ferrocarril, teléfono o telégrafo, y para desconcertar a los soldados norteamericanos, se prenderá fuego a las propiedades de Rabel primero, después, por el Poniente ha de atacarse a los soldados en su campamento.

Francisco Villa está decidido a cobrarse la deuda con los hermanos Rabel.

Al obscurer, el 8 de marzo, los villistas abandonan Boca Grande para seguir a Vado de Piedras, con el fin de desorientar a quien pudiera haberlos visto y como a las nueve de la noche cambian de rumbo, pasando a unos cuatro kilómetros de la hacienda de Palomas, al Poniente.

A la una de la mañana ven pasar el último tren rumbo a El Paso y poco después, Cruz Chávez, Eligio Hernández y Alberto García cortan el alambre de la cerca divisoria y la tropa villista entra a territorio norteamericano, rodeando unos cerritos “y luego quebramos a la derecha hasta llegar a un tajo, y por ese tajo nos fuimos de uno en fondo. Avanzamos lentamente hasta muy cerca de la población. Como a unos cuatrocientos metros del Campamento Militar, hicimos alto. De ahí se desprendieron tres hombres, quienes cuidadosamente se fueron acercando hasta los puestos de vigilancia y con arma blanca mataron a los centinelas. Yo no puedo asegurar quienes han sido esos tres hombres; sin embargo, puedo decir que creo que fueron Eligio Hernández, J. Carmen Ortiz y Alberto García, pues ellos eran los únicos que conocían el terreno, por haber estado en Columbus, desde tres antes del ataque”.

Ha de recordar el mayor Juan B. Muñoz.

El ataque a Columbus, no se efectúa en su totalidad con hombres montados a caballo, porque dejan la caballada encadenada a buena distancia; un hombre por cada seis caballos.

Las calles están desiertas y oscuras.

En el centro —recuerdan algunos supervivientes de aquella jornada— hay muy pocas luces.

En la estación está un hombre dormido; a su lado tiene una linterna con luz muy tenue y es detenido por el capitán Carmona, Tomás y Raymundo Salazar.

De allí, la gente de Candelario Cervantes, la de Namiquipa, enfila hacia el Hotel Comercial, supuesta propiedad de los hermanos Rabel, guiando Eligio Hernández.

Alguna mano impaciente hace un disparo y la bala va a incrustarse en el reloj público, marcando una hora histórica: nunca antes en plan bélico, extranjero alguno pisa territorio norteamericano; tampoco nadie ha vuelto a hacerlo.

Inexplicablemente Columbus está inerte y descuidado.

Es extraño, porque desde el 3 de marzo, el Administrador de la Aduana de El Paso ha telegrafiado a Washington, señalando que Villa va rumbo a Columbus y hay motivos para suponer que pretende cruzar la frontera.

El 7 de marzo, a las dos de la tarde, el propio Administrador Cobb, telegrafía de nuevo y dice su mensaje: "Administrador de la Aduana de Columbus, telefona que Villa, con 400 hombres aproximadamente, se encuentra en el río al Sureste de Columbus quince millas al Este y como a cincuenta millas al Sur, donde hizo alto para robar ganado a los empleados de Las Palomas Land and Cattle Company, los cuales, salvo uno, según informes, salieron violentamente para Estados Unidos".

Desde la propia ciudad de Columbus, el coronel Slocum, Jefe de la Guarnición, también informa al respecto. Y sin embargo esa noche, la del 8 de marzo en que se produce la explosión villista, el teniente John P. Lucas no está en su puesto pues va a El Paso, con el fin de jugar polo, dejando las ametralladoras del destacamento encerradas bajo llave y como si fuera poco, el coronel Herbert L. Slocum, Comandante de la Guarnición, también sale; pero él va a Demming.

Todo el odio acumulado en el corazón de los villistas y que transmite con singular facilidad el antiguo Jefe de la otra poderosa División del Norte, inflama el pecho de cada mexicano en Columbus; no hay tiempo ni hay razón para pensar en la misericordia; en la obscuridad los flamazos de los rifles cobran significación especial.

En la noche, noche en que tiemblan los luceros, los gritos esteriores son determinativos para soltar el miedo por las desiertas calles de Columbus.

—¡Viva Villa! ¡Viva México!

En el reloj de la Aduana son las 4.20 cuando pega allí un proyectil.

El cuartel del 13º Regimiento de Caballería como que quiere despertar de su modorra.

También duerme el mayor Topkins, cuando comienza el tiroteo con desatada furia; los soldados villistas de Pablo López, atacan a caballo; la gente que comanda Nicolás Fernández lo hace a pie. Y ninguno espera, ni demanda clemencia.

Cada uno tiene que cumplir una misión y hay villistas que deben saquear el Banco.

De pronto, entre las sombras, comienzan a tijeretear las llamas. Las exclamaciones en inglés, se refieren al "bandido Villa".

Paralelamente a las descargas que atruenan el espacio, apunta la confusión, el desorden y las calles se pueblan de ruidos, de ayes, de vítores y de azoro.

Comienza a arder Columbus.

Todo ocurre con precisión matemática, porque el general Francisco Beltrán se apodera de la caballada del 13º Regimiento norteamericano: 80 caballos y 30 mulas.

En el Hotel Comercial, la gente de Candelario Cervantes busca afanosamente a Samuel Rabel, pero es inútil, porque no lo encuentran; su ausencia le salva la vida y aunque pescan a Arturo Rabel, de sólo 14 años de edad, lo dejan ir, concretándose a espantarlo.

La tea que fácilmente incrementa las llamas no se detiene lo mismo en el Hotel Comercial, donde se aloja habitualmente Rabel que en el Hotel Hoover y en la ferretería del bandolero judío Rabel: "Rabel Brothers Harward Store".

Sigue siendo la noche de pirotecnia macabra.

Los vítores no cesan ni un momento y algunos soldados norteamericanos hacen resistencia, una resistencia heroica ciertamente, porque la furia villista anda suelta, porque cobra deudas y no hay nada que pueda ponerle freno a la violencia.

Caen siete militares yanquis y siete civiles; hay varios heridos y es una pavesa toda el área que comprende dos manzanas de casas.

—¡Viva México! ¡Viva Villa!

El vítor enciende más la sangre y alienta doblemente la furia; la ira que cabalga o corre a pie disparando en la obscuridad.

Se antoja que no amanecerá nunca, que es noche eterna.

Columbus es una inmensa pira, cuyas rojizas lengüetas pajuelean el cielo, así como Villa está haciéndolo con sus habitantes, quizá más por el deseo de castigar a unos cuantos bribones, que se quedan con el dinero para la compra de armas y parque, que por originar un incidente internacional que genere dificultades de todo género para el gobierno reconocido de facto.

Continúan desfilando por las calles grupos villistas que se convierten en siluetas movibles, a medida que crece el incendio.

Martín López se encarga de volar las cajas de seguridad del Banco y su hermano Pablo es quien pega fuego al Hotel Comercial, propiedad de los señores Ritchie.

Lógico es que los villistas ofrezcan blanco, pues tienen que operar en la parte iluminada por las llamas; por eso las bajas son mayores de lo que llegara a pensarse, teniendo en cuenta que no hay resistencia organizada desde el principio. Se antoja ridícula sin embargo, la información del coronel Slocum, en el sentido de que las pérdidas de Villa son de 190 hombres, cuando que el contingente del asalto no llega a los cuatrocientos cincuenta hombres.

Amanece en Demming cuando un automóvil detiene su vertiginosa carrera, haciendo chirriar los frenos.

Cuando desciende jadeante, azorado el mueblero Archibald Frost dice:

—¡Villa asaltó Columbus!

Para dar una idea de lo que los propios ojos villistas ven en la noche en que Columbus fue un infierno, recurrimos al testimonio del protagonista Mayor Juan B. Muñoz:

“Candelario Cervantes ordenó que todos bajáramos al Loby del Hotel (Comercial) donde se alojaba Samuel Rabel, pero que estaba ausente. Nos bajamos con nosotros a las dos mujeres y a dos americanos. Yo les hice entender a las mujeres, como pude, que se fueran por el callejón, porque yo le iba a prender fuego al Hotel. Yo las encaminé, y las retiré hasta la vía férrea. Yo recordaba muy bien que el general Villa nos había dicho desde Boca Grande, que se respetara a las mujeres y a los niños; que sólo se hiciera fuego contra los que de un modo o de otro nos ofrecieran resistencia. En el piso de abajo estaba el coronel Julián Cárdenas y en el suelo se hallaban dos cadáveres. La balacera era en esos momentos sencillamente infernal. Ya se estaba haciendo fuego del campamento militar. Por todas partes se oía el grito de guerra villista: “¡Viva México! ¡Viva Villa... hijos!”

“Candelario Cervantes nos gritó: «Rodeen el Hotel, que se nos escapa este hijo de Rabel». Desde ese momento el capitán Martín Rivera no se apartó de Cervantes, igual que el teniente coronel José Bencomo. Alguien gritó que nos esperáramos porque estaban saqueando la tienda, situada junto al hotel.

“Yo estaba junto a Candelario Cervantes cuando llegó Martín López y le dijo que acababan de herir al general Pablo López. Nos fuimos hasta frente a la estación en los momentos en que se llevaban en una camilla al general Pablo López herido de las dos piernas.

“«¿No han encontrado a ese tal de Rabel?» Nos preguntó el general Pablo López.

«No», contestó Cervantes; «pero ya le vamos a prender fuego a todo lo que es de él y de sus hermanos, y si está escondido en alguna parte de las tiendas, se lo llevará la . . .», contestó Cervantes.

«Regresamos al hotel y nos hallamos a un americano que de rodillas, pedía que no lo fueran a matar; yo creo que fue Carreón el que lo mató. El americano había matado al coronel Manuel Valenzuela —sonorense, nativo de Nuri—, y luego siguió haciendo fuego contra los nuestros desde una ventana, junto con otro muy valiente que, cuando lo cogieron, les gritaba en español: «Mátenme bandidos» y se desgarró la camisa. Le tomaron preso cuando ya no tenía ni un solo cartucho. Era muy valiente y joven. La balacera seguía siendo infernal; de todas partes nos hacían fuego. Para el lado del campamento se combatía y se oía el tableteo de una ametralladora. Fue en ese momento, cuando se dio la orden de que nos retiráramos una cuadras al Poniente. Los soldados yanquis estaban haciéndonos fuego. No se dieron cuenta que nos habíamos retirado y ellos siguieron haciendo fuego tupido; pero no contra nosotros, sino contra los vecinos del pueblo, los cuales ya se estaban organizando y comenzaban a pelear. Por buen rato pelearon americanos contra americanos. Para esa hora, la gente del general Francisco Beltrán —sonorense—, atacó formalmente el campamento por el lado Poniente, lo que hizo que cesara el fuego contra los del pueblo. Luego nosotros, regresamos de nuevo al centro, y comenzamos a prenderle fuego a todas las casas de los hermanos Rabel. Por todas partes se escuchaban las balas silbando. Las llamas estaban consumiendo los hoteles Comercial y Hoover. Todos los establecimientos comerciales de los Rabel ardían envueltos en llamas.

«En la esquina del hotel tenían detenido al señor americano que en buen español le había dicho a Candelario que Samuel Rabel no estaba en el pueblo porque había ido a El Paso. Lo tenía detenido el coronel Julián Cárdenas. Pero ocurrió que cuando Carmen Ortiz y Cipriano Vargas llevaban de la mano al hermano menor de Rabel (Arturo, de 14 años de edad) para que les dijera donde estaba la ferreteria del boulevard, «tumbaron» al teniente coronel Carmen Ortiz y al llegar a la esquina de la botica mataron al coronel Cipriano Vargas. Julián Cárdenas mató al citado norteamericano que tenía a su cuidado, en previsión de que lo «cazaran» a él también. Se trataba del administrador del Hotel Comercial, Mr. W. T. Ritchie.

«Llegaron Martín López y Ernesto Ríos y algo le comunicaron al general Cervantes, y se retiraron apresuradamente. Todo era una horrible confusión entre los americanos, y para nosotros también, pues de todas partes nos estaban haciendo fuego certero. La luz

producida por las llamas nos iluminaban y claro, los americanos nos veían muy bien.

“Candelario nos gritó: «Junten la gente», es decir, la de Namiquipa. Una vez más le dimos vuelta al hotel en busca de Rabel. Este hombre volvió a nacer esa madrugada. Eran las siete de la mañana cuando Candelario nos dijo a nosotros que los de Namiquipa íbamos a salir en la retaguardia, a la hora de la retirada de Columbus. A Carmen Ortiz lo dejamos por muerto, y estaba sólo herido, y sin sentido. Otra vez le dimos vuelta al hotel y en esa ocasión cayó herido el capitán Cruz Chávez; lo sacamos en brazos y en la estación se lo llevaron José Terrazas y Camarena al punto donde estaba el acantonamiento.”

A las 7.30 horas del 9 de marzo cuando los villistas desbandaron al 13º Regimiento de Caballería del Ejército de los Estados Unidos, la tropa donde iba el relator, cuyo testimonio consignamos, rodeó unas lomas al Oriente de Columbus y a una distancia aproximada de cuatro kilómetros de la garita de Palomas, corta el alambre de la línea divisoria, para regresar a territorio nacional. Esta fracción, vale repetirlo, es la retaguardia; “el grueso de la gente nos lleva una media hora de ventaja”.

Ese mismo día, encontrándose en la ciudad de Guadalajara, Jal., don Venustiano Carranza recibe las primeras informaciones del Cónsul Mexicano en El Paso, Andrés García:

“Villa, personalmente, al frente de cuatrocientos hombres, atacó hoy, cuatro y media de la mañana Columbus, población americana, frente a Palomas...”.

Al mismo tiempo, desde Washington, parte rumbo a Guadalajara otro telegrama dirigido a “Silliman. Al cuidado del Cónsul Americano:

“Se acaban de recibir informes oficiales de El Paso, diciendo que el general Villa, con varios centenares de hombres y por la mañana temprano, atacó la guarnición americana en Columbus, Nuevo México, poniendo fuego a los edificios principales de la ciudad y matando a un número de soldados americanos y de particulares. Lansing.”

La retaguardia alcanza al grueso de los villistas en Vados de Fusiles y al pasarse lista se comprueba que faltan cien hombres, entre muertos, heridos y dispersos. Algunos se extraviaron, tanto así que al siguiente día se incorpora el Mayor Benjamín Enríquez con 23 hombres.

Esa noche, Villa y sus “muchachitos” duermen en la Ascensión, Chih., donde mueren el coronel Juan Bautista Húmar, el Mayor Alfredo Lagos y el capitán Cruz Chávez.

El 11 de marzo, la columna villista pasa al Oriente de Casas Grandes y pernocta en Valle de San Buenaventura.

Cuatro días después llega a Namiquipa, donde establece cuarteles: "la tropa hablaba en silencio y los heridos musitaban y se quejaban. Los jefes y oficiales superiores, bromeaban entre sí. Todos tenían algo que contar".

Allá, Columbus, de aquel lado de la frontera, Columbus empieza a restañar las heridas.

El Coloso del Norte, había sufrido dura afrenta.

FRANCISCO VILLA: UN HOMBRE. Capítulo 8.

COMO VILLA DERROTO A PERSHING

Por I. Lavretaki

En el centro de Parral, en una pequeña casa de la calle Colegio, vivía desde muchos años atrás el doctor José de Lille Borja, médico, cirujano y partero, según rezaba el rótulo colocado en la puerta. Una noche de agosto de 1916, dos peones arrebuados en sarapes y tocados de anchos sombreros golpearon en esa puerta.

—Precisamos ver con urgencia a don José —dijo uno de los tardíos visitantes a la criadita que les franqueó la entrada.

—Entren, señores.

El mismo peón se dirigió al médico cuando éste apareció.

—Don José, mi mujer está a punto de dar a luz, y por desgracia ayer se cayó y se quebró una pierna. Sálvela, por favor: Recoja sus instrumentos y medicinas y salgamos. Tenemos caballos.

—¿Dónde vive usted?

—A diez kilómetros de la ciudad.

Algunos minutos más tarde, el doctor Lille Borja, llevando su maletín salió de su casa acompañado de dos hombres.

En la esquina esperaban los caballos, atados a un poste.

Cuando los viajeros estuvieron fuera del límite urbano, uno de los peones habló nuevamente al médico:

—Vea, don José, creo que será mejor decirle toda la verdad. Hemos venido a buscarlo por orden del general Francisco Villa. Está herido en una pierna y usted va a curarlo. Nos ordenaron llevarlo sano y salvo, y así será, si usted, don José, no nos juega alguna broma.

—¡Pero esto es coacción, violencia! —se encolerizó el médico, deteniendo su caballo—. ¿Por qué no me lo dijeron antes de salir? Yo ni siquiera previne a la familia. Además tengo enfermos en Parral y no puedo abandonarlos. Me niego a seguir.

—Don José, no se sulfure. Puede escribir a su familia, nosotros haremos llegar la carta. En cuanto a sus enfermos, de alguna manera se las van a arreglar; usted tiene que atender a nuestro general. Y no perdamos tiempo en charlas sin objeto.

El médico espolé con furia y los tres jinetes galoparon hacia Durango. Algunos días más tarde, Lille Borja fue llevado sin contratiempos a la cueva donde se ocultaba Villa y pudo atender a su nuevo paciente. Pero la herida había sido descuidada y el médico tuvo que esforzarse mucho antes de que Pancho pudiera ponerse en pie y montar con la antigua agilidad.

Entre tanto, el gobierno norteamericano comenzó a tratar con Carranza acerca de la evacuación del cuerpo punitivo. La guerra europea parecía ofrecer grandes tentaciones a los millonarios yanquis. En cuanto a México, la situación tenía toda la apariencia de una trampa. No le faltaba razón al senador Sherman cuando expresaba su recelo acerca de la situación de Pershing, que corría peligro de sufrir la suerte del general Gordon, jefe de otro cuerpo punitivo, muerto por los insurrectos sudaneses que liberaron Kartum.

A su vez, Carranza estaba firmemente dispuesto a expulsar del país a sus indeseados aliados. Concentró importantes fuerzas a lo largo de la frontera y de las líneas de comunicación de las tropas yanquis, lo que le permitiría en cualquier momento separar a los invasores de las bases de aprovisionamiento situadas en EE. UU. El embajador británico en Washington comentó semejante posibilidad, al escribir en uno de sus informes que las tropas norteamericanas de la frontera eran "absolutamente incapaces de defenderla, menos aún de acudir en socorro de las fuerzas expedicionarias, en caso de que éstas fueran cercadas."

Los agentes alemanes en México encabezados por el embajador von Eckhart, se desvivían por convencer a Carranza de que declarara la guerra a EE. UU. Esperaban que ello ataría las manos de Washington y no permitiría la participación de Norteamérica en el conflicto europeo. Lo cierto es que una guerra con México podía efectivamente embrollar todas las cartas que jugaba Washington.

Había otra circunstancia de peso que el gobierno yanqui estaba obligado a considerar. La "gloriosa" expedición punitiva había provocado cólera e indignación no sólo entre los mexicanos y demás pueblos de América Latina, sino también entre la gente progresista de EE. UU. que exigía el inmediato retiro de México del cuerpo expedicionario de Pershing. En uno de los numerosos mítines en defensa de México que se realizaron en Nueva York, un orador calificó de vergonzosa para Norteamérica la presencia de las tropas yanquis en el país vecino. Otro orador dijo: "Si los mexicanos se propusieran perseguir a los despojadores de su país, tendrían que llegar hasta Wall Street".

En México, la acción del cuerpo punitivo hizo renacer en el pueblo la simpatía por Pancho Villa, que se convirtió en símbolo de

la lucha contra los usurpadores extranjeros. Hasta el conservador "Times" inglés admitió que "cuando más avanza el general Pershing, tanto más probable parece que el pueblo mexicano apoye a Villa".

En tales circunstancias, a los imperialistas norteamericanos no les quedaba otra salida que retirarse de México. A fines de abril, se entrevistaron en Juárez, a propuesta de Washington, el general yanqui Scott y Alvaro Obregón, ministro de Guerra de Carranza. Scott ofreció la evacuación de México por el cuerpo expedicionario, a condición de que las autoridades mexicanas garantizaran la protección efectiva de la frontera. Propuso además insertar en el acuerdo un inciso que autorizara a la parte americana a detener la evacuación en caso de que ocurriera un incidente similar a la incursión contra Columbus. Obregón aceptó este inciso, pero Carranza lo rechazó categóricamente. Don Venus exigió el retiro inmediato e incondicional de las tropas yanquis del territorio mexicano. Scott rehusó considerar esta exigencia, y el 14 de mayo las conversaciones se interrumpieron.

En agosto se formó una comisión mixta mexicana-estadounidense, a la que ambas partes encomendaron la consideración de los problemas en litigio, entre ellos el retiro de la expedición punitiva. A principios de septiembre, la comisión se reunió en EE. UU. y emprendió la labor; Washington ordenó a Pershing que detuviera las operaciones ofensivas.

La prensa norteamericana y la mexicana comentaban ampliamente los acontecimientos y Villa era informado detalladamente por hombres de confianza. Cuando comprendió que las tropas yanquis retrocedían, Pancho decidió abandonar su refugio y volver a las operaciones militares activas. Su salud había mejorado mucho; el doctor Lille Borja había recurrido a toda su habilidad, y Pancho ya podía montar y realizar excursiones a caballo con tanta facilidad como antes.

En los primeros días de septiembre, Villa ordenó a sus compañeros más seguros que se concentraran en las proximidades de Chihuahua. La ciudad estaba muy fortificada, rodeada de un alambrado de púas y protegida por artillería emplazada en los suburbios. Además, en los suburbios acampaba todavía un destacamento norteamericano.

Los oficiales de la guarnición pensaban que Villa jamás se atrevería a atacar posiciones tan fuertes. Fue esa creencia la que adornó su vigilancia. El 16 de septiembre, cuando se disponían a celebrar un nuevo aniversario de la independencia de México, ocupa-

dos en los preparativos de los festejos, no prestaron atención al hecho de que centenares de peones, envueltos en sarapes, bajo los cuales escondían afilados machetes y enormes máuseres, se infiltraban en la ciudad.

Por la noche del 16 de septiembre, cuando los oficiales de la guarnición y los más conspicuos personajes de la ciudad se hallaban bajo la acción combinada de tequila, mezcal y pulque, comenzó un tiroteo. Al principio nadie le prestó atención, en la creencia de que se trataba de salvas de fusilería relacionadas con el festejo. Pero las exclamaciones “¡Viva Villa!” no tardaron en disipar la ilusión y persuadir a los patricios de la ciudad de que el líder popular había acudido a la fiesta sin ser invitado. Pancho apareció en la plaza principal, acompañado por Martín López; sin desmontar de su potro castaño, exhortó a los habitantes, rápidamente reunidos, a luchar contra Carranza y contra los agresores yanquis.

Cuando las autoridades y la guarnición se recobraron del susto y comenzaron a cañonear la plaza, mientras los norteamericanos, avisados por sus espías, se apresuraban a acudir en su ayuda, de Villa y sus hombres no quedaba ni el rastro. Al irse de Chihuahua, Pancho se había llevado dieciséis automóviles cargados de armas y municiones, y cerca de mil quinientos pobladores pobres se habían ido con él.

Desde aquella noche, las fuerzas de Villa continuaron creciendo rápidamente. En dos meses, su destacamento pasó de dos mil a seis mil soldados. Pancho volvió a moverse libremente por las tierras de Chihuahua, aniquilando a las guarniciones poco numerosas del gobierno, atacando los convoyes norteamericanos, sembrando terror entre los terratenientes y los concesionarios extranjeros. Veloz como un gamo en sus movimientos, dispersando con igual celeridad a sus soldados en los momentos de peligro, y reuniéndolos con igual celeridad cuando era necesario, seguía haciendo imposible su captura.

“El prestigio de Villa crece y sus tropas aumentan en número”, comunicaba Pershing a Washington. Ahora ya no era Pershing quien perseguía a Villa, sino a la inversa, era éste quien buscaba al norteamericano para un choque decisivo.

En octubre de 1916, Pancho publicó el “Manifiesto a la Nación”, el más importante de todos los que firmara en su vida. “Nuestra querida patria —dice— está en peligro. Todos debemos unirnos para rechazar la invasión de nuestros eternos enemigos, los bárbaros del norte.”

Pancho exhortaba al pueblo a expulsar del país a los odiados gringos, a derrocar al gobierno de Carranza e implantar en el país

un gobierno genuinamente constitucionalista. Debían llegar al poder los hombres “de origen modesto”, que defenderían los intereses de los campesinos y “especialmente de una clase numerosa que siempre ha vivido pobre y explotada, el proletariado”. Exigía también el manifiesto la confiscación de los bienes de las compañías extranjeras. “Es de dominio público que los norteamericanos son en gran medida responsables por las calamidades de nuestra nación, ya que movidos por sus fines absolutamente ilegales, incitaron a la guerra fratricida, lo que queda demostrado por su injustificable permanencia en nuestra tierra. Por lo tanto, han perdido el derecho de poseer bienes inmuebles.”

Villa invitaba a todos los oficiales del ejército de Carranza a dirigir sus armas contra el cuerpo punitivo yanqui. Prevenía a quienes rehusaran participar en la lucha contra los invasores extranjeros que serían considerados traidores.

“México para los mexicanos”, finalizaba este manifiesto auténticamente patriótico, que resonó como un vigoroso llamamiento a la defensa de la independencia del país.

Pancho volvió a sentirse dueño y señor de Chihuahua, Parral, Jiménez, Santa Rosalía y muchas otras ciudades, apresuradamente evacuadas por los carrancistas, recibían hospitalariamente a los soldados de Villa y los proveían de armas, dinero y víveres. Sólo las ciudades de Chihuahua y Juárez seguían bajo el control de los carrancistas, pero tampoco allí éstos se sentían seguros.

A mediados de octubre, Villa reunió todos sus destacamentos y atacó a Chihuahua. El combate duró cuatro días, durante los cuales los defensores de la ciudad pelearon con gran valor y tenacidad. Al ver que no podría vencer al enemigo sin recurrir a la astucia, Pancho simuló al cuarto día una desordenada retirada. Los adversarios, creyendo haberlo derrotado, exultaban. El general Treviño, comandante de la guarnición, telegrafió a Carranza: “Villa sufrió un descalabro y los restos de sus bandas se dispersaron sin dejar huellas”. Treviño y sus oficiales se emborracharon en la fiesta de celebración de la victoria.

Al día siguiente, la ciudad entera dormía un profundo sueño. De pronto cayeron como una tromba los jinetes de Pancho Villa. Tomados por sorpresa los defensores de la ciudad fueron muertos o huyeron. Chihuahua estaba nuevamente en manos de Pancho. Esta vez permaneció en la ciudad cuatro días, retirándose cuando se aproximaron fuerzas adversarias que superaban varias veces a sus tropas en hombres y armamentos.

De allí se dirigió a marchas forzadas a Torreón. Después de recorrer casi ochocientos kilómetros en cinco días, sus unidades asaltaron y capturaron la ciudad el 22 de diciembre. El general Talamantes, que conducía la defensa, se suicidó en su desesperación, y sus soldados se dispersaron. En la batalla fue herido en la cara un oficial carrancista llamado Salas Barraza. Conviene que el lector retenga en la memoria este nombre, porque volverá a encontrarlo en las últimas páginas de este libro.

En Torreón se apoderó Villa de varios trenes, y se le unieron varios miles de peones de las plantaciones algodoneras de la zona. Y de nuevo, como en sus mejores días, Pancho hizo subir a los trenes a sus hombres, y se dirigió a Chihuahua, acompañado por la caballería que cabalgaba a ambos lados de las vías. Había resuelto aniquilar la división que había llegado a aquella ciudad al mando del general Francisco Murguía.

Pancho detuvo los convoyes en la estación Díaz, hizo descender a sus hombres y envió los trenes a retaguardia, a Santa Rosalía.

—No podemos retroceder, sólo tenemos una alternativa: triunfar —explicó a sus hombres.

Su tocayo, Pancho Murgía se dirigía apresuradamente a su encuentro, también al mando de diez mil hombres. Al igual que Pancho, era hijo del pueblo, perseverante, resuelto, audaz e ingenioso, Villa lamentaba que fuera fiel a don Venus.

El primero de enero de 1917 ambos ejércitos chocaron entre las estaciones Díaz y Reforma. Soldados y oficiales de Villa combatieron encarnizadamente, pero no pudieron derrotar a un enemigo mejor armado y tuvieron que retroceder hasta Parral, perseguidos por Murguía. Algunos días más tarde, Villa, en cuya capacidad combatió los reveses no pesaban absolutamente nada, obtuvo el desquite en otra batalla y Murguía fue quien se vio obligado a retroceder. Los choques entre los dos ejércitos continuaron con éxito alternado.

Entre tanto, Washington se apresuraba a concluir la negociación con Carranza. El 15 de enero, ambas partes firmaban un acuerdo sobre la evacuación de las tropas invasoras.

Más de veinte mil soldados y oficiales, armados hasta los dientes, integraban el cuerpo punitivo. Tenían a su disposición diez mil caballos, quinientos camiones, cien automóviles y varias docenas de aviones. Pero toda esta maquinaria no bastó a Pershing para castigar a Pancho Villa y cumplir su promesa de capturarlo para exhibirlo en Washington en una jaula de hierro. Villa, que se apoyaba en el pueblo, resultó más fuerte que Pershing, quien combatía por el oro de Wall Street.

Observando la retirada del cuerpo expedicionario, retirada que más bien parecía huida, Pancho decía a sus soldados:

—Vean cómo corren estos gringos. Ellos sirven a los ricos y nosotros a los pobres. Triunfa quien pelea por una causa justa. Pershing vino aquí como un águila y se va como una gallina mojada. En cuanto a nosotros, sólo nos queda terminar con los carranclanes. ¡Adelante, muchachos! ¡Pelearemos hasta el final!

El 4 de febrero, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania, y, al día siguiente, el último soldado yanqui abandonó la tierra mexicana. Así, sin pena ni gloria, terminó la “gloriosa” expedición punitiva de Pershing.

Del libro: Pancho Villa. Capítulo: Estos malditos gringos.

¡VILLA HA MUERTO! ¡VIVA PERSHING!

Por *Eliás L. Torres*

Amanecía el 27 de marzo de 1916. El general villista Nicolás Fernández se dirigía a gran prisa con unos cuantos hombres por el pueblo de San Isidro, para incorporarse al grueso de las tropas que comandaba personalmente Villa, cuando al atravesar el río Papigochí se encontró de manos a boca, con soldados carrancistas que mandaba el general José Cavazos, encuentro que ninguno de los dos esperaba; de manera que en medio de la sorpresa que mutuamente se causaron, se entabló un tiroteo para dar tiempo de poderse alejar el uno del otro, en el cual uno de los capitanes de Villa, Ramón Tarango, cayó gravemente herido.

Como Nicolás Fernández tenía prisa en incorporarse al núcleo principal de las fuerzas afines a las suyas no levantó al herido inmediatamente creyéndolo muerto, pues Tarango iba al frente de los soldados de Fernández; pero como éste viera que Cavazos, el jefe carrancista huyó a todo escape en dirección contraria de la de Fernández, se devolvió el jefe villista y levantó a Ramón Tarango, conduciéndolo a Ciudad Guerrero, falleciendo en el camino.

Esa misma madrugada Villa atacó Ciudad Guerrero derrotando a una parte de las tropas del general José Cavazos que estaba a las órdenes directas del mayor Rodríguez, de manera que cuando Nicolás Fernández llegó a esta ciudad ya el combate había pasado y se encontró con la novedad, terrible por cierto, de que Villa había sido herido en la pierna derecha, abajo de la rodilla y lo estaban curando en la casa del doctor L.B. Raschbaum, casado por cierto con una mexicana de nombre Adela Sainz.

El general Fernández no iba con el núcleo principal de las fuerzas de Villa porque cuando éste venía caminando hacia el Sur, después del ataque de Columbus llegó el 13 de marzo a Galeana y allí le ordenó a Fernández que con treinta hombres, tomara otro rumbo para hacer una exploración que tenía por objeto localizar las fuerzas carrancistas, para informar el itinerario de su marcha. Le ordenó que se dirigiera a Rubio en donde debería esperarlo el día 23, es decir, doce días después del que iniciaba la marcha.

Nicolás Fernández siguió al pie de la letra las órdenes que recibió; pero al llegar a un punto llamado Las Animas lo derrotaron las fuerzas carrancistas, el 19 de marzo y con los hombres que le quedaron tuvo que retroceder y en consecuencia no llegó el día citado a Rubio. Villa entre tanto, estuvo en El Valle el día 14 de marzo, en donde quiso aumentar sus fuerzas, para lo cual convocó a todos los vecinos y les hizo saber que los americanos habían invadido el territorio mexicano y que deberían unirse para combatirlos. Muchos lo hicieron de buena gana, pero la mayoría no creyó seguramente lo que él les decía y se negaron a seguirlo. Entonces Villa separó a todos los viejos y tomó prisioneros a los jóvenes, incorporándolos a las fuerzas como si fueran de leva.

El 15 en la noche salió de allí llegando a las cinco de la tarde del día siguiente a San Miguel, en donde durmió; de allí, rayando el sol, partió para Las Cruces, adonde llegó ya muy entrada la tarde para emprender otra jornada al día siguiente rumbo a Namiquipa, población que atacó a las cinco de la tarde, derrotando al general Salas, carrancista, a quien le hizo varios muertos y gran número de prisioneros, quitándole un buen botín de guerra. Sucedió esto el 19 de marzo, mismo día que derrotaban a Nicolás Fernández en Las Animas. Enumero estos movimientos no sólo para eslabonarlos con el ataque a Ciudad Guerrero, sino para que el lector se dé cuenta de la asombrosa e incansable actividad de Villa y de su gente que tras varios días de jornadas de doce horas, llega después de una de éstas y ataca a Namiquipa.

El 20 salió para El Rosal; y de allí el 21 para La Cartuchera, el 22, tras otra larga jornada, atacó La Quemada, derrotando al destacamento federal, y el 23, como lo había ofrecido, a Rubio para esperar a Nicolás Fernández, inútilmente, porque éste no pudo llegar. Sin embargo, Villa esperó dos días, partiendo al anochecer del 25 rumbo a San Diego del Monte, adonde llegó al amanecer del 26. Para Villa lo mismo era caminar de día que de noche. Casi sin detenerse se fue para Aguascalientes, y de allí aparentemente con dirección al Sur, torciendo hacia el Oeste rumbo a San Isidro, en donde se presentó en plena noche. Apenas clareaba el día cuando atacó Ciudad Guerrero, el 27 de marzo de 1916, apoderándose de la ciudad, tras un terrible combate que duró hasta mediodía.

En esta acción de guerra fue herido en la pierna derecha, un poco abajo de la rodilla. La forma en que esto sucedió ha sido relatada de muy distinta forma, entre otras se asienta en un libro de reciente publicación, que al hallarse Villa con una pequeña escolta cuidando la caballada, se cambió unos tiros con una fuerza carrancista en retirada y una de las balas lo hirió en la rodilla. Si esto

hubiera sucedido así, la herida sería de frente, es decir, de adelante para atrás; pero fue al contrario, de atrás para adelante, lo cual indica que el balazo lo recibió por alguien que le disparó por detrás; y ese alguien se sabe ahora perfectamente quién fue y cómo, por las detalladas declaraciones de un testigo presencial, actor también en el accidente. Modesto Nevares, quien dice textualmente lo que sigue:

“Cuando Villa llegó a El Valle, yendo para el Sur, después del ataque a Columbus, se detuvo allí y le ordenó a sus hombres que reunieran a toda la gente de la población porque iba a pronunciar un discurso y en él dijo que necesitaba que se le unieran voluntarios para combatir a los americanos, que ya estaban en el país y que probablemente llegarían a la población ese día. Al concluir, preguntó quiénes se le iban a unir y cuando se rehusaron a hacerlo formó a todos los hombres en la plaza, desechó a los viejos y tomó prisioneros a los demás. De allí nos llevó otra vez de las montañas hasta Las Cruces y de allí fuimos a Namiquipa, donde tuvimos que pelear y tomar algunos prisioneros de Carranza.

“De allí nos fuimos a La Quemada, luego a Rubio, de allí a San Diego del Monte y, por último a Guerrero. Cuando llegamos a esta ciudad nos dieron armas y una pequeña cantidad de municiones de manera que pudiéramos tomar parte en el combate contra las fuerzas carrancistas que estaban allí. Llegamos a Guerrero a las cuatro de la mañana e inmediatamente empezó el combate que duró hasta cerca del mediodía, cuando las tropas de Carranza se fueron y la ciudad cayó en nuestras manos.

“Mientras progresaba el combate se nos había situado en línea de tiradores en un arroyo que quedaba frente a las fuerzas carrancistas. El general Villa y su Estado Mayor se adelantaron hacia el enemigo a pie, dejándonos en el arroyo y cuando estuvo a tiro fue herido por detrás, por uno de los que estaban con nosotros en calidad de prisioneros o forzados; en efecto era nuestra intención matarlo y pasarnos a los carrancistas; pero precisamente en el momento en que fue herido, los carrancistas retrocedieron y corrieron, no dejándonos manera posible de escapar y, por lo tanto, volvimos a asumir la apariencia de fidelidad que simulábamos y declaramos que si había sido herido por alguno de nosotros esto era puramente un accidente.

“Fue herido con un rifle viejo marca Remington, que usaba proyectiles largos y de plomo. La bala le entró en la pierna derecha, por detrás, a la altura de la articulación de la rodilla, y siguió una trayectoria hacia abajo, saliendo en la espinilla, directamente enfrente y a cuatro pulgadas abajo de la articulación. Me doy cuenta

que la bala siguió esa dirección, hacia abajo, por el hecho de que iba corriendo hacia adelante y la pierna en los momentos del disparo la tenía tendida hacia el frente y la bala penetró diagonalmente.

El proyectil hizo un agujero grande en el lugar por donde penetró y mucho más grande por donde salió. La espinilla estaba rota terriblemente y yo vi después sacarle pedazos de hueso del agujero del frente.

“Conocí perfectamente todo lo relacionado con la herida porque se me nombro para conducir el carro en que fue llevado de Ciudad Guerrero rumbo al Sur, y le veía.

“Al día siguiente se hicieron los preparativos para salir rumbo al Sur porque ya sabíamos que los americanos iban llegando a Namiquipa. Villa dejó a Beltrán con la parte principal de su ejército y partió en dirección a Parral, adonde decía que íbamos. Llevó consigo 150 hombres al mando de Nicolás Fernández y siempre iban cincuenta de ellos de escolta junto al carro en que llevábamos a Villa, que era guiado por mí.”

Entonces, agregó yo, fue cuando se le dio sepultura a Ramón Tarango en Ciudad Guerrero, esparciéndose la noticia de que era Villa el que había muerto, noticia que él mismo ideó que se propalara para que llegara a oídos de los americanos y cesara la tenaz persecución que se le venía haciendo. Así se explica que muchos periódicos de importancia en Estados Unidos albergaran en sus columnas semejante canard. Pero volvamos a la importantísima declaración de Modesto Nevares.

“Inmediatamente que Villa fue herido en Ciudad Guerrero fue llevado a la casa de un médico extranjero, donde obtuvieron medicinas para las subsecuentes curaciones, tales como algodón, vendas y un polvo granuloso de un color azul oscuro que se volvía rojo al poner un poco de él en agua (supongo que era permanganato de potasa). Usaban esta solución para lavarle la pierna y se le cubría con algodón, que sujetaban con una tela adhesiva por cuatro lados y luego le ponían la venda respectiva. Le cortaron a los pantalones y a los calzoncillos la pierna hasta arriba dejando la pierna desnuda. A los pocos días tenía negro unas doce pulgadas arriba y abajo de la herida.

“Me di cuenta que después de esto perdió Villa casi toda su serenidad y algunas veces parecía volverse inconsciente. Gritaba como un niño cada vez que el carro saltaba y me injuriaba terriblemente cuando tropezaban las ruedas con una roca. Cuando hubimos pasado por San Antonio y seguimos rumbo al Sur a través de las

montañas, se puso tan malo que no pudo soportar el carro por más tiempo.

“Entonces le hicieron una parihuela con cuatro ramas de árbol, dos de ellas más grandes que las otras, amarraron las tiras más cortas atravesadas sobre las largas como para formar un marco suficientemente grande para que cupiera él, dejando las extremidades de los postes con una largura bastante para que pudieran cargar aquellos cuatro hombres en los hombros. Formaron en la litera una especie de red con lazos y allí colocaron su cama. Destinaron para ese servicio 16 hombres que se iban turnando y todos ellos pertenecían al Estado Mayor o a sus amigos. Su cuñado cabalgaba junto a la litera conduciendo por la rienda el caballo de Villa, que era un magnífico tordillo. El cuñado parecía tener a su cargo personal el cuidado del paciente. Era un hombre alto, bien musculado y levantaba a Villa en los brazos, como si fuera un niño.”

No dice Nevares cuál cuñado era, porque iban con él dos cuñados, uno Juan Martínez casado con su hermana Micaela y el otro era Marcos Corral, hermano de Luz Corral, una de las esposas legítimas de Villa. Me inclino a creer que se trataba de este último que era, en efecto, alto y fuerte.

“Por alguna razón —continúa Modesto Nevares—, me hicieron guiar el coche junto a ellos y viajábamos casi de día y de noche. Cuando quería detenerse, el general Villa no lo permitía. Estaba tan decaído como no he visto hombre alguno. La última vez que lo vi, su cara ancha, robusta, gorda, se había vuelto delgada y pálida. Los miembros de su escolta procuraban darle lo mejor que encontraban para comer; pero él comía poco y parecía debilitarse gradualmente día por día.

“El siguiente día en el que se hizo la litera fue un día muy malo. Nevaba fuerte y el piso se volvió muy resbaladizo. Al bajar una colina perdí el control de los caballos, debido a la pésima condición del camino y el carro se volcó, rompiéndose, por lo que lo dejaron detrás de ellos. Yo me quedé tratando de componerlo y como no pude me incorporé a ellos que ya habían acampado en la hacienda de Cieneguitas. Acababan de fusilar a un hombre, que según supe, era el propietario del rancho. Esto pasaba el sábado 1º de abril de 1916.

“En un pequeño lugar, cuyo nombre no recuerdo, pasando Santa Ana... las fuerzas se dividieron en dos partes, una de ellas al mando de Nicolás Fernández se fue hacia el Este y nosotros dimos vuelta hacia las montañas. Esto se hizo con gran secreto. En realidad yo no fui con ellos; pero cuando les di alcance en un lugar llamado rancho Casa Colorada, ya estaba allí Villa. Esa misma noche, en

plena obscuridad me deserté acompañado de un muchacho llamado Benito Valdés y a pie nos marchamos hacia El Valle a través de la sierra.”

Así concluye su relato Nevares, cuyas afirmaciones he comprobado en los mismos lugares de los acontecimientos, pues estuve en El Valle, en Ciudad Guerrero, en Namiquipa y seguí todo el recorrido hasta Santa Ana; y conozco, además, la cueva en donde Villa se estuvo curando y los alrededores de ella donde dio sus primeros paseos, convaleciente. Su cuñado Juan Martínez tomó en aquel entonces algunas fotografías con una pequeña cámara, las cuales obtuve con la señora Soledad Seáñez, segunda esposa de Villa, a quien él mismo se las dio.

Cuando fue sepultado en Ciudad Guerrero Ramón Tarango y se divulgó la noticia de que Villa era el muerto, los diarios neoyorquinos publicaron sensacionales extras, una de las cuales, la del New York Herald, decía:

“¡Villa ha muerto! ¡Viva Pershing!”

Cómo murió Pancho Villa. Episodio Núm. 10.

EN EL **CENTENARIO**
DEL **NACIMIENTO**
DE **FRANCISCO VILLA**

Selección de José Ángel Aguilar

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2023.



CLÁSICOS
DE VILLA

En 1978 el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), publicó la compilación de textos realizada por José Ángel Aguilar, *En el centenario del nacimiento de Francisco Villa*, una aproximación a la historiografía del villismo escrita hasta entonces. El autor seleccionó pasajes de diferentes autores y los ordenó cronológicamente en un crisol historiográfico que contrarrestó la “leyenda negra”, todavía en boga en 1978, sobre el general Villa.

El compilador, José Ángel Aguilar Solís, nació en Zacapu, Michoacán, en 1916. Estudió en la escuela Normal para Varones de Guadalajara y colaboró en diferentes rotativos de Jalisco y la capital del país. En 1988 recibió la presea José María Cos otorgada en el Estado de México, por sus aportaciones en el campo periodístico e historiográfico.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

